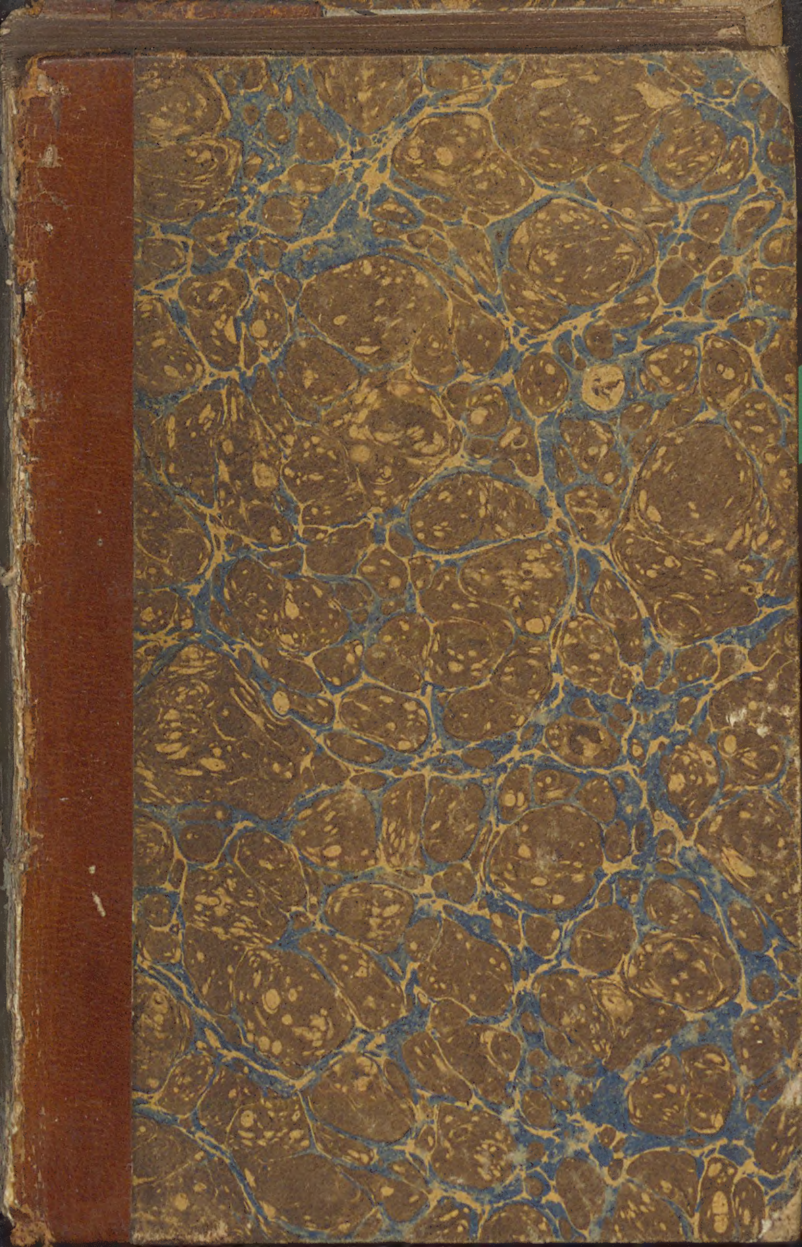






278-229.

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XVIII.

278
229

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

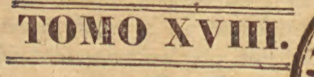
Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA.

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.



TOMO XVIII.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

MADRID, FEBRERO 1833.
Imprenta de DON TOMÁS JORDAN,
calle de Toledo, frente á la del Burro.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPÍTULO XXIX.

Felipe sesto.

Felipe VI de Valois, rey de Francia. Batalla de Cassel. Homenage de Eduardo III, Roberto de Artois condenado á muerte. Desavenencias entre Felipe y Eduardo. Negligencia de Felipe en socorrer á Escocia. Influjo de Felipe en la corte de Aviñon. Pleito de la sucesion de Bretaña. Confederacion de Inglaterra, Flándes y el imperio contra Francia. Guerra entre Inglaterra y Francia. Sitio de Cambray. Batalla naval de la Esclusa: tregua. Guerra de Bretaña: sitio de Henebon. Segundo sitio de Henebon. Tregua de tres años con Inglaterra. Muerte de Santiago de Artevelle. Nuevo rompimiento con Inglaterra: sitio de Aiguillon. Batalla de Crecy Sitio de Cales. Traicion de Aimerico de Pavía. Incorporacion del Delfinado en la corona.

Felipe VI de Valois, rey de Francia (1328). La muerte sucesiva de tres reyes que fallecieron en la flor de su edad sin dejar sucesion

varonil, introdujo por la primera vez en el trono una dinastía colateral, que fue la de Valois. Felipe VI fue tronco de esta familia real, que reinó en Francia doscientos sesenta años desde 1328 hasta 1589. Su advenimiento á la corona, de la cual estaba tan lejos, y la victoria de Cassel, que ilustró los principios de su reinado, le grangearon el sobrenombre de *dichoso*, harto desmentido en lo sucesivo por la opresion del pueblo, las turbulencias intestinas, las guerras civiles y esteriores, el desorden de la hacienda, la alteracion de las monedas, el hambre y la peste cruelísima, que diezmaron la poblacion, y en fin, la vergonzosa derrota de Crecy, sangriento preludio de todas las calamidades que afligieron á sus sucesores. Así que este príncipe, valiente, pero inhabil, firme en sus designios, pero injusto en sus actos, ni supo vencer sus pasiones, ni sus enemigos, y no mereció el renombre de afortunado. Los multiplicados errores de su gobierno y los vicios de su carácter, privándole del afecto de sus súbditos, única fuerza verdadera de los príncipes, le colocan entre los reyes mas desgraciados.

Ya dijimos que al morir Cárlos el hermoso, habia quedado en cinta la reina su esposa, y ningun príncipe de la sangre podia tener pretensiones al trono hasta que fuese conocido el sexo de lo que iba á nacer: y así, como observa Nángis muy bien, los barones franceses solo podian deliberar por entonces acerca de

la regencia. Pero esta cuestion, que se habia resuelto ya cuando murió Luis X, era inseparable de la del trono. Felipe de Valois, proclamado regente sin obstáculo alguno, como primer príncipe de la familia, recibió, en esta calidad, los homenages de los grandes y de los vasallos. Hicieron tan poco caso de las pretensiones de Eduardo, rey de Inglaterra, que segun M. de Boulainvilliers, ni aun se celebró junta formal de pares y barones para reconocer la regencia de Felipe. Pero el sabio publicista Hallam observa juiciosamente que consta la celebracion de dicha junta, de un discurso que pronunció en Inglaterra el arzobispo Strafford, acusado de traicion: en el cual para justificarse recuerda que se enviaron solemnemente dos obispos á Francia, encargados de defender ante el parlamento los derechos de Eduardo á la regencia de aquel reino.

"Felipe fue nombrado regente, dice Condillac, con esclusion de las hembras, no en virtud de la ley sálica que no habla de esta materia, sino por la autoridad de los usos existentes." La ley llamada sálica, como observa Voltaire, no estaba gravada en las actas, sino en las costumbres; y era mirada como ley fundamental por una convencion tácita y comun. La nobleza de Francia escluia á las princesas del trono, porque no queria que el cetro pasase á familia estrangera; y esta fue la verdadera razon que movió á los franceses á dar la corona á Felipe, aunque este príncipe,

hijo del conde de Valois, hermano de Felipe el hermoso, no era mas que primo hermano del último rey; cuando Eduardo, hijo de Isabela hermana de Cárlos IV, era su sobrino. A pesar de esta proximidad, fue escluido; porque debiéndola á una hembra, no le daba ningun derecho al trono francés. Rapin Thoiras, siempre parcial á favor de Inglaterra, dice que se sentenció mal este pleito, que debería haberse visto ante los estados generales; y que no se permitió á Eduardo defender su causa en el parlamento. Esta falsa asercion queda sobradamente refutada por el consentimiento universal de los franceses; el cual fue tambien unánime pocos meses despues, cuando, habiendo parido la reina una hija, los pares y barones dieron la corona á Felipe de Valois. Roberto de Artois, que despues se hizo harto célebre excitando á Eduardo á sostener con las armas sus injustas pretensiones á la corona, fue en esta época ardiente defensor de los derechos de Felipe. Finalmente, para disipar todas las dudas históricas acerca de cuestion tan reñida, el mismo Eduardo reconoció á Felipe como rey de Francia, y en calidad de vasallo le prestó homenage puesto de rodillas.

L'Eveque, hablando de esta época de la historia francesa, atribuye la elevacion de Felipe V y de Felipe de Valois al trono, á la voluntad de los franceses que no querian admitir príncipes estrangeros. El mismo rey Cárlos IV parece que reconoció al tiempo de mo-

rir el derecho de los pares y barones para resolver cuestion tan importante: pues dijo á las personas que rodeaban el lecho en que murió las siguientes palabras que refiere Froissard. "Si la reina pare hijo, quiero que el señor Felipe de Valois, mi primo hermano, sea su tutor y regente del reino, hasta que el niño llegue á edad de ser rey: y si es hija, que los doce pares, y grandes barones de Francia tengan consejo, dispongan del reino, y lo den á quien deba tenerlo." Así se hizo. La junta de los señores, escluyendo á la reina de Inglaterra y á su hijo, les digeron: "el reino de Francia es tan noble, que de ningun modo debe ir en herencia ni á hembra ni á hijo de hembra." Eduardo se sometió al principio á esta decision: pero cuando animado por las disensiones del reino, aspiró á hacer valederas sus pretensiones, alegaba, que si las mugeres debian ser escluidas del trono, no sus hijos barones. Uno de los argumentos de que se valia, era propio de su siglo, y consta de su correspondencia con el sumo pontífice. "Si el hijo, decia, es escluido del trono porque su madre lo es, Jesucristo no tuvo derecho alguno á la herencia de David: pues decendia de este rey solo por su madre."

Felipe, cuando tomó las riendas del gobierno, halló la monarquía enteramente desordenada: los fueros de las ciudades violados por los nobles; los derechos del clero, ya contestados sin justicia, ya ampliados mas allá de sus

justos límites; el ministerio invadiéndolo todo, y no fijando ningun derecho, ni aun el de la sucesion al trono; la agricultura descuidada, el comercio oprimido; el pueblo abrumado de impuestos; las riquezas de Francia concentradas en los castillos de algunos barones que insultaban la miseria pública con la suntuosidad de sus mesas, la magnificencia de sus armas, el número de sus criados y caballos, y en fin, su lujo desenfrenado que consumia los frutos del trabajo y sudor de los esclavos del terruño.

Pero lo que entonces debia causar mas admiracion á los príncipes cuando subian al trono, era encontrar el tesoro exausto y los ministros muy ricos, y verse sin recursos para los gastos mas necesarios del gobierno. Así que el primer cuidado del regente fue obligar á que restituyesen los caudales robados al erario las sanguijuelas públicas cuya sed de oro era imposible satisfacer ni reprimir. Pero en el siglo XIV, en tiempos de desorden, y cuando el trono y la aristocracia, obrando arbitrariamente, no reconocian mas freno que el que se imponian ellos mismos, la responsabilidad ministerial, casi siempre eludida en el dia en los paises mas libres, era entonces muy verdadera, muy terrible, y se ejercia con la mayor severidad. Los gemidos prolongados del pueblo importunaban la conciencia del monarca; y para librarse de sus remordimientos, recomendaba á su sucesor no oprimir los vasallos. Los

sucesores acusaban á los ministros de las ordenanzas odiosas y de los gravámenes intolerables, y los enviaban al suplicio, por el crímen de haber obedecido los mandatos del antecesor y de llenar el tesoro para que lo dejasen pronto vacío gastos imprudentes y operaciones políticas mal combinadas.

Felipe de Valois imitó el ejemplo de los reyes que le habian precedido. Pedro Remí de Montigny, ministro de hacienda y sucesor de Marigny y de Laguette, fue acusado en justicia ante un parlamento compuesto de veinte y cinco príncipes ó barones, y de diez y ocho caballeros. Segun las costumbres estraordinarias de aquel tiempo el mismo regente presidió el tribunal. Montigny fue condenado, atado á la cola de un caballo, arrastrado y ahorcado como traidor. La confiscacion de sus bienes produjo al tesoro una suma de un millon y dos cientas mil libras, equivalente á quince millones de francos de la época actual. Semejante opulencia era, cuando menos, indicio poderoso contra su integridad: y quiza por eso el historiador Mezeray dice: "Montigny mandó reedificar la horca de Montfaucon, y así se preparó el alojamiento que merecia:" reflexion tan áspera como la sentencia del tribunal. Pero la codicia de los grandes era entonces tan general y tenia tanto predominio en sus almas, que no se intimidaban con estos escarmientos. Raimundo de Betigues, que sucedió á Montigny, intentó, para enriquecer el tesoro del

rey y el suyo, una nueva alteracion de monedas. Tambien se le acusó y ahorcó. En vez de velar sobre los ministros, despues de permitirles que arruinasen el pueblo con sus concusiones, se enriquecia el tesoro real con el producto de sus rapiñas. "¿No era mejor (dice candorosamente un historiador) cortarles las uñas que la cabeza?»

Parece que Felipe estaba persuadido á que la opinion que escluia las mugeres del gobierno, sería adoptada en todas partes, pues añadió á sus títulos el de regente de Navarra: pero le engañó su esperanza: porque las cortes de este reino, reunidas en Pamplona, se declararon contra él. Dos princesas, una y otra llamadas Juana, hijas, la primera de Luis X, y la segunda de Felipe el largo, tenian pretensiones á aquella corona. La primera habia casado con el conde de Evreux, y fue madre de un príncipe llamado Cárlos, harto célebre despues, y digno del renombre de *malo*, que le pusieron los franceses. A esta Juana proclamaron por reina los navarros. Despues de una corta contestacion, Felipe consintió en reconocerla tambien: la princesa renunció á sus derechos sobre Champaña y Brie, y recibió en trueque los condados de Angulema y Mortain. Estos y otros hechos manifiestan que los franceses se determinaron á escluir las hembras del trono, no porque las creyesen incapaces de reinar, sino por el temor de que el cetro pasase á manos de un príncipe estrangero. La histo-

ria de Francia y de las demas naciones ha gravado en sus fastos los nombres de muchas reinas y regentas célebres que llevaron la corona con gloria y vigor: y aun en la época de que hablamos brillaron por su valor algunas señoras, y arrostraron intrépidamente los peligros de la guerra. Las condesas de Blois y de Montfort adquirieron en Bretaña alto renombre por sus acciones militares: mas tarde, arrancó una doncella heróica el cetro de Francia de manos de los ingleses: Inglaterra cita con orgullo los nombres de Margarita y de Isabel: Castilla, los de María de Molina y de Isabel la católica: y en los tiempos modernos, pocos monarcas han superado en valor y habilidad á Catalina II y á María Teresa. Así que los mismos pares y barones, que habian escluido la línea femenina, no del gobierno ni de la regencia, sino del trono, seguian máximas opuestas en sus señoríos propios. Champaña y Brie conservaron á las mugeres el derecho de herencia; y Mafalda, condesa de Artois, habia asistido como par del reino, á la consagracion de los reyes. Por otra parte, en Francia, donde era tan venerado el nombre de la madre de san Luis, no se hubieran escluido las mugeres del trono por motivo de incapacidad, como neciamente han asegurado algunos escritores. En todos tiempos ha habido hembras iguales, y algunas superiores á los barones en virtudes, y aun en maldades. Si Francia fue venturosa bajo la regencia de Blanca, gimió largo tiempo

recordando los nombres de Brunequilde, Frédegunda, Isabel de Baviera y Catalina de Médicis.

Ya digimos que habiendo dado á luz una hija la viuda de Cárlos IV, el conde Felipe de Valois fue proclamado rey de Francia con asentimiento unánime de los doce pares y de los barones. Apenas hubo terminado la discusion relativa al reino de Navarra, y á la incorporacion de Brie y Champaña, fue con la reina su muger á Reims, donde le consagró y coronó el arzobispo Guillermo de Trie. La ceremonia se celebró con fausto no conocido hasta entonces, y que contrastaba desgraciadamente con la miseria de los pueblos. Las fiestas duraron quince dias. El conde de Flandes asistió á la consagracion, y llevó en ella la espada real. Habia llegado á Reims con una comitiva de ochenta y seis señores flamencos, vestidos de uniforme suntuoso. El rey le dió la orden de caballería.

Este reinado iba á ser época de tempestades. Felipe, apenas se acabaron las fiestas, se creyó obligado á llamar los franceses á las armas. La causa de la guerra fue la rebelion de los flamencos contra su conde Luis, sublevados por las injusticias y rigores de este baron. Cuando volvió de Reims á sus estados despues de prestar homenage á Felipe, todas las ciudades le cerraron las puertas, y la mayor parte de la nobleza adhirió al partido de los insurgentes. El rey, soberano y pariente del conde, tenia

que reprimir la sublevacion. Antes de tomar las armas consultó al anciano Gaucher de Chatillon, su condestable. "¿Creeis, le preguntó, que deba esperarse á una ocasion mas oportuna para empezar la guerra?" Para los valientes, respondió Chatillon, todos los tiempos son buenos." "Pues bien, esclamó Felipe abrazándole, el que sea mi amigo que me siga." Y al momento mandó, dice Mangis, que todos sus vasallos se reuniesen en el Artois, prontos á combatir, para la fiesta de la Magdalena.

Parece que esta guerra se miraba como peligrosa por la ostinacion y el espíritu republicano de las ciudades flamencas: pues Felipe tomó en esta ocasion providencias de que no se hacia uso sino en los trances mas arriesgados. Fue solemnemente á san Dionis á sacar el oriflama, cuya custodia confió al caballero Miles Desnoyers. Se colocaron en el altar de la iglesia el cuerpo de san Luis y las reliquias de los mártires. "Juro, dijo Miles al recibir el oriflama, conservar este estandarte, honor del reino, sin abandonarlo por temor de la muerte ó de cualquiera otro peligro que pueda sobrevenir.» Felipe antes de partir á la guerra contra los rebeldes, visitó las iglesias y hospitales, sirvió con humildad á los pobres enfermos, y segun los historiadores, les besó las manos. Despues se puso en camino al frente de veinte y cinco mil hombres, divididos en cinco banderas. Miles Desnoyers, que llevaba

el oriflama, mandaba esta guardia escogida, á la cual se reunieron las tropas de los vasallos del rey. El ejército pasó á acamparse en un valle que estaba en frente de las alturas de Mont Casel, sobre las cuales se hallaban atrincherados los flamencos. Su general se llamaba Zonnekins, vendedor de pescado, valiente, artificioso, que dominaba el espíritu del pueblo con su astucia y osadía. Llamaba á Felipe por burla *el rey espósito*, porque no habia nacido junto al trono. Los flamencos, imitando la insolencia de su caudillo, habian bordado en sus estandartes un gallo con un mote en francés, cuyo sentido era:

"Cuando este gallo cante,
será del rey Cassel.»

«El gallo, dice el abate Millot, no cantó: pero Cassel fue conquistada." El ejército francés deslumbraba la vista con las ricas armaduras de los caballeros, llenas de oro, plata y acero: las tropas flamencas estaban cubiertas de andrajos, y no tenian mas adorno que las espadas. Su caudillo Zonnekins se puso su trage de pescadero, y se atrevió á entrar en el campamento francés para reconocer los puntos mas fáciles de atacar. Pasaba por las tiendas, vendiendo pescado á los oficiales y soldados franceses, y haciéndolos reir con sus chanzas y sarcasmos contra los flamencos. Habiendo observado que los del rey, despreciando al

enemigo, se entregaban con necia seguridad á los placeres de la mesa y á la embriaguez, sin atender á la guardia del campo, concibió la esperanza de sorprehenderlos, y la realizó por algunos momentos.

Batalla de Cassel. Zonnckins volvió á su campamento, mandó tomar las armas y que le siguiesen las tropas con prontitud y silencio. Nangis dice que los puestos avanzados de los franceses, viendo la masa de los enemigos formada en figura de cuña, la creyeron un cuerpo de aliados que venía á reforzar el ejército de Felipe. Los flamencos sorprehenden las centinelas, antes de que pudiesen dar señal alguna de alarma, penetran en el campamento y se dirigen con rapidez á la tienda del rey.

El caballero Reinaldos de Lor, oyendo el ruido, se acerca á ellos sin desconfianza, y cae muerto á estocadas: su caida y gemidos despiertan á algunos soldados: estos gritan *al arma*, y la voz se difunde de unos puestos en otros, escitando terror universal. Todos huyen.

Entretanto el rey y los que pernoctaban cerca de su tienda, estaban sumergidos en sueño profundo. El confesor de Felipe fue quien le advirtió que llegaban los flamencos. El rey no lo queria creer, y mandó al caballero Miles ir á averiguar lo que habia. Este guerrero volvió pocos instantes despues, y le dijo que los flamencos habian sorprehendido los reales, y se acercaban á la tienda. El terror era tan general que todos huian, y solo aconpañaban

al rey sus capellanes, que le vistieron las armas, aunque mal é incompletamente. Felipe, digno del cetro en este peligro, y el único exento del miedo en trance tan cruel, monta á caballo, y llama á sus guerreros denostándoles su cobardía. Muy pocos fueron los que obedecieron al principio á la voz del monarca, que viéndose con número tan corto de defensores, queria, desesperado, lanzarse entre las filas de los enemigos, y encontrar, con las armas en la mano, gloriosa muerte. Pero Miles, que llevaba el oriflama, le detuvo, alentó su esperanza, y le aconsejó alejarse para reunir á los fugitivos, y con ellos revolver despues contra el costado de los contrarios. Felipe le creyó y siguió. A la vista del yelmo del rey, de su brillante garzota y del oriflama desplegado al viento, se detienen los caballeros franceses, cobran confianza y se reunen. La indignacion ocupa el lugar del miedo que turbaba sus ánimos. Todos acuden al rey para defenderle, y el ejército entero vuelve á las filas. Felipe se pone á su frente, y acomete á los flamencos.

Estos, acosados por todas partes, no pueden desplegar sus informes masas, y atropellados por los franceses, pelean sin orden. En breve se hallan incapaces de avanzar ni de retirarse, y casi todos se dejaron matar en aquella confusion. La victoria del rey fue completa y costó poca gente. Los duques de Borgoña y Bretaña, y Bouchard de Montmorency quedaron heridos. Los autores varían acerca de

la pérdida de los flamencos: algunos dicen que solo perecieron doce mil hombres en el campo de batalla: pero en la fuga murieron muchos mas. Una carta del rey, escrita al abad de san Dionis, valúa el número de enemigos muertos en 18800. El continuador de Nangis asegura que él mismo leyó esta carta.

El campo flamenco fue entregado á las llamas: Cassel abrió sus puertas: Felipe marchó á Ipres que se rindió á discrecion. Mandóse dar muerte á los principales caudillos de los insurgentes, se desmantelaron sus mas fuertes ciudades, se les quitaron las armas y los privilegios, y se pusieron guarniciones en ellas. Los flamencos desalentados pidieron la paz y la lograron dando rehenes. Felipe mandó llamar al conde de Flandes, y le dijo en presencia de los barones reunidos: "Conde, he venido llamado por vos, y porque habeis descuidado mucho hacer justicia á vuestros vasallos. El socorro que os he dado, nos ha costado á mí y á los mios muchos gastos, trabajos y sangre. Sin embargo, soy generoso, y os dejo la tierra tranquila y pacificada, sin exigir indemnizacion: pero pensad que si otra vez me obligais con vuestros yerros á venir armado á vuestra casa, no atenderé entonces á vuestro interés, sino al mio." El conde olvidó, ó interpretó mal las palabras del rey: pues se dice que en tres meses hizo morir en los patíbulos mas de diez mil flamencos y multiplicó con estas crueldades los gérmenes

de una nueva rebelion. Felipe victorioso volvió á san Dionis á dar á Dios solemnes acciones de gracias: y cuando entró en la capital, regaló á la iglesia de Nuestra Señora el caballo y armas que habia tenido en la batalla de Cassel.

Homenage de Eduardo III (1329). Hasta entonces el rey de Inglaterra no habia respondido á las invitaciones reiteradas de cumplir su obligacion de vasallo y de rendir homenage á su soberano. Felipe, confiado en que su triunfo sobre los flamencos venceria la resistencia de Eduardo, le envió dos embajadores encargados de hacerle una intimacion con apremio. El príncipe inglés confió á su madre el cuidado de responderles: la orgullosa Isabela les dijo con arrogancia que "el hijo de un rey no se humillaria nunca ante el de un conde." En virtud de esta negativa, Felipe llamó los franceses á las armas y comenzó la guerra. Pero la situacion interior de Inglaterra no permitia á Eduardo sostener la lid sin grave riesgo; porque en vez de poder conmover el trono de su rival, temia por el suyo. En esta época estaba rodeado de conspiradores; hizo morir á Mortimer y encerró en un castillo á su madre Isabela. "Esta princesa, dice Fróissard, estaba entonces en cinta, de Mortimer, mas bien que de otro, segun se decia." Ademas de las turbulencias interiores, los escoseses tomaban las armas contra Eduardo. Temiendo, pues, perder los vastos dominios que

poseía en Francia, y sabiendo que el parlamento de este reino habia decretado la confiscacion de Guiena y Ponthieu, en el caso de que no compareciese en el término fijado por una última intimacion, cedió y prometió obedecer cuando espirase una corta prórroga que se le dió.

Concluida ésta, cumplió su palabra, y pasó con séquito y pompa, en junio de 1329, á la ciudad de Amiens, donde le esperaba Felipe en su trono, acompañado de los reyes de Bohemia, Navarra y Mayorca, de los duques de Borgoña, Borbon y Lorena, de los condes de Alenzon, Beaumont y Artois, del condestable de Chatillon, de Juan de Melun, camarero mayor, de los mariscales de Francia, del guardasellos Marigny, y en fin, de muchos obispos, abades, barones y oficiales. Eduardo, demostrando solemnemente la vanidad de sus pretensiones al cetro de Francia, se arrodilló ante Felipe; y habiéndole quitado sus oficiales la corona, la espada y las espuelas, se le dictó el juramento que debia prestar. Oyó leerlo, y dijo que consultaria á sus barones para saber si el homenage debia ser simple, ó ligio como queria el rey de Francia. Esta dificultad se eludió por el momento por convenio de las partes, y el camarero mayor leyó un juramento redactado así: "Señor, sois hombre del rey de Francia mi señor, por la Guiena y sus pertenencias, que reconocereis tener de él, como par de Francia, segun la forma de los tratados

hechos entre sus predecesores y los vuestros, segun lo que vos y vuestros antepasados habeis hecho por el mismo ducado á los suyos, reyes de Francia." Eduardo respondió: *voire*, que queria decir *sí*. Entonces Felipe, que tenia las manos del monarca inglés entre las suyas, le besó en la boca. Los pares de Francia y de Inglaterra, y todos los que acompañaban á entrambos reyes, estaban cubiertos de armas y vestidos magníficos. Todo el lujo de aquel tiempo se ostentó en esta ceremonia. Felipe llamaba la atencion por la magestad de su persona: tenia un vestido de damasco de color de violeta, sembrado de flores de lis de oro, un cetro del mismo metal y una diadema guarnecida de diamantes. Ambos reyes pasaron muchos dias en Amiens, y se dieron mutuamente grandes banquetes y fiestas suntuosas, que agotaban sus erarios y aumentaban la miseria del pueblo. De esta manera procuraban, con vanas apariencias de cordialidad, disfrazar profundos rencores que no tardaron mucho en manifestarse. Algunos escritores ingleses dicen que Eduardo anuló con una protesta el homenage, tan contrario á sus pretensiones y tan ofensivo á su orgullo: pero esta asercion es falsa. Lo que hay de cierto es que habiéndosele instado á que declarase la especie de su homenage, y á decir si se reconocia hombre ligio del rey de Francia, eludió la cuestion contentándose con responder que su intencion era prestar el homenage como le habian prestado

sus antecesores. Pero poco tiempo despues el duque de Borbon, enviado de embajador á su corte, le instó á que se esplicase positivamente: y Eduardo, despues de muchas dilaciones y consultas con los grandes de su reino, dió esta respuesta solemne, referida por Froissard, cuyas palabras copiamos: "Reconocemos por las presentes, que el homenage que hicimos en Amiens al rey de Francia con espresiones generales, es y debe ser entendido *ligio*; y que le debemos fé y lealtad como duque de Aquitania y par de Francia y conde de Ponthiéu y de Montreuil, y le prometemos desde ahora en adelante fé y lealtad. Y para que en lo sucesivo no haya disputa ni cuestion acerca de dicho homenage, prometemos de buena fé por nosotros y nuestros sucesores duques de Aquitania que serán en adelante, que siempre que nosotros y nuestros sucesores duques de Guiena entremos en el homenage del rey de Francia y de sus sucesores que serán en adelante, dicho homenage se hará de este modo: el rey de Inglaterra duque de Guiena tendrá sus manos entre las del rey de Francia: y el que dirija la palabra al rey de Inglaterra duque de Guiena, en nombre del rey de Francia, dirá así: *sois hombre ligio del rey de Francia mi señor, que está presente, como duque de Guiena y par de Francia, y le prometeis fé y lealtad. Decid sí.* Y el dicho rey de Inglaterra duque de Guiena y sus sucesores dirán: *sí.* Y entonces el rey de Francia recibirá á dicho rey

de Inglaterra duque de Guiena á hacer el homenage ligio á la fé y á la boca: salvo su derecho y el ageno." Froissard cita despues la fórmula del juramento prestado por el condado de Ponthieu y de Montreuil, y redactado en los mismos términos. Su final es como sigue: "en testimonio de lo cual hemos mandado poner á las presentes nuestro real sello. Dadas en Eltham 30 de marzo, año de gracia 1330."

Pero en esta época desgraciada la paz no podia ser duradera en ninguna parte. Dominaban la felonia, la traicion, la perfidia, la ambicion y la codicia. Los gobernantes oprimian, y los pueblos se rebelaban. La misma Roma, capital del mundo cristiano, era entonces víctima de la discordia, por las pretensiones de Luis de Baviera que queria afirmar su potencia en Italia, destrozada con las facciones de güelfos y gibelinos. Este emperador se hizo dueño de Roma, acusó al papa de rebelion y simonía, y formó una junta de los cardenales de su partido para que le juzgasen y condenasen. Nadie se atrevia á resistir al monarca victorioso: solo un romano, llamado Santiago Colona, tuvo valor para protestar contra este juicio ante el emperador y el pueblo. "Yo declaro, dijo, que Juan XXII es fiel á la religion, que su poder es legítimo, y que el emperador no es mas que un escomulgado, á quien no se puede obedecer legítimamente. Estoy pronto á sostener con la espada estas verdades." Despues que hubo

pronunciado con noble altivez estas palabras, fijó en los mármoles de la iglesia de san Pedro una bula del papa. Esta accion sorprendió al César aleman, á su corte, á los cardenales y al pueblo de manera que le dejaron retirarse con el mismo sosiego que habia venido. Mas no por eso renunció el emperador á su proyecto de destituir el papa: y así, nombró en su lugar, con el nombre de Nicolas V, á Pedro Rainalucci, natural del Abruzo, fraile del orden de los menores, pero que estaba casado. En un conciliábulo, que se celebró en Milan, fue Nicolas reconocido por los gibelinos, y por los menores que disputaban entonces con Juan XXII acerca del voto de pobreza.

Felipe de Valois se declaró contra el anti-papa. Juan XXII, cuando llegó á Aviñon, donde residia, la noticia de su deposicion y del nombramiento de Nicolas, escomulgó á éste é hizo quemar sus actas. Al mismo tiempo se publicó en París una bula, en la cual, segun dice Nangis, acusaba á Nicolas de haber envilecido la iglesia, casándose con una muger llamada Juana Matias. Tambien mandó prender en Francia á muchos frailes menores que exageraban el principio de la pobreza evangélica, entre ellos á Miguel de Cesena, general del orden. La célebre asamblea del clero de Francia de 1329 lanzó, de comun acuerdo, decreto de escomunion contra el emperador Luis, contra el anti-papa, y contra Miguel de Cesena y sus partidarios.

Cuando Luis de Baviera entró en Roma, acompañado del famoso Castracani, tirano de Luca y uno de los héroes de Maquiavelo, el pueblo romano, acostumbrado siempre á la servidumbre y fiel solamente á la fortuna, recibió al vencedor con aclamaciones lisonjeras comparándole á Carlomagno y victoreándole por haber libertado á Roma del hambre, de la guerra y de Juan XXII. Estas demostraciones de odio al sumo pontífice y de entusiasmo al emperador dieron osadía á éste, creyéndose apoyado por la opinion pública, para deponer y condenar á Juan: pero no tardó en conocer á costa suya la inconstancia del pueblo romano. Apenas salió de la capital, la muchedumbre móvil manifestó tanto furor contra el antipapa, como afecto le habia demostrado antes.

Nicolas, amedrentado de la tempestad que le amenazaba, huyó precipitadamente de Roma, y pasó á Aviñon. Vestido de seglar y con dogal al cuello, se arrojó á los pies de Juan XXII, y le dijo: " padre mio, pequé contra el cielo y contra tí: me descarrié como la oveja entregada á la perdicion: socorre á tu siervo." El papa le respondió: "yo te perdono; no entregaré al lobo la oveja perdida." Este hecho es muy honorífico para la memoria de este pontífice, á quien los historiadores contemporáneos acusan de codicia y concusion. Al fin del siglo XVI se imprimió un estado de los impuestos que exigia, que si es cierto, y no inventado

como otros muchos falsos documentos, en odio de la silla pontificia, hace muy poco favor al nombre de aquel papa.

Quejábase entonces la nobleza de Francia de las usurpaciones del clero en materia de jurisdiccion. El rey creyó necesario intervenir, y escribió á los obispos una circular citada por Fleury. "Nuestros barones, decia Felipe, se quejan de vuestros tribunales, y de las vejaciones que causan á sus vasallos; y al mismo tiempo vuestros juzgados hacen la misma acusacion á los barones: por lo cual pedimos á estos y á vosotros, que os presenteis en París en la octava de san Andres, el dia 8 de diciembre de 1329." La asamblea se celebró, mas no terminó los debates, que se han prolongado hasta nuestros tiempos. La posicion y el carácter de Felipe de Valois no le daban la influencia suficiente para terminar semejantes disensiones. No teniendo ejércitos pagados, y dependiendo su fuerza y seguridad del concurso de los nobles y de su union con él, debia atender á sus quejas: mas por otra parte temia descontentar á la iglesia, cuyo poder envidiaban los barones. Resolvió, pues, guardar la neutralidad, y que esta gran causa se ventilase ante él segun los principios de justicia. Froissard, el continuador de Nangis, y el autor de la historia eclesiástica han conservado noticias preciosas acerca de esta asamblea, que se reunió en el palacio de Felipe; concurrieron á ella muchos señores, cinco arzobispos y quince

obispos. Felipe la presidia sentado en su trono, y rodeado de los príncipes de la sangre, de los ministros y de los pares del reino.

Pedro de Cugnieres, procurador general del rey, antes de entrar en la cuestion positiva de las quejas y agravios de los barones, suscitó otra de mayor trascendencia, procurando demostrar la diferencia entre el poder temporal y el espiritual, y escluyendo á los obispos de toda autoridad en materias temporales. Pero ni él, ni los oradores del clero, que fueron el arzobispo de Sens y el obispo de Autun, redujeron esta cuestion preliminar á sus verdaderos principios, que son, como en todas las cuestiones políticas, la historia, la utilidad pública, la prescripcion y los derechos adquiridos. Cugnieres citaba el nuevo testamento, que como nadie ignora, solo habla del reinado espiritual establecido por el divino legislador del cristianismo: sus adversarios procuraban interpretar la escritura Santa á favor de su causa, y alegaban ejemplos de la historia hebrea: pero unos y otros olvidaron la situacion de Europa despues de la invasion de los bárbaros, la anarquía feroz que se siguió á este grande acontecimiento, y la necesidad en que se vieron los reyes y las naciones de llamar el sacerdocio á la supremacia del poder temporal para evitar la entera ruina de los tronos y de los pueblos. Presentada la cuestion bajo este punto de vista que era el verdadero, el clero hubiera mirado su autoridad política como un

derecho justamente adquirido, y el único medio de argüir que hubiera quedado á Cugnieres, era examinar si convenia conservar por mas tiempo la jurisdiccion temporal del sacerdocio. Los oradores del clero protestaron que los prelados pereccrian antes que renunciar á los privilegios de la iglesia, y que si asistian á aquella asamblea, era solo por ilustrar al rey, no porque reconociesen en ella derecho para coartar las atribuciones del poder eclesiástico. El obispo de Autun, mas hábil é instruido que su compañero, se acercó alguna vez al verdadero fundamento de la autoridad temporal de la iglesia, cuando se ventiló la cuestion de agravios.

Los que espuso el procurador general del rey y de los señores, fueron los siguientes: 1.º Los tribunales eclesiásticos quieren estender su jurisdiccion á las cuestiones de derecho de propiedad, siendo así que estas pertenecen esencialmente á la jurisdiccion temporal. 2.º Cuando un lego cita á un clérigo ante un juez, tambien lego, los oficiales del obispo prohiben á este, sopena de escomunion, juzgar la causa. 3.º Los tribunales eclesiásticos citan á los legos á peticion de una de las partes. 4.º Tambien los citan, cuando hay queja, de parte de los clérigos, de ser turbados en sus posesiones. 5.º Mandan á los jueces seculares embargar los bienes de los deudores escomulgados, y aun proceden contra el señor sino apremia al deudor; ademas, el clero estiende su

jurisdiccion y privilegios, concediendo la tonsura á siervos, niños, casados y hombres ignorantes. 6.º Si la justicia ordinaria prende *in fraganti* á un malhechor, y éste dice que es clérigo, el oficial del obispo manda ponerle en libertad, aunque no esté tonsurado, ni tenga hábito eclesiástico. 7.º Los alguaciles de la iglesia prenden en todas partes á los clérigos sin permitir que intervenga el magistrado, y el tribunal del obispo escomulga á los que se oponen á estas prisiones. 8.º El clero cuenta entre sus miembros á sus bailíos, prebostes y agentes, y así la justicia ordinaria no puede proceder contra ellos aun en negocios temporales. 9.º El clero exige multas por absolver á los escomulgados, y procede arbitrariamente contra las personas que tratan con estos por parentesco ó amistad. 10.º El clero se atribuye la ejecucion de los testamentos, y la formacion de inventario de los que mueren *ab intestato*: se apodera de sus bienes, y deja muy poca cosa á los herederos.

El obispo de Autun respondió que estos actos de la jurisdiccion eclesiástica eran derechos antiguos del sacerdocio: que los tribunales de la iglesia, compuestos de personas instruidas en el derecho, administraban mejor la justicia que los jueces seculares que carecian de saber: que las multas, impuestas á los escomulgados, eran penitencias: que la iglesia no podia abandonar á la rapacidad agena los intereses y bienes de sus individuos y súbditos:

y en fin, que en todo pleito, como ha de intervenir injusticia y pecado, por lo menos, de una de las partes, la iglesia, único juez de las conciencias, podia y debia entender en las discordias de los particulares, con tal que hubiese uno que reclamase su autoridad. Las primeras respuestas eran justas y valederas, atendido el espíritu y la legislacion del siglo: la última solo podia admitirse en aquella época, en que la fuerza triunfaba de la razon, y era menester colocar la autoridad civil en las mismas manos que abrian el santuario de la religion y de la moral.

Ocho dias despues de concluida la discusion, pidieron los prelados que el rey les manifestase sus intenciones. Felipe dudaba y no se atrevia á decidir. En esta incertidumbre convocó en Vincennes la asamblea el 29 de diciembre; y el procurador general Pedro de Cugnieres dijo en nombre del rey que S. M. no queria violar ningun derecho legítimo, y que respetando los usos de los tribunales eclesiásticos, conservaria de ellos los que, despues de atento examen, le pareciesen racionales. El arzobispo de Sens respondió que ya se habian reformado todos los abusos que podian dar materia á justas reclamaciones: se quejó de muchas proclamas regias, que recientemente se habian publicado y que eran atentatorias de los derechos del clero: y en fin, suplicó al rey que consolase á la iglesia con una declaracion menos ambigua. El rey dijo, que las pro-

clamas de que hablaba el arzobispo, se habian promulgado sin su consentimiento, y que las desaprobaba. Entonces le replicó el obispo de Autun: "acordaos, señor, que habeis subido al trono por un milagro de la providencia: y no entristezcais con palabras vagas é inciertas á los obispos, que ruegan dia y noche por vuestra prosperidad." Cugnieres, por orden del rey respondió: "Si prometeis corregir lo que es necesario, el rey esperará el efecto de vuestras promesas hasta la pascua siguiente de Navidad: pero sino lo haceis de aquí allá, pondrá remedio, agradable á Dios y al pueblo." El resultado de esta solemne discusion fue la reforma de algunos abusos.

El presidente Henault observa que esta asamblea fue el orígen de los recursos de fuerza, ó *apelaciones como de abusos*, freno impuesto por la autoridad civil á la eclesiástica. Fleury atribuye la decadencia gradual del poder del clero desde esta época, á dos causas: la permanencia de los parlamentos y el corto número de concilios. Causa mas cierta fueron los progresos del estudio de la jurisprudencia, y la mejor administracion de justicia en los tribunales seculares. Pedro de Cugnieres fue ridiculizado con el nombre de Pedro de Coignet, que se daba á una figura de un bajo relieve de la iglesia de Nuestra Señora, en el cual estaba representado el infierno. Tres siglos despues se mostraba todavía á los curiosos esta figura. Mezeray dice, hablando de esta

célebre discusion: "el rey, habiendo vacilado algun tiempo entre las sugestiones de los lisonjeros que querian llenar su tesoro con el patrimonio de la iglesia, y el clero hereditario de la real casa de Francia por las cosas sagradas, dió una sentencia que sostuvo los derechos del sacerdocio, y declaró que mas bien queria aumentarlos que disminuirlos. El clero le dió el sobrenombre de *buen católico*. Sin embargo, despues de un ataque tan grande, la autoridad de este cuerpo sagrado se ha debilitado hasta tal punto, principalmente por los recursos de fuerza, que hoy tiene motivos de queja contra los jueces seculares, muy superiores á los que él mismo pudo dar en otro tiempo." La opinion de Condillac en esta materia es digna de observacion. «Los prelados, dice, reclamaban la jurisdiccion temporal. Como señores feudales, la poseían entonces de derecho; como obispos, la ejercian de hecho. ¿Era esta una usurpacion? Cuestion muy difícil de resolver en este siglo de preocupaciones (el XVIII, en que este autor escribia)." No nos parece tan difícil la respuesta: porque es imposible llamar usurpacion á un derecho ejercido por mas de seis siglos sin reclamacion, y mucho mas no habiéndose adquirido por la fuerza de las armas, sino por la acquiescencia de los reyes y de las naciones.

Felipe, libre de la inquietud que le habia dado esta importante contestacion entre los dos órdenes primeros del reino, gozó en el seno de

su familia cortos instantes de descanso. El primer hijo, que tuvo de la reina su muger Juana de Borgoña, se llamó Juan. El rey le dió el ducado de Normandía: y previendo que este príncipe se veria, como él, espuesto á guerras cotinuas, suscitadas por la felonía de los grandes vasallos, por la turbulencia de los flamencos y por la ambicion activa del rey de Inglaterra, creyó que debia confiar su educacion á un guerrero hábil y valeroso, y su eleccion recayó en Bernardo de Mareuil, mariscal de Francia. Este rehusó al principio desistirse de su empleo que preferia á todos los demas: pero el rey instó, y le escribió que era todavía mas honroso é importante para el estado educar al heredero del trono y hacerle capaz de ser buen rey, que conducir los soldados á la batalla. Esta carta escrita por Felipe á Mareuil el 5 de julio de 1328, prueba que el puesto de mariscal de Francia era entonces amovible. El baston de Mareuil fué dado á Anselmo de Joinville. Al mismo tiempo dió á luz la reina otro hijo de constitucion enfermiza. El rey, para lograr del cielo la conservacion de su vida, fue en romería á Marsella, donde estaba entonces el sepulcro de san Luis, arzobispo de Tolosa.

Al imperio griego amenazaba próxima destruccion, retardada por el valor de Andrónico y de Cantacuceno: héroes desgraciados, que desplegaron en vano rara capacidad é hicieron esfuerzos inauditos para librar de su destino

á un pueblo afeminado y embrutecido, que en su decadencia no podia resistir á las armas de Orcan, cuyos intrépidos otomanos ceñian por todos lados aquella triste monarquía. El peligro de los cristianos despertó en los ánimos de Felipe y de sus barones deseos de vengar la religion ultrajada y de combatir con los infieles. El rey conferenció con el papa en Aviñon sobre esta materia: pero nada se resolvió. Felipe pedia facultades para imponer subsidios al clero de Francia: y el pontífice no las concedió.

En esta época Juan XXII, como doctor particular, publicó su sistema relativo á la vision beatífica, y consistia en suponer que los bienaventurados no gozarian de dicha vision hasta despues del juicio final. La facultad de teología de París examinó y condenó esta opinion, y el papa la retractó. Felipe proyectaba entonces una nueva cruzada, y estaba tan determinado á partir á Oriente, que dió á su hijo Juan, duque de Normandía, el título de lugarteniente general con plenos poderes para gobernar el reino en su ausencia. Pero nuevas alteraciones, que no tardaron en suscitarse contra el trono y la nacion, le obligaron á renunciar á esta empresa. El rey de Francia, habiendo vencido á los flamencos, establecido paz con todos sus vecinos, y postrado el orgullo de su rival Eduardo III obligándole á prestar homenage, parecia libre de todo peligro: pero muy pronto esperimentó la inconstancia de la fortuna.

El pleito que puso á Mafálda, condesa de Artois, Roberto su sobrino, y el carácter vengativo de este príncipe desterrado, atrageron sobre Francia todas las calamidades de una guerra sangrienta; cuyos resultados fueron una derrota vergonzosa, que mancilló la gloria de Felipe y desastres mayores todavía, que produjeron el cautiverio de su hijo y sucesor en poder de los ingleses. Estas desgracias se suspendieron y atenuaron por algun tiempo, merced á la prudencia de un rey sabio: pero poco despues veremos una guerra, mas terrible aun; la Francia destrozada por las querellas y pasiones de sus príncipes; el palacio de los reyes inundado de sangre, el reino víctima de la discordia interior, el heredero del trono juzgado y condenado á destierro por un parlamento desleal, la capital y el cetro vendidos al rey de Inglaterra, y el yugo del estrangero impuesto á la monarquía, hasta que el valor de algunos guerreros y el entusiasmo heróico de una doncella célebre lo quebrantaron. Describiendo esta parte dramática, pero triste de los anales franceses, no se puede ofrecer á los lectores mas que el cuadro espantoso de un siglo medio bárbaro, que en vano querria embellecer con falsos colores el orgullo feudal. A los ojos de la humanidad, de la filosofía y de la religion fueron aquellos tiempos infelices célebres solamente por desordenes deplorables, por la tiranía de muchas cabezas, por la deslealtad de gran parte de la nobleza, por la debilidad de

la magistratura y de las leyes, y en fin por una serie horrenda de rebeliones, matanzas y crímenes, siendo príncipes de la familia real los que dieron el ejemplo de todos los vicios y de la desmoralizacion mas completa. Algunos ejemplos de virtudes privadas, de fidelidad animosa y de valor heróico dan consuelo en medio de tan triste espectáculo. El carácter belicoso de los franceses, su amor á la gloria militar, y el pundonor, que equivalia en ellos á muchas virtudes, salvaron su fama, preservaron de su total ruina y libertaron del abismo á esta nacion, fácil de seducir, pero inteligente, orgullosa, indomable, y respetada siempre de sus mayores enemigos.

Ya hemos dicho que Roberto de Artois disputó este condado á su tia Mafalda, legítima heredera de él, y que el parlamento de París adjudicó la baronía á esta señora, dejando á Roberto no mas que la tierra de Beaumont de Roye; que despues fue condado con dignidad de par. Roberto se sometió, y estuvo mucho tiempo sin promover sus pretensiones: pero habiendo casado con la hermana de Felipe de Valois, cuyos derechos á la corona sostuvo con ardor, concibió esperanzas de que el rey, agradecido, le favorecería: y así renovó sus solicitudes, puso nuevo pleito á Mafalda y presentó á los jueces títulos y escrituras de que antes no habia hecho uso: pero cuyos sellos, letra y firma se reconocieron ser falsos.

Parece que este príncipe fue seducido por

Juana de Divion, muger muy astuta, y que habia sido dama de Tierry de Yrechon, obispo de Arras, que al morir le dejó por manda algunas tierras. La condesa Mafalda le quitó esta manda y la arrojó ignominiosamente de sus dominios. Juana, sedienta de venganza, ganó el ánimo de Roberto, despertó sus esperanzas y le exhortó á reclamar al condado de Artois diciéndole que un antiguo contrato matrimonial de Felipe, padre de Mafalda, con Blanca de Bretaña, era documento cierto de sus derechos al Artois, y que las letras patentes dadas al efecto, existian aun. Para probar que decia verdad, le entregó una carta del obispo Tierry, ministro de Mafalda, y que murió poco antes. En esta carta, que era supuesta, confesaba el prelado haber sido depositario de las patentes, cuyas copias, archivadas en el tribunal, habia quemado fraudulentamente un caballero partidario de Mafalda. Roberto, fundando sus derechos en estos títulos, dirigió su reclamacion al rey, que nombró comisarios para examinarla. Muchos testigos, entre ellos los señores de Mailli y de Fiennes, declararon que no conocian las piezas que el conde citaba: pero añadieron que cuarenta años antes habian oido hablar de una donacion hecha por Felipe de Artois á Roberto su nieto. Otro testigo, llamado Guillermo de Malleval, dijo, que Marigny, en el momento de ser llevado al suplicio, declaró haber existido realmente las letras de que hablaba Roberto, y que el obispo

Tierry lo sabia: pero que, segun creia, las habian hecho desaparecer. En efecto, despues de muchas investigaciones, no se encontró rastro ninguno de ellas.

Roberto conoció entonces que Juana de Divion le habia engañado: pero esta muger artificiosa aplacó su enojo fabricando á favor suyo un contrato matrimonial entre Felipe de Artois y Blanca de Bretaña, en el cual habia insertado la sesion del condado á los herederos varones con esclusion de las hembras. Al mismo tiempo murió repentinamente la condesa Mafalda, y la opinion general atribuyó su muerte al veneno. Eudes, duque de Borgoña y yerno de Mafalda, tomó posesion del condado de Artois: y el rey, instruido por el informe de los comisarios, exhortó su cuñado Roberto á que renunciase al pleito, en el cual sería infaliblemente condenado como falsario. Roberto respondió con enojo al rey, cuando este le aconsejaba mas bien como pariente y amigo que como soberano. Felipe, irritado de su atrevimiento, le dijo con severidad: "yo sé que las letras que alegais, son falsas: y haré castigar á sus autores." Ni esta amenaza ni las instancias de muchos señores pudieron vencer la ostinacion del conde. El parlamento convocado reconoció la falsedad de los títulos: Juana de Divion fue traida á París, y confesó su delito en presencia del rey. Entonces Felipe mandó llamar á Roberto, le hizo conocer la necesidad de desaprobar una impostura, de la cual po-

dia haber sido engañado sin nota de complicidad, y le demostró materialmente que los sellos, puestos á aquel documento, se habian quitado á otro.

El inflexible Roberto persistió en su necia ceguedad: y entonces declaró el parlamento que las cuatro letras presentadas por Roberto de Artois, conde de Beaumont y par de Francia, debian ser rotas y apaleadas como falsas. Leida esta sentencia, preguntó el fiscal al príncipe si pensaba todavía en defender su causa con aquellos documentos. El conde, aterrado al principio con la decision del tribunal, renunció formalmente á hacer uso de las letras: pero habiendo salido de la corte, arrebatado de ira, protestó contra su renuncia, y acusó al rey de haber influido contra él valiéndose de su autoridad. Felipe, naturalmente impetuoso, dejó de protegerle: y á pesar de los vínculos del parentesco, y de la memoria de sus antiguos servicios, mandó al parlamento perseguir como falsarios á Roberto, á Juana de Divion y á sus cómplices. El conde, alegando para no comparecer, el riesgo á que se espondria, logró, á solicitud del duque de Normandía y del rey de Bohemia, próroga y salvo conducto: pero el término se acabó, y Roberto no parecia. Felipe, acompañado de su hijo, reunió los pares, y segun las costumbres de aquel tiempo, tan diferentes de las nuestras, presidió el tribunal aunque era pariente del acusado, y pronunció contra Roberto senten-

cia de destierro y confiscacion de bienes. Roberto, no poniendo ya freno á su odio, intentó contra el rey una acusacion formal, alegando que este príncipe habia querido asesinarle. Felipe despreció esta insolencia, y no quiso degradarse hasta el punto de defender su propia causa en el tribunal de los pares.

Roberto de Artois condenado á muerte (1331). Roberto enfurecido recurrió á los hechiceros, y quiso *embovedar* al rey y á la reina. Para probar este crímen, valió la declaracion del confesor de Roberto, á quien se intimidó con el aparato de los suplicios para que revelase lo que sabia por el tribunal de la penitencia. Ninguna ley divina ni humana se respetaba entonces. Juana de Divion fue condenada por hechicera: porque en aquel siglo de ignorancia, dice Mezeray, no se creia posible imitar la letra agena sin el ausilio del diablo. Esta miserable fue puesta á la vergüenza vestida de una ropa negra sembrada de lenguas encarnadas, y pereció en una hoguera. Roberto, condenado tambien á muerte, envió asesinos para que matasen al rey: pero el miedo ó el remordimiento los contuvo. El conde se habia retirado á Bruselas: y el duque de Brabante, temiendo incurrir, si le protegia, en el odio de Felipe, no le permitió permanecer en sus estados. El rebelde buscaba en todas partes amigos y partidarios contra el rey: pero en ninguna los halló, porque Felipe habia exigido juramento á todos los barones y á

sus vasallos, de no concederle socorro ni asilo.

Roberto, errante, perseguido y declarado enemigo del reino, logró escaparse disfrazado, con el nombre de un mercader, y se embarcó para Inglaterra, donde no tardó en penetrar las miras secretas del ambicioso Eduardo; é irritando continuamente el odio de este monarca contra Felipe, ganó en breve su afecto, y le instó á que sostuviese sus derechos á la corona de Francia. Este consejo fue admitido, porque lisongeaba la pasion del inglés, y ademas era conforme á los deseos de los barones de Inglaterra, que censuraban á Eduardo por su descuido en defender su dignidad contra Felipe, y por el homenage que habia hecho á este como á su soberano. Pronto estalló la tormenta: los artificios de una muger astuta, y la ceguedad de un príncipe falsario y rebelde, excitaron la guerra que durante un siglo conmovió el trono de los Valois, cubrió á Francia de ruinas y la inundó de sangre.

Desavenencias entre Felipe y Eduardo (1332). Sin embargo, el rey de Inglaterra disimuló con destreza sus proyectos para adormecer en falsa seguridad á su competidor. Los antiguos motivos de desavenencia entre ambos reyes se ronovaban sin cesar: todavía disputaban la posesion de algunas plazas, conquistadas por los franceses en Guiena, y no estaban enteramente de acuerdo acerca del casamiento del jóven Eduardo con la hija del rey de Francia.

Estas dificultades que disgustaban al papa y á Felipe, porque les impedia ejecutar sus designios para la nueva cruzada, no eran mas que pretestos, bajo los cuales ocultaba Eduardo empresas de mas consideracion, que le era forzoso retardar hasta que hubiese consumado la ruina de Escocia. Su madre Isabela le habia obligado á casar su hermana con David Bruce, hijo del rey de aquel pais: pero apenas hubo sacudido el yugo de su madre, privándola del cetro y de la libertad, resolvió aprovecharse sin tardanza de la muerte de Roberto Bruce, y de la juventud de su hijo David, para quitarles la corona. A este efecto usando de viles artificios, ofreció secretamente el cetro de Escocia á Eduardo Bailleul, hijo de Juan Bailleul, que habia reinado en otro tiempo sobre los escoceses.

Negligencia de Felipe en socorrer á Escocia (1333). Bailleul reunió algunos aventureros, desembarcó en Escocia, y ausiliado por varios señores y por un cuerpo de tropas inglesas, conquistó rápidamente el reino. David Bruce y su esposa huyeron, y se refugiaron en la corte de Felipe. Púsose en armas una escuadra francesa para sostener la causa de David: pero dispersada por la tempestad, se volvió sin producir efecto alguno. El cobarde Bailleul, indigno del cetro, se reconoció por vasallo del rey de Inglaterra, y le entregó la fortaleza de Berwick. Así cayó Escocia bajo el yugo de los ingleses. Este suceso bastaba pa-

ra dar á conocer la ambicion y la falsedad de Eduardo, que al mismo tiempo que fomentaba la empresa de Bailleul, declaraba solemnemente al rey de Francia y al papa, que no tomaria parte en ella, y que siempre sería amigo de su cuñado David Bruce.

Felipe, incauto en su política, hubiera podido, á tener mas penetracion y actividad, suscitar contra Eduardo obstáculos capaces de detenerle y de impedir la ejecucion de otros designios mas vastos y peligrosos: pero el rey de Francia, confiando demasiado en sus fuerzas y en los triunfos que ilustraron los principios de su reinado, se entregaba entonces á la ilusion de la gloria que pensaba adquirir en los campos de Palestina.

Felipe convocó en París los grandes de su reino, y celebró con ellos las bodas de su hijo Juan, duque de Normandía, con Bona de Luxemburg, hija del rey de Boemia: y dió al nuevo esposo la orden de caballería, en presencia de los reyes de Boemia y Navarra, de los duques de Borgoña, Bretaña, Lorena, Brabante y Borbon, y de otros muchos barones.

Pocos dias despues juntó el parlamento, y tomó en público la cruz con otros muchos señores, caballeros y burgueses. Confió la regencia del reino á Juan su hijo, y fijó la época de su partida, que debia verificarse tres años despues. Para los gastos de esta empresa echó sobre el pueblo contribuciones muy grandes,

cuya mayor parte sufrió el clero, el cual se quejaba, segun dice Mezeray, de que "el rey destruyese las iglesias de Francia para levantar las de Palestina."

El arzobispo de Ruan, á solicitud de Felipe, predicó en París la cruzada en medio de los prados de la abadía de san German. Su elocuencia movió á muchos á tomar la cruz. Froissard describe circunstanciadamente los preparativos y gastos inútiles de esta espedicion, que fueron enormes en galeras, tropas, vizcocho, vino y carne salada. Mas de sesenta mil hombres habian de embarcarse en diferentes puertos. Dióse noticia de la empresa á los reyes de Ungría y de Chipre, que prometieron concurrir á ella.

Felipe, queriendo destruir todas las causas de discordia que podian turbar el reino en su ausencia, reconcilió al conde de Saboya con el delfin de Viena, y al conde de Flandes con el duque de Brabante. Tambien terminó con su mediacion la guerra que se hacian el conde de Foix y el rey de Aragon. Creyó haberlo previsto todo, cuando olvidaba el peligro mas próximo, y no fijaba su atencion en las calamidades con que amenazaba su reino la ambicion de Eduardo.

Influjo de Felipe en la corte de Aviñon (1334). El papa Juan XXII murió este año. Villani, autor contemporáneo, le acusa de haber juntado un tesoro que ascendía á veinte y cinco millones de florines. Este papa aña-

dió una tercera corona á la tiara, que antes constaba solo de dos.

Los cardenales, reunidos para dar un sucesor á Juan, eligieron unánimemente á Santiago Dufourt, hijo de un panadero. que tomó el nombre de Benedicto XII. Era generalmente estimado por su mansedumbre, templanza é instruccion. Creyéndose mas propio para el estudio de la teología, que para la política, dijo á los cardenales: "os habeis engañado en la eleccion, si habeis querido nombrar un papa hábil y estadista: pronto vereis que soy un asno para eso." Felipe, sabida la eleccion de Benedicto, partió para Aviñon, «haciendo, dice Froissard, jornadas pequeñas, y grandes gastos;" pero una enfermedad le detuvo en el camino. El emperador Luis de Baviera, creyendo favorable esta ocasion para reconciliarse con la santa Sede, envió al papa sus embajadores, cuya mision pacífica apoyaba el rey de Inglatera: pero los cardenales, temiendo desagradar á Felipe, obligaron á Benedicto á no dar oidos á la paz. El rey de Francia queria que el papa prorogase su residencia en el reino, y temia que la corte pontificia volveria á Italia apenas se reconciliase con el gefe del imperio. Y así Benedicto dijo en una audiencia particular á los embajadores alemanes: «tengo mucho afecto á vuestro soberano; mas no puedo manifestárselo: porque si hiciera paces con él sin el consentimiento del rey de Francia, cuyo carácter es muy fácil de irritar.

quizá me trataria peor que un predecesor suyo á Bonifacio VIII."

Pleito de la sucesion de Bretaña (1335). En vano Felipe esperaba establecer en Francia la tranquilidad necesaria para hacer su espedicion á Palestina. Durante la anarquía feudal, el fuego que se apagaba en una parte del reino, se encendia en otra; y el rey no tenia aun bastante fuerza para reprimir á los grandes vasallos, cuya altivez, ambicion y codicia no respetaban ningun freno. Una guerra activa y ostinada por la sucesion del ducado de Bretaña, trajo muy pronto á esta provincia las armas siempre rivales de Inglaterra y Francia. Esta guerra comenzó, como todas las de su especie, por un pleito, cuya relacion es como sigue.

Artus II, duque de Bretaña, tuvo dos mugeres, María de Limoges, y Violante de Montfort, hija de Roberto, conde de Dreux. María le dió tres hijos, Juan que le sucedió, Guido que murió dejando una hija, llamada Juana la coja, y Pedro de Bretaña que falleció sin posteridad. Violante de Montfort, segunda muger de Artus, tuvo un hijo, llamado Juan, que fue conde de Montfort. Habiendo muerto sin sucesion el duque Juan su hermano, Montfort pretendió el ducado, y se lo disputó Juana la coja, como representante de Guido, hermano mayor.

El difunto duque habia previsto esta contestacion, y como amaba á la nacion francesa

y al rey Felipe, bajo cuyas banderas habia peleado en Mont Cassel, formó el proyecto de trocar con este monarca el ducado de Bretaña por el de Orleans, nombrando tambien á Felipe juez árbitro de la desavenencia que suponia infalible entre su hermano y su sobrina. Pero no pudo realizar esta idea porque los señores de Bretaña se opusieron. Entonces casó su sobrina con Cárlos, hermano del conde de Blois, y al morir le nombró sucesor del ducado de Bretaña. Juan de Montfort, ofendido de verse desheredado por su hermano, disimuló su enojo, y esperó ocasion oportuna para reclamar. La declaracion del duque Juan, que citan casi todos los historiadores franceses, parece inverosímil al conde Daru, y no la cree apoyada en documentos. «El testimonio, dice, del padre Anselmo, que habla de esta declaracion hecha á favor del de Blois, es contrario al de Cárlos de Louviers que asegura haber nombrado el duque por heredero suyo, estando para morir, á Juan de Montfort." Juan de Montfort en sus memorias alega lo mismo, pero sin probarlo. Los motivos que se atribuyen al duque Juan para privar á Montfort de la herencia, son su amor á los intereses del rey de Francia, el deseo de evitar á su patria las calamidades de una guerra de sucesion, la mala voluntad que tenia á su madrastra Violante de Dreux, y el placer de manifestarla desheredando al hijo de esta princesa. Pero los bretones se negaron á obedecer la última voluntad

del duque, y la contestacion que se temia, empezó entre los dos pretendientes.

La cuestion legal era ésta: ¿será, ó no, admitido el derecho de representacion de Juana, hija de Guido, conde de Penthiévre, que á haber vivido, hubiera sido sin dificultad duque de Bretaña? Las leyes sobre el orden de sucesion; la representacion, la preferencia reclamada por un sexo y la esclusion dada al otro, no estaban fijadas todavía en aquella época. Felipe el largo habia subido al trono poco antes á pesar de las pretensiones de la hija única de su hermano Luis X: y por una contradiccion singular, el condado de Artois, al cual, como al ducado de Bretaña, estaba aneja la dignidad de par, se habia adjudicado á Mafalda, aunque habia quedado un hijo de su hermano mayor. En esta incertidumbre era fácil de prever, que solo las armas podian decidir cuestiones tan difíciles. Pero antes de pasar de las discusiones á los combates, se suspendió el proyecto de las cruzadas por otras dificultades. El príncipe Juan, duque de Normandía, cayó enfermo, tan de peligro, que su curacion inesperada se atribuyó á milagro.

Felipe, libre de esta inquietud, pasó á Aviñon, é instó de nuevo al pontífice, que le autorizase para cobrar del clero las décimas: pero Benedicto se negó siempre á ello. Los armamentos y preparativos de la espedicion de Oriente estaban ya muy adelantados, y todos los guerreros que habian tomado la cruz, eli-

gieron á Felipe por generalísimo: mas por falta de dinero se suspendieron las operaciones y se licenció la mayor parte de las tropas. El rey no conservó en su servicio mas que á los flecheros genoveses, que habian tomado las armas para la conquista de tierra Santa.

Confederacion de Inglaterra, Flandes y el imperio contra Francia (1336). El rey visitó casi todo el reino, y recibió de sus vasallos testimonios de afecto mas aparente que sincero. En este viaje, terminó por su mediacion la querella entre Juan de Chalons y el duque de Borgoña. Escocia estaba entonces mas alborotada que nunca, y el rey de Francia favoreció el partido de David Bruce. "Muchos caballeros franceses, dice Froissard, y entre ellos el señor Arnaldo de Audeneham que despues fue mariscal de Francia, hicieron en Escocia muchas proezas, mas brillantes que útiles." Bailleul, arrojado del trono por los escoceses indignados, se puso al frente de un ejército, que Eduardo le dió: pero se le despreciaba, como miserable pensionista de la corte de Londres. David Bruce fue vencido, y pidió y consiguió que Felipe le diese por asilo y residencia el dominio de Chateau Gaillard. Si el rey de Francia hubiese tenido mejor política, habria ausiliado mas eficazmente á los escoceses contra las armas de Eduardo, y trasportando el teatra de la guerra con tan poderosa diversion á la gran Bretaña, hubiera preservado la Francia de las calamidades que no

tardaron en oprimirla. Pero Felipe solo mostró en el trono el valor de un soldado: todo le indignaba y nada prevcía: confiaba en sus fuerzas y dejaba crecer las de sus enemigos: su presuncion le impedia acudir á tiempo oportuno para desbaratar los designios de los contrarios, y descontentaba á los suyos por la versatilidad de su conducta y la violencia de su carácter. Por desgracia de los franceses, la fortuna le dió un rival sagaz, penetrante, artificioso, que sabia esperar la ocasion favorable, aprovecharla con prontitud, resistir á la adversidad, y coger todos los frutos de la victoria. En lid semejante entre dos caracteres tan diferentes, el éxito no podia ser dudoso. Eduardo era gran rey, y Felipe, sólo un caballero valiente: el primero triunfó por su hábil y activa política: y el segundo no hizo mas con su denuedo que salvar el honor en medio de los desastres causados por sus yerros.

El rey de Inglaterra, despues de sometida Escocia, resolvió seguir el consejo del vengativo Roberto de Artois, y conquistar la corona de Francia. Animóle para esta empresa el conde de Henao, que irritado contra Felipe porque se opuso al casamiento de su hija con el duque de Bretaña, favorecia los proyectos ambiciosos de Eduardo, y le dió esperanzas de traer á su partido muchos barones, y de formar contra el rey de Francia una poderosa coligacion. Esta se verificó, y aquel siglo, en

el cual la civilizacion empezaba, fue tambien testigo del nacimiento de la diplomacia: porque ya ninguna potencia se creia aislada, y todas tenian muchas relaciones. El rey de Inglaterra, no atreviéndose á emprender guerra tan importante sin estar seguro de la cooperacion de sus pueblos, consultó, dice Froissard, á los grandes que tenian mas influjo en su reino. Respondiéronle que sus derechos al trono de Francia les parecian justos: pero que para lograr que fuesen reconocidos, y asegurar el éxito de tan grande empresa, era menester buscar aliados cuyas tropas se reuniesen á las inglesas.

Esta opinion, conforme á la del conde de Henao, fue adoptada, y el rey envió embajadores á Brabante, á Flandes y al imperio, prodigando en todas partes oro y promesas. El obispo de Lieja fue quizá el único que resistió á la seduccion. Tambien se quejó al papa de que Felipe, aprovechándose de su menor edad, le habia usurpado la corona de Francia: pero el sumo pontífice, en vez de aprobar sus designios, hizo cuanto pudo para que no rompiese la paz, representándole la injusticia que cometeria invadiendo la Francia en el momento en que su rey acababa de tomar la cruz, y amenazándole con las armas de la iglesia, si continuaba reconociendo por emperador á Luis de Baviera. Pero sus exortaciones y amenazas fueron inútiles: Eduardo continuó sus preparativos, armamentos y nego-

ciaciones, y contrajo estrecha alianza con el marques de Juliers y con los condes de Henao, Olanda, Gueldres, Zelanda, Mons y Luxemburgo. El duque de Brabante, los arzobispos de Colonia y Treveris, el duque de Austria; el marques de Brandemburg, el conde Palatino del Rin, y los de Saboya y Ginebra le prometieron socorro. El emperador Luis de Baviera hizo lo mismo, y aun ofreció al inglés el título de vicario del imperio; denominacion inútil y fastuosa, humillante para el monarca á quien se ofrecia, y que solo manifestaba la vanidad de un emperador sin fuerzas y sus pretensiones al antiguo poderío de los césares. Eduardo pasó á Colonia poco tiempo despues para conferenciar con Luis de Baviera. En esta entrevista, á presencia de cuatro grandes duques, tres arzobispos, treinta y siete condes y otros muchos señores, el emperador, acusando al rey de Francia, de perfidia y cobardía, declaró que desafiaría á Felipe, excluido de la proteccion del imperio por haber violado las leyes del honor, y exigió que Eduardo, como vicario suyo, se arrodillase y le besase la mano. Entonces Eduardo le respondió con enojo: "fuí ungido y consagrado como vos: mi vida y mis miembros están en poder mio: solo á Dios debo cuenta de mis acciones. Soy independiente de todo poder humano: el mio se estiende sobre la tierra y el mar, y tengo una corona imperial que no puede humillarse ante ningun soberano de la

tierra." Esta altivez confundió al emperador. Pero su vanidad quedó ofendida, y desde entonces se enfrió mucho su celo á favor de un aliado, al cual solo se habia unido por odio al papa, cuyo protector era Felipe

Eduardo declaró guerra al rey de Francia: pero sin atreverse todavía á reclamar públicamente sus derechos al trono francés, y los primeros pretestos que alegó para este rompimiento fueron la ostinacion de Felipe en no restituir las plazas que sus tropas habian conquistado en Guinea, haberle negado este monarca la mano de su hija para el príncipe de Gales, y en fin los socorros que el rey de Francia habia dado á los escoceses para que violasen la tregua concluida con Inglaterra. Los aliados de Eduardo enviaron tambien un desafío al rey de Francia, por mano del obispo de Limoges, lo que fue un grande escándalo para la cristiandad, viendo á un prelado hacer el oficio de un rey de armas. Felipe despertó entonces de su engañosa seguridad, juntó sus tropas, llamó sus vasallos en su socorro, solicitó alianzas, y pasó á la corte del pontífice para estar cierto de su apoyo é incitarle contra el emperador. Los reyes de Boemia y Navarra, y los duques de Bretaña y Bar le prometieron su asistencia. El conde de Flandes seguía su partido: pero los flamencos favorecieron el del rey de Inglaterra.

Este pueblo, siempre turbulento, era entonces movido y dominado por un cerbecero,

llamado Santiago de Artevelle, hombre atrevido, grosero y cruel, pero muy popular. Escitábalos á levantarse contra el conde de Flandes, que acababa de entregar al último suplicio diez mil de sus vasallos. Pero el demagogo no fue menos tirano y bárbaro. Sus partidarios decian que era noble: pero la condesa de Henao, cuyo testimonio merece mas crédito, dijo un dia al rey de Inglaterra, que "por sostener la causa de un villano como Artevelle, no se debia derramar la sangre de tantos caballeros nobles é ilustres." Los flamencos, al abrazar la causa de Eduardo, dijeron al conde de Flandes, para justificar su conducta, que el odio de Inglaterra les era mucho mas útil que la amistad de Francia. Santiago de Artevelle ejercia un poder tan sanguinario y violento, como el que oprimió á Roma en tiempo de Mario. Froissard dice que "cuando se paseaba en la ciudad de Gante, le seguian sesenta ú ochenta varletes armados, á quienes daba esta orden: *cuando os haga tal señal* (y la decia) *en encontrando á un hombre, matadle al instante.* Lo que hacian frecuentemente y sin piedad." Muchas víctimas ilustres perecieron así, y nadie se atrevia á quejarse. Tenia en todas las ciudades alguaciles pagados, desterraba á todos los caballeros y vecinos que eran partidarios del conde de Flandes, y confiscaba sus bienes, dejando muy poca parte de ellos á sus familias.

El señor de Courtricien, caballero flamenco, imitando el ejemplo de Artevelle, recibió en su casa á los embajadores de Eduardo. Felipe indignado mandó al conde de Flandes que le hiciese venir á su presencia: el imprudente baron obedeció y fue degollado. De este modo los castigos mas bien merecidos, eran inicuos y odiosos: porque el poder enfurecido se desdeñaba de observar las formas judiciales, aunque un siglo antes habian sido prescritas en los establecimientos de San Luis.

Felipe, amenazado por esta confederacion formidable, intimó á todos sus vasallos que armasen sus contingentes, y fue obedecido con prontitud, porque la indignacion contra Inglaterra era entonces general: pero estas tropas feudales daban casi siempre á los reyes mas inquietud que fuerza. Marchaban con lentitud, sin orden ni disciplina: vivian del pillage los soldados, y los oficiales solo pensaban en hacer prisioneros y exigir rescates cuantiosos. En fin algunas veces desaparecian estos contingentes en el momento que eran mas necesarios. Lo mismo sucedia con las milicias comunales, cuya obligacion al servicio se limitaba á cierto número de dias. Pasado este término, si queria conservarlas, era menester que las pagase. Otra causa habia entonces de desórden y ruina. La caballería, orgullosa por su nobleza, despreciaba á la infantería y á las milicias comunales, á las cuales daba el nombre de *pietalla*. Era desco-

nocido el arte de hacer subsistir los ejércitos. Los nobles, prelados y vecinos mas ricos suministraban víveres y carros de transporte: pero casi siempre llegaban muy tarde. Es verdad que en el ejército inglés habia la misma indisciplina y los mismos desórdenes: pero los remediaba en parte el carácter activo y vigoroso de Eduardo, mientras Felipe, impetuoso é inconstante, los agravaba.

Guerra entre Inglaterra y Francia (1338). El numeroso ejército del rey de Francia se reforzó al principio considerablemente con socorros estrangeros. El rey de Bohemia, suegro de Juan, duque de Normandía, trajo sus tropas: tambien llegaron ausiliares del rey de Castilla, y los genoveses armaron veinte navíos á favor de Francia. Con estas fuerzas los franceses habrian triunfado probablemente de sus enemigos, y aun impedido la invasion, si el espíritu de discordia no hubiera resfriado su celo. El gobierno arbitrario de Felipe fue la principal causa de las desavenencias. Francia se sometió sin murmurar á los primeros impuestos: pero estos se agravaron progresivamente de tal manera, que en todas partes hubo alborotos. Los estados de Normandía se reunieron, y ordenaron que en lo sucesivo no se impondria ninguna contribucion sin su consentimiento, y despues de haberse demostrado su necesidad para el bien comun del reino. No obstante, ofrecieron al rey, para pelear contra los ingleses, cuatro

mil hombres de armas y cuarenta mil infantes á condicion de que militasen bajo las órdenes del duque de Normandía, heredero de la corona, y que de las contribuciones otorgadas se pagarian treinta sueldos diarios á cada caballero, quince á cada bachiller, y siete y medio á cada escudero. Pedro Roger, arzobispo de Ruan, que despues fue papa, se mostró ardiente campeon de este decreto enérgico y atrevido. En casi toda Francia los prelados y nobles, viendo que el gobierno quebrantaba sus privilegios, se unieron á los pueblos para declarar que en lo sucesivo no se impondria ningun tributo sino con su consentimiento, á causa del bien público y por urgente necesidad. Así se manifestaron los primeros síntomas de oposicion al gobierno de los capetos: oposicion que no habia existido en el siglo de Felipe Augusto y de San Luis: oposicion, que tuvo orígen en el reinado de Felipe el hermoso, por las arbitrariedades de este príncipe. Ya en tiempo de Felipe V, hallándose agotado su tesoro, se habia exigido un impuesto general del quinto de las rentas y de la centésima parte de los muebles en toda la estension del reino, sin escepcion de personas, para aplicar el producto á la estincion del derecho feudal de acuñar moneda y al pago de las deudas del dominio real. Cuando apareció esta ordenanza, los prelados y barones enfurecidos procuraron persuadir á los comunes que el go-

bierno queria aniquilar los derechos y privilegios de todas clases, y que no habia mas remedio para impedir semejante desorden que formar asociaciones como las que se habian juntado siete años antes. Los comunes adoptaron este consejo y se reunieron. El rey quiso emplear la fuerza para disolver estas asambleas: opúsosele grande resistencia y se apeló á la decision de los estados generales, que fueron convocados en 1321; pero nada se hizo, porque el clero se negó á dar su voto sin consultar á todos los obispos reunidos. Estos hechos constan de una instruccion dada por Felipe el largo al consejero Auberto de Roye para asistir en calidad de comisario á la junta provincial de Sens. Esta instruccion conservada en el tesoro de las cartas, es el único monumento que resta de dicha asamblea de estados. Poco tiempo despues, nuevas y multiplicadas asociaciones obligaron al rey á confirmar las promesas hechas y las garantías ofrecidas por Luis X. Como las mismas causas producen siempre los mismos efectos, Felipe de Valois, por sus providencias fiscales y arbitrarias, halló resistencia en todas partes, de la cual resultó la declaracion siguiente: "que el rey no podia imponer ni exigir tributos en Francia sobre el pueblo, á no requerirlo necesidad urgente ó demostrada utilidad, y con el consentimiento de los miembros de los estados generales."

Mientras estas desavenencias alteraban el

reino, comenzaron las hostilidades entre los dos reyes competidores, cuya situacion era tan diversa como su carácter. El Delfinado y la Provenza no pertenecian aun á Felipe: Borgoña, Artois, Henao, Guiena, Flandes y Bretaña eran dominios de vasallos casi independientes. Eduardo, adversario del rey con el título de vasallo, tenia mas poder verdadero: pues ninguno de sus súbditos podria substraerse á su obediencia, escepto los reyes de Escocia, que aun no le reconocian por sóberano. Felipe habia despreciado antes la juventud de Eduardo; porque este príncipe estaba oscurecido en sus primeros años bajo la tutela de una madre orgullosa, corrompida y cruel, y no pudo desplegar su talento ni mostrar la grandeza de su alma, hasta que se libertó de la dependencia en que le tenia Isabela.

El primer acto de la escena sangrienta que comenzaba, pudo ser tenido por agüero siniestro. Guido, bastardo de Flandes, que mandaba las tropas francesas en la isla de Cadsant, situada en la embocadura del Escalda, fue vencido y hecho prisionero por los ingleses, se dejó seducir por Eduardo y abrazó el partido de este príncipe. El honor y fidelidad, que habian sido las virtudes propias de los caballeros, empezaban á desaparecer. Eran frecuentes las rebeliones, las alevosías, las perfidias, los latrocinios y las concusiones. Reinaldos de Normandía, á quien el rey habia confiado una ciudadela del Saintonge, la

entregó á los ingleses, haciendo traicion á Felipe. Habiendo caido despues en manos de los franceses, pagó su delito con la cabeza. Las crueldades que cometieron entrambos reyes al principio de la guerra, manifestaban bastantemente el esceso de su rencor. Eduardo confiscó en Inglaterra todas las propiedades francesas. Rymer dice, que desde entonces comenzó á usar el título de rey de Francia, echando en cara á los barones de este reino haberle privado de la corona que le pertenecia como sobrino de Cárlos IV. "Los grandes de Francia, decia, abusando de mi menor edad, obraron no como jueces, sino como ladrones." En vano el papa le envió dos cardenales exhortándole á la paz.

La fortuna fue por algunos momentos favorable á Felipe. Una escuadra francesa incendió á Portsmouth, y taló los campos y aldeas de la isla de Guernesey. En los Paises Bajos y en el Saintonge las tropas francesas tomaron muchos castillos é hicieron grandes estragos. Abandonado ya el proyecto de la cruzada, los navíos genoveses pasaron al Océano, y las tropas que en ellos venian, mandadas por los almirantes Nicolás Bauchet y Hue Kiriet, desembarcaron en Inglaterra y saquearon algunos pueblos. El condestable conde de Guines, al frente de otro ejército francés, entró en Guiena, y favorecido del conde de Foix, se apoderó de muchas plazas. Las ciudades de Flandes vacilaban: pero habiendo

velo negro, y juraron á sus damas que no se quitarian aquella venda hasta haber hecho grandes proezas.

Entretanto Juan de Henao entregó á las llamas la plaza de Guisa; sus molinos y las aldeas cercanas, y el rey de Inglaterra arruinó los campos y poblaciones de Picardía: estraño modo de ganar el afecto de los pueblos, de quienes queria ser rey. Este príncipe habia entrado en Francia por consejo de sus barones y aliados, que le exhortaron á levantar el sitio de Cambray y penetrar en los estados de su rival. Entonces tomaba públicamente el título de rey de Francia, llevando el escudo y los sellos sembrados de flores de lis, y á Felipe no daba otro nombre que el de conde de Valois. Los flamencos, volviendo á su anterior irresolucion, propusieron al rey de Francia confederarse con él, si les restituía las plazas de Lila, Douay y Orchies. Felipe despreció su propuesta. Como temiesen todavía cometer un pecado violando el juramento que habian hecho recientemente de no hacer armas contra el rey de Francia, Artevelle sosegó sus escrúpulos diciéndoles, que habiendo tomado Eduardo el título de rey, podian combatir, sin faltar á su juramento, contra el conde de Valois. Creyendo segura su conciencia con este subterfugio, abrazaron el partido del inglés, y le prestaron homenage. Eduardo les prometió por su parte que recobrarian las tres ciudades mencionadas.

Felipe, mientras se reunian todas sus fuerzas, se apoderó del condado de Fonthieu, y fortificó las plazas fronterizas de Picardía. Los normandos se le manifestaron muy adictos, y le enviaron un gran número de hombres de armas é infantes. El duque de Brabante fue el único entre todos sus aliados, que eludió la promesa de enviarle tropas. Pronto reunió el monarca bajo sus banderas mas de cien mil combatientes, al frente de los cuales marchó contra el enemigo. Su noble comitiva se componia de los reyes de Escocia, Boemia y Navarra, de los duques de Normandía, Bretaña, Borgoña, Lorena y Atenas, de los condes de Flandes, Henao, Bar, Foix, Armagnac, Auvernia, Vandoma, Harcourt, San Pol, Dammartin, Valentines y Ginebra, y de un gran número de caballeros. Froissard, hablando de este ejército, dice así: "os digo en verdad que nunca se vió una junta de señores mas hermosa que aquella;" y despues de haberlos contado muy circunstanciadamente, añade: "de Gascuña y Languedoc vinieron tantos condes y vizcondes, que sería largo contarlos." Eduardo estaba entonces acampado con todas sus fuerzas en el Cambresis. Los dos monarcas se hallaron presto á la vista uno de otro. Felipe estableció su campo en Viron Fosse, separado de su contrario por una laguna. El inglés envió un rey de armas á su rival, y le pidió que fijase dia para dar la batalla *de poder á poder*. El rey de

Francia aceptó, y señaló, primero el jueves, y despues el sábado siguiente. Los príncipes, oficiales y soldados de ambos ejércitos se confesaron, y despues de este acto religioso, Eduardo y Felipe recorrieron las filas y arengaron á sus soldados inflamando su brio.

Todos creyeron que se daria una batalla sangrienta y decisiva: mas no fue así: los dos ejércitos se retiraron y dispersaron como una tempestad amenazadora disipada por un viento fuerte. Los franceses estaban dispuestos en tres cuerpos, ó como se decia entonces, en tres grandes batallas, compuesta cada una de quince mil hombres de armas y veinte mil de á pie. Los gefes perdieron el tiempo en deliberar cuándo convenia embestir. Unos decian que sería gran vergüenza para el rey no pelear con un enemigo que habia entrado en sus tierras: otros, que una batalla comprometeria el reino, y que contemporizando, el rey de Inglaterra se retiraria faltándole las subsistencias, como le faltaban. El primer dia permanecieron inmóviles los ejércitos, porque era viernes, consagrado á la memoria de la pasion del Salvador. El sábado hicieron presente al rey muchos caudillos que la caballería, fatigada por una marcha muy larga, tenia necesidad de descanso. Al dia siguiente no hubo forrage, y fue preciso esperarlo para dar vigor á los caballos: en fin, al cuarto dia se perdió el tiempo en reconocimientos para pasar sin peligro un desfiladero estrecho y muy

dificil que separaba los dos ejércitos. La misma incertidumbre reinaba en el campamento inglés: dudaban si pasarian el desfiladero para embestir á Felipe, y amenazaban á sufrir escasez de víveres. En esta situacion de cosas, recibió Felipe una carta del rey de Sicilia, que tenia la reputacion de grande astrólogo, en la cual le exortaba á no pelear: porque en aquella estacion le amenazaban las estrellas un gran desastre. El duque de Borbon por motivos mas prudentes apoyó este consejo, haciendo presente que el tiempo era ya frio, que los ingleses, privados de víveres, no podrian mantenerse en campaña, y que era mejor echarlos de este modo sin efusion de sangre, que entregar el destino del reino al trance de una batalla, cuyo suceso sería incierto. Hubo sin embargo un momento en que se creyó que la pelea iba á comenzar. Saltó una liebre entre las dos vanguardias, y ambas la persiguieron dando gritos. Las tropas que estaban detrás, imaginaron que se habia dado la señal del combate: pero los caudillos las contuvieron, y el ejército volvió á la inaccion habitual. Este dia no hizo Felipe otra cosa que dar á muchos guerreros la órden de caballería, y el vulgo militar los llamó *caballeros de la liebre*. El suceso justificó los consejos del duque de Borbon: porque habiendo pasado sin combate el dia que señaló para la batalla, Eduardo, sabiendo que su adversario habia recibido nuevos refuerzos, levantó su

campo y se retiró á Avesnes. El rey de Francia pasó con el suyo á San Quintin. "Así se desbarató, dice Froissard, esta gran cabalgata." Pero el autor anónimo de la crónica de Flandes dice que Felipe pasó con su ejército la laguna que le separaba de los enemigos y ocupó dos dias el campo que habian abandonado los ingleses: y esto concuerda bien con una carta de Eduardo, en que habla del paso de la laguna y de muchos caballeros franceses que estuvieron para ahogarse en ella. El inglés pasó á Flandes, hizo alianza con los flamencos, y volvió á Inglaterra á solicitar del parlamento nuevos subsidios y alistamientos de tropas. Felipe, muy descontento de la irresolucion del conde de Henao, dando oidos solamente á la ira segun solia, mandó á sus tropas saquear los estados de aquel baron. El conde envió al rey un cartel de desafío por mano de Tibaldo, abad de Crespy. Felipe respondió: "mi sobrino es un loco que se espone á ver abrasada toda su tierra." Pero este loco probó que era digno de ser temido: porque se vengó del insulto, tomando varias ciudades que pertenecian al rey, y saqueando sus provincias.

El papa abrazó con celo la causa de Felipe, escomulgó á los flamencos y puso entredicho en su pais, "tan rigoroso, dice Froissard, que no habia sacerdote que se atreviese á celebrar el oficio divino." Esta cesacion del culto en todas las iglesias aterró los pueblos

de Flandes: pero Eduardo les prometió enviarles sacerdotes que dijesen misa á pesar de la escomunion; y con esta seguridad Artevelle los conservó en el partido de los ingleses. Este ardiente faccioso saqueó la provincia de Tournay.

Por su parte el duque Juan, hijo del rey de Francia, hizo crueles destrozos en el Henao y el Cambresis; y como tenia intencion de sitiar muchas plazas, pasó á Cambray y á Douay á pedir máquinas de guerra, llamadas entonces *ingenios*, de donde procede el nombre de *ingenieros.* Estas máquinas, por medio de muelles muy fuertes, arrojaban á doscientos pasos enormes piedras. De una parte y otra se continuó algun tiempo la guerra de latrocinio, y los militares parecian bandidos y no guerreros. El pobre pueblo, víctima siempre de estas querellas, sufria las mas duras calamidades. Los franceses sitiaban la ciudad de Thin l'eveque: y realizando una idea atroz, lanzaron sobre ella con sus ingenios los cadáveres y miembros de los animales que morian en su campamento. Esto produjo horrible contagio en la ciudad, y la obligó á capitular que se entregaria dentro de dos semanas si no era socorrida. Ya acudian á defenderla los brabanzones, las tropas de Gueldres y sesenta mil flamencos. El conde de Henao que mandaba estas fuerzas, envió al señor de Maubuisson á ofrecer la batalla al duque de Normandía: pero Felipe, que llegó en socorro de su hijo, res-

pondió al desafío del conde, que derrotaría, cuando le pareciese, á él y á sus aliados, y penetraria por dos partes en su territorio. Los enemigos no pudieron forzar el paso, y se detuvieron viendo que el campo francés era inexpugnable. La guarnicion de Thin se rindió y evacuó la plaza.

Batalla naval de la Esclusa: tregua (1340). Los triunfos poco decisivos del rey de Francia fueron mas que compensados por la sangrienta derrota que sufrió en una batalla naval cerca del puerto de la Esclusa. Los combates marítimos de aquella época no se parecian á los de ahora. Los buques no eran mas que galeras: se peleaba de cerca: las tripulaciones procuraban destrozar las velas del enemigo con hoces y flechas muy largas, mientras los buzos agugereaban debajo del agua los bajeles. La habilidad de la maniobra consistia en arrojar á los contrarios sobre la costa para que se estrellasen contra los peñascos. Eduardo estaba á bordo de su armada, compuesta solo de doscientos cuarenta buques, cuando la francesa tenia cuatro cientos. Pero los almirantes franceses Kiriet y Bahuchet, discordes entre sí por envidia, no podian convenirse, y daban órdenes opuestas: lo que impedia la unidad de los movimientos. Eduardo, al contrario, mandaba solo su escuadra, que obedecia sus señales sin detencion ni duda.

Los flecheros comenzaron la pelea. Eduardo, herido de una flecha, continuó lidiando

con la mayor intrepidez. Llegaron los bajeles á acercarse, y se aferraron con garfios. La batalla fue larga, y la victoria muy disputada. Estaba todavía indecisa, cuando la armada flamenca, saliendo de su puerto, embistió de improviso á los franceses y los puso en derrota. El almirante Kiriet pereció en el combate: Bahuchet fue hecho prisionero y ahorcado por los ingleses. Si se ha de dar crédito á Rymer y á la crónica de san Dionis, los franceses perdieron en esta batalla doscientos treinta buques y treinta mil hombres: otros historiadores reducen la pérdida de los soldados á veinte mil. Como entonces la guerra no daba treguas á la galantería, hubo, dicen las crónicas, en la armada de Eduardo, gran número de señoras que fueron testigos de aquel horrendo combate.

El rey de Inglaterra victorioso fue recibido en Gante con entusiasmo. Allí reunió sus aliados, y al frente de ciento veinte mil hombres puso sitio á Tournay. La defensa de esta ciudad, confiada al condestable y á dos mariscales de Francia, fue ostinada y gloriosa. Felipe, para conjurar la tempestad que le amenazaba, reunió todas sus tropas entre Lila y Douay.

El pérfido Roberto de Artois, ardentísimo promotor de esta guerra funesta, marchaba contra san Omer. El duque de Borgoña le encontró, le venció y pasó á cuchillo sus tropas. Roberto salió herido de la accion, estuvo

á pique de caer prisionero, y huyó ignominiosamente á Inglaterra. Este príncipe rebelde, antes de embestir á san Omer, habia dicho á los flamencos que le seguian, para escitar su denuedo, que aquella plaza se rendiria á la primera intimacion. "Esta noche, añadió, beberemos el buen vino de san Omer." Esta anécdota, que consta de la crónica de san Dionis, dá á entender que el temple de aquel pais ha variado: pues ahora no se puede cultivar la vid en sus campiñas. El ejército inglés perdió á Gil de Mauny, uno de sus mas valientes caballeros. Mientras Eduardo estaba en Inglaterra antes de la batalla de la Esclusa, habia quedado Mauny en Flandes bajo las órdenes del conde de Salisbury. Las milicias de Cambray salieron de esta plaza y acometieron á los ingleses: su gefe Guillermo Marchand dió en el combate una lanzada tan fuerte al caballero inglés, que falseó la armadura, le atravesó el cuerpo de parte á parte y le derribó en tierra mortalmente herido. El duque de Normandía, acompañado del conde de Flandes, y de los señores de Coucy y de Craon, acometió la plaza de Quesnoy: pero fue rechazado con pérdida por los habitantes, que dispararon contra él cañones y bombardas. La pólvora se habia descubierto poco antes: pero como era ignorado el arte de poner en movimiento los cañones, no se servian de ellos sino colocándolos en lo alto de las murallas de las plazas sitiadas. Parece que desde el año 1338

se usaban para defender las fortalezas: pues en el archivo de Bartolomé de Drac, tesoro de guerra, hay una partida de lo que se le pagó por la pólvora y municiones necesarias para los cañones de Puy Guillaume. Eduardo parecia resuelto á apoderarse de Tournay, y Felipe marchó contra él para obligarle á levantar el sitio de fortaleza tan importante. Así por segunda vez se vieron los dos reyes al frente de sus numerosos y formidables ejércitos: y el premio de la victoria era la corona de Francia.

Unos y otros se preparaban á una batalla sangrienta. Eduardo, para evitar la efusion de sangre, envió á Felipe un cartel de desafío. "Deseamos mucho, decia, acabar pronto para escusar muertes de cristianos. Y como la querella es entre nosotros, quisiéramos que vos y yo la decidiéramos cuerpo á cuerpo, por la razon ya dicha: y creemos, atendida la nobleza de vuestra persona y ánimo, que aceptareis. Y sino, podremos hacer el desafío de cien caballeros de los mejores de vuestro ejército con otros tantos de nuestros hombres ligios. Y sino quereis ni lo uno ni lo otro, señalad dia delante de la ciudad de Tournay, para pelear poder á poder, diez dias despues de la fecha de esta carta." La fecha era así: "De Chay, en los campos de Tournay, 26 de julio de 1340, primero de nuestro reinado en Francia, y 14 en Inglaterra." El sobre era *al conde de Valois.* Felipe respondió que no trayendo la carta

mas que el nombre de Felipe de Valois, y no el título de rey de Francia, no hablaba con él y no tenia respuesta que dar. Sin embargo, reprehendió á Eduardo por haber entrado con ejército en su reino sin razon alguna, y por haber quebrantado la fidelidad que el hombre ligio debe á su señor. Felipe le recuerda espresamente el homenage que le prestó con tanta solemnidad, y cuyo documento tenia en su poder. En cuanto al desafío, Felipe respondió: "nuestra intencion es arrojaros de nuestros estados, cuando nos parezca, para honra nuestra y de nuestro reino, y para bien de nuestro pueblo; y de hacerlo así tenemos firme esperanza en Jesucristo, de quien viene todo poder." La batalla no se dió; sino solo algunos combates parciales entre los flamencos, las tropas de Henao y la guarnicion de Tournay. Unos y otros devastaron y quemaron los campos y aldeas, víctimas siempre de las querellas de los príncipes. Los flamencos estuvieron ya para apoderarse del monasterio de Vicogne: pero el abad acudió prontamente á Valenciennes, y volvió con algunos ballesteros que obligaron al enemigo á retirarse. Felipe se acercó á Tournay, y las sangrientas escaramuzas que hubo junto á las murallas, fueron mas gloriosas para los caballeros que útiles á la causa de los reyes. El conde de Henao incendió las abadías de san Amando y de Marchiennes. Las tropas de Alemania y algunos cuerpos flamencos, aspirando á una empresa

mas importante, sorprendieron el campo francés y embistieron el cuartel del rey. Aquel dia estaba de guardia el señor de Montmorency. Cuando vió las tiendas ardiendo, llamó los caballeros á las armas, ahuyentó al enemigo y le persiguió bastante lejos: pero enagenado de su ardor impetuoso, fue rodeado y poco despues acometido por las tropas del señor de Scoinevorst, que le derribó y á pesar de su larga resistencia le hizo prisionero.

Todos estaban persuadidos á que despues de tantas detenciones los dos ejércitos se darian batalla en los campos de Tournay: pero una princesa, llena de piedad, que fue Juana de Valois, hermana del rey Felipe, suegra de Eduardo, y religiosa en el convento de Fontenelli, horrorizada de la mortandad que se preparaba, se puso entre los dos ejércitos, se arrojó á los pies de los reyes, invocó la asistencia de los barones, les exhortó en nombre del cielo á no derramar sangre cristiana, y á conceder la paz á sus pueblos. En vano se le resiste: ruega, insta, conmueve, enagena á los que la oyen; y logra completo triunfo: el rencor y el orgullo ceden á las súplicas de la virtud: cesa el estruendo de las armas y se entablan negociaciones de paz. Los plenipotenciarios de parte de Francia fueron el conde de Alenzon, hermano del rey, Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, el obispo de Lieja, el duque de Lorena, y los condes de Saboya, Flandes y Armagnac. Eduardo confió sus ple-

nos poderes á los duques de Brabante y de Gueldres. Los intereses de ambos monarcas eran muy opuestos para que fuese posible conciliarlos enteramente: pero se hicieron treguas por un año, durante el cual debia conservar cada uno, dice Froissard, las tierras de que se habia apoderado. Los habitantes de Tournay merecian recompensa por su valor; y Felipe les restituyó las franquicias y privilegios que se les habian quitado mucho tiempo antes. En esta época abandonó el emperador la alianza del rey de Inglaterra, y el papa medió para que se hiciese la paz: pero solo pudo conseguir que se prolongasen un año mas las treguas. Eduardo se retiró, y Felipe licenció su ejército: uno y otro se atribuyeron la gloria en esta campaña, y sus pueblos gimieron por los gravámenes y calamidades que les causó una guerra inútil. El rey de Inglaterra, que no podia jactarse con razon sino de su victoria naval de la Esclusa, halló alterados y descontentos los grandes de su reino, que invocaron de nuevo la grande carta y pusieron muchas restricciones á la prerogativa real. Estos orgullosos barones se abrogaron el derecho de nombrar sugetos para los empleos mas considerables. Eduardo, tan diestro político como soldado valeroso, cedió momentaneamente á sus reclamaciones, y con esta prudente moderacion, logró de ellos subsidios pecuniarios: pero apenas se le otorgaron, protestó contra sus concesiones, y recobró el

poder que los grandes habian ilegalmente usurpado.

Otra lid se habia movido en Alemania dos años antes. La dieta de Francfort de 1338 publicó un acto, llamado pragmática sancion, en el cual declaró que la pluralidad de votos de los electores conferia el trono imperial, sin que fuese necesario pedir el consentimiento de la santa Sede, y que el papa no podia arrogarse ninguna superioridad sobre el emperador en cuanto á confirmar ó desechar su eleccion. A los que sostuvieron la opinion contraria, se les imponia la pena de los delitos de lesa magestad. Pero el mismo Luis de Baviera, á quien esta pragmática cerraba las puertas de Italia donde la carta de Roma tenia mas influjo, la anuló: y los alemanes indignados se opusieron á su voluntad. Luis murió, y los electores dieron la corona á Cárlos IV. Este monarca atendió mas bien á engrandecer su casa, que á sostener los derechos del imperio, que le hubieran suscitado guerras peligrosas con la santa Sede. En Roma un faccioso, llamado Rienzi, tomó el título de *libertador y amigo del universo y de tribuno augusto*, y ejerció algun tiempo la autoridad suprema; pero se vió obligado á huir perseguido de los nobles envidiosos de su fortuna, y cayó en manos del rey de Bohemia que le envió á Aviñon. Despues de haber sufrido siete años de prision, fue puesto en libertad por Inocencio VI, volvió á Roma, recobró en parte su poder, y

murió en una sedicion á manos del mismo pueblo que antes le idolatraba. El pueblo romano, tirano mientras fue rey, faccioso cuando convenia obedecer, estaba casi siempre en rebelion durante la edad media: porque entonces no reconocia al sumo pontífice como monarca soberano, sino como gefe, protector ó primer magistrado de su república, emancipada del imperio de Oriente en el siglo XVIII. El espíritu sedicioso de aquel pueblo cesó, cuando los papas fueron verdaderamente sus reyes, y se estableció y arraigó en la ciudad del Tiber el principio monárquico.

En el siglo XIV estaba el territorio francés dividido entre muchos señores turbulentos, rivales y poderosos: y ni los reyes ni los pueblos podian gozar de paz duradera. Juan III, duque de Bretaña, llamado *el Bueno* por sus vasallos que le amaban, mostró gran celo por la causa de Felipe de Valois. Apenas se hubo retirado del ejército con sus tropas á causa de la tregua de Tournay, fue asaltado de una enfermedad maligna que terminó su vida. Su fallecimiento y la guerra sangrienta que se siguió por la disputa de su herencia, no permitieron á Felipe dejar las armas: porque á pesar de la tregua jurada, este nuevo incidente dió al ambicioso Eduardo pretesto plausible para alimentar con su intervencion la discordia intestina que asolaba los estados de su rival. El rey de Inglaterra reunia en su carácter las prendas y vicios de su tiempo, que mas

celebridad daban á los caballeros y héroes. Su valor llegaba hasta la temeridad: en política y ambicion no conocia escrúpulo ni freno. Su amor á las mugeres, aun casadas, era una especie de idolatría heróica y caballeresca. En fin, era completo modelo de las costumbres de su siglo. Humillado por el mal éxito de sus campañas en Flandes, desde que volvió á Inglaterra, se dedicó enteramente á sosegar y engañar su parlamento, á lograr subsidios y á someter á su yugo los altivos habitantes de Escocia, mas fáciles de vencer que de subyugar.

Habiéndose apoderado de muchas plazas de este reino, y arrojado á los escoceses de una parte del territorio inglés que habian invadido, perdió, en medio de sus victorias, la libertad del alma que entregó ciegamente á la condesa de Salisbury, célebre por su hermosura, cuyo marido, que era uno de sus mas fieles caballeros, habia quedado prisionero peleando en su favor. Esta bella heroina defendia entonces un castillo contra los escoceses que le habian puesto sitio. Eduardo marchó en su socorro, ahuyentó al enemigo, la vió, la amó y le declaró su pasion. Esta anécdota, contada sencillamente por Froissard, manifiesta que las mugeres conocian mejor que los caballeros de aquella edad los deberes que les prescribian la virtud y la religion. Si para conservar su poder permitian los obsequios, sabian resistir á la seduccion y al vicio. Admitian el incienso

que se les tributaba: pero inspiraban al mismo tiempo veneracion. Un dia, que la condesa hablaba al rey de los negocios de su familia, "*¡Ah señora! replicó el rey, otro tormento me aflige mas de lo que pensais: porque vuestro donaire, discrecion, nobleza, gracia y hermosura me han enamorado á tal punto, que es fuerza que me correspondais: pues vuestros desdenes no lograrian disipar mi pasion.*" Atónita la bella dama respondió: *¡Ah querido señor mio! no os burleis de mi, ni hagais prueba de mi corazon: porque no puedo creer ni pensar que sea verdad lo que decis, ni que un príncipe tan noble y generoso piense en deshonrarme á mi y á mi marido, que es tan valiente caballero, que os ha hecho tantos servicios como sabeis, y que aun está cautivo por vuestra causa. Pensamiento tan vil está lejos de mi corazon, y lo estará Dios mediante, por ningun hombre nacido: y si yo delinquiera, vos deberíais no solo corregirme, sino castigarme y hacerme pedazos, para dar ejemplo á las demas de ser leales á sus maridos.*" Eduardo afligido, perdió la esperanza, pero no el amor: y se mostró constante en su cariño, como la dama en la esquivez. Poco tiempo despues, en una fiesta que hubo en palacio, se le cayó bailando una liga á la condesa: el rey la recogió con tanta indiscrecion y viveza, que ella se avergonzó, y todos los circunstantes murmuraron, *Honny soit qui mal y pense* (ruin sea quien ruinmente piense)

dijo el rey á su corte. E instituyó el orden de la Jarretiera (liga) con número fijo de veinte y seis caballeros. Rapin Thoiras cree fabulosa esta narracion: pero el nombre y divisa del órden prueban la verdad del hecho, dice otro historiador.

Guerra de Bretaña: sitio de Hennebon (1341). Felipe no mezclaba, como su rival, la galantería con la política. Su ánimo orgulloso, pero débil, se sentia abrumado con la multitud de negocios que turbaban la tranquilidad pública. Habia creido que se ejecutaria la última voluntad de Juan III de Bretaña, y que Cárlos de Blois, marido de la sobrina del difunto duque, gozaria pacíficamente de su herencia: y así recibió con tanta sorpresa como despecho la noticia de que el conde de Montfort, con celeridad y atrevimiento inesperado, se habia hecho dueño de una parte de Bretaña, y sembrado los gérmenes de una guerra civil que duró mas de veinte años. Pero teniendo por contrarios á muchos señores de Bretaña, pasó á Inglaterra á reclamar la proteccion de Eduardo.

Felipe indignado convocó el parlamento, al cual concurrieron muchos grandes y señores. Montfort fue citado, y se presentó con osadía en París, acompañado de cuatrocientos caballeros. Llegó á palacio, donde le esperaban el rey Felipe, los doce pares y muchos barones de Francia. El monarca le reprehendió severamente, diciéndole: "os ha-

beis apoderado sin ningun derecho del ducado de Bretaña, desheredando á un pariente mas cercano, y ademas, habeis ido á mi enemigo el de Inglaterra, y segun me han dicho, habeis reconocido tener el ducado de él como vasallo suyo." A estas palabras, que se hallan en la crónica de Froissard, respondió Montfort. "¡Ah querido Señor! no lo creais: porque en verdad que estais mal informado. Ni hice eso, ni lo haré. Pero siendo hermano del difunto duque, ninguno es pariente tan cercano como yo: y no soy rebelde, pues solo defiendo mi derecho." Felipe le replicó: "señor conde, basta: yo os mando, por todo lo que teneis y debeis tener de mí, que no salgais de París en quince dias: término, en que los barones y los doce pares juzgarán de la proximidad del parentesco. Entonces sabreis cuál es vuestro derecho; y si otra cosa hiciéredes, me enfadareis." El conde respondió: "señor, lo que querais," y se retiró. Montfort no habia dicho verdad: porque efectivamente ofreció á Eduardo prestarle homenage: "lo que el rey de Inglaterra, dice Froissard, oyó con placer: porque lo imaginó muy útil para su guerra con Felipe, no pudiendo tener entrada mejor y mas cómoda en Francia que por Bretaña. Así, mientras peleó con el auxilio de alemanes, flamencos y brabanzones, tuvo que gastar mucho, y tanto los gefes de estas tropas auxiliares como los señores del imperio recibian su oro y plata sin querer

hacer nada. Peró las alteraciones de Bretaña, le ofrecian mas provecho á menos costo."

El parlamento procedió sin tardanza al exámen de este gran pleito entre los dos pretendientes al ducado de Bretaña: mas como empezó por una providencia severa, exigiendo la restitucion de algunas sumas que Montfort habia tomado en Nantes, el conde temió ser preso, quebrantó la palabra dada al rey, y huyó precipitadamente á Bretaña, dejando en París un procurador encargado de defender su causa. En el derecho público del ducado, dice juiciosamente M. Daru, debió buscar el parlamento los principios de su decision: pero estos mismos principios no estaban fundados sino en hechos. Hasta entonces, escepto en los momentos de crísis y revolucion, la soberanía se habia transmitido de baron en baron segun el derecho de primogenitura: los hijos habian escluido siempre á sus hermanas, aun cuando tuviesen estas mas edad: pero á falta de hijos, las hijas habian sucedido en la herencia paterna con esclusion de los parientes mas lejanos. Muchos ejemplos antiguos y recientes demuestran que las mugeres no eran inhábiles para recibir y transmitir la corona: pero las que se citaban, habian sucedido inmediatamente á sus padres, ó reunian en sus personas los derechos de las madres, padres y hermanos que habian reinado sucesivamente. Pero en el caso que se ofrecia, la sucesion era de un príncipe que falleció sin

hijos. El hermano, á favor de su sexo, decia que era el pariente mas cercano; y la sobrina reclamaba los derechos de su padre, que no podian invalidarse pasando de una generacion á otra. Los dos concurrentes alegaban tambien sus conexiones con la casa real de Francia. El uno descendia en línea recta de Luis el gordo: el otro pertenecia á una familia, enlazada muchas veces con la real, y él mismo era hijo de Margarita de Valois, hermana del monarca reinante. Así que, Felipe tenia que sentenciar entre dos parientes.

Se han conservado muchos alegatos, presentados al parlamento en esta ocasion, y que son monumentos curiosos del gusto y espíritu del siglo. En ellos se mezclaban, con mas celo que discernimiento, la ley divina y natural, el derecho romano y el feudal, los usos y los cánones. Montfort invocaba el derecho público de la monarquía, el de los feudos, el del dominio de la corona y aun la ley sálica, tan recientemente alegada en favor de Felipe V y Felipe VI. Se apoyaba ademas en el uso del ducado de Bretaña, donde el hermano menor escluía á la hija del mayor: alegaba la incapacidad del bello sexo para obtener un feudo que atendida su naturaleza, ni podia ser poseido ni defendido por mugeres: refutaba los ejemplos tomados de la historia de Bretaña, diciendo que este pais no se habia identificado con Francia y con la legislacion francesa, hasta que se agregó á la dignidad de duque la de

par. En fin, citaba á favor suyo, probando la incapacidad de las mugeres para gobernar los hombres, el Antiguo y Nuevo Testamento, los filósofos de Grecia y Roma, y el ejemplo de la Vírgen María, que no sucedió á su hijo, ni en el gobierno temporal ni en el espiritual: y concluía diciendo: "las mugeres no pueden suceder en la dignidad de par: porque los pares son consejeros del rey, y en su coronacion deben echar mano á la espada: y ¿qué sucederia si todos los pares de Francia fuesen hembras?"

Cárlos de Blois, su competidor, decia con mas acierto, que estando reconocido en Bretaña el derecho de representacion, su muger Juana de Penthievre habia heredado todos los derechos de su padre: que era falso que las mugeres no pudiesen ser pares de Francia, pues poco antes la condesa de Artois habia heredado de su padre esta dignidad con preferencia á su sobrino. El parlamento, que atendia á los intereses mas que á los argumentos, sentenció que el ducado de Bretaña pertenecia á Cárlos de Blois. Voltaire observa muy ingeniosamente que en esta ocasion los dos reyes procedieron contra sus mismas pretensiones: porque el rey de Inglaterra, hijo de Isabela de Francia, y que debia sostener los derechos de las mugeres, defendia la causa de Montfort y de los varones; cuando el rey de Francia, interesado en mantener la ley sálica, se declaraba á favor de Juana de Penthie-

vre y de las mugeres. Leveque, cuya opinion parece fundada, dice que la Bretaña era feudo femenino, pues habia recaido en la casa de Dreux por el casamiento de Pedro Mauclere con Alix de Bretaña. Cárlos de Blois, segun la decision del parlamento, hizo homenage al rey como duque de Bretaña y par de Francia.

Juan, duque de Normandía, marchó con un ejército á Bretaña para llevar á efecto la sentencia del parlamento. Bajo sus banderas militaban los duques de Borgoña y de Borbon, el conde de Alenzon y el condestable de Francia. Cuando Montfort llegó á Nantes, convocó una junta de prelados y barones. De siete obispos, cinco le reconocieron por duque: los otros dos dijeron que en materia tan importante no debia procederse sin exámen mas detenido. Pocos señores se atrevieron al principio á abrazar el partido de Montfort, porque temian las armas de Francia: pero su número aumentó en breve cuando le vieron apoderarse de los tesoros del difunto duque, y prometió repartirlos con ellos. Los defensores de este príncipe eran el rey de Inglaterra, Roberto de Artois, un cuerpo de mercenarios alemanes y la mayor parte de las ciudades de Bretaña. La nobleza de este pais estaba tambien dividida entre los dos competidores: pero Froissard dice que Cárlos de Blois tuvo siempre en su partido *de cada siete, cinco*. El duque de Lorena, el de Atenas, un cuerpo au-

siliar de españoles y otro de flecheros genoveses, reforzaron el ejército de Cárlos. En esta guerra memorable tremolaron sobre los campos de Bretaña las banderas de casi todos los príncipes de Europa. Se peleó en tierra y mar: los reyes de Francia, Inglaterra y Navarra se presentaron en los campos de batalla, y grandes proezas hicieron célebres los nombres de Beaumanoir, Clisson y Duguesclin.

Montfort, habiendo reunido sus partidarios y levantado tropas, comenzó las hostilidades, y se apoderó de Brest, Rennes, Hennebon y Auray: y para asegurarse definitivamente de la cooperacion de Eduardo, le rindió homenage y se declaró públicamente su vasallo. Pero informado de la marcha rápida de los franceses, volvió á Nantes, donde le sitió el duque de Normandía. Los habitantes de esta ciudad se aterraron, y queriendo conservar sus bienes y familias, trataron secretamente con los caudillos del ejército sitiador. Montfort, vendido, hubo de entregarse prisionero: y aunque tenia un salvoconducto del duque, no le valió y fue preso por orden del rey, llevado á París, y puesto en la torre del Louvre muy bien guardado. El rencor de los dos partidos y la ferocidad de las costumbres era tal, que el ejército que peleaba á favor de Carlos de Blois en el sitio de Nantes, comenzó su ataque lanzando á la plaza las cabezas de treinta caballeros bretones, partidarios de Montfort, que habian caido prisioneros.

El cautiverio del conde parecia que terminaba la guerra y la disputa: pero una muger valerosa las continuó. Margarita de Flandes, condesa de Montfort, cuyo ánimo era indomable y constante á toda prueba, hábil en el consejo, intrépida en los combates, y que tenia, como dice Froissard, corazon de leon, en vez de abatirse por el primer revés, sostuvo los derechos de su cautivo esposo. Escitó sus amigos á la venganza, se preparó á la guerra, cubrió su frente del yelmo, trenzó el arnés, esgrimió la espada, fortifizó sus plazas fuertes, se retiró á Brest, y envió á Inglaterra su hijo, que tenia cuatro años, para escitar la compasion de Eduardo. Antes de separarse de él, dijo á sus partidarios esta heroina: "señores, no os aterreis por haber perdido á mi señor: no era mas que un soldado. Veis aquí á mi niño, que si Dios quiere, será su libertador y os hará muchos bienes." Gran número de bretones tomó las armas á favor suyo.

La condesa habia ofrecido casar su hijo con la hija de Eduardo, dándole en dote el ducado de Bretaña. El rey de Inglaterra, codicioso de una presa tan rica, alistó tropas, equipó una armada, y encargó al valiente Mauny, pariente del que murió en los campos de Cambray, la conduccion de estas tropas al continente. Mauny se embarcó: pero los vientos le fueron contrarios, y no pudo llegar tan pronto, como exigia el peligro de

la condesa, sitiada entonces en el castillo de Hennebon por Cárlos de Blois, que ya se habia apoderado de Rennes. La guarnicion de la fortaleza era corta, y su entrega parecia cierta: pero la intrépida condesa inspiró su valor á los habitantes. Recorriendo á caballo la ciudad, exortó á todos á defenderse con vigor: persuadió á los viejos, á las mugeres, á las doncellas y aun á los niños que reparasen los muros, y llevasen á las almenas piedras y cántaros llenos de cal viva para arrojarlos sobre el enemigo. Los sitiadores dieron muchos asaltos: pero siempre se retiraban aterrados con las vigas, piedras, cal y agua hirbiendo que caían sobre ellos.

Durante la pelea, observó la condesa desde una torre que toda la caballería enemiga habia salido de los reales para hacer el último esfuerzo contra la plaza. La heroina de Bretaña sale entonces de la ciudad con trescientos caballeros, por un portillo secreto, dá un largo rodeo, llega sin obstáculo al campamento francés, y no hallando en él sino pages atemorizados, entrega á las llamas los pabellones y las tiendas. Despues de esta accion atrevida, procura volver á la plaza: pero los enemigos le habian cortado el camino. Corre inmediatamente á Auray, reune seiscientos hombres de armas, y cinco dias despues se presenta con ellos, dá vuelta al campo enemigo, fuerza los puestos de los sitiadores, y entra triunfante en Hennebon, anun-

ciando su llegada á los franceses admirados el sonido de las trompetas.

Pero poco despues estuvo á pique de perder el fruto de su constancia y de sus heróicos esfuerzos. Los sitiados no tenian víveres suficientes: las máquinas de guerra de los sitiadores les hacian mucho daño, y en un asalto, ademas de perder mucha gente, quedaron lastimadas las murallas. Los mas intrépidos creían ya que no era posible prolongar la resistencia. El obispo de Leon de Bretaña, no se sabe si por traicion ó por cobardía, aumentó el desaliento, propuso que se capitulase, pasó al campamento de Cárlos de Blois, y volvió á la plaza á persuadir la rendicion bajo promesa de amnistía. Ensalzó la clemencia del vencedor: pero advirtiendo que no debian perder un momento para capitular, sino querian los habitantes esponerse á ser pasados á cuchillo en el nuevo asalto que se preparaba. A estos discursos, y al terror que difundian en el pueblo, opuso la condesa su valor, su elocuencia y su ejemplo. Concediósele término de tres dias, y á principios del tercero tendió la heroína la vista sobre el mar, buscando en él algun medio de fuga ó de salvacion; cuando de improviso le vé cubierto de un gran número de velas. Esta era la escuadra de Mauny. que entra en el puerto, desembarca con su ejército, y reanima el valor de los habitantes que se creían perdidos. "Entonces, dice Froissard, bajó la condesa del palacio con grande alegría,

y besó al señor Gualtero de Mauny y á sus compañeros uno despues de otro, y dos ó tres veces. Bien se pudo decir que era una dama valerosa." En este momento habia salido de sus reales Cárlos de Blois para someter á Vannes y á Auray, dejando el mando del sitio á Luis de la Cerda, descendiente de Alonso el sabio, rey de Catilla. Este general embarcó seis mil hombres en unos bageles de comercio, é intentó desembarcar cerca de Quimperlay: pero Mauny le persiguió con su armada, y le derrotó de manera que solo pudo salvar trescientos hombres de su espedicion. La gloria adquirida por la condesa de Montfort resonó en toda Francia, y escitaba la admiracion pública ver á una muger, como dice el conde Daru, "en la flor de la juventud, del valor y de la hermosura, oponiendo su invencible intrepidez al miedo, disfrazado en prudencia, que aterraba á los habitantes con la pintura de los horrores del asalto para que se sometiesen á una capitulacion ignominiosa." En todos los palacios se hablaba de esta heróica condesa, que visitaba incesantemente los puestos avanzados, que era la primera en los ataques y la última en las retiradas, y que se hallaba siempre en los sitios donde habia peligro. Su ardor belicoso se comunicó hasta á los burgueses mas tímidos: las mugeres mismas, enardecidas con su ejemplo, participaban á porfía de sus afanes y riesgos. En fin, el celo y lealtad de los caballeros que milita-

ban en sus banderas, tenia todo el entusiasmo de una pasion novelesca.

Segundo sitio de Hennebon (1342). Cárlos de Blois se presentó segunda vez ante los muros de Hennebon: pero los sitiados, orgullosos con la memoria de la anterior defensa, y animados siempre por la condesa de Montfort, gritaban al enemigo desde las almenas: "no sois bastantes: id á buscar á vuestros compañeros que duermen en los campos de Quimperlay." Luis de la Cerda, irritado por este insulto, pidió á Carlos de Blois y obtuvo el permiso de dar muerte á dos caballeros bretones del partido de Montfort, llamados Juan le Bouteiller, y Huberto Dufresnoy, que habian herido y muerto á un sobrino suyo: atrocidad permitida por el bárbaro derecho de la guerra que aun duraba entonces. Pero los sitiados, viendo alzarse el cadalso enfrente de sus muros, hicieron una salida. Amaury de Clisson empeñó el combate, y acometió de frente á los franceses, mientras Gualtero de Mauny rodeó el campamento, penetró hasta la tienda de Luis de la Cerda, y salvó los dos prisioneros. El sitio de la plaza se levantó poco despues.

Margarita de Montfort habia pasado á Inglaterra á alistar nuevas tropas, y volviendo con una armada de cuarenta y seis bajeles, encontró á la altura de Guernesey la de los franceses que constaba de veinte y dos navíos grandes tripulados por genoveses y man-

dados por Cárlos de Blois. El combate fue largo y sangriento: los buques ingleses, siendo de menor tamaño, tuvieron al principio alguna desventaja cuando los abordaba el enemigo. Pero la condesa, presentándose en el puente de su bajel, ceñida de una cota de mallas y con una hacha en la mano, animaba á sus guerreros con el ejemplo, y arrostraba intrépidamente los dardos y las barras de hierro que le tiraban los genoveses. La noche terminó la batalla: al dia siguiente separó las escuadras una tempestad, y el resultado de esta accion fue apoderarse Cárlos de Blois de cuatro navíos ingleses. La condesa desembarcó en Bretaña, y asaltó y tomó á Vannes. Esta plaza, cuyo mando dió á Roberto de Artois, fue recobrada por Hervé de Leon, Roberto de Beaumanoir, condestable de Bretaña, y Oliveros Clisson. Dos héroes de esta última familia servian en los dos partidos opuestos.

Roberto de Artois, herido en el asalto, huyó á Inglaterra donde murió, con el remordimiento de haber quebrantado todas sus obligaciones, y de haber causado á su rey y á su patria las mayores calamidades. Eduardo pasó en persona al continente como ausiliar de Margarita. Recibió los homenages del obispo de Quimper: mas no pudo tomar á Nantes ni á Rennes, que los franceses ocupaban, ni aun á Rohan ni á Pontivi, plazas menos importantes. Felipe de Valois marchó contra él, y llegó con su ejército hasta Ploermel,

Tregua de tres años con Inglaterra (1343).
Se esperaba una accion decisiva: pero el 19 de enero de 1343 dos cardenales, enviados del papa, lograron que se hiciesen treguas por tres años, y que los dos rivales nombrasen al sumo pontífice árbitro de sus desavenencias. Mas no por eso se suspendió la guerra en Bretaña: porque en la convencion se dejó á los dos competidores Blois y Montfort la libertad de sostener sus derechos con las armas, con tal que los dos reyes no tomasen parte en la lid.

Felipe se hallaba sin dinero: y buscando recursos para arreglar la hacienda, que solo podia restablecer una administracion sabia y económica, creó un impuesto sobre la sal, muy productivo, pero muy odioso, porque era dañoso á la agricultura, gravitaba sobre un artículo de primera necesidad, y ofendia á los pobres mas que á los ricos. Diósele el nombre de *gabela*, ó de la palabra sajona *gapel*, que significa impuesto, ó segun Mezeray, de un vocablo que en hebreo significa junta: porque se creía que una junta de judíos habia aconsejado al rey que echase esta contribucion. Mas no fue esta la primer vez que se cobraba este impuesto: pues una ordenanza de S. Luis concedió á la ciudad de Aguas muertas exencion de un tributo que pagaba sobre la sal. Mas como se creía nuevo este gravámen, grangeó mucha odiosidad y *mala gracia*, como dice Froissard, á Felipe de Valois. Muchas

sediciones hubo en Orleans, Compiegne y Normandía: y entre los descontentos hubo algunos que gritaban en público que los derechos de Eduardo al trono eran superiores á los de Felipe. Fueron castigados con rigor, y los ánimos se irritaron mas. El rey de Inglaterra llamaba á Felipe *autor de la ley salica*, jugando del vocablo. Felipe, para despicarse, llamaba á Eduardo *mercader de lana:* despique ridículo, pues recaia sobre la proteccion que el rey inglés daba al comercio é industria de este ramo; proteccion y solicitud, que en vez de envilecerle le honraban.

Felipe, ademas de gravar con impuestos á sus propios vasallos, exigia tambien tributos de los de sus barones: y en vez de adquirir fuerzas con estas injusticias y este desprecio de las leyes, perdió el amor de los franceses, y debilitó el celo con que habian sostenido hasta entonces su causa contra Eduardo. El rey de Francia, advertido, aunque tarde, de las quejas de su pueblo, suprimió cuatro años despues la gabela: pero los estados generales concedieron á su hijo Juan el restablecimiento de este tributo; mas productivo, decia el cardenal de Richelieu, que los tesoros que enviaban entrambas indias al rey de España.

Muerte de Santiago de Artevelle (1344). En este año murieron los reyes de Nápoles y Navarra, y el papa Benito XII, que dejó rica la iglesia, y pobre su familia, á la cual solo dió buenos ejemplos y prudentes consejos. Ru-

gero, arzobispo de Ruan, le sucedió y tomó el nombre de Clemente VI: pero no le imitó: antes bien enriqueció á sus sobrinos.

El rey de Nápoles dejó á Juana su hija un trono colocado junto á un volcan como su capital. Cárlos el malo, hijo del rey de Navarra, tomó, para desgracia de los franceses, posesion del reino bajo la tutela de su madre. Felipe habia cometido el yerro gravísimo de aconsejar á los escoceses que hiciesen tregua con Eduardo: y este, desembarazado de la guerra de Escocia y de Bretaña, fijó la atencion en Flandes y Guiena, que era donde mas le importaba contrarestar el influjo de su competidor. Y así sin perder tiempo pasó á Bélgica á favorecer los designios de Artevelle, que trataba entonces de persuadir á sus paisanos que nombrasen conde al príncipe de Gales: temeroso de caer algun dia bajo el poder de Felipe. Eduardo se vió con él, le honró sobremanera, le animó con regalos, y prometió enviarle socorros: pero cuando uno y otro se creian casi seguros del logro de sus ideas, los diputados de las ciudades flamencos declararon que aunque eran aliados de Inglaterra contra Francia, no por eso depondrian al conde su señor.

Artevelle, sorprehendido, mas no desalentado, pensó que triunfaria de su resistencia, como otras veces, por la fuerza, la astucia ó el soborno. Ya tenia introducidos quinientos ingleses en la ciudad de Gante: pero

su imperio sobre la muchedumbre habia acabado: el pueblo, que antes le respetaba como protector de sus derechos é independencia, no le miró ya sino como un espía y un agente, pagado por un príncipe estrangero. Los vecinos de Gante, indignados de ver las tropas inglesas, se reunen en tumulto, toman las armas, rodean la casa de Artevelle y matan á los que quieren defenderla. "¿Qué quereis, buena gente? les dijo entónces Artevelle desde la ventana: ¿quién os altera? ¿por qué estais enfadados contra mí? Decidlo, y os complaceré." "Queremos, respondieron hablando todos á la par, ver las cuentas del tesoro de Flandes que habeis gastado sin razon." «En verdad, señores, replicó Artevelle con mucha mansedumbre, no he tomado un ardite de ese tesoro. Suplícoos que os volvais á vuestras casas, y mañana por la mañana daré la cuenta á toda satisfaccion." «Nada, nada, gritó el pueblo enfurecido: no os escapareis: ahora mismo la habeis de dar. Sabemos que habeis dejado vacío el tesoro, y enviado el dinero á Inglaterra sin decirnos nada: por lo cual cumple que murais." El infeliz, lleno de terror, les recuerda en vano sus servicios, el juramento que habia hecho de defenderle, la prosperidad del comercio, la suavidad de su gobierno, y las grandes cantidades de lanas y de otros géneros que habian recobrado por su solicitud. Interrumpiéron-

le con injurias y pedradas; gritáronle que bajase y no predicase desde tan alto, y que restituyese pronto el dinero que habia robado. Artevelle procuró escaparse por un postigo falso que tenia la casa: pero todos los pasos estaban cogidos. "En fin, dice Froissard, le cogieron y mataron sin misericordia. El último golpe lo recibió de un tejedor, llamado Tomas Denys. Así feneció Artevelle, que fue en su tiempo dueño de Flandes. Pobres le ensalzaron al principio, y malvados acabaron con él al fin."

Nuevo rompimiento con Inglaterra: sitio de Aiguillon (1345). Eduardo, destruidos sus designios con esta catástrofe, se volvió á Inglaterra, sin poder lograr otra cosa de los flamencos, que le respetaban, sino que no harian treguas con Francia sin su participacion. El monarca inglés habia tratado con sumo rigor á los prisioneros hechos en Bretaña: y así, sorprendió mucho que diese libertad al valiente Oliveros de Clisson y á muchos de sus amigos. Felipe pudo en este tiempo lograr por la mediacion del papa una paz durable con Eduardo: las dificultades estaban ya zanjadas, y los ánimos reconciliados: pero un acto de arbitrariedad y de tiranía volvió á encender los rencores y destruyó toda esperanza de pacificacion.

Celebrábase en París, segun la costumbre de aquel siglo, un torneo, al cual con-

currieron Oliveros de Clisson, y muchos señores de Bretaña, que venian en la comitiva de Cárlos de Blois. Felipe dió crédito á un denunciador, que le dijo haber venido aquellos señores á París con el intento de darle muerte, ganados por el oro y promesas de Eduardo: y como era fácil á la ira é impetuoso, los mandó prender y degollar sin formalidad alguna de justicia. M. Daciers, en sus comentarios sobre Froissard, cotejando diferentes crónicas, deduce de sus narraciones que era cierta la alianza secreta de aquellos señores con Eduardo, y asegura, que el conde de Salisbury, en cuyo poder estaban los documentos justificativos de la traicion, los habia entregado al rey de Francia, quizá por el enojo que le causaba el amor del rey de Inglaterra á su muger. Pero aunque estuviese demostrada con evidencia la alevosía, no por eso Felipe fue menos injusto, y aquellos nobles fueron asesinados, pues no fueron juzgados. "Estos suplicios, dice M. Daru, cuando no son jurídicos, inspiran mas horror que miedo."

Catorce fueron los gentiles hombres degollados en medio de los mercados de París: á saber, Clisson, los señores de Avangour y de Laval, Godofre de Malestroit y Juan su hijo: Juan de Montauban, Alano de Quedillac: los tres hermanos Guillermo, Juan y Oliveros de Brieux, Dionisio Duplessis, Juan Malart, Juan de Senedavie, Teovaldo de

Morilhan y Dionisio de Calac. La cabeza de Clisson fue llevada á Nantes y clavada en una de las puertas de la ciudad. "No contento con esta crueldád; dice Pedro Lebeau en su Historia de Bretaña, mandó Felipe prender á Enrique, hermano de Malestroit, que era diácono: y como el obispo de París le habia reclamado por clérigo, mandó llevarle á la ciudad sin sombrero, atado con cadenas de hierro y sentado en un carreton sobre una viga atravesada, para vilipendiarle y ponerle á la vergüenza. Despues, habiendo impetrado del papa su degradacion, le mandó poner en una escalera á vista del pueblo, que enardecido á favor del rey, le apedreó: de cuyos golpes murió tres dias despues." Froissard añade: "estas muertes desagradaron á las familias de las víctimas, y resultaron de ellas grandes males y alborotos en Bretaña y Normandía, y muchas quejas en París, que el rey no pudo acallar." La nobleza de Francia, que nunca habia sufrido semejante abuso de autoridad, estaba indignada: Eduardo enfurecido queria vengarse en Enrique de Leon su prisionero: pero vencido por los ruegos del conde de Derby, le dió libertad con pequeño rescate, á condicion de que desafiase de su parte á Felipe, y le declarase que habia roto la tregua, dando muerte infame á tan valientes caballeros de Bretaña y Normandía.

Godofre de Harcourt, muy querido hasta entonces del rey de Francia, cayó en disfavor;

y temiendo la suerte de Percy, de la Rochetenon, y de Bacon, caballeros normandos, á quienes Felipe mandó dar muerte, huyó á la corte del duque de Brabante; procuró, aunque en vano, reconciliarse con el rey, se pasó á Inglaterra, y reconoció á Eduardo por rey de Francia. Así la arbitrariedad de Felipe aumentaba el partido de su competidor.

Juana de Belleville, viuda de Oliveros de Clisson, imitando á las dos heroinas de Bretaña, en vez de dejarse abatir por el dolor, trató de vengar la muerte de su esposo, mas bien que de llorarla; y habiendo reunido algunos caballeros, marchó contra un castillo, donde habia guarnicion del rey: dejó en emboscada una parte de su gente, y se presentó á la puerta sólo con cuarenta caballeros. Los del castillo ignoraban la suerte de Clisson, y recibieron á su esposa sin desconfianza. Al dia siguiente salió con pretesto de cazar; y á poca distancia de la muralla tocó la vocina. Sus guerreros acuden á esta señal, rompen las puertas, y pasan á cuchillo toda la guarnicion. Juana recibe nuevos refuerzos, y sorprende ó toma por asalto plazas mas importantes, donde ejerció crueles venganzas. Felipe, informado de estas represalias, confiscó los bienes de Clisson, y los repartió entre sus validos. Juana, á quien nada intimidaba, y cuya ira inflamó esta nueva ofensa, tripuló algunos bajeles, robó las costas de Francia, apresó muchos buques del rey, y cargada de rico botin

gresos que hacian los ingleses en el Mediodia, envió, aunque tarde, á su hijo el príncipe Juan en socorro de las provincias invadidas. El duque de Normandía, activo, generoso y valiente, tenia todas las cualidades brillantes propias de los caballeros de aquel siglo. Tomó la ofensiva, obligó al valeroso Derby á volver atrás, y recobró algunas fortalezas; entre ellas á Angulema, defendida por un oficial inglés, llamado Norwick. Este, sorprendido con un asalto imprevisto, y no teniendo víveres, corria riesgo de verse obligado á rendirse á discrecion; pero una astucia singular le salvó del peligro. La víspera de la Purificacion salió de la plaza, y preguntó por el príncipe. Este le dijo "si venia á capitular." "No, respondió el inglés: pero siendo uno y otro devotos de la Vírgen, os pido en cortesía que se suspendan las hostilidades por el dia de mañana, que es su fiesta." "En hora buena," respondió el príncipe. Al dia siguiente salió Norwick de la plaza con toda su guarnicion y equipages. Los comandantes de los puestos franceses le preguntan á dónde iba; y él respondió: "me aprovecho de la tregua para pasear mi tropa." Refirieron esto al príncipe Juan, y dijo: "por Dios que el ardid es de ley. Dejádlos ir, y contentémonos con la ciudad."

Recobrada Angulema, sitió el duque de Normandía, al frente de cien mil hombres, la fortaleza de Aiguillon, que se habia entre-

gado por traicion á los ingleses. Este sitio fue memorable por los muchos asaltos dados y resistidos con igual intrepidez. En uno de ellos fue herido el hijo del duque de Borgoña, y murió á pocos dias. Sabiendo las victorias de Juan, Eduardo se embarcó con prontitud á principios de junio. Su armada se componia de doscientos bajeles; y su ejército de cuatro mil hombres de armas, diez mil soldados y diez mil flecheros. Todos creyeron que sería Guiena el principal teatro de la guerra: mucho mas cuando en el Mediodia estaban mas enconados los ánimos contra Felipe por sus violencias, prodigalidades y disoluciones, y por sus violaciones continuas de los derechos y privilegios de las clases. Es verdad que los caballeros no eran mejores que Felipe: olvidados de la antigua sencillez de costumbres, se mostraban siempre sedientos de oro; robaban á sus vasallos, y estaban dispuestos á vender sus servicios al rey de Inglaterra para satisfacer las necesidades insaciables del lujo. Muchos de ellos, cuyos bienes habia confiscado Felipe, se alistaron por indigencia en las banderas de Eduardo. Godofre de Harcourt, el mas maltratado y fogoso de estos, gozaba entonces de todo el favor y confianza del monarca inglés.

Tempestades violentas se opusieron á la navegacion de la armada británica y dispersaron sus bajeles. Godofre de Harcourt se valió de este accidente para persuadir á Eduar-

do que dejase el viage de Guiena y desembarcase en Normandía, donde se hallaba un gran número de caballeros, decia, dispuestos á seguir su partido. Este funesto consejo, dado por un francés, valido en otro tiempo del rey de Francia, y entonces malcontento y desertor, fue la causa inmediata de los triunfos de Eduardo y de las calamidades del reino. Rymer refiere, que al desembarcar Eduardo en la Hogue, tropezó y cayó; y para borrar en sus soldados la impresion de este mal agüero, les dijo: "ya veis que esta tierra me desea y quiere abrazarme." Su ejército, que constaba de treinta mil hombres, entre ellos algunos irlandeses y galeses, estaba sometido á exacta disciplina, y pagado con regularidad; lo que influyó mucho en las victorias que lograron en este siglo los ingleses contra los reyes de Francia, que peleaban con una caballería brillante pero indisciplinada, y con milicias feudales sin paga, que marchaban tumultuariamente y sin orden.

Batalla de Crecy (1346). El conde de Eu, condestable de Francia, acometió temerariamente á Eduardo, y fue vencido y hecho prisionero cerca de Caen: veinte mil franceses quedaron heridos ó prisioneros en la batalla y en la fuga. El rey de Inglaterra, tan hábil para aprovecharse de la victoria, como para conseguirla, avanzó rápidamente, y tomó á Guynes, Valogne, Carentan, san Lo y Harfleur, mas no quiso sitiar á Ruan, defendida por Felipe y un cuerpo numeroso de tropas.

Su designio era mas grande. Marchó contra París, devastó los territorios de Lisieux y Evreux, quemó á Gisors, Vernon, Mantes y Meulan, se acampó en Poissy, donde dió descanso á sus tropas, y avanzó en muchas columnas á San German, Ruelle, Nanterre, Neuilly y saint Cloud. Los parisienses indefensos, veían estenderse por los campos vecinos llamas devoradoras que les anuncian próxima y entera ruina. Pero Felipe, saliendo de Ruan, seguia á los ingleses á marchas forzadas á lo largo del sena por la orilla opuesta á la que ocupaba el enemigo. Eduardo le envió un cartel de desafío: pero no tuvo respuesta y temió que los franceses le encerrasen entre el Sena y el Oisa. Hasta entonces solo habia tenido contra sí milicias comunales, derrotadas casi al mismo tiempo que reconocidas: pero viendo que se acercaba su rival con ejército, superior al suyo en número, determinó evitar los combates en un pais donde tenia los socorros tan lejanos. Felipe, que penetró su designio, reunió todas sus fuerzas en Bourg la Reine, avanzó con rapidez y cortó el puente de Poissy. Eduardo fingió retirarse, engañó al contrario con una marcha falsa, volvió de noche, restableció el puente, pasó el rio, y ganó dos dias de ventaja al enemigo.

Pero Felipe, apresurando su marcha, alcanzó algunos dias despues á Eduardo, y le hubiera sorprendido de noche en sus reales, á no haber huido con prontitud dejando en po-

der de los franceses cama, equipages y la mesa puesta para cenar. Retiróse al Soma, cuyos pasos encontró bien guardados. Allí, no teniendo víveres, y ostigado por el enemigo estuvo en gran riesgo: pero le sacó de él un pastor, que sobornado con una suma considerable de dinero, le mostró un vado practicable aunque no muy seguro, entre Abbeville y saint Valery.

Tres mil y quinientos hombres guardaban aquel paso. Eduardo los ahuyentó, atravesó el rio, aceleró su marcha, y se apostó junto á Crecy, villa del Ponthieu. Supliendo la superioridad numérica de los enemigos con la ventaja de la posicion, se acampó en una altura, donde dió descanso y vigor á sus tropas. Dos dias despues aparecieron los franceses. Estaban fatigados de tantas marchas, y de una persecucion tan larga é inútil; y debiera habérseles dado algunas horas de reposo; y aun era probable, que Felipe, cortando los víveres á los ingleses, los obligaria á rendirse, sin esponer al trance de una batalla la sangre de los suyos, ni el destino del reino: pero la impetuosidad del carácter francés dispuso las cosas de otro modo. El rey envió algunos caballeros á reconocer al enemigo: que volvieron tristes, abatidos y sin querer hablar. Como Felipe los obligase á decir lo que habian visto, Lemoine de Bascle, uno de ellos, respondió: " señor, por mas deseo que tengamos de pelear, es obligacion nuestra deciros la verdad sin rodeos. Será necesario diferir la ac-

cion; por lo menos hasta mañana, y resistir al ardor de vuestros caballeros que piden á gritos la batalla. Los soldados estan muy cansados: han hecho varias marchas sin víveres. Los ingleses han descansado y comido muy bien. Su posicion es fuerte, el terreno resvaladizo y casi impracticable por la lluvia. Nuestras milicias llegan sucesivamente, pero en desorden: estan fatigadísimas y embarazan el campamento. Lo mas prudente es esperar á mañana." El anciano rey de Bohemia, aunque tan denodado como un jóven, apoyó este consejo, y Felipe dió orden á dos mariscales de detener el ejército. El primer cuerpo obedeció: pero el segundo, mandado por el conde de Alenzon, continuó el movimiento, y los demas le imitaron. Pusiéronse muy pronto en frente de los ingleses con la mayor confusion, y sin haber arreglado ningun plan de ataque. El mismo Felipe, cuando se halló á vista del enemigo, solo dió oidos á su rencor, y procedió no como rey, sino como soldado impaciente y ofendido.

Dió orden á los flecheros genoveses de comenzar la batalla. Estos estrangeros vacilan, murmuran, alegan que estan cansados, y humedecidas las cuerdas de sus arcos. El conde de Alenzon, irritado de su lentitud, los amenaza, los ostiga y aun los hiere. Ceden con repugnancia, y avanzan dando espantosos gritos, anuncio de su cobardía mas bien que de su intrepidez. Los ingleses, que habian te-

nido sus armas defendidas cuidadosamente contra la humedad, arrojan sobre ellos una granizada de flechas, que los desordena en un momento. La infantería, sin fuerzas y encenagándose á cada paso en un terreno cubierto de fango, manifestaba igual debilidad. Entonces el rey, lleno de indignacion, la acusa de cobardía, y manda á los gendarmes que pasen con sus caballos por cima de aquella *pecorea*. A esta órden toda la caballería se arroja con el ímpetu, propio de los franceses: pero obligados á romper sus filas para dejar paso á los infantes fugitivos que se oponen á su carrera, llegan desordenados enfrente de los ingleses que se mantenian inmobles en su ventajosa posicion. Mas ningun obstáculo pudo contener en el primer momento el valor brillante de la caballería francesa. Acomete con furor, derriba cuanto se le opone, y penetra hasta el centro del primer cuerpo inglés, mandado por el príncipe de Gales, que á la sazon tenia quince años y acababa de ser armado caballero. Allí fue derribado del caballo el conde de Alenzon, y herido mortalmente: su caida sorprehende á los suyos, detiene el ardor de los hombres de armas, y trueca la fortuna del combate. Los franceses comenzaban á cejar, cuando un destacamento numeroso, que envió Felipe, los anima y restablece la batalla: los ingleses cejaron entonces: el príncipe de Gales, rodeado de enemigos, hubo de pelear por la vida tanto como por la victoria. Los condes

de Warwick y de Harcourt, temiendo que pereciese, mandaron á un caballero que subiese á la altura donde estaba Eduardo con la reserva, y le advirtiese el peligro que corria su hijo. "Mi hijo, replicó el rey, ¿está muerto ó herido ó derribado, de modo que no se pueda defender?" "No, le respondió el mensagero." "Pues volved á él, dijo el monarca, y á los que os han enviado, y decidles de mi parte, que no me vuelvan á llamar, suceda lo que sucediere, mientras mi hijo esté vivo: que le dejen á ese niño ganar sus espuelas. Yo quiero, mediante Dios, que el dia sea suyo, y que se quede con el honor de la victoria él y los que le he dado para que le guarden." Al oir esta respuesta, Warwick y Harcourt, avergonzados de su temor, reunen su gente, redoblan sus esfuerzos, y despues de un combate tan ostinado como sangriento desbaratan la caballería francesa. Felipe se adelanta para socorrerla al frente del cuerpo escogido que junto á sí tenia. Los franceses se detienen al verle, vuelven á acometer, y procuran haciendo prodigios de valor restituir la victoria á la bandera real. Pero combaten sin orden: los ingleses los oprimen con sus filas apiñadas, y triunfan últimamente de aquella tropa valerosa contra la cual se reunen las ventajas del terreno, de las armas y de la formacion. Muchos historiadores aseguran que contribuyeron á aterrar el ejército de Felipe cinco cañones que dispararon los ingleses. En breve fue general

la derrota: el mismo rey estuvo abandonado y cercado de enemigos: apenas quedaron con él sesenta guerreros para defenderle con sus cuerpos. Recibió dos heridas y le mataron el caballo: tomó otro y volvió á pelear á pesar de los ruegos é instancias de los suyos para que se retirase. En fin, el conde de Henao, que le ayudó á montar en el tercer caballo, viendo que las palabras eran inútiles sin las obras, se apodera de las riendas, lleva tras sí al rey, y le obliga á alejarse con rapidez del campo de batalla. Hallóse entre los muertos al anciano rey de Bohemia: que, siendo ciego, entró en el combate atado su caballo á los de dos señores que le conducian. Con ellos se internó en lo mas fuerte de la batalla, y no dejó de dar golpes hasta que cayó. Los condes de Blois, Flandes, Sancerre y Auxerre, los duques de Lorena y de Borbon, los capitanes genoveses Grimaldi y Doria, mil doscientos caballeros y treinta mil soldados perecieron en esta fatal jornada en que los franceses perdieron ochenta banderas.

Este dia la suerte de las armas ofreció un espectáculo deplorable, monumento de las desgracias que producen las discordias civiles. Godofre de Harcourt, despues de haber peleado largo tiempo con un caballero de igual valor que el suyo, le atraviesa de una lanzada, y le derriba moribundo en el suelo. Al caer se le rompen las ataduras de la visera. Harcourt, orgulloso con su triunfo, se acerca al cuerpo sangriento y exámine, y cae junto á

él horrorizado: ¡era su hermano que peleaba en el ejército francés! El delincuente vencedor es víctima del dolor y del remordimiento: ha vendido á su patria; ha triunfado de su rey, ha dado muerte á su hermano. Solo desea ya la expiacion de sus culpas y el suplicio. Huye de los reales ingleses, se echa un dogal al cuello y se postra á los pies de Felipe, que se compadece de él y le perdona. Este príncipe, huyendo de los enemigos, llegó á media noche al castillo de Braye. El alcaide, oyendo llamar muy recio á aquella hora, pregunta quién és. "Abrid pronto, respondió el rey: aquí está la fortuna de Francia." Despues de haber descansado algunas horas, pasó á Amiens, donde, para mostrar que su derrota no le habia quitado nada ni de su dignidad ni de su carácter iracundo, quiso mandar ahorcar á Godemar Dufay, porque no defendió como debiera los pasos del Soma. El consejo se inclinaba á que se ejecutase esta sentencia: pero el conde de Hènao salvó á aquel infeliz, haciendo presente al rey que no era de estrañar que Godemar hubiese cedido al poder del rey de Inglaterra, cuando despues no habia podido resistirle la flor de la caballería francesa. Felipe, resuelto á dar otra batalla, procuró reunir sus tropas dispersas: pero el terror era universal, nadie le obedeció, y todos se volvieron muy tristes á sus castillos.

La fecha de la famosa batalla de Crecy no está fijada: Mezeray, á quien sigue Daniel,

la pone en 26 de agosto: Villaret, en el dia anterior. La accion comenzó á las cuatro de la tarde y acabó á las dos de la mañana siguiente. Si hemos de creer á Anquetil, el rey de Inglaterra gastó tres dias en contar los muertos, reconocerlos y enterrarlos. Dícese que asistió con su hijo vestido de luto á las solemnes exequias que se hicieron por orden suya á los valientes príncipes y señores muertos en la batalla. Un hecho, que en el dia parece increíble, manifiesta cuán ignorado era entonces el arte de arreglar las marchas y movientos de las tropas. Las de muchos señores y ciudades que acudian á reforzar el ejército de Felipe, llegaron, en número de ochenta mil hombres, á vista de los ingleses, sin saber que se habia dado una batalla: y fueron, como es fácil de imaginar, sorprehendidas, atacadas y derrotadas sin resistencia por el ejército victorioso. Si es verdad, como han dicho algunos, que los ingleses tuvieron cañones en Crecy, es muy de estrañar, que una innovacion tan notable en la guerra no se halle más circunstanciadamente descrita en las memorias de aquel tiempo. Todavía se ignora la época fija en que se empezó á hacer uso de la artillería en las batallas. Esta reflexion es de Voltaire, que censura á Felipe de Valois, porque en lugar de tener en Francia flecheros bien enseñados, los hizo venir de Génova. Pocos años antes descubrió la pólvora un monge aleman, llamado Bertolde

Schwartz. Pero ya habia mucho tiempo que el benedictino Rugero Bacon habia hablado de las terribles esplosiones que el salitre comprimido podia producir. Los chinos conocian esta invencion desde tiempos muy antiguos, y se valian de ella para hacer fuegos artificiales.

Mientras Eduardo triunfaba en Picardía los dos partidos que disputaban el ducado de Bretaña, se hacian la guerra con vario suceso. Despues de la muerte del conde de Montfort, que le permitió muy poco tiempo, como ya dijimos, gozar la libertad de su largo cautiverio, la condesa, con el ausilio de los ingleses, se apoderó de una fortaleza importante, llamada la *Roca de Rien*. Cárlos de Blois acudió á recobrarla, y la condesa á socorrerla con las tropas que pudo juntar, y con los refuerzos que le trajeron el conde de Northampton y Tomás de Agwort. Tennegui Duchatel, que mandaba la vanguardia, sorprendió los reales de Cárlos: pero éste reune sus tropas, arroja á los enemigos del capamento, y los ahuyenta. Duchatel, habiendo encontrado otros caballeros bretones y el cuerpo de batalla de la condesa, anima á los fugitivos que avergonzados de su derrota, revuelven contra el enemigo y lo persiguen hasta los reales. Allí comenzó un nuevo combate, en que Cárlos de Blois, á pesar de su valor y ostinada resistencia, perdió la victoria y la libertad. Pero su partido no decayó por este

gran desastre. La muger de Cárlos, no menos valiente que la condesa de Montfort, sostuvo la causa de su esposo prisionero: y Bretaña continuó siendo teatro de una guerra civil y pertinaz, ilustrada con las hazañas de dos heróicas francesas. La sangrienta lid de la Roca de Rien costó la vida á la mayor parte de los señores que militaban por Cárlos de Blois: entre ellos se distinguian el vizconde de Rohan, y los señores de Laval y Chateaubriand. Pero la condesa de Blois vengó su muerte, y á pesar de tan grandes pérdidas, logró apoderarse de la Roca.

El rey de Francia no tenia dinero para sostener sus tres ejércitos del Norte, de Bretaña y de Picardía. En esta penuria aumentó los impuestos sobre las producciones de la agricultura y de la industria: pero de todas sus providencias fiscales, la que produjo mas descontento fue la alteracion de las monedas. Hizo fabricar otras nuevas, muy inferiores en peso y en ley á las antiguas, harto desacreditadas ya. Los tenedores de estas erán obligados á entregarlas á los comisionados de la fábrica, y ademas, á darles un salario. Despues se enviaban á los cambistas con enorme pérdida de su valor real. Estos recursos se usaron en todo el reinado de Felipe VI, y las variaciones de moneda fueron tan frecuentes, que llegaron á tener un valor arbitrario, dependiente de la mayor ó menor confianza del pueblo. En una de sus órdenes esplica Felipe el derecho regio

de dar á la moneda el peso y valor que quisiese: como si el valor real de los géneros pudiese ser nunca otro que el del mercado. Pero su conciencia le hablaba á veces con mas libertad que sus ministros: pues hacia jurar á los obreros que no divulgarian el secreto de sus operaciones. Ademas de estas providencias odiosas, cobró las décimas de los bienes eclesiásticos. Estas exacciones no enriquecian el tesoro; porque las sumas, que entraban en él, se disipaban en frívolos placeres ó en regalos prodigados á algunos señores y oficiales. El rey, mientras se reunian sus tropas, procuraba enflaquecer el partido de su competidor, separando á los flamencos de la alianza inglesa. Eduardo, por conservarlos, prometia la mano de su hija al nuevo conde de Flandes, cuyo padre habia muerto en la jornada de Crecy. Este jóven, educado en Francia, la amaba como patria suya. Cuando pasó á Flandes, los vasallos le instaron á que casase con la hija de Eduardo. El duque de Brabante, que deseaba tambien ser su suegro, le incitaba á resistir. Los flamencos se cansaron de rogar, y amenazaron. El conde, oponiendo la disimulacion á la tiranía, fingió consentir, y se dejó llevar á Bergues Saint Vinox, donde Eduardo tenia sus reales. Celebráronse los esponsales: el novio aparentaba tanta alegría como el suegro, y se le dió mas libertad: aprovechóse de ella, se escapó á Francia, y casó el mismo año con Margarita de Brabante.

Sitio de Calés (1347). El rey de Inglaterra, queriendo tener un puerto importante que pudiese en todo tiempo facilitar la entrada ó retirada de sus tropas, puso sitio á Calés, ciudad muy fuerte y defendida por una numerosa guarnicion. Intimó que se rindiese, á Juan de Vienne, gobernador de la plaza, amenazándole, si resistia, pasar á cuchillo los habitantes y soldados. El intrépido gobernador respondió: "no reconozco mas rey de Francia que el que me ha encargado defender esta fortaleza, y en cuyo servicio viviré y moriré."

Eduardo, calculando los peligros y dificultades del asalto, resolvió convertir el sitio en bloqueo, y tomar por hambre la ciudad. Rodeóla de una línea fortificada con reductos y fosos, y para impedir que le entrasen socorros de fuera, levantó otra línea de contravalacion, igualmente inexpugnable. Ambas estaban defendidas, de una parte por el mar, y de las otras dos, por el rio y lagunas impracticables. En este gran recinto construyó para su alojamiento y el de los señores y caballeros de su corte, una ciudad cuyas casas eran de madera con techos de pajas y de espartos, y dió por nombre *ciudad nueva.* Los habitantes de Calés, queriendo prolongar la defensa hasta que llegasen los socorros que Felipe les prometia, tomaron la resolucion dolorosa de arrojár de la plaza las bocas inútiles, cuyo número ascendia á 1700. Las mugeres, viejos y

niños, arrancados del seno de sus familias, echados de los muros donde habian nacido, y entregados sin esperanza á los horrores del hambre ó á la espada enemiga, llenaban los aires con sus gemidos y sollozos. Pero la generosidad del monarca inglés los consoló en su infortunio, los recibió con bondad, mandó que les diesen de comer, y aun concedió á cada uno la corta suma de dinero suficiente para que pudiesen encontrar lejos de su patria un asilo pacífico.

Apenas supo Felipe de Valois que Calés estaba sitiada, mandó á su hijo el duque de Normandía que dejase á Guiena y se reuniese á él con todas sus tropas. Juan sitiaba entonces á Aiguillon. Habia jurado temerariamente no abandonar el sitio hasta tomar la plaza: pero obedeció el mandamiento de su padre y rey. Apenas se hubo retirado, recobró el conde de Derby todas las plazas, conquistadas en Guiena por los franceses. Despues marchó á Poitiers, se apoderó de ella, y obligó á casi todas las provincias del mediodia á reconócer la soberanía de Eduardo. Al mismo tiempo se sublevó la Escocia, y Felipe tuvo esperanza de que este movimiento obligaria á su rival á volver á Inglaterra, pero se engañó. David Bruce marchaba á Lóndres al frente de 50000 hombres: mas la reina de Inglaterra, digna émula de las heroinas de su siglo, le salé al ópósito, le dá batalla, le derrota y hacé prisionero, le encierra en la torre de Lóndres y pása, el es-

trecho para dar cuenta á su esposo de tan brillante espedicion.

Desde entonces empezó á estrecharse el sitio de Calés, y la hambre, mas temible que la guerra, egerció sus estragos: tanto mas cuanto los proveedores de víveres se escaparon de la plaza, llevándose el dinero destinado á este objeto. Felipe logró reunir 60000 hombres, y marchó á Calés con el intento de salvarla: pero conoció en breve que era imposible forzar los atrincheramientos ingleses. Por último recurso, esperando que el carácter belicoso del rey británico le haria faltar á la prudencia, envió á los señores de Charles, de Ribaumont y de Nesle, y al mariscal de Beaujeu para que desafiasen á Eduardo y se señalase el dia y lugar de la batalla. Eduardo respondió: "yo estoy aquí para tomar á Calés: si Felipe quiere pelear conmigo, busque los medios de obligarme al combate." Los diputados tuvieron permiso de reconocer y examinar las fortificaciones, para que pudiesen referir á Felipe cuán inexpugnables eran. El rey de Francia, gimiendo de vergüenza y de ira, vacilaba entre dos resoluciones igualmente funestas, la de retirarse ignominiosamente, ó la de pelear con desventaja sin ninguna esperanza de triunfo. Dos nuncios de su santidad procuraron entonces, aunque inutilmente, entablar negociaciones. Eduardo, seguro de la victoria, desechó sus ruegos. Felipe, obligado á ceder, se retiró: y los habitantes de Calés vieron con dolor

desde sus almenas desfilar y perderse en el orizonte las banderas francesas, que les habian dado el último rayo de esperanza.

Ya no tenian mas recurso que una capitulacion honorífica. El gobernador Juan de Vienna pidió parlamento, y Eduardo le envió á Gualtero de Mauny y al señor de Basset. Segun Villaret y Froissard, Juan de Vienna les habló así: "queridos señores, sois muy valerosos caballeros en la guerra, y sabeis que el rey de Francia á quien tenemos por señor, nos ha enviado aquí, y mandado que guardásemos esta ciudad y castillo de modo que no recibiésemos deshonor, ni él perjuicio. Hemos hecho cuanto hemos podido. Ahora estamos sin socorro, y tan estrechos que no tenemos que comer: pero cumplirá que todos perezcamos ó rabiemos de hambre, si el gallardo rey vuestro señor no tiene piedad de nosotros: lo que le pedireis por Dios y que nos dege ir á todos." Gualtero respondió que Eduardo queria que se rindiesen á discrecion, En vano el gobernador procuró obtener condiciones mas soportables, y declaró que todos moririan antes que rendirse de esa manera. Mauny, sin conceder nada, volvió al campamento á dar cuenta al rey de su doloroso mensage, y no le ocultó cuanta admiracion y dolor le causaba la noble intrepidez y la triste suerte de los defensores de Calés: y se atrevió á decirle que mancharia su gloria manifestando odiosa severidad contra enemigos indefensos, y que su

funesto ejemplo autorizaria al contrario para hacer crueles represalias. Muchos caballeros apoyaron con sus instancias las nobles súplicas de Mauny.

Eduardo, conmovido, pero no vencido, les dijo: "señores, yo no quiero ser solo contra todos. Señor Gualtero, decid de mi parte al capitan de Calés, que la mayor gracia que puedo hacer es que salgan de la ciudad seis de los vecinos mas granados, con la cabeza descubierta, pies descalzos, dogal al cuello y las llaves de la ciudad y del castillo en las manos. De estos haré á mi voluntad: á los demas habitantes recibiré en piedad." Habiendo llevado Mauny á Calés esta respuesta, Juan de Vienna, le pidió que asistiese á la declaracion que de ella iba á hacer ante el pueblo. Reúnense los habitantes en torno del gobernador: oyen sus palabras con triste silencio, solo interrumpido por sus sollozos y suspiros. Mauny no puede retener sus lágrimas, y parecia que iba á participar de la suerte que esperaba á las seis víctimas. Pero el tiempo insta y el pueblo no puede resolverse á un sacrificio que sin embargo era indispensable. Todos lo conocen: mas ninguno se resuelve á proceder á la eleccion que entonces iba á ser sentencia capital. De improviso se levanta Eustaquio de San Pedro, uno de los ciudadanos, y esclama: "Señores grandes y pequeños, gran yerro seria dejar perecer un pueblo, como el que está presente, por hambre ó de otro modo cuan-

do no se puede hallar otro medio, el que lo proteja tendrá la misericordia de Dios. En cuanto á mi, yo tengo tanta esperanza de que el Señor me perdonará mis culpas, si muero por el pueblo, que quiero ser el primero á morir por él." Sus conciudadanos, enagenados de admiracion se arrojan á sus pies. "Todos, dice la crónica, le adoraban de lástima." Este ejemplo de virtud merecia ser imitado, y lo fue. Juan de Ayre, y los hermanos Santiago y Pedro Wisant, parientes de Eustaquio, se ofrecieron como él. Desgraciadamente la historia no ha conservado los nombres de las otras dos víctimas que se presentaron al sacrificio para salvar á sus conciudadanos. El gobernador, oprimido de la edad, de sus achaques y de sus pesares, llegó hasta las puertas de la ciudad con los seis generosos patriotas, y los entregó á Mauny, implorando su proteccion á favor de ellos.

Los seis cautivos se presentan á los pies de Eduardo, descubierta la cabeza y el dogal al cuello, y le entregan las llaves de Calés. Todos los circunstantes se conmueven de admiracion y piedad. Solo el rey inflexible los mira con ceño y manda que los maten, á pesar de los ruegos del príncipe de Gales que se arrojó inútilmente á sus pies: "que venga el corta cabezas," dijo Eduardo. Los desgraciados iban, á morir, cuando de improviso acude la reina, que estaba enferma, atraviesa por medio de todos, se arroja á las plantas del rey, y le

suplica que no mancille de ese modo su victoria. "¡Ah señora! esclamó el rey despues de un momento de silencio; mucho me gustára que no estuvieseis aquí: pero me suplicais de manera que no os lo puedo negar. Yo los entrego á voluntad vuestra." La princesa, feliz con su triunfo, llevó á su cuarto los cautivos, les dió vestidos y alimentos, y seis *nobles* de oro á cada uno, y mandó restituirlos con escolta á sus casas. Eduardo entró en la ciudad al dia siguiente, y arrojó de ella á todos los habitantes, excepto un sacerdote y dos vecinos para que le diesen noticia de los lugares y de las propiedades.

La ciudad no tardó en volverse á poblar, por un gran número de ingleses que acudieron atraidos por los privilegios que el rey concedió á los nuevos pobladores. Esta plaza importante quedó en poder de los ingleses hasta el año de 1558. Los desgraciados habitantes, desterrados de su patria, fueron distribuidos en las ciudades de Artois y de Picardía, donde Felipe los socorrió con munificencia, no habiendo podido librarlos con las armas. Un edicto de este príncipe, del mes de setiembre de 1347, les dá, en recompensa de su fidelidad, todos los bienes muebles é inmuebles que pertenezcan al rey por desheredacion, multa ú otra cualquier causa, hasta que todos fuesen indemnizados de la pérdida que sufrieron en la toma de su ciudad.

Este testimonio auténtico desmiente lo que

dicen Froissard y el continuador de Nángis, y es, que los infelices habitantes de Calés no recibieron ningun premio, y que vagaron por todo el reino reducidos á la mas espantosa miseria. Lo cierto es que Francia agradecida no dejó nunca de honrar la memoria de aquellos héroes. Eduardo, contento por su última victoria, se mostró mas fácil para las negociaciones: y poco despues de rendida Calés, por mediacion del cardenal de Bolonia hizo treguas con Felipe hasta la fiesta de san Juan.

Voltaire, entusiasta admirador de algunos actos generosos de Eduardo, dice que es injusta y exagerada la acusacion que se hace á este monarca de haber usado tanto rigor con los habitantes de Calés. Por el mismo motivo, y apoyado en el silencio de los historiadores ingleses, cree que todo lo que se cuenta del heróico consagramiento de Eustaquio de san Pedro y de sus ilustres imitadores, es mas bien novelesco que histórico: y así despoja á Francia de la única gloria que tuvo en aquel tiempo de infortunio. Pero hechos de esta especie pudieron contarse, no inventarse; y como estan en armonía con las costumbres del siglo y los caracteres de las personas, tienen en sí mismo el sello indeleble de la verdad.

Traicion de Aimerico de Pavía (1348). En esta época de desastres se esparció por Europa un horrible contagio, que salió de Africa, y corrió y devastó sus provincias. Algunos escritores coetaneos aseguran que poco

tiempo antes se habia visto en la China una grande esfera de fuego, que abrasó los campos; y que la corrupcion del aire engendró una multitud de insectos cuyo veneno se diseminó por todo el mundo. Tanta era la ignorancia y credulidad, que se tuvo por cierta esta fábula. El continuador de Nángis dice que á fines del año 1348 vió él mismo en París un cuerpo igneo, semejante á una estrella grande, pero poco levantado sobre la tierra, y que se aumentó considerablemente algunas horas, despues se dividió y al fin desapareció. A esta exhalacion atribuyeron el orígen de la peste. Durante los años 1348 y 1349 hizo el contagio estragos horrorosos: villas y aldeas quedaron despobladas: y del hospital de Dios de París salian diariamente 500 cadáveres. El vulgo (y entonces lo habia en todas clases de sociedad) acusó á los judíos de haber diseminado en el reino tan terrible azote. En muchas ciudades fueron presos y entregados á las llamas. Los flagelantes, deseando mitigar con sus maceraciones la ira del cielo, volvieron á aparecer en Lorena, Alemania, Flandes y Henao; siendo lo mas singular que en sus procesiones de disciplina iban cantando canciones escandalosas. Felipe, consultada la facultad de teología, prohibió la entrada del reino á estas cuadrillas frenéticas, y conminó con penas muy severas á sus vasallos para que no se entregasen á prácticas tan indecentes. El desprecio, mas poderoso que el rigor, di-

sipó la secta. El continuador de Nángis, crédulo en demasía, dice que despues de la peste, las mugeres parian dos ó tres niños, pero que ninguno de ellos tenia mas de 20 ó 22 dientes. Mezeray, algunas veces mas juicioso, aunque no enteramente despreocupado, dice: "la peste comenzó por un vapor igneo que heria mucho, y que saliendo de la tierra, consumió mas de 200 leguas de pais, devoró hasta los árboles y piedras, é infestó el aire de modo que caian columnas de sierpecillas y otros insectos, venenosos en tanto grado que solo el mirarlos daba la muerte."

Godofre de Charny, gobernador de Saint-Omer por Felipe, trató de corromper á un oficial italiano, llamado Aimerico de Pavía, á quien Eduardo acababa de dar el gobierno de la plaza de Calés. Este comandante alevoso se dejó sobornar, y prometió entregar la plaza á los franceses por la suma de 20000 escudos, que debian dársele el mismo dia que los introdujese en la fortaleza. Esta traicion llegó á noticias del rey de Inglaterra, y mandó venir á Lóndres al italiano. "Tú sabes, le dijo, que te he confiado la guarda de la ciudad y castillo de Calés, que despues de mi muger y mis hijos, es lo que mas estimo en este mundo. Tu lo has vendido á los franceses, y mereces la muerte." Aimerico se arroja temblando á los pies del rey y le pide perdon. Consiguiólo, porque habia sido uno de los maestros del príncipe de Gáles: pero á condicion de que

siguiese en apariencia de acuerdo con el enemigo, y avisase á Eduardo el dia y la hora de ejecutar el proyecto. Aimerico lo prometió por salvar la vida, resuelto á expiar la primera traicion con otra perfidia. Convenido el dia, la víspera pasó Eduardo en secreto á Calés con el príncipe de Gáles, 300 hombres de armas y 600 flecheros. Charny, creyendo seguro el logro de la empresa, se acerca sin desconfianza, y encarga á Houdard de Renty que lleve al comandante italiano los 20000 escudos prometidos. Aimerico los recibe, y permite entrar en el castillo á Renty con 12 caballeros y 100 hombres de armas. Eduardo se presenta con fuerzas superiores, desarma esta vanguardia, y sale de las murallas contra Charny que á pesar de su inferioridad le recibió con denuedo. El rey de Inglaterra, disfrazado y peleando bajo el estandarte de Gualtero de Mauny, fue derribado dos veces por el valiente Eustaquio de Ribaumont, valeroso caballero francés, que oprimido por los ingleses, vencedores en el combate, rindió su espada á Eduardo, diciéndole: "señor caballero, soy prisionero vuestro." El mismo dia convidó el rey á comer todos los caballeros franceses que quedaron cautivos en la accion, y los recibió con generosa cordialidad: reprehendió con dulzura á Charny, y se burló de él porque habia presumido quitarle con 20000 escudos la plaza que tanta sangre y afanes le costára. Despues dijo á Ribaumont: "Eusta-

quio, sois el caballero mas valiente que he visto para defenderse y ofender al anemigo. En ninguna batalla cuerpo á cuerpo me han dado tanto que hacer como vos; y así os doy el premio sobre todos los caballeros de mi corte." Echóle al cuello su rosario de perlas, y añadió: "mi señor Eustaquio, os doy este rosario porque sois el mejor combatiente de este dia, de los de dentro y los de fuera; y os suplico que lo lleveis este año por mi amor. No ignoro que sois alegre y enamorado, y que no os disgusta la conversacion de las damas y doncellas. Decid, pues, á todas las que hableis, que os he dado este rosario. Sois libre, y podeis ir donde querais." A pesar de la cortesía de Eduardo, se temió en francia que se vengase, poniendo su ejército en campaña, de la infraccion de la tregua: pero Felipe desaprobó la conducta de Charny, y la guerra no se encendió.

Una desgracia personal agravó en este tiempo los infortunios del rey de Francia. Juana de Borgoña, su esposa, falleció en París, víctima de la caridad con que socorria á los pobres enfermos durante la peste. Contrajo esta terrible enfermedad, que terminó pronto su vida. Fue universalmente llorada esta princesa, modelo de virtudes cristianas. Su esposo la respetaba tanto, que no hacía ninguna cosa de importancia sin consultarla, y en muchas de sus cartas se halla esta espresion: "por consejo y voluntad de la reina, nuestra

amada esposa." Fue enterrada en san Dionis, y depositado su corazon en Cister. Su nuera, la duquesa de Normandía, falleció poco despues.

Otra princesa, Juana, reina de Nápoles, famosa por su hermosura, sus maldades, y sus infortunios, vendió en esta época á las santa Sede el condado de Aviñon. En 1345, favorecida por Cárlos de Tarento, hizo guerra á su esposo Andres, rey de Ungría, le venció y le hizo ahogar sin piedad, aunque solo tenia entonces 18 años. Luis, hermano y sucesor de Andres, pasó á Italia para vengarle con poderoso ejército. Juana, casi á la vista del cadáver ensangrentado de su esposo, recibió la mano de su amante y cómplice. Audaz para el crímen, y temerosa del castigo, no se atrevió á esperar á su cuñado, y huyó á Provenza. El papa Clemente VI la favoreció, y el emperador declaró libre el condado de Provenza, que habia sido feudo del antiguo reino de Arles. "Los jurisconsultos decidirán, dice sobre esta materia Mezeray, si la menor edad de Juana y sus decretos posteriores que declaran nulas todas las enagenaciones de Provenza, invalidan, ó no, estos contratos." Los príncipes de esta época tenian tanta hambre de dinero, que para adquirirlo, vendian hasta sus propios dominios, y agotaban la fuente de sus riquezas.

Felipe de Valois, deseando subvenir á la penuria en que se hallaba, mandó examinar con severidad los abusos cometidos por los

rentistas en su reinado y el anterior. Pedro Desessarts, tesorero del rey, fue condenado á restituir 100000 florines de oro, que logró que se redujesen á 50000. Todos los usureros italianos y lombardos que habian manejado la hacienda pública, recibieron orden de dar cuentas de sus operaciones. Llenáronse de terror, y resignados á los mayores sacrificios, lograron letras del rey para que se suspendiesen los procedimientos de la cámara de cuentas. Pero ésta no las obedeció, teniéndolas por subrepticias: y casi todos ellos fueron arrojados del reino, quedando confiscadas á favor del tesoro las sumas que habian prestado, y los intereses que duplicaban el capital de la deuda.

Incorporacion del Delfinado en la corona (1349). Felipe de Valois, experimentó, como casi todos los reyes de Francia de la tercer dinastía, los favores de la fortuna: pues á pesar de sus yerros y de los reveses que sufrieron sus armas, casi todos, ó por herencias, conquistas, donaciones, confiscaciones ó casamientos adquirieron algunos territorios y aumentaron progresivamente su monarquía. Felipe de Valois, uno de los menos dichosos, tuvo medios, en el mismo tiempo que fue vencido por los ingleses, de reunir á la corona el Rosellon, la Cerdania y el señorío de Mompeller, que le cedió el desgraciado Jaime, rey de Mayorca, derrotado, preso y muerto por Pedro el *cruel*, rey de Aragon.

Otra adquisicion, no menos importan-

te, que fue la del delfinado, estendió las fronteras de Francia. Humberto II, delfin de Viena, inconsolable por la muerte de un hijo que adoraba, resolvió dejar el mundo y vivir en soledad, y concluyó con Felipe de Valois un tratado, por el cual se prometia, en caso de morir sin sucesion, transmitir la propiedad de sus estados al duque de Orleans, ú á otro de los hijos del duque de Normandía ó de sus descendientes, á quien el rey quisiese, y á sus sucesores, con talque el agraciado tomase el título de delfin, y las armas del delfinado en cuarteles con las de Francia; y que este pais no pudiese incorporarse con el reino, sino en el caso de que la corona de Francia y la imperial recayesen en una misma persona. Felipe, en premio de esta cesion, daba á Humberto 120000 florines de oro, pagables en tres años, 10000 libras de renta de por vida, y 2000 de renta perpetua. Este primer tratado hecho en 1343 ofrecia al rey mas esperanza que certidumbre: porque Humberto era jóven, y habiendo muerto su muger, podia volver á casarse; y aun entonces solicitaba la mano de Blanca, hermana de Amedéo, conde de Saboya. No pudo hacer este casamiento, y pensaba en tomar por esposa á Juana de Borbon: pero se anticipó Felipe y la casó con Cárlos su nieto, hijo mayor del duque de Normandía. En fin, el 30 de marzo de 1349 firmó Humberto la cesion pura y sencilla del Delfinado y de los señoríos dependientes de él, á favor de dicho príncipe Cár-

los. El duque de Normandía, su padre, le llevó á Leon del Ródano, donde tomó la investidura de su nuevo principado, y recibió de Humberto, en señal de posesion, la antigua espada del delfinado, y la bandera de san Jorge, con su cetro y un anillo. Era un artículo del tratado, que las ordenanzas del rey, aun las generales para todo el reino, no fuesen recibidas en el delfinado sin el consentimiento del delfin, que debia poner en ellas sus armas y su sello. Humberto entró en religion, al año siguiente recibió las órdenes, fue consagrado patriarca de Alejandría, y tomó el nombre de administrador perpetuo del arzobispado de Reims. Seis años despues falleció en Clermont. Se ha dicho y creido por mucho tiempo que el delfinado fue cedido á Francia, bajo condicion de que el heredero de la corona tomase el título de delfin. El presidente Henault observa con razon que no hubo semejante cláusula en el tratado, y los hechos lo prueban: pues el primer delfin fue, no el duque de Normandía, sino su hijo el príncipe Cárlos. Despues se estableció por costumbre dar el nombre de delfin al hijo mayor del rey de Francia.

Parecia que Felipe, oprimido de negocios y afanes, y sumergido en la tristeza por el fallecimiento de una esposa querida, no sería capaz de sentir otro amor. Sin embargo, llegó á estar perdido por Blanca de Navarra, princesa la mas hermosa de su siglo. Hízola venir á Francia para que fuese esposa del du-

que de Normandía: mas apenas la vió, se enamoró de ella, la tomó por muger, y casó á su hijo con Juana, condesa de Boulogne, viuda de Felipe de Borgoña, que pereció en el sitio de Aiguillon. El año siguiente casó el nuevo delfin Cárlos, con Juana, hija de Pedro, duque de Borgoña, camarero mayor del reino. Esta dignidad era del primer orden, y daba al que la tenia las mismas prerogativas concedidas á los demas grandes dignatarios que por un abuso antiguo y singular ejercian en palacio jurisdiccion particular y muy estensa sobre las artes y oficios que tenian alguna relacion con sus destinos. Así el camarero mayor ejercía su autoridad sobre los mercaderes de paños, ropavegeros, zapateros y peleteros, etc., que lograban de él, mediante una retribucion en dinero, los títulos de maestros.

Mezeray, hablando del casamiento de Felipe con su candor y dureza acostumbrados, dice: "Felipe quiso á Blanca de Navarra mas bien por muger que por nuera: y así, los aprestos de bodas que se hacian para el hijo, sirvieron al padre, y contra el orden de las estaciones, se unieron el invierno y el estio. Un casamiento tan mal combinado no podia durar mucho tiempo: porque los combates del amor son tan mortíferos para los viejos, como los de la guerra para los jóvenes temerarios." El rey no tardó en esperimentarlo: acabada de firmar una nueva tregua de tres años con Inglaterra, contrajo una enfermedad gra-

ve en Nogent le Roy, y murió el 22 de agosto de 1350, á la edad de 57 años. Pocos momentos antes de morir, llamó á sus dos hijos los duques de Normandía y de Orleans, y les dijo: "conoceis cuan evidentes son mis derechos, y cuan injustas las pretensiones de Eduardo, condenadas por todos nuestros doctores en leyes y teología. Sostened con valor nuestra justa causa, y fiad de la Providencia, que tarde ó temprano hará triunfar la verdad de la mentira: pero uníos si quereis ser fuertes: sed justos, si quereis ser amados, y aliviad al pueblo de los tributos que le abruman." Añadió, dice Mezeray, otras cosas muy buenas que los príncipes recomiendan á sus sucesores en lugar de hacerlas por sí mismos. El mismo autor observa que este príncipe fue el único de la tercer dinastía, que no mostró aficion á las letras, ni á los que las cultivan, quizá previendo que no mereceria que plumas bien cortadas se empleasen en su elogio. Su primera muger Juana de Borgoña fué madre de Juan, duque de Normandía, que le sucedió, de Felipe, duque de Orleans y conde de Valois, que no tuvo posteridad, y de María, que casó con Juan, duque de Limburg, hijo del duque de Brabante. Cuando murió Felipe de Valois, estaba en cinta su segunda muger Blanca de Navarra, y dió á luz una princesa, llamada Juana, que falleció en Beziers en 1373, cuando pasaba á Barcelona á casar con el hijo de Pedro, rey de Aragon. La reina Blanca sobrevivió á

su hija, y no murió hasta el reinado de Cárlos VI.

En esta época hubo gran mudanza en las modas de los franceses: porque los príncipes y señores dejaron de cortarse la barba, renunciaron á los vestidos largos que habian tenido hasta entonces, y empezaron á usar una especie de chupa muy corta, que llegaba hasta la cintura poco mas. El pueblo no adoptó el nuevo trage: sino se burlaba de él, tanto mas cuanto estaba muy irritado con la nobleza, que abatida por el poder de la corona, se vengaba de los plebeyos oprimiéndolos en cuanto alcanzaban sus fuerzas. Aun no eran bastante claras las luces de la civilizacion: aun no se conocia bien el gran principio de la utilidad comun. Los nobles, en vez de buscar el orígen de sus privilegios en los servicios hechos al estado, los deducian de sus tierras, que, cuando mas, eran premios y no servicios. De aquí nació la falta de respeto del pueblo á los señores: los magistrados mismos procuraban humillar á los grandes en todos los pleitos y causas: bien al contrario de lo que pasaba en Inglaterra, donde la nobleza era una magistratura hereditaria, y por consiguiente venerada de los plebeyos.

CAPÍTULO XXX.

Juan segundo.

Juan II, rey de Francia. Asesinato del condestable Cárlos de la Cerda. Rebelion del conde de Foix. Nueva guerra entre Francia é Inglaterra. Batalla de Maupertuis. Tregua con Inglaterra: rebelion de París. Guerra de la Jaquería: sumision de París. Invasion de Eduardo en Francia. Paz de Bretigny. Guerra entre los condes de Foix y Armagnac.

Juan II, rey de Francia (1350). Juan II tenia 30 años cuando sucedió á su padre Felipe de Valois: y daba en su juventud grandes esperanzas, que se desvanecieron con sus primeros actos de autoridad. Su reinado fue de los mas infelices que hubo en Francia. Al frente de los ejércitos habia excitado la admiracion de los franceses, persiguiendo sin intermision á los enemigos en el Mediodia, en el norte y en el occidente del reino. Era general infatigable, valiente soldado, intrépido caballero. Manejó la espada con gloria, mas no pudo sostener el peso del cetro. Apenas fue revestido del poder soberano, se transformaron repentinamente sus brillantes cualidades en defectos, y aun en vicios. Su altivez se trocó en orgullo, su valor en temeridad, y

su severidad nativa en crueldad. El amor del poder acalló en su corazon el grito de la justicia.

Ningun rey de Francia convocó, reunió ni consultó mas veces los estados generales : pero tampoco ninguno violó con mas frecuencia las promesas que habia hecho: y como observa Voltaire, el reinado del que entonces se llamó y todavía se llama Juan el bueno, comenzó por un acto de arbitriariedad y un asesinato.

Pocos dias despues de su advenimiento, fue consagrado en Reims con Juana de Boloña, su segunda esposa. Volvió á París, y en sesion solemne del parlamento, dió el orden de caballería á sus hijos mayores y á otros barones que habian militado bajo sus banderas.

Apenas se terminaron las fiestas de su coronacion, cediendo á su orgullo vengativo, afligió á sus pueblos, y principalmente á la nobleza, con un acto de injusticia y crueldad que asombró á aquel siglo tan acostumbrado al quebrantamiento de las reglas y formalidades del derecho. Rodulfo, conde de Eu y de Guine, y condestable de Francia, habiendo sido hecho prisionero por los ingleses, supo ganar la benevolencia del rey y de la reina de Inglaterra, y recobrar su libertad prometiendo en rescate la suma de 60000 escudos, pagaderos dentro de un año, y obligándose bajo su palabra de honor, si no los pagaba, á volver á la prision. Llegó á Francia, se presentó al rey, que has-

ta entonces le habia mostrado mucho afecto; pero que en su ausencia habia dado crédito á delaciones verbales ó escritas. En ellas se acusaba al condestable de traidor, y de que urdia tramas con los ingleses en perjuicio de la corona.

Apenas, pues, se presentó este caballero en la corte, le dijo el rey, segun la narracion de Froissard: "*conde de Guines, seguidme, porque tengo que hablaros en secreto.* El conde, que de nada recelaba, respondió: *señor mio, de buena gana.* El rey le llevó al gabinete, le mostró una carta, y le dijo: *conde de Guines, ¿habeis visto este papel antes de ahora?* El conde, segun me han contado, quedó atónito cuando vió la carta. *¡Ah perverso traidor!* le dijo entonces el rey Juan: *muy bien habeis merecido la muerte: y por el alma de mi padre que no faltaré á dárosla.* Los señores, que tenian al conde por leal y honrado, é incapaz de alevosía, quedaron admirados, y preguntaron al rey la causa de tanto rigor contra un caballero tan escelente, que por él y por el reino habia perdido sus bienes y peleado tantos años. El rey no quiso responder por entonces: solo les dijo al dia siguiente, que no podria dormir mientras viviese el conde de Guines. Así, poco despues le hizo matar en secreto en el Louvre." Los demas historiadores que refieren el hecho, concuerdan en que fue degollado en el Louvre sin forma de proceso, y que esta crueldad se miró como funesto agüero del reinado de

Juan: pero añaden que no se le dió muerte en secreto, sino en presencia de los condes de Armagnac y de Chatillon, á quienes confesó su alevosía. La crónica de san Dionis dice: "el condestable fue degollado por grandes y perversas traiciones que habia hecho y cometido contra el rey Juan, las cuales confesó en presencia del duque de Aténas y de otros muchos." Pero la confesion no escusa la falta absoluta de las formas judiciales. Lo cierto es que esta arbitrariedad enagenó los ánimos de la mayor parte de los varones franceses, y dió muchos partidarios á Eduardo. La irritacion de los nobles fue mas grande, porque creian, no sin razon, que el odio del rey contra el condestable se habia hecho mas violento por el deseo de enriquecer con sus despojos y dar su dignidad á Cárlos de la Cerda, descendiente de Alonso X de Castilla, y de san Luis por las mugeres. Este caballero era favorecido del rey con tanto exceso, que dió motivo á la malignidad pública para infames hablillas.

Juan dió á Cárlos de la Cerda la espada de condestable, aunque la habia prometido al rey de Navarra: lo que enojó á este de modo que desde entonces entabló con Eduardo relaciones secretas, funestas á Francia. El nuevo condestable casó, mediante el favor del rey, con la hija de Cárlos de Blois, y recibió en dote el ducado de Angulema. Este matrimonio dió nuevo alimento á las discordias y partidos de Bretaña. Las condesas de Blois y

de Monfort pelearon con vario suceso. En esta guerra larga y encarnizada hubo mas hazañas romancescas que acciones importantes, y mas valientes caballeros que sabios generales

Una de estas hazañas fue *el combate de los treinta*, entre 30 caballeros franceses acaudillados por Beaumanoir, y otros tantos ingleses, cuyo gefe era Bembro, á quien Froissard llama Brandemburgo. En esta batalla, cansado Beaumanoir, y próximo á morir de sed y de las heridas, le gritó uno de sus compañeros: «Beaumanoir, bebe tu sangre." Hízolo así, cobró fuerzas, peleó y dió la victoria á los suyos. Muchos historiadores creen fabulosa esta anécdota: pero aunque faltan pruebas de su verdad, es tan conforme al espíritu de aquel siglo, que para creerla basta que la refieran uno ó dos escritores contemporáneos. El combate se dió entre Joselin y Ploermel junto á un árbol, llamado *la encina de enmedio.* Segun el conde Daru parece que la lid no era por los intereses de Bretaña, sino por la hermosura de las damas inglesas y francesas, pues las palabras que pone en boca de Beaumanoir cuando sacó la espada, son estas: «ahora veremos quién tiene mas bella dama.» Los franceses dieron el honor del combate al señor de Tintiniac, y los ingleses á Crocuart. Bembro para animar á sus compañeros les citó, segun dice el mismo Daru, una profecía de Merlin favorable á los ingleses; pero Crocuart le respondió: «déjate de profecías: confiemos en

nuestras espadas y vamos adelante." Desde este dia el grito de batalla de los señores de Beaumanoir fue: «Beaumanoir, bebe tu sangre." La memoria del triunfo se conservó hasta nuestros dias por una piedra puesta en la orilla del camino, que vá de Ploermel á Joselin, con esta inscripcion: *á la inmortal memoria de la batalla de los treinta, ganada por mi señor el mariscal de Beaumanoir el* 26 *de marzo de* 1350. Daru cree que fue en 1351. Algunos escritores se fundan en el silencio de los historiadores ingleses para negar el hecho: pero en semejantes casos cuando el vencido calla, habla en favor del vencedor.

El rey Juan quiso fundar, como Eduardo, un orden de caballería, compuesto de 500 individuos. Este orden, llamado de la Estrella, se prodigó, se envileció, y se estinguió prontamente. Habíasele dado una casa donde debian reunirse anualmente todos los caballeros para contarse sus aventuras buenas y malas sin faltar á la verdad. Un escribiente, pagado por el rey, las copiaba, para que se juzgase á cada uno segun sus obras. Juraban morir antes que rendirse, y cuando el número superior de los enemigos los obligase á la retirada, no hacerla mas allá de cuatro aranzadas. Todos los individuos del orden debian llevar en el vestido una estrella de oro ó de plata sobredorada. Antes de extinguirse este orden, fue dado en recompensa de sus servicios á los soldados de la policía de París.

Mientras Juan entendia en estos pueriles y vanos entretenimientos, los ingleses, aprovechándose del descontento general, producido en Francia por la arbitrariedad del gobierno y los proyectos vengativos del rey de Navarra, vencieron en Guiena al mariscal de Nesle y se apoderaron de muchas plazas. El conde de Flandes, irritado porque se negaba el rey á entregarle tres ciudades que le habia prometido, dilataba su venida á París á prestar juramento y homenage: mas al fin lo hizo, intimidado con las amenazas de Juan. Los franceses habian violado antes la tregua, intentando apoderarse de Calés por soborno: los ingleses la violaron tambien, apoderándose de Guines por traicion del gobernador. Eduardo, cuando se le acusó por esta infraccion, respondió que el ejemplo de los franceses le habia enseñado á mirar como *mercados* las treguas. Nada era entonces mas comun que estas alevosías: y los caballeros solo respetaban la ley del pundonor, rigurosamente observada en los desafíos, combates y torneos. La santa Sede solicitaba con el mayor teson el fin de la guerra, que amenazaba prolongarse indefinidamente.

Asesinato del condestable Cárlos de la Cerda (1352). La muerte de Clemente VI no alteró este proyecto, digno del padre comun de la cristiandad. Sucedióle Estevan de Albert, de nacion francés, obispo de Clermont, que tomó el nombre de Inocencio VI. Empleó sus

buenos oficios para reconciliar á los reyes de Francia: mas no pudo triunfar, por desgracia, del carácter ambicioso y pérfido de Cárlos el malo, rey de Navarra.

Parecia que la naturaleza le habia dotado de brillantes calidades solo para hacer mas peligrosos sus vicios. Era el hombre mas hábil y entendido, mas elocuente y audaz de su tiempo: codicioso de dinero para sobornar á otros: diestro, como Catilina, en aparentar virtudes, engañar á los hombres de bien, y ligar á sus numerosos partidarios con los lazos del crimen: adquiria prendas de la fidelidad de ellos, incitándolos á cometer maldades, y poseia el arte funesto de encadenarlos en su partido lisongeando sus pasiones, que los esponian á la venganza del poder y de las leyes; y no podian escusarla sino poniéndose bajo la proteccion de Cárlos y consagrándose á su servicio. El rey de Francia, á pesar de su carácter poco sufrido, disimuló al principio el odio que tenia al de Navarra y el temor que le causaban su ambicion, sus artificios, su denuedo y su atrevimiento. Dióle tambien por esposa á su hija Juana, y la esperanza de cederle el condado de Champaña: pero el navarro, á quien era dificil engañar, no por eso dejó de pretender el ducado de Angulema, del cual habia tomado ya posesion el nuevo condestable Cárlos de la Cerda, cuyo influjo con el rey impedia á este cumplirle al de Navarra su promesa.

Este príncipe vengativo se retiró enojado

á la ciuda de Evreux. Allí supo que el condestable vivia sin recelo alguno en el castillo de l'Aigle. Fue á él una noche con 100 hombres de armas, escaló los muros, sorprendió á su adversario en el lecho, y le mató á puñaladas. Con tanta osadía cuanta habia sido su ferocidad, escribió al consejo del rey, jactándose de su delito, como si fuese hazaña gloriosa, y procurando justificarla con argumentos desatinados. Alistó tropas, fortificó sus castillos y pidió socorro á los enemigos de Francia. El rey, no menos afligido que indignado de tanta insolencia, prefirió en estas circunstancias críticas la negociacion á las armas, y tomó la resolucion poco honorífica de aplacar al rebelde, que hubiera debido castigar. Le prometió, pues, grandes indemnizaciones por la pérdida de Champaña y Brie que le habia prometido, el establecimiento de un tribunal supremo de justicia en la ciudad de Evreux, y en fin, por una condescendencia, que rayaba en infamia, exortó su delincuente yerno á venir á París á purgar su maldad con aparente sumision, dándole por salvoconducto su palabra real: y como Cárlos no se fiase de ella, le dió en rehenes una suma de dinero y su propio hijo.

Satisfecho el navarro, compareció en el parlamento, donde concurrieron los pares, muchos obispos y dos legados. Pronunció con mas altivez que sumision algunas palabras en disculpa de su delito, é imploró la clemencia del rey. La sesion fue corta, porque todo se

habia previsto y decidido de antemano. Para salvar la dignidad real, comprometida con aquella farsa, el nuevo condestable Santiago de Borbon prendió al rey de Navarra, y le llevó á otra sala, de donde volvió poco despues de orden del rey. Las dos reinas viudas de los dos reyes anteriores intercedieron por él, y Juan le perdonó, con tal que fuese desterrado á Normandía. Poco despues le mandó pasar á Aviñon, donde esperó el pérfido Cárlos ocasion favorable para ayudar á Eduardo en sus empresas contra Francia.

Rebelion del conde de Foix (1354). En este tiempo publicó el emperador Carlos IV la célebre bula de oro que aseguró los derechos de los electores y dió alguna regularidad á las elecciones. En Alemania crecia indefinidamente el poder de la aristocracia desde el siglo X á costa de la autoridad del trono: en Inglaterra se equilibraba con las libertades del pueblo y las prerogativas de la corona. En Francia unidos el rey y el pueblo debilitaban progresivamente el poder de los nobles: pero el descontento producido por los actos arbitrarios de Juan, y por los impuestos con que gravaba á sus vasallos, debilitó la autoridad real, y aun estuvo á pique de caer por las traiciones de los grandes, las armas de Inglaterra y las insurrecciones de la capital.

Gaston Febo, conde de Foix y cuñado del rey de Navarra, fue uno de los primeros que levantó el estandarte de la rebelion y se de-

claró independiente del rey. Otros señores le imitaron; pero fue sorprehendido por las tropas de Juan, preso y conducido á París. Poco despues volvió á la gracia del rey en tanto grado, que se le confió el mando de un ejército.

Nueva guerra entre Francia é Inglaterra (1355). La última tregua habia concluido. El navarro hizo un viaje á Inglaterra y prometió su ausilio y el de sus amigos á Eduardo, que confiando en ellos, volvió á tomar las armas y desembarcó en Francia. Los ingleses, sabiendo que el martes de carnestolendas habia mucho desorden en Nantes con motivo de las diversiones, sorprendieron la ciudad violando un armisticio hecho poco antes: pero á la noche siguiente acudió con sus tropas Guido de Rochefort, tomó por asalto la plaza, y en castigo de la infraccion de la tregua pasó á cuchillo todos los enemigos. Gaston de Foix y el condestable Borbon, que mandaban las tropas francesas en el Mediodia, estaban discordes, entre sí: el príncipe de Gáles, á quien su padre habia dado el ducado de Guiena, aunque inferior en número, dispersó las tropas enemigas, y taló el Languedoc desde Tolosa hasta Beziers. Al mismo tiempo desembarcó en Calés Eduardo, atravesó el Artoix y llegó hasta Hesdin: pero el rey Juan salio contra él al frente de sus tropas y le envió á desafiar cuerpo á cuerpo.

Eduardo, temiendo que el enemigo le ro-

dease y le impidiese recibir víveres, se retiró á Calés, y volvió á embarcarse con precipitacion para Inglaterra, muy desairado por el mal éxito de su espedicion. Esta campaña, ventajosa para Juan, y muy corta, consumió todos los recursos del tesoro; y fueron en vano las tentativas que hizo el rey para llenarlo: porque todos se negaban á pagar sin el consentimiento de los estados generales. Estos se reunieron en 1355, y fueron convocados de nuevo al año siguiente.

Pero á pesar de su autoridad, hubo mucha resistencia al pago de las contribuciones, y en la ciudad de Arras llegó á ser rebelion declarada. El rey envió á esta plaza al mariscal de Andreghen, que con el pretesto de entablar negociaciones amistosas con los habitantes, entró en ella con una tropa de hombres de armas y degolló cien gefes de los mas turbulentos, y así apagó la sedicion.

Carlos de Navarra, constante en su odio é implacable en sus venganzas, aparentaba compadecerse de la suerte de los pueblos, y los incitaba secretamente á rebelarse. Al mismo tiempo ganó la confianza de Carlos, duque de Normandía, hijo mayor del rey, y halló medio de seducir á este jóven príncipe, que estaba disgustado por la severidad con que le trataba su padre. Ya el delfin habia consentido en huir de la corte, y habian fijado el dia: pero habiendo descubierto que la intencion del navarro era apoderarse de su persona, entre-

garle á Eduardo, excitar los mal contentos á deponer al rey y usurpar la corona, arrepentido é indignado, confesó á su padre toda la trama, le pidió perdon, y lo consiguió. Despues, usando de astucia contra astucia, cogió al rey de Navarra en sus propias redes. Este se engañó de tal manera con la cordialidad aparente de las cartas del príncipe, que á ruego suyo pasó sin desconfianza, acompañado de los señores de Harcourt y Graville, y de otros muchos partidarios, al castillo de Ruan, donde le esperaba el delfin. Creia que solo habia venido á la capital de su ducado de Normandía para conferenciar con él acerca de sus intereses comunes. El rey Juan, "hombre ardiente é irreflexivo" como dice Froissard, supo con indignacion que el rey de Inglaterra suscitaba todas las rebeliones y resistencia que se hacian contra su autoridad, y que un gobernador de Gante, partidario del navarro, habia hecho en nombre de este príncipe y de sus confederados, un convenio con el inglés para que desembarcase en Francia con ejército. "No ha de haber aquí mas amo que yo, dijo Juan encolerizado; y no estaré contento hasta que perezcan estos traidores." Habiéndole avisado su hijo el éxito de su astucia y el dia que habian de llegar los conjurados, salió de secreto con cien hombres de armas, llegó de noche al castillo de Ruan el domingo de Ramos, los sorprendió cenando, y asiendo al de Navarra por el cuello del vestido, le dijo: "trai-

dor, no mereces estar sentado á la mesa de mi hijo. Por el alma de mi padre, que no he de comer ni beber hasta que mueras." Collinet de Bleville, escudero del navarro, sacó la espada, y dirigiéndola al pecho del rey, le obligó á soltar á Cárlos: pero los hombres de armas los prendieron á todos, á pesar de las protestas del Malo, que gritaba ser todo una calumnia como él demostraria ante los pares del reino. Juan mandó poner á todos en prision, aunque el delfin le rogaba que no lo hiciese, por no incurrir en la acusacion de haber vendido á sus convidados. "Juan, dice Froissard, enagenado de ira, dió un golpe en las espaldas al conde de Harcourt con la maza de un sargento, y arrojándole del salon, le dijo: *traidor, anda delante, y vé enhoramala á la prision. Por el alma de mi padre que has de saber cantar muy bien para escaparte. Se conoce que desciendes del conde de Guines. Pronto pagarás tus delitos y traiciones.*"

Él delfin y los notables de Ruan, que amaban al conde de Harcourt, se indignaron de esta violencia. Juan, que queria matar á todos los confederados, temiendo que los vecinos les diesen libertad si dilataba su venganza, mandó al gefe de su guardia que los degollase en el campo. Así perecieron sin ser juzgados el conde de Harcourt, Juan de Graville, el señor Mambué y Collinet de Bleville: este último murió por haber hecho armas contra el rey, y fue el único á quien Juan permitió que

se confesase; porque á los demas, por ser traidores, no les concedió esta gracia. Crueldad, que si es cierta, prueba el mayor grado de barbarie y ferocidad en el que quiso estender, su venganza hasta la region de la eternidad. Las crónicas añaden que mandó conducir los presos en dos carros, y que despues de comer los siguió á caballo para asistir á su suplicio. Felipe, hermano del rey de Navarra, y Godofre de Harcourt, tio del conde asesinado, se reunieron para vengarlos, alistaron sus vasallos, proveyeron sus fortalezas, y declararon guerra al rey. Felipe en su manifiesto le llamaba *Juan, que se dá á sí mismo el título de rey de Francia:* calificaba de traicion la muerte de los señores, y añadia: "habeis sorprendido y preso á mi hermano sin justicia: yo emplearé todas mis fuerzas para libertarle. Quizá ya codiciando su herencia y la mia, quereis darle muerte como á los condes de Eu y de Guines. Pero sabed que os desafiamos, nos burlamos de vuestro poder, y os declaramos guerra á muerte. En fé de lo cual ponemos nuestro sello á la presente; á 17 de agosto de 1355." Muchos señores de Normandía enviaron al rey declaraciones de la misma especie, lo que le causó alguna inquietud, pero duró poco; porque este príncipe pasaba con facilidad del temor á la esperanza, del furor á la flaqueza, y del odio á la indiferencia.

Cárlos el malo fue conducido á la torre del Louvre, en la cual se le trató muy mal al prin-

cipio: porque muchas veces entraban los alcaides de noche y de dia en el calabozo con gran ruido á avisarle que iba á ser degollado, ó metido en un saco y arrojado al Sena. El navarro disimulaba su terror y su ira, aparentando resignacion; y ganó el afecto de los oficiales que le guardaban, hablándoles con mansedumbre, y compadeciéndose de verlos obligados á ejecutar contra su voluntad las órdenes crueles del monarca. Entretanto Felipe de Navarra y Godofre de Harcourt, con la deslealtad que era muy comun en aquella época degenerada, se confederaron con el rey de Inglaterra, le entregaron sus fortalezas y favorecieron los progresos de sus armas. Así se dividió la nobleza de Francia: una parte se rebeló y se unió á los ingleses: otra, mas numerosa, permaneció fiel á su rey, participó de sus peligros é infortunio, y vertió su sangre para rechazar lejos del trono al usurpador estrangero. Entre estos caballeros militaba, con admiracion de todos, Luis de Harcourt, hermano del conde asesinado. No quiso juntarse con los rebeldes de su familia; y declaró, que siendo vasallo del rey Juan, no podia faltar sin delito á su juramento de fidelidad.

Los estados generales se convocaron el 28 de noviembre de 1355 para remediar la penuria del tesoro agotado por el desórden de la administracion, y las prodigalidades de Juan y de su padre, cuando las fuerzas de un enemigo temible se aumentaban con la rebelion

de muchos varones. El rey se propuso, pues, reformar los abusos y afirmar el gobierno. Boulanvilliers dice que estos estados generales son los primeros de que se puede hablar con certidumbre: pues la ordenanza que de ellos resultó, existe todavía en la Biblioteca real, aunque se han perdido los diarios de las sesiones, que los ingleses se llevaron á Lóndres despues de la victoria de Poitiers. A principios del siglo último estaban aun en la librería particular de un caballero ingles. "Juan, añade Boulainvilliers, fijó irrevocablemente en esta asamblea los derechos de los estados generales: derechos que caducaron en lo sucesivo por el no uso."

Esta reunion se componia de prelados, abades, nobles y diputados de las *buenas* ciudades. Cuando empezó la sesion, Pedro de Laforet, arzobispo de Ruan y caballero de Francia, espuso en nombre del rey el estado de la hacienda y las necesidades del tesoro, y los requirió que deliberasen acerca de lo que podian dar al soberano para el honor del trono y seguridad del reino. Craon, arzobispo de Reims y orador del clero, Gualtero de Brienne, duque de Atenas, orador de la nobleza, y Esteban Marcel, preboste de los mercaderes de París, que llevaba la voz del estado llano, respondieron que estaban prontos á vivir y morir con el rey y á ofrecerle sus bienes y sus brazos: y que por tanto iban á deliberar sobre sus demandas. Pero al mismo tiempo espusieron

quejas generales y particulares, y pidieron que fuesen satisfechas antes de todo, como providencia indispensable para el bien del monarca y del pueblo. El rey prometió satisfacerlas, y comenzaron las deliberaciones. Se acordó alistar para la guerra de Inglaterra 30000 hombres de armas, y asignar para este gasto, 50000 libras, tomadas de la gabela, que se restableció por aquel año, y del derecho de 8 dineros por libra en las ventas: pero se resolvió que los estados nombrarian los perceptores de estos tributos, porque los encargados de percibirlos en tiempo de Felipe de Valois, habian procedido infielmente y dado malas cuentas. El rey decia que los fondos producidos por tales medios serian insuficientes, y que era mejor una capitacion general: pero cedió á las instancias de los estados con la condicion de que se juntasen el 1.º de marzo del año siguiente para examinar cuanto habian producido los impuestos, y suplir lo que faltase hasta la suma concedida. Despues de tomada esta resolucion, se deliberó sobre el capítulo de las quejas.

El rey de Navarra tenia mucho influjo en los diputados, y los exhortaba por medio de sus agentes á descubrir todas las injusticias y arbitrariedades que se habian cometido, y á poner barreras á la autoridad real para lo sucesivo. Al mismo tiempo, si se ha de creer á Dutillet, hacía que sus amigos aconsejasen al rey que sostuviese con firmeza sus derechos y

la dignidad de la corona. Con estos artificios lograba hacer á Juan odioso á sus vasallos, y ganaba para sí mismo el afecto del pueblo, persuadiéndole que preferia el interés de los estados á los derechos de príncipe de la sangre y á la prerogativa real. A pesar del dictamen de algunos prudentes consejeros, que exhortaban al rey á satisfacer, á lo menos en parte, las fundadas quejas de los estados, y le demostraban cuán imposible era sostener la guerra con solo las rentas de sus dominios, Juan vaciló por mucho tiempo en conceder á los estados el manejo de los caudales procedentes de las contribuciones: mucho mas cuando querian reducir á su verdadero valor el marco de plata, que al principio de su reinado solo valia 5 libras y 5 sueldos, y con las alteraciones que habia hecho en la moneda ascendia ya á 18 libras. Si se hacía la reduccion proyectada por los estados, las 50000 libras que ofrecian se quedaban en 8750 marcos, cuando convertidas en monedas fabricadas á gusto de los ministros, podia ascender la suma de 50000 libras á 150000.

Pero al fin cedió, obligado de la necesidad, y hubo de adoptar la famosa ordenanza de 1355, en la cual se consignaron las libertades francesas. Pero como no podia ser mantenida sino con la convocacion anual de los estados, y las guerras civiles y estrangeras que se siguieron no permitian reunirlos, sus disposiciones quedaron sin efecto dentro de

pocos años; y las trabas, que en ella quisieron poner los estados al poder del gobierno, enseñaron á los reyes á convocar estas asambleas las menos veces que podian.

En el primer artículo de la ordenanza declara el rey que por el dictámen de los tres órdenes, y de los hombres buenos de su reino del Languedoc y del pais de costumbre, se haria guerra al enemigo por tierra y mar, siguiendo el parecer de los capitanes nombrados para dirigirla: que para los gastos se echaria una gabela de sal en los paises de costumbre, y un derecho de 8 dineros sobre las ventas, escepto las de herencia, pagados por el vendedor, sin escepcion ni aun del rey. El monarca promete que empleará contra los infractores todos los medios que le aconsejen los estados. Este impuesto debia cesar el 1.º de marzo siguiente, época desde la cual se pagarian las tropas con los recursos que propusiesen los tres órdenes, sin que los votos de dos de ellos puedan obligar al tercero á consentir. El cobro de dichos impuestos se confiará á recibidores nombrados por los estados, que les darán instrucciones, y eligirán en cada orden tres hombres buenos, leales y honrados, con el título de recibidores generales y superintendentes para inspeccionar la administracion de los fondos, pero sin responsabilidad. Esta recaerá toda sobre los perceptores que darán cuenta de las sumas que cobren, y harán las ejecuciones con orden de los superintendentes.

Las decisiones de estos serán sin apelacion, y remitirán los acusados á los tribunales de su fuero para que las ejecuten. Ni un ardite del impuesto de guerra se aplicará á otro uso: y se tendrá por nula toda ordenanza de S. M., contraria á esta disposicion. Si los superintendentes son amenazados por alguna violencia, podrán reclamar el ausilio de los pueblos y de las buenas ciudades: pero nada podrán hacer sino por unanimidad: y en caso de discordia, recurrirán para convenirse al parlamento.

Por los artículos 5.° y 6.° los estados suspenden sus sesiones hasta el 1.° de marzo siguiente para verificar las entradas, y suplir si son insuficientes. En caso de hacerse la paz, cesarán al momento los subsidios: y el dinero que se haya sacado de ellos cederá en provecho de los contribuyentes. En los artículos siguientes se obliga el rey á fabricar buena moneda de oro de 52 marcos, que valdrá 20 sueldos parisienses, y á no sacar de la de plata mas utilidad que seis libras por marco. Promete hacer otra reduccion concluida la guerra, y permite que se establezcan casas de contraste en cada obispado, cabildo, señorío y ciudad, renunciando por sí y por sus sucesores al derecho de alterar la moneda. Los administradores de sus fábricas prestarán juramento al rey en presencia de los superintendentes de los estados. El rey, sus hijos, los príncipes de la sangre, el canciller, el agente de su con-

sejo, los oficiales del parlamento y los empleados en rentas prometerán bajo juramento observar esta ordenanza. El que aconseje infringirla, será destituido al instante y declarado incapaz de empleos públicos. El monarca renuncia por la misma ordenanza al derecho de *presa*, que consistia en tomar á las gentes de los pueblos y del campo, para el uso de la casa real, vino, víveres, carros y muebles, reservándose estos dos últimos artículos con la obligacion de pagarlos el mismo dia ó el siguiente. Los contraventores serán juzgados por el magistrado del pueblo. Se prohibe á todo acreedor, so pena de multa, pasar su deuda á personas poderosas y privilegiadas. En el término de 10 años habrá prescripcion contra los créditos de los lombardos ó asentistas. El rey promete no apartar á ningun reo de sus jueces naturales: no infringir los derechos de justicia y caza de los barones: reducir los salarios de sargentos y ugieres, y prohibir á los oficiales de su casa comerciar, ó por sí ó por testas ferreas, so pena de confiscacion de las mercancías. Esta prohibicion, cuyo objeto era quitar al comercio del pueblo la concurrencia de hombres poderosos, dió orígen á la ridícula preocupacion de que los nobles degeneraban si ejercian una profesion tan útil y honorífica. El rey anula todas las moratorias concedidas hasta entonces. Mientras dure el impuesto de guerra, cesarán los demas subsidios, á menos que no los restablezcan los estados. Se

prohibe á los condestables, almirantes tesoreros y oficiales del rey cobrar nada de botin hecho al enemigo en tierra ó en mar. Si los soldados cometen desórdenes, se da permiso á todos para resistirles. Las tropas no podrán hacer mansion en un sitio mas de un dia: pasado el cual podrán los pueblos negarles dinero y víveres. Todo hombre obligado al servicio, se presentará armado al primer llamamiento, ó le obligarán á hacerlo los oficiales del rey y las justicias de los barones.

Cuando se publicó esta ordenanza, y empezó á ponerse en ejecucion, hubo grandes alborotos en todo el reino, que impidieron á muchos diputados hallarse en la sesion señalada para el 1.° de marzo: y se sospechaba generalmente que el rey de Navarra fomentaba la sedicion. No obstante, los diputados que se reunieron en el castillo de Ruelle, viendo que el producto del impuesto era insuficiente, porque muchos barones y pueblos se negaban á pagarle, concedieron al rey una capitacion de 4 por 100 de las rentas, y de 40 ó 20 sueldos por las que no llegaban á 100 libras. Tambien se impuso contribucion sobre los bienes muebles, y se obligó á los trabajadores del campo, artesanos y criados á pagar la décima parte de sus salarios.

Pero las sediciones eran cada dia mas frecuentes, y la prision del rey de Navarra y la muerte de sus compañeros hicieron que el descontento fuese universal. Godofre de Har-

court en venganza de su sobrino, exortó á los ingleses á desembarcar en Normandía; el duque de Lancaster le trajo cuatro mil hombres de armas, á los cuales se reunieron las tropas de los barones insurgentes. El rey peleó contra este ejército, le derrotó, y sitió á Breteuil, que se defendió ostinadamente seis semanas: porque el arte de atacar las plazas estaba aun en su infancia: y como era desconocido el de asegurar las subsistencias de los ejércitos, cuando el sitio de una fortaleza se prolongaba mucho, las milicias feudales se desbandaban y volvian á sus casas, robando en todas partes y dejando desnudo al pueblo, al cual llamaban irónicamente *Jacques* (Diego) *el buen hombre.*

Batalla de Maupertuis (1356). A pesar de tantos motivos de disgusto y desolacion, el amor de la patria y el odio á la dominacion estrangera, aumentó progresivamente el ejército del rey que se hallaba en Chartres, hasta el número de cuarenta mil hombres; pero el Mediodia de Francia estaba en poder de los ingleses que amenazaban ya el Poitou, el Anjou y la Turena. Estas rápidas conquistas aumentaban la fama del príncipe de Gales, llamado el príncipe negro por el color de sus armas. La batalla de Crecy le habia adquirido mucha gloria; y fiado en su fortuna, recorria como vencedor las provincias mas opulentas del reino con un corto ejército de doce mil hombres.

Llegó á Remorantin y la tomó, destruyendo á cañonazos las murallas y los edificios, y aterrando con el estrago y el ruido á los defensores para que capitulasen. Parece que esta fue la primera vez que se empleó la artillería en el ataque de las plazas. La temeraria osadia del príncipe Negro pudo costarle muy cara, si el rey Juan, con sus yerros é imprudencias, no hubiera peleado, digámoslo así, en favor del héroe inglés, del cual pudo triunfar á su salvo. El rey de Francia, irritado de los progresos del ejército enemigo, le sale al encuentro. El príncipe, que habria querido reunirse con las tropas de Lancaster, no pudo hacerlo por el cansancio de las suyas y la marcha rápida de los franceses; y así hubo de acamparse en Maupertuis, pueblo cercano á Poitiers.

Allí escogió una posicion ventajosa y se atrincheró en un terreno cortado con viñas, vallados y fosos. Mas no tenia víveres, y, ostigado por cuarenta mil franceses que le podian rodear, creia inevitable su ruina. Cuando el rey Juan llegó á vista de los ingleses, dijo á sus caballeros: "cuando estais en las fiestas de París y de otras partes, decis muchas amenazas contra nuestros enemigos, y manifestais deseo de encontraros con ellos en batalla. Ahí los teneis: mostrad que sois mas valientes, y vengad las injurias que nos han hecho: porque de verdad os digo que vamos á pelear."

En vano le aconsejaron los mas esperimen-

tados capitanes que no diese batalla ni redugese, á la desesperacion un enemigo valeroso, cuando podia rendirle por hambre sin efusion de sangre. El rey, mas soldado que general, respondia con denuestos y ultrages á estos prudentes consejos. Oyendo cantar á algunos soldados la antigua cancion de Roldan, esclamó: "ya hace mucho tiempo que no nacen en Francia hombres de ese temple." "Señor, le respondió con altivez un capitan: cuando tengamos Carlomagnos, no faltarán Roldanes." El cardenal de Perigord procuró establecer negociaciones para evitar la efusion de sangre: mas solo pudo conseguir un armisticio de dos dias, en los cuales el príncipe Negro, convencido de su peligro, ofreció capitular bajo condiciones honrosas. El rey, guiado por la venganza, exigió que el caudillo inglés y sus caballeros se rindiesen á discrecion. Eduardo, indignado de tanto orgullo, resolvió vencer ó morir: y de ambas partes se prepararon á la batalla. Los oficiales franceses que de orden del rey habian reconocido el terreno, informaron á Juan, que el campamento de los ingleses, fortificado por la naturaleza y el arte, parecia inexpugnable. Pero el impetuoso monarca, sin hacer caso, dió la señal del combate, despues de haber mandado á la gendarmería que echase pie á tierra por el funesto consejo de un caballero llamado Ribeaumont, dejando montados solo trescientos hombres escogidos y un cuerpo de caballería alemana, que debia comenzar el ata-

que. Dos mariscales acometieron á su frente, procurando con el mayor esfuerzo abrir paso al rey por medio de los vallados, fosos y atrincheramientos y derribando todos los obstáculos que á ello se oponian. Los flecheros ingleses, apostados donde la caballería no podia ofenderlos, la oprimian con sus dardos. La mayor parte de aquellos valientes caballeros, prefiriendo la muerte á la retirada, caen sin vida ó heridos. Algunos consiguieron llegar hasta la primer línea inglesa, la desordenaron por un momento, y murieron allí con gloria: otros, arrebatados por sus caballos, vuelven atrás y desórdenan la caballería alemana. Un cuerpo escogido, que el príncipe de Gales habia colocado detrás de una colina, acomete por el costado á esta caballería, la derrota y la pone en fuga. Su desorden introduce el espanto en el cuerpo de batalla de los franceses, que mandaban el delfin y sus dos hermanos. El terror fue tal, que abandonaron el campo, sus banderas y su rey.

La derrota fue completa, y solo el rey Juan con un escuadron de valientes que permanecieron en sus puestos, sostuvo aquel dia el honor de las armas francesas. No disputaban ya por la victoria que tenian perdida: sino por la vida y por la fama. De todos los hijos del rey, Felipe que era el cuarto, fue el solo que quedó junto á su padre resuelto á pelear hasta morir. Cuando el príncipe de Gales vió huir aquel grande ejército, de cuyas manos le

parecia poco antes que no podria escapar, apenas dió crédito á sus ojos: pero Chandos le sacó de su asombro, diciéndole: "mi señor, la victoria es vuestra. Acometamos ese corto escuadron, que manda el rey Juan, único trofeo que nos falta."

Eduardo fija la vista en aquella tropa brillante, cubierta de hierro y aislada en la llanura, y en el rey Juan armado de su coraza resplandeciente sembrada de lises de oro, y admiró la intrepidez de este príncipe, que se mostraba determinado á expiar con firmeza heróica su imprudente temeridad. Maravillado de su aspecto marcial, dijo: "No huirá, y con el socorro de san Jorge caerá en nuestras manos. Acometamos, camaradas: seguidme vos, Chandos. Ninguna herida que reciba me hará volver atrás." El choque de los ingleses fue terrible: mas le recibieron sin perder el puesto los valientes de Francia. Apesar de la desigualdad del número, duró mucho tiempo la lid con espantosa carnicería. Allí pereció la flor de los caballeros franceses, defendiendo con sus cuerpos el del rey. Quedaron muertos en el campo de batalla el condestable de Brienne, dos príncipes de la casa de Borbon, Melun, Tancarville, Surgéres, la Rochefoucaud, Rochechouart, Linieres, Ventadour, Mareuil, Montagu, de Apchon, y otros muchos valientes. Este cuerpo escogido pudo haber restablecido el combate: pero como estaban desmontados, la gendarmería inglesa los atropelló

con sus caballos. El príncipe Felipe, que solo tenia trece años, lidió con el valor y presencia de ánimo de un caballero veterano. El rey Juan quedó casi solo á pie defendiéndose con una hacha de armas, rodeado de enemigos muertos por su mano que le servian de barrera contra los que le acometian. Pero roto su yelmo, recibió dos heridas en la cabeza: preguntó por su primo el príncipe de Gales, al cual queria rendir su espada; y no viéndole, la entregó á Dionisio de Morbec que se hallaba cerca, y que prometió conducirle á la presencia de Eduardo. Este caballero era francés, y habia huido del reino por un homicidio. Tuvo mucha dificultad para sacar al rey de entre los ingleses que querian quitárselo: pero Juan les dijo: "llevadme á donde está el príncipe: soy bastante opulento para que mi rescate os enriquezca á todos." Ochocientos barones franceses quedaron tambien prisioneros. Eduardo los recibió con magnanimidad y modestia, y al rey Juan con el mayor respeto, no queriendo tomar asiento en la mesa, y diciendo "que debia estar en pie en presencia de un monarca tan grande: pues aunque vencido por la fortuna se habia llevado aquel dia el honor del combate." Esta batalla, tan infausta para el reino de Francia, solo le costó seis mil hombres de cuarenta mil: porque los demas salvaron con la fuga la vida, á costa del honor. Su espanto fue tal, dice Froissard, que cada inglés llevó consigo cuatro ó cinco prisioneros.

En medio de una guerra, en que se disputaban tan grandes intereses políticos, el espíritu caballeresco del siglo produjo un desafío. Durante la suspencion de hostilidades que precedió á la batalla, Juan Chandos encontró al mariscal de Clermont, y vió que llevaba en su escudo lo mismo que él: á saber, el retrato de una señora muy hermosa, de la cual se creian ambos amados. El negocio requeria un desafío, y al principio del combate de Poitiers se buscaron los dos; pelearon, y el mariscal quedó muerto. El delfin Carlos perdió por su fuga el renombre de valeroso que tenia: y no pudo borrar esta mancha el título de *prudente* que adquirió mas tarde por su habilidad política. Se encargó, despues de la derrota, del gobierno del reino, primero como lugarteniente general, y luego como regente cuando tuvo la edad necesaria para tomar este título. En Inglaterra llegó á locura el júbilo cuando Hemelin, escudero del príncipe de Gales, dió la noticia de la victoria, y mostró al pueblo la cota y el yelmo del rey Juan. Este monarca fue llevado á Burdeos, donde los ingleses y gascones se disputaban unos á otros el honor y el botin de la batalla de Poitiers. Eduardo, para acabar estas altercaciones, pasó con su prisionero á Inglaterra, casi furtivamente.

Cuando Juan llegó, se colgaron las calles: de modo que su entrada en la ciudad parecia un triunfo: cortesía mas orgullosa que benévola. Eduardo procuró consolarle con demos-

traciones y promesas, y le dió para que residiese el castillo y parque de Windsor, donde podia cazar á su placer, y recibir las visitas que le agradasen. El rey se manifestó reconocido, y sufrió magnanimamente los disfavores de la fortuna. Esta victoria de los ingleses fue debida en gran parte á la desunion de sus contrarios: pues de los doce mil combatientes que mandaba Eduardo en Maupertuis, solo tres mil eran de Inglaterra, y los demas habian nacido en la misma patria cuyo seno despedazaban.

La Francia estaba en la anarquía. El delfin habia perdido la confianza pública por su fuga en Poitiers, y conoció que no sería obedecido sin el auxilio de los estados generales. Convocólos, pues, como lugarteniente de su padre: les espuso los peligros del reino y la urgencia de los socorros: pero los diputados, en vez de unirse á él para salvar la patria, llevados de sus ambiciones y miras particulares, prorumpieron en quejas, y pidieron la destitucion del canciller Pedro de Laforet, arzobispo de Ruan, de Simon de Bussy, primer presidente y de seis administradores de rentas, y la libertad del rey de Navarra. Cárlos se vió obligado á prometer que para el gobierno del reino tendria un consejo, cuyos miembros serian elegidos por los estados. Con estas condiciones consentian en obedecerle como regente, y concederle las sumas necesarias para alistar treinta mil hombres: pero estas sumas ha-

bian de ser cobradas de la nacion y distribuidas á las tropas por los comisarios que nombrasen los estados. Estas proposiciones eran intolerables, y mucho mas siendo enemigos del rey casi todas las personas que nombraron los estados para el consejo del delfin, que no halló otro remedio sino disolver la asamblea, y enviar delegados á las provincias, por si pudiese lograr de cada una, lo que no habia podido de todas juntas. Esta resolucion vigorosa produjo mal efecto, porque los nobles empezaron á reunirse con el intento de atraer las municipalidades á su partido: pero los agentes del príncipe supieron demostrar tan claramente á los pueblos que el intento de los señores era abatir la autoridad del rey para restablecer la antigua dominacion feudal, que aquella confederacion peligrosa no llegó á efectuarse. En París, queriendo Cárlos sustraer la capital al influjo de los barones, se valió de Estevan Marcel, preboste de los mercaderes, y del regidor Ronsac, enemigos de la nobleza, osados, y que tenian gran poder sobre los vecinos. El pueblo, persuadido de ellos, puso cadenas en las calles, reparó lós fosos y murallas, y comprendió en el recinto de ellas los arrabales de san Antonio y san Pablo: providencia, que aseguraba al delfin contra los proyectos de los señores, pero que le dejaba á discrecion de la anarquía popular.

El odio contra los ingleses era siempre el mismo: y los estados, aunque mal intenciona-

dos con respecto á la autoridad real, habian enviado á Normandía cuatro generales con tropas para oponerse á Godofre de Harcourt y á sus partidarios y á los ingleses del duque de Lancáster. Harcourt fue vencido y muerto en una batalla que dió á las tropas del rey. Felipe de Navarra y Lancáster no pudieron pasar el Loira, entraron en Bretaña y sitiaron á Rennes, que les opuso, durante un mes, firme resistencia. Las provincias del Languedoc, saqueadas recientemente por las tropas del príncipe de Gales y por los gascones, tenian menos motivo de quejarse que otras, de los tributos impuestos por el rey, y ofrecieron á Cárlos un alistamiento de cinco mil hombres para la defensa del pais. En aquella provincia fue donde hallaron mas acogida los enviados del delfin: en las demas no quisieron pagar nada sin el consentimiento de los estados generales.

En medio de esta fermentacion general, Cárlos, ostigado de la necesidad, se atrevió á hacer una alteracion en la moneda; y sin tener cuidado alguno del efecto que produciria semejante providencia en los ánimos irritados, pasó de París á Metz para conferenciar con el emperador Cárlos IV que le habia exortado á una entrevista. Pero apenas llegó á esta ciudad, se le presentó el preboste Marcel suplicándole que renunciase á la fabricacion nueva de monedas, odiosa á los vasallos, y fuente fecunda de rebeliones.

Tregua con Inglaterra: rebelion de Pa-

rís (1357). El delfin resistió ostinadamente á sus instancias: pero informado poco despues del espíritu de rebelion que fermentaba en la capital, volvió á ella, y encontró armados los vecinos y cerradas las tiendas por orden de Marcel. Espantóle el triste silencio con que fue recibido: revocó las ordenes relativas á la moneda, y convocó los estados generales, que se reunieron en París en la iglesia de los franciscanos el 5 de febrero de 1357. El príncipe de Gales, satisfecho de la completa victoria que habia conseguido de los franceses, los dejó respirar por algun tiempo. El cansancio de sus tropas y la indocilidad de los gascones no le permitian proseguir sus triunfos.

Bretaña gozó, despues de tantas hostilidades, el alivio de una tregua. Los ingleses estaban desanimados por la resistencia que hallaban y por la proximidad del invierno, y determinaron levantar el sitio de Rennes: pero lo impedia el juramento que habia hecho Lancaster de no retirarse de la plaza hasta haber fijado sus banderas en las murallas. Pero Beltran Duguesclin, cuyas hazañas hacian ya célebre su nombre, allanó la dificultad, conviniéndose de ambas partes en un armisticio, durante el cual entraria el duque en la ciudad, tremolaría su estandarte en las almenas, lo dejaria allí algun tiempo, y luego se retiraria con sus tropas. El convenio se ejecutó de buena fé, y se firmaron treguas hasta el año de 1360.

Parecia que la paz iba á reinar en todas

partes: pero las cuadrillas de aventureros y de soldados que se les reunian, no estando licenciadas ni pagadas, corrieron y robaron las provincias. Arnaldo de Cervoles, uno de sus gefes, se dedicaba principalmente á robar los bienes del clero: tomó el título de arcipreste: invadió el condado de Aviñon, y obligó al papa á rescatar sus tierras del pillage por 400000 escudos, y aun tuvo la insolencia de pedirle la absolucion, y de forzarle á que le convidase á comer, como si fuera un príncipe poderoso y respetable. Estos desordenes duraron mucho tiempo, y algunos años despues llegaron á tal punto que mandó el papa predicar una cruzada, cuyo generalísimo fue el cardenal de Arras, contra las cuadrillas. Los últimos bandidos que se alistaron en ellas, fueron llamados los *Tardíos*, y procuraban exceder á sus antecesores en avaricia y ferocidad. Mientras Francia estaba sumergida en anarquía tan espantosa, y parecia ofrecer fácil presa á la ambicion de sus enemigos, los estados deliberaron á peticion del príncipe sobre los medios de libertar al rey, de juntar un ejército para resistir á los ingleses, y de terminar las disensiones del reino. Los estados pidieron tiempo para discutir: el delfin lo concedió: pero al mismo tiempo nombró comisarios que asistiesen á las sesiones. Mas la asamblea se quejó de que la presencia de los comisarios impedia la libertad de las deliberaciones, y su mision fue revocada por demanda

del arzobispo de Reims, de Felipe, duque de Orleans, hermano del rey, y de Marcel, el preboste de los mercaderes. Despues de largos debates, se nombraron 50 diputados para que redactasen dos proyectos de reglamento, uno para la reforma del gobierno y otro para la contribucion de hombres y dinero. Cuando este trabajo estuvo concluido, y aprobado por la asamblea, el regente se presentó en ella acompañado de seis de sus consejeros y ministros. Los estados le suplicaron que despidiese á estos, so color de que el secreto era necesario para el examen de los reglamentos, que deseaban comunicar á él solo. El delfin no quiso venir en ello, y dijo que no queria obligarse á tratar en secreto los negocios públicos, y mucho menos á aprobar lo que fuese contrario á los intereses y prerogativas del rey.

Los estados, no pudiendo vencer la resistencia del príncipe, cedieron, y mandaron á Roberto Lecog, obispo de Laon, que espusiese en nombre de todos la resolucion unánime que habian aprobado. El prelado comenzó echando la culpa de los males que afligian á Francia, á los ministros y oficiales del rey, y pidiendo que fuesen destituidos, presos y confiscados los bienes de aquellos cuya lista presentasen los estados. Estos bienes, añadia, se aplicarán á los gastos de la guerra. Los ministros serán juzgados por una comision, compuesta de personas de probidad, y cuyo fiscal seria elegido por los estados. En cuanto al can-

ciller, que era eclesiástico, se pedia al delfin que escribiese al papa de su propia mano, para que autorizase á los comisarios elegidos por los estados á juzgarle definitivamente. Ademas del canciller, habia otros 22 acusados, entre los cuales se contaban tres presidentes del parlamento, un camarero del rey, su maestresala, que habia sido tesorero, muchos magistrados de peticiones, uno de cuentas, y el notario, copero y escudero del rey. «Os pedimos tambien, continuó el orador, que envieis á las provincias comisarios nombrados por nosotros, para juzgar definitivamente á todos los funcionarios prevaricadores. Esperamos que reducireis la moneda á la tasa que fijen los estados, y que compondreis vuestro consejo de 28 consejeros, nombrados por nosotros, entre los cuales habrá cuatro prelados, 12 caballeros y 12 vecinos, que tendrán potestad de elegir para los empleos y de destituir los proveidos." Concluyó diciendo que era urgente poner en libertad al rey de Navarra, preso arbitrariamente; de cuya prision debia el mismo delfin justificarse. Juan de Pequigny, caballero, en nombre de la nobleza, y Nicolas Lechanteur, abogado, y Estevan Marcel, preboste de los mercaderes, oradores del pueblo, hablaron en el mismo sentido, concluyendo que era imposible la union general, tan necesaria en aquellas circunstancias, si el príncipe no accedia á los votos de los estados.

Cárlos, ofendido de semejantes condiciones, dirigidas á privar la corona de todo poder, respondió que las consultaria con su consejo: pero que ante todas cosas deseaba saber cuales recursos le ofrecian los estados para sacar al reino del apuro en que se hallaba. Concediéronle 30000 hombres de armas, con sueldo de medio florin cada uno: para este gasto contribuirian los eclesiásticos y nobles con diezmo y medio de sus rentas: y cada 100 hogares de las buenas ciudades y del pais llano pagarian un hombre de armas. Para hacer estas cuentas con exactitud pidieron que se prorogase la asamblea hasta 15 dias despues de pascuas; época en que se supliria lo que faltase. El delfin volvió á su palacio; tuvo frecuentes consejos, entabló con los estados negociaciones, que fueron inútiles, para que modificasen sus demandas: y ya estaba resuelto á concederlo todo, cuando le hicieron ver que ofenderia gravemente á su padre, haciendo concesiones tan contrarias á la dignidad de la corona; y que los recursos que le ofrecian eran ilusorios, pues apenas bastarian para alistar 9000 hombres de armas. El delfin, resuelto, pasó al palacio donde se celebraba la asamblea, y dijó, que no pudiendo decidir materias tan graves sin el consentimiento del rey su padre, pedia ocho dias de término para responder definitivamente. Como estas palabras pronosticaban una negativa, apenas las supo el pueblo que estaba en gran multitud en las cerca-

nías del palacio, se manifestaron indicios de violenta fermentacion: pero el duque de Orleans le calmó con su elocuencia y autoridad. Al dia siguiente declaró el delfin á algunos diputados, que fueron llamados al consejo pleno, que los estados debian separarse hasta que pudiese comunicarles las órdenes que esperaba del rey. Una crónica de aquel tiempo dice que los tres órdenes se negaron á separarse hasta haber dado copias á cada diputado de las actas de la asamblea, para que pudiesen decir en sus provincias las causas que les habian imposibilitado de remediar los males del reino.

Pero la autoridad de esta crónica se debilita mucho cuando vemos que pasa en silencio otra asamblea de estados; y que la de que hablamos se volvió á reunir en París el 5 de febrero siguiente. El delfin, despues de grandes debates, condescendió en gran parte de sus demandas, y publicó en marzo una ordenanza, cuyo original está en la biblioteca del rey, y que fue archivada en el parlamento el 5 del mismo mes. Esta ordenanza es uno de los documentos históricos mas importantes. En el preámbulo se manifiesta la necesidad de apartar del gobierno á los consejeros pérfidos y codiciosos, causa de todos los males y desórdenes anteriores, y de sustituirles hombres de probidad, sinceros y leales. Por lo cual manda el delfin, que se obedezca y cumpla todo lo que él y los diputados de los tres órdenes

establezcan en cuanto á reformas administrativas y fabricacion de monedas: que los funcionarios, designados en la ordenanza, queden privados para siempre de todo empleo: que el producto de los subsidios y gabelas, distraidos precedentemente de su destino, se apliquen á los gastos de la guerra: que la percepcion y empleo de estos subsidios se confie á personas nombradas por los estados: y renuncia, como tambien el rey su padre y todos los príncipes de su familia, y sus dignatarios, al derecho de apropiarse ninguna parte de dichos caudales. De los 40 artículos que comprende la ordenanza, los principales son estos: la corona renuncia á echar contribuciones sin el consentimiento de los estados: autoriza á estos para reunirse en los lugares y épocas que señalen: revoca todo indulto concedido á los homicidas, incendiarios, robadores de iglesias y quebrantadores de treguas: reprende al parlamento por su negligencia y lentitud en administrar justicia: prohibe la venalidad de los empleos de judicatura: reforma severamente los abusos cometidos en la cámara de cuentas, tanto en el despacho de los pleitos como en la exigencia de retribuciones ilegales: confía la direccion de las fábricas de moneda á hombres elegidos por los estados: suprime de nuevo el derecho de presa, tan perjudicial al pueblo: manda dar cuenta ante los estados del cobro de los impuestos: conserva las jurisdicciones particulares que usurpaban los jueces reales:

reduce el salario de los alguaciles y ugieres: prohibe á los señores las guerras privadas mientras dure la general: promete consevar el dominio real y restituirle cuanto se habia enagenado: limita las atribuciones del canciller: promete componer el consejo de hombres leales, indicados por la asamblea: ordena á todos los funcionarios civiles ó militares de palacio no presentar peticion de empleo ó de gracia sino en audiencia pública y en consejo: concede inviolabilidad y proteccion real á todos los individuos de los estados: permite á los pueblos reunirse al son de rebato para oponerse á toda violencia contra sus derechos y seguridad: en fin, confirma otras disposiciones del reglamento hecho en los estados de 1355. Esta ordenanza está firmada por los miembros del consejo superior, por los arzobispos y obispos de Reims, París, Nevers, Leon, y Terouanne, por el abad de san Dionis, por los duques de Orleans y de Bretaña, por los condes de Alenzon, Etampes y Roussy, y por los señores de Garancieres, Coucy, Pequigny, Ambleville y otros muchos.

El rey Juan vió que ésta especie de carta, en vez de fundar las libertades públicas con el concurso del rey y de los estados, quitaba al monarca su verdadero poder, esto es, la ejecucion de las leyes, el nombramiento de los empleos, el gobierno del reino y la inspeccion suprema de los negocios, que pasaba á los estados. Conociendo que las necesidades de la guer-

ra eran el pretesto de las inovaciones, trató de disminuirla por medio de una tregua que diese esperanzas de próxima paz. Entró, pues, en negociacion con los ingleses, y logró una tregua de dos años, que se publicó en París el jueves santo con letras patentes que prohibian cobrar las contribuciones acordadas por los estados, y revocaba el derecho que se le habia concedido de reunirse en la época que ellos señalasen. Esta declaracion produjo descontento; pero el delfin, que no se descuidaba, supo ganar los ánimos de muchos nobles y de algunos diputados, y prohibio á los demas intervenir en los negocios del gobierno. Mas como una parte de los fondos de contribuciones estaba ya en manos de los recibidores, que nombraron los estados, se vió obligado á convocar esta asamblea para el 7 de noviembre de 1357.

Por desgracia, este mismo dia, algunos navarros, vasallos fieles de su rey, le libertaron de la prision. Inmediatamente fue á París: y los partidarios de los estados, que lo eran suyos, excitaron sediciones dirigidas á sostener las pretensiones privadas de Cárlos el Malo. Entre los desórdenes, que se siguieron, quedó sepultada, como sucede siempre, la célebre ordenanza de las libertades.[1]

Los estados se reunieron; pero el orden de la nobleza no quiso asistir á ellos, porque el delfin les persuadió que si el partido popular dominaba, perderian sus privilegios: así co-

mo no cesaba de predicar á los pueblos, por medio de sus agentes, que su única garantía contra las usurpaciones de la grandeza, era la autoridad del rey. Divididos, pues, los dos órdenes, y recobrada la autoridad que se le habia quitado, tomó entonces el delfin el título de regente del reino en todos los actos, que llevaron, en lugar del séllo del rey, el de la regencia. Poco despues, viendo vacío el tesoro, y temiendo la reunion de los estados generales; convocó los de Champaña en Vervins, y los de Picardía en Compiegne: providencia que causó mucho terror en la capital. Estas asambleas concedieron algunos subsidios al delfin: pero se reservaron su cobro y empleo, temerosos de que se distragesen los caudales de su destino. La desunion de los órdenes produjo amargos frutos. En muchas provincias se armaron los pueblos contra la nobleza, y los aldeanos sublevados cometieron inauditas crueldades contra los barones y familias nobles que caian en sus manos. El espíritu vengativo del rey de Navarra llevó al estremo los desórdenes, y París fue teatro de las sediciones mas violentas. La proteccion que el delfin continuaba dando al canciller, acusado por los estados, y odioso al pueblo, habia ya dado pretesto al turbulento Estevan Marcel para inflamar los ánimos de la plebe, la cual perdió desde entonces todo respeto al príncipe, se burló de su poder, é insultó frecuentemente su persona. El regente, en circunstancias tan críticas, llamó

cerca de sí á los condes de Foix y Armagnac, y á otros muchos barones que habian abrazado su causa: y con este ausilio sacudió el yugo de los comisarios, elegidos por los estados para inspeccionar su gobierno. Los gendarmes del príncipe aterraron á París, de modo que el célebre Roberto Lecocg, grande enemigo de la autoridad regia, se retiró precipitadamente á su obispado de Laon. Este hombre ingrato, que colmado de los beneficios del delfin, era el mas ardiente de los facciosos, estaba muy unido con Cárlos de Navarra, y seguia fielmente sus perniciosas sugestiones.

Disueltos los estados, y aniquilado el poder de sus comisarios, el pueblo de París, con su instabilidad acostumbrada, abandonó á Marcel y á los demas que habia aplaudido hasta entonces como sus caudillos y celosos defensores: pareció enteramente sometido al príncipe, que se aprovecho de esta tranquilidad momentánea para visitar las provincias y lograr subsidios. Su ausencia aumentó el desaliento de los parisienses. Marcel y sus partidarios, disimulando sus proyectos de venganza, fingieron favorecer los deseos de los vecinos de la capital, que anhelaban porque el delfin volviese: y resueltos á engañarle para oprimirle segunda vez, le enviaron diputados con ofertas seductoras de sumision, respeto y subsidios, si olvidaba lo pasado y volvia á París. El delfin consintió en ello; y los parisienses, en demostracion de la alegría que les causaba la

reconciliacion, ofrecieron á Nuestra Señora un cirio de cera, alto como la torre de la ciudad, segun dicen las crónicas de aquel tiempo, y el autor de los ensayos sobre París. La paz se restableció en la capital; pero fue de corta duracion. El rey de Navarra, contenido por las dos reinas, Isabela y Blanca, obtuvo del regente salvo conducto para él, para los caballeros de su séquito y para sus hombres de armas. Abrió por fuerza las cárceles, libertó un gran número de malhechores, y con esta comparsa se dirigió á París, no como vasallo sumiso, sino como rebelde animado de un deseo implacable de venganza. El obispo de París, el preboste de los mercaderes, los regidores, Juan de Pequigny, muchas personas distinguidas, y una multitud deseosa de novedades, salieron á recibir al navarro hasta san Dionis.

Entró, pues, triunfante en la capital casi á la vista del delfin, que desengañado tarde, hubo de devorar en secreto tan cruel injuria. El navarro, desdeñándose de encubrir su audacia con ningun velo de respeto, convidó al dia siguiente los habitantes de París á reunirse en el prado de los Clérigos. Subió á una tribuna que habia mandado levantar, y arengó á la muchedumbre con el calor osado, artificiosa habilidad y bajas adulaciones propias de los ambiciosos de todos los siglos cuando aspiran á la tiranía por medio de la popularidad. Hablando como un tribuno, exaltó su constante amor á la patria, los sacrificios que

había hecho por el bien general del estado y su celo inviolable por la defensa de los privilegios y libertades de la capital. "Vosotros sabeis, decia, cuál ha sido la recompensa de mi fidelidad, de mis afanes y de los esfuerzos que he hecho para asegurar vuestra independencia. La injusticia de un poder vengativo y arbitrario me sumergió en un calabozo, cargó de cadenas á vuestros amigos, y dió muerte, sin forma alguna de juicio, á vuestros mas intrépidos defensores. Cumplo, pues, con una obligacion sagrada exigiendo que se reparen tantas injusticias, y espero de vuestra generosidad que no me negareis vuestro auxilio para obtener una indemnizacion tan tardía." El pueblo, poco acostumbrado hasta entonces, á que hombres tan elevados le consultasen con veneracion é implorasen su socorro, cuando antes le despreciaban y trataban como esclavo, dió grandes aplausos el orador y se manifestó dispuesto á tomar las armas para defender sus intereses. El obispo de Laon, que volvió entonces á la capital, acabó de inflamar los ánimos de la plebe, hasta tal punto, que el regente, asustado de esta sublevacion general, hubo de dar á los facciosos satisfaccion completa. Concedió al rey de Navarra amnistía por lo pasado, rehabilitó la memoria de sus partidarios, muertos de orden de Juan, condenó los actos de su padre proclamando la inocencia de las víctimas inmoladas por él, mandó que se enterrasen en sagrado, y que se restituyesen á sus hijos los

patrimonios: en fin, para que nada faltase al triunfo de Cárlos el malo, el regente le cedió, en indemnizacion de las injusticias que habia sufrido, muchas fortalezas del reino. Pero apenas el navarro se alejó de París, envió á los gobernadores de provincia orden de no recibirle en las plazas cedidas: y al mismo tiempo, con el auxilio de los nobles de su partido, alistó un cuerpo considerable de gendarmería. El navarro por su parte levantó tropas, esperando que el rey de Inglaterra le auxiliaria para consumar la ruina del regente: pero se engañó en esto: porque habiendo tenido la imprudencia de decir en su arenga al pueblo de París, que sus derechos y la corona de Francia eran superiores á los que tenian entrambos competidores, llegó á conocer Eduardo las miras secretas de este príncipe ambicioso, y no le envió sino tropas muy poco numerosas y capaces solo de prolongar las disensiones intestinas del reino. La disimulacion del regente, aunque no fácil de justificar, puede disculparse con la perfidia é inmoralidad de los consejeros y enemigos que le rodeaban. Parece cierto que en uno de los banquetes que se celebraron para festejar su corta reconciliacion con Cárlos el malo, le dió veneno este príncipe feroz. El arte de los médicos detuvo los progresos de la ponzoña: pero desde entonces quedó el regente en un estado de debilidad que abrevió su vida. La convencion, por la cual concedió al de Navarra dones debidos solo á la

mas acendrada lealtad, fue arrancada por la violencia. Cuando Marcel, Roberto Lecocg y las dos reinas obligaron al delfin á tener una conferencia con el rey de Navarra en el palacio de la reina Juana, el regente no tuvo mas séquito que el de algunos soldados de policía, y el navarro se presentó con muchos gendarmas y al frente de la plebe que gritaba enfurecida. Allí obligaron á Cárlos á condescender en cuanto querian sus enemigos: y como este príncipe se manifestase dudoso, Marcel le dijo en público estas palabras insolentes: "haced de bien á bien lo que se os pide: ó se hará con vuestra voluntad ó sin ella." En fin, lo que parece increible, el rey de Navarra exigió un orden dirigido al preboste de París y al abad de san German para poner en libertad *todos los ladrones, homicidas, salteadores, monederos falsos, falsarios, violadores, raptores, perturbadores de la tranquilidad pública, hechiceros, hechiceras y emponzoñadores* que se hallaban en las cárceles, y cuya lista formó el mismo navarro: hecho vergonzoso que consta del tesoro de cartas.

Apenas se comenzaron las hostilidades entre las tropas del rey de Navarra y las del rey Juan, Marcel y sus partidarios, manifestando á las claras sus intenciones, sublevaron á los habitantes de París: y señalaron por símbolo de fraternidad para reconocerse un bonete de paño, encarnado y azul, con presillas de plata, esmaltadas de los mismos colores, y este mote:

Con buena intencion, é invocando á la Virgen.
O por miedo ó por imitacion, casi todos los parisienses hicieron uso de estos bonetes: solo la universidad tuvo valor para prohibir á sus dependientes esta insignia facciosa. Las plazas públicas de la capital se convirtieron entonces en foros, semejantes al de la antigua Roma. El delfin y Marcel arengaban alternativamente al pueblo; éste para escitarlo á la sedicion, aquel para calmar los ánimos, disipar las sospechas y restablecer el orden. En esta lid triunfó Cárlos al principio, y la muchedumbre, conmovida de ver al hijo del rey justificar su conducta ante el pueblo y hacerlo árbitro entre él y un vasallo rebelde, respondió á sus palabras benévolas con unánimes aclamaciones. Pero esto duró poco. Los emisarios de Marcel y de Roberto Lecocg despertaron las sospechas del vulgo inconstante, y juró á sus caudillos defenderlos contra todos sus enemigos.

Entretanto las tropas del delfin se acercaban á la capital; lo que en vez de calmar á los facciosos, produjo nueva irritacion. Al mismo tiempo los del rey de Navarra acometieron á Etampes y la tomaron y saquearon. Un accidente aumentó la confusion que reinaba en París. Perrin Marc, hombre desconocido, mató con un cuchillo á Juan Baillet, tesorero de Cárlos, y se refugió á la iglesia de san Mery. El mariscal de Champaña acudió de orden del regente con un juez y muchos hombres de armas, forzó las puertas de la iglesia, sacó de

ella al asesino, y le hizo ahorcar al otro dia públicamente. Pero el reo era clérigo; el obispo de París se quejó de la violacion de los privilegios del clero, mandó bajar de la horca el cadáver, y hacerle honoríficas exequias, á que concurrieron el preboste de París y un gran número de burgueses. La anarquía era completa. Roberto Lecocg, admitido por fuerza en el consejo del príncipe, le daba órdenes mas bien que dictámenes. Pequigny tuvo la osadía de venir á quejarse, de parte del rey de Navarra por la violacion del último convenio. El delfin indignado le desmintió y le desafió á batalla singular. Pequigny dijo que su clase no era para combatir con el delfin: pero que cualquier caballero del rey de Navarra que estuviese en París aceptaria el desafío. Marcel y sus confidentes vinieron á palacio, acompañados del tumulto popular, para obligar al delfin á dar completa satisfaccion al navarro. Un religioso dominico pronunció el discurso mas atrevido: y cuando hubo acabado, el prior de Essonne, monge de san Dionis, se levantó y dijo al regente: "el orador que acaba de hablar aun no lo ha dicho todo. Sabed que estamos resueltos á declararnos enemigos vuestros ó del rey de Navarra, y á pelear contra el que rehuse dar cumplimiento á una convencion que hemos hecho."

Otro asesinato produjo nuevos desórdenes. El abogado general Dacy, perseguido por el populacho, fue muerto de muchas estocadas

junto al palacio. El preboste de los mercaderes, en lugar de poner presos á los delincuentes, los tomó bajo su proteccion, y entró con ellos desvergonzadamente en los aposentos del delfin. Este príncipe, amedrentado á la vista de los furiosos que le rodeaban, temió que iban á matarle. "No receleis nada por vos, le dijo Marcel: no hacemos mas que ejecutar las órdenes del pueblo. Vamos, amigos: cumplid brevemente vuestro deber." A estas palabras los asesinos mataron al mariscal de Champaña, cuya sangre roció los vestidos de Cárlos. Clermont, mariscal de Normandía, á quien amenazaba la misma suerte, quiso en vano evitarla. Despues de asesinado tambien, el regente, afligido al ver tantos crímenes, pidió, segun se dice, que le dejasen la vida. "No tengais miedo," le dijo Marcel: y le dió su bonete rojo y azul, tomando el sombrero del príncipe, que tuvo la insolencia de ponerse en público como si fuese un trofeo. Arrojaron por las ventanas del aposento regio los cadáveres de los mariscales asesinados, que quedaron espuestos por muchas horas á los ultrages de la plebe desenfrenada. Pero siendo fuerza enterrarlos, el preboste los envió al convento de santa Catalina. Los religiosos no quisieron darles sepultura sin orden espresa: y Marcel, cubriendo un nuevo insulto con apariencias irrisorias de respeto, preguntó al príncipe lo que debia hacerse. El desdichado delfin respondió que se les enterrase sin solemnidad: pero el

obispo de París prohibió, so pena de escomunion, sepultar en sagrado á Roberto, mariscal de Champaña, que habia mandado ahorcar á un clérigo y violado la inmunidad del templo.

Aunque la impunidad aumentaba la corrupcion de costumbres, el delirio de los ánimos y el odio á las autoridades que se oponian á los furores de la plebe, tantos escesos, asesinatos y ultrages hechos al heredero del trono, causaban tristeza y temores á los propietarios, á los hombres instruidos, y á los vecinos de París que no habian perdido aun toda idea de humanidad, de justicia y de respeto al orden. La conducta insolente de los caudillos del pueblo excitó al principio murmuraciones privadas, que se propagaron poco á poco, é hicieron temer á Marcel la defeccion general. Pero este atrevido faccioso, hábil en hallar los medios de retener su funesta influencia sobre la muchedumbre, cuyas pasiones sabia halagar, convocó á la plaza de Ayuntamiento todos los vecinos y artesanos. En presencia de esta asamblea numerosa, con el ademan contrito de un magistrado que sacrificaba sus sentimientos de humanidad á la necesidad de ejercer *rigores saludables* contra los enemigos del bien público, se sometió al juicio del pueblo, mirando como un deber darle cuenta de todas sus acciones. "Todo lo que he hecho, añadió, ha sido por vuestro bien y el del reino. Esos nobles orgullosos, que inmolé á vuestros

intereses, no son dignos de compasion: porque eran *falsos*, *malos* y *traidores*, impacientes de someteros á su yugo y de hartarse de vuestras riquezas. El peligro era urgente, y no nos fue posible observar las formalidades de justicia: podeis castigarnos: pero ¿dónde hallareis despues quien se sacrifique en defensa de vuestra independencia y de vuestros derechos?" La aclamacion universal que resonó entonces en la plaza, aseguró á Marcel, que toda aquella muchedumbre, profundamente conmovida por sus palabras, estaba dispuesta á vivir y morir con él, como se decia entonces. Alegre con este triunfo, del cual creyó que debia aprovecharse, se dirige á palacio, seguido de la muchedumbre inflamada, y llega hasta los aposentos en que el delfin aterrado veia aun á sus pies la sangre de los dos mariscales, vertida por los facciosos. Estaba oprimido de dolor, porque la venida de los rebeldes le pronosticaba nuevos delitos. "Mi señor, le dijo el arrogante Marcel, no os aflijais por lo que era inevitable. Todo lo que se ha hecho, ha sido por voluntad del pueblo: y en su nombre os pido que aprobeis los castigos ejecutados. Soy intérprete de todos los parisienses, que os suplican contraigais con ellos union y amistad indisoluble."

El regente, privado de todo ausilio, no tenia en que escoger: consintió en cuanto le propusieron, y juró ser amigo constante de los feroces usurpadores de su autoridad y ho-

micidas de los vasallos mas fieles. Quedaban aun en París algunos diputados. Reuniéronse por exorto de Marcel, y mandaron que se alistase un hombre de armas por cada 65 fuegos, y se echase un impuesto de 5 por 100 sobre las rentas eclesiásticas. El abad de Corbie justificó ante ellos la conducta del preboste, y pidió no solo que legitimasen con su aprobacion todos los actos de Marcel, sino que exortasen los habitantes de las demas ciudades á hacer causa comun con los de París. Aquella sombra de asamblea, no menos intimidada que el regente, concedió todo lo que se quiso. Al delfin no le quedaba autoridad alguna: los gefes de la faccion le obligaron á despedir sus consegeros, y á substituirles las personas que los sediciosos designaron. Antes se le habia obligado á dar bonetes bicolores á los oficiales de su casa. Envióse este signo de rebelion á todas las ciudades del reino: pero solamente lo aceptaron Amiens y Laon. La llegada del rey de Navarra con un ejército á las cercanías de París aumentó los males del estado y el peligro del regente, que hubo de firmar un tratado vergonzoso, redactado por Roberto Lecocg y Marcel, que estaban vendidos al Navarro. Desde Clodovéo no se habia hallado Francia sumergida en mayores calamidades ni mas espuesta á ruina próxima é inevitable. El ejército acobardado, el rey cautivo en Inglaterra, su hijo abandonado sin defensa al furor de las facciones: la flor de la caballería destruida por

la espada inglesa en los campos de Poitiers: las reliquias de la nobleza divididas entresí y amenazadas por el furor de los aldeanos largo tiempo oprimidos: los esfuerzos de los estados generales inutilizados por la discordia de los órdenes y la turbulencia de los parisienses, la disciplina perdida, las leyes trastornadas, el trono envilecido, el erario exhausto, la agricultura sin brazos, el comercio sin mercados: algunos poderosos barones, que aun tenian fuerzas, arruinados por la guerra civil que se hacian con implacable odio el heredero de la corona y el rey de Navarra: en fin, todas las provincias devastadas por cuadrillas de aventureros, que no conocian freno ni piedad: tal era entonces la situacion del reino; sin que fuese posible prever que la habilidad del delfin, tan para poco hasta este tiempo, levantaria á Francia de sus ruinas dentro de pocos años y la restituiria á su antiguo vigor.

Mientras los parisienses tuvieron al príncipe en tan duro cautiverio, se formaron muchos proyectos para sacarle de entre sus manos: unos para entregarle al rey de Navarra; otros para restituirle la libertad. Uno de estos últimos fue dirigido por el caballero Felipe de Renti: pero se descubrió, y á él le prendieron en Saint Cloud, y le degollaron sin formalidad alguna de justicia. El regente, determinado á libertarse á sí mismo, convocó de nuevo los estados de Champaña y Picardía, y declaró que asistiria á ellos. Esta resolucion inti-

midó á Marcel y á los facciosos mas furibundos: y no se atrevieron á oponerse á su salida, temiendo llamar sobre sí el enojo y las armas de las provincias. En estos dias se mostraba el rey de Navarra favorable á los designios del regente, porque creia que ausentándose el delfin, podria hacerse dueño mas facilmente de la capital. El delfin encontró los estados de Champaña muy enojados contra los parisienses por la muerte de su mariscal y del mariscal de Clermont: pidieron satisfaccion; y sin prometerla, se les dió á entender que la lograrian. Cárlos, acompañado de tropas leales, pasó á Meaux, cuya fortaleza se le entregó. Allí se le reunieron todos los nobles que habian quedado en París: y el pueblo, amedrentado con su partida, empezó á temer el justo castigo de tantos desórdenes y asesinatos.

Marcel y sus amigos, para animar con un golpe osado los ánimos vacilantes y tímidos, reunieron muchos hombres de la hez del pueblo, dispuestos á ejecutar sus órdenes, porque para libertarse de la justicia, no les quedaba mas arbitrio que el de tomar las armas contra ella. Rebelándose con el furor de esta gavilla, contra la autoridad del regente, forzaron las puertas del castillo del Louvre, que entonces estaba fuera de las murallas de París, se hicieron dueños de él, se apoderaron de todas las armas y municiones que allí habia, y las emplearon en la defensa de la ciudad. Si esta violencia afirmó por entonces su autori-

dad en París, irritó los pueblos de las demas provincias: y la insolencia sediciosa de Marcel restableció en ellas la union, el amor y la lástima de un príncipe tan cruelmente ultrajado. La nobleza y el clero, mas asustados que las demas clases, de la efervescencia popular, tan amenazadora para ellos como para el trono, se empeñaron en restaurar el orden, uniendo todos los franceses con el interés comun de la independencia amenazada por los ingleses. Y así los estados de Languedoc, Champaña y Picardía ofrecieron al gobierno subsidios cuantiosos en hombres y dinero.

Guerra de la Jaquería: sumision de París (1358). Llegó el tiempo en que, segun la promesa del regente, habian de reunirse los estados generales en París: pero el príncipe, alegando la necesidad de las circunstancias, tomó la resolucion prudentísima de convocarlos á Compiegne. Todos se alegraron de esta providencia: porque ni los nobles, ni los sacerdotes, ni los diputados de las ciudades, se creían seguros en la capital, entregada á los furores de las facciones y á los desórdes de la anarquía.

La primera resolucion de esta asamblea independiente fue pedir al delfin que alejase de su presencia y consejo á Roberto Lecocq, de quien se creía que era traidor á todos los partidos. Este prelado se liberió huyendo pronta y secretamente de la ira de sus enemigos que habian jurado matarle. En efecto, le persiguieron: pero una tropa de los amigos de

Marcel salió á protegerle y le escoltó hasta París.

Esta fue la vez primera desde que tuvo poder en sus manos, que vió el delfin una asamblea nacional mas dispuesta á socorrerle que á atenuar su dignidad. Sus discursos y proposiciones fueron recibidos con aplausos casi unánimes: y en una representacion enérgica le dieron gracia los estados, en nombre del reino, porque en medio de tantos peligros no desesperó de la salvacion de la patria.

Ningun diputado de París se atrevió á presentarse en esta asamblea. El rey de Navarra, admirado del favor popular que habia adquirido el regente, encubrió su odio y sus criminales esperanzas con el velo del arrepentimiento y de la sumision, y pidió una conferencia, que se celebró en Clermont del Beauvaisis, y en la cual hizo algunas propuestas para reconciliar al regente con los de París. Cárlos respondió: "los que me son fieles, pueden confiar en mi amor: pero nunca entraré en esa ciudad mientras no se me entreguen los autores de tantos delitos y tumultos, para que les dé el castigo que merecen." El navarro llevó á París esta rigurosa respuesta que amedrentó á Marcel y á sus amigos. Exortaron á la universidad para que mediase entre ellos y el delfin, cuyo carácter no habian conocido: pues veían que su aparente debilidad era profunda disimulacion. La universidad no logró nada: Cárlos se negó á toda concordia, en tanto que

Marcel no entregase á los tribunales doce de los sediciosos mas delincuentes. Un arrepentimiento pronto y sincero y una sumision completa hubieran desarmado la ira del regente. Pero el preboste, endurecido en la maldad, é incapaz de sentimientos generosos, no podia suponerlos en otro: y así no confió en la amnistia que le prometió el príncipe. Por otra parte, cuando sacó la espada contra su rey, tiró muy lejos la vaina, como hacen todos los caudillos de guerras civiles, segun la máxima de Cromwel. El continuador de Nangis afirma haberle oido decir al mismo Marcel, que no esperaba ser perdonado, porque no lo merecia. Turbado por sus remordimientos y terrores, agravó sus delitos en vez de repararlos: no oyó mas consejo que el de la desesperacion, que honraba él mismo con el nombre de intrepidez. Sus partidarios participaron de su audacia, porque tenian tanto miedo como él, Animados por el navarro, repartieron en el pueblo dinero, y con súplicas, amenazas y promesas lo incitaron á proclamar á Cárlos el Malo capitan general del reino. A pesar de las bulliciosas aclamaciones de los facciosos y de sus agentes, el silencio, casi general, les mostró lo infundado de sus esperanzas. El navarro se convenció de ello y se alejó de París: pero Marcel redobló su audacia, hizo nuevos fosos y atrincheramientos: introdujo en la ciudad algunas tropas inglesas y navarras, compró armas en las provincias, y procuró á fuerza do

oro traer á su partido á Arnoldo de Cervoles, álias el arcipreste, que era el mas terrible de los bandidos: pero éste embolsó el dinero y no le envió un solo hombre, y los gendarmes del regente interceptaron los convoyes que iban con municiones á París. Esta ciudad, rodeada por el ejército de Cárlos y de los barones, empezaba á padecer escasez. Algunos nobles se presentaron al delfin, é imploraron su clemencia á favor de los vecinos arrepentidos, y su sagacidad para que terminase una querella, sostenida entonces por un corto número de malvados. El consejo real, tan atrevido en los campamentos como débil, se habia mostrado en medio de las facciones, impidió al delfin seguir un consejo, prudente á un mismo tiempo y noble. Si el rey Eduardo, de cuya habilidad no se podia dudar, como tampoco de su ambicion, se hubiera aprovechado del desorden que entonces habia en Francia, presentándose con poderoso ejército, la dinastía de Capeto no se hubiera salvado de aquel peligro. Su inactividad en aquellas circunstancias procedió ó de algunas desavenencias que hubo en su reino, ó de la esperanza que concibió, de hacerse dueño sin sangre de la monarquía francesa, dejando que las facciones la debilitasen todavía por algun tiempo.

Una nueva calamidad afligió el reino. Los aldeanos, desesperados por los infortunios y vejaciones que sufrian, se sublevaron casi todos con el intento de exterminar á los nobles:

los cuales desde el establecimiento del régimen feudal los distinguian poco, en la manera de tratarlos, de los animales empleados en la labranza: y los miraban del mismo modo que los francos habian mirado á los galos en los tiempos de la conquista, es decir, como á un pueblo vencido. La proteccion del trono era el único asilo de los oprimidos: pero no la podian esperar, cuando el rey Juan estaba cautivo en Inglaterra, y el delfin lidiaba en Francia contra facciones poderosas. Los señores de los castillos, mas desapiadados y codiciosos cuanto eran mayores las pérdidas que habian sufrido en la invasion de los ingleses, mandaban á sus hombres de armas apoderarse de todos los productos de la agricultura y del comercio para amontonarlos en sus fortalezas: y las cuadrillas de aventureros y ladrones quitaban al triste labrador el pedazo de pan que le quedaba, ó le mataban á golpes. Tantos males reunidos dieron á los siervos del terruño la fuerza de la desesperacion y la fiebre de la ira.

En el Beauvaisis empezó una corta llama que llegó á ser en pocos dias terrible incendio. Muchos aldeanos se juntan, toman armas, y juran dar muerte á todos los barones. "Esos orgullosos verán, decian enfurecidos, si el pueblo de Francia, á quien desprecian llamándole *Diego de buen alma*, merece ó sufre tantas injurias. Ellos son muy perjudiciales al reino, y le hacemos gran servicio acabando con ellos: ¡Maldito sea el que los defienda!"

Esta conspiracion súbita, capaz de producir la mas espantosa revolucion, tuvo y conserva en la historia el título de Jaquería. Los insurgentes, tan prontos para ejecutar su designio, como lo habian sido para formarlo, se apoderan de todas las hachas, lanzas, picas, espadas, mazas y clavas que encuentran. Su multitud, aumentada á cada paso, acomete á un castillo, rompe sus puertas, mata al castellano, á su muger y á sus hijos, degüella á sus gendarmas, roba sus tierras y prende fuego á sus casas. Este primer triunfo es sabido en todas partes, é imitado: fórmanse cuadrillas animadas del mismo furor, y dirigidas al mismo objeto, aunque no tenian unas con otras intimidad ni concierto alguno. Muchas provincias, principalmente las del norte, quedaron destruidas: mas de 300 castillos fueron derribados por estas cuadrillas bárbaras, que no contentas con matar á los nobles, violaban sus mugeres é hijas, y las obligaban á comer las carnes de sus maridos y padres, que les presentaban asadas. Los jaques elegian á sus caudillos: el mas célebre de estos por sus funestas y sangrientas espediciones fue un aldeano, llamado Guillelmo Caillet. Algunos historiadores de aquel tiempo dicen que no era tan feroz como sus compañeros, y que su único designio era libertar á los labradores del yugo, y no degollar á los nobles: pero si sus ideas fueron estas, los bandidos de su division no por eso dejaron de cometer crímenes tan hor-

rendos como los de las otras: y este gefe de partido tuvo la suerte de todos: á saber, la de ser subyugado por las pasiones de los suyos, en vez de dirigirlas y refrenarlas.

Muchos de los caudillos de la jaquería, al lado de la ferocidad, mostraron extraordinario valor. Las crónicas de aquella época belicosa, en que la intrepidez era cualidad muy comun, citan con admiracion las proezas de Grand Ferré, uno de los bandidos. Su estatura era colosal; sus fuerzas hercúleas. El solo mató en un combate todos los soldados de un destacamento inglés, que le tenian cercado. Poco despues, sorprendido en el lecho por otros ingleses, deseosos de vengar la muerte de sus compatriotas, no se rindió sino muerto, y cayendo sobre muchos cadáveres de enemigos, inmolados por su mano. A la noticia de estos horrores, todos los caballeros fortificaron sus castillos, y las damas se refugiaron á ellos. Las duquesas mismas de Normandía y de Orleans tuvieron que huir de los feroces aldeanos. Los nobles reunieron sus fuerzas y recibieron socorros hasta de los paises estrangeros El rey de Navarra marchó en su favor, aunque estaba disgustado con ellos desde que se pusierou de parte del Delfin.

Todas estas tropas de hombres de armas acometieron y esterminaron las cuadrillas separadas, incapaces de unirse y de hacer la guerra con un plan meditado. El rey de Navarra mató en solo un combate cerca de Beau-

vais 3000 de estos bárbaros, cuyo gefe Guillelmo Caillet fue ahorcado de orden suya. Cuando la masa de los jaques se dispersó, fueron perseguidas las reliquias, que buscaban asilo en las aldeas no insurreccionadas: pero los habitantes de estas, para no tener comunicacion ninguna con ellos, las rodearon de fosos y murallas, y los arredraron á pedradas y lanzadas.

En este tiempo los ingleses, para aumentar los males de Francia que tanto les complacian, corrian sin obstáculo por los campos y robaban y arruinaban á los de ambos partidos. Sin respeto á la tregua talaron la Turena, el Maine, el Orleanes y la Bretaña: quemaron muchas villas, y solo los contuvo el valor desesperado de los pueblos, que para defenderse á un mismo tiempo de los ingleses y de la jaquería, convirtieron las aldeas en fortalezas, los jardines en atrincheramientos, y los utensilios de la labranza en armas homicidas. En medio de tantos peligros y anarquía, el valor individual de los franceses preservó á la nacion de su ruina. El espíritu de discordia, tan exaltado entonces, en vez de aniquilar el trono, afirmó su poder: porque los señores irritados contra los burgueses de París y los aldeanos rebeldes, se unieron bajo el mando del regente, cuyas prerogativas impugnaban poco antes. Los artificios de Cárlos de Navarra y del obispo de Laon, y las arengas atrevidas de Marcel no los seducian ya: de modo

que los facciosos de la capital no tenian mas ausilio que el de los ingleses y el del navarro, cuya ambicion y codicia temia toda la parte sana de la poblacion. Leyendo las crónicas de aquel tiempo, y los escritos de los historiadores mas modernos, parece Marcel un Mario, ó un Catilina, capaz de cometer todos los crímenes: pero la imparcial justicia los coloca á él y á su amigo Roberto Lecocg en el número de los gefes de partido, que comienzan su carrera por imprudencia ó ambicion, y la acaban por los delitos. Al principio quisieron poner freno á la arbitrariedad de los ministros; y á la prepotencia de los nobles. Escitado su orgullo por el favor popular, é irritado por las resistencias que sus ideas esperimentaban, atentaron contra la autoridad protectora y legítima del príncipe. Desde este punto en adelante no conocieron ya freno, y de abismo en abismo cayeron en los mas grandes excesos: terrible escarmiento de los males que puede producir el deseo inmoderado de las reformas, aun las mas útiles, cuando se hacen sin respeto ni atencion á la potestad legítima; pero escarmiento, que se repetirá muchas veces en la escena del mundo político.

El delfin no ignoraba la decadencia del influjo de Marcel en los parisienses. Los amigos fieles que tenia este príncipe en la capital, creyeron mas rápida esta decadencia de lo que era la realidad, porque así lo deseaban. Engañándose, pues á sí mismos, engañaron á

Cárlos en las noticias que le daban: y creyendo que su partido era superior, procuró entrar en París con algunos hombres de armas: pero este designio fue descubierto: el preboste mandó prender á los agentes de Cárlos, y fueron ahorcados en la plaza de Greve. La plebe, lejos de aplaudir este asesinato, lo censuró y murmuró. El preboste y su amigo, recelosos de esta alteracion en el espíritu público, creyeron necesario ganar la confianza y cobrar opinion con alguna hazaña brillante. Sabian que el regente, cuyas fuerzas aumentaban de dia en dia, fortificaba la plaza de Meaux, donde se habian refugiado Isabel de Francia, hija del rey, y la duquesa de Normandía. La guarnicion se habia disminuido á causa de un corto viaje que hizo Cárlos, y solo se componia de algunos caballeros y hombres de armas á las órdenes de los condes de Foix y de Grailli. Marcel hizo tomar las armas á 300 burgueses y á varios paisanos de la jaquería, y les dió por gefe un droguista, llamado Pedro Gilles. Esta tropa llegó de noche á las puertas de Meaux, y se las abrieron algunos habitantes infieles al príncipe. Entraron en la ciudad con mas presuncion que valor: pues apenas llegaron á la plaza del mercado, huyeron de 25 hombres de armas que habia en ella, y que los persiguieron y mataron. El corregidor de la ciudad fue convencido de traidor, y pagó su delito con la cabeza. Muchos insurgentes de los campos vecinos habian acudido para unir-

se á los parisienses. Enguerrando, señor de Coucy, se puso al frente de algunos caballeros, los dispersó é hizo en ellos gran matanza: y así acabó con los restos que quedaban de la jaquería. El delfin, libre de este azote, trató de restablecer y consolidar el poder legítimo, triunfando en París de los artificios de Marcel y del navarro, cuya union era entonces mas íntima, y mas activa su malevolencia. Cárlos el malo volvió á la capital, y arengó al pueblo, ó mas bien al populacho seducido por los discursos pérfidos del preboste, y de un regidor faccioso llamado Consac. Esta junta tumultuosa nombró al rey de Navarra capitan general de la monarquía. El obispo de Laon y Marcel enviaron agentes á todas las ciudades del reino, excitándolas á que confirmasen esta eleccion: pero nada lograron, antes bien su partido descaeció rápidamente: porque todos conocieron que el navarro aspiraba al trono, y que los facciosos eran sus auxiliares. Entonces abandonaron á este príncipe los nobles y ciudades de su partido y pasaron al del regente.

Hallándose el heredero del trono al frente de 15000 hombres, se acercó á París, y para amedrentar á los habitantes, mandó quemar las granjas y casas de placer que les pertenecian. El nuevo capitan general salió á campaña con un cuerpo numeroso de tropas: pero ninguna hazaña notable emprendió: y en vez de acometer al enemigo, que estaba acampado en

Chelles, procuró engañar al delfin con artificiosas negociaciones. Tampoco esto le salió bien, y se retiró. Las tropas del regente ocuparon entonces á Vincennes y Charenton. Los de París, frecuentemente provocados por los caballeros y varones del campamento de Cárlos, se encerraron en sus murallas, diciendo que no pelearian contra el delfin su señor: pero que se defenderian si eran acometidos.

El rey de Navarra habia quebrantado tantas veces su palabra, que parecia ya imposible fiarse en ella. Sin embargo, vencido el regente por las súplicas de la reina Juana, convino en tener con él una conferencia, que se verificó á presencia de ambos ejércitos en una heredad sita entre Vincennes y la abadía de san Antonio: y lo que fue mas estraño, de la entrevista resultó un tratado. El delfin prometió al navarro 400000 florines y 10000 de renta en bienes raices con el perdon de lo pasado: y el navarro juró unirse con Cárlos contra todos sus enemigos, y dar para el rescate del rey 300000 escudos. Para hacer mas solemne el juramento, lo hicieron ambos puestas las manos sobre el caliz en la misa á que asistieron. El obispo de Lisieux les dió despues la comunion, que recibió el regente: pero el rey de Navarra, oyendo por la primera vez el grito de la conciencia y temiendo irritar con un nuevo sacrilegio á Dios, que leía en su corazon y conocia la falsedad del juramento que acababa de hacer, rehusó comul-

gar diciendo que no estaba en ayunas, y se volvió á París. Los parisienses, indignados de su falsedad, no quisieron ratificar el tratado, que se habia hecho sin consultarlos. Hubo algunos combates de poca importancia entre los facciosos y los soldados del regente. La única hazaña de Marcel fue apoderarse por sorpresa de Corbeil y destruir un puente que el delfin habia mandado hacer en aquel pueblo.

Este príncipe esperimentó muy pronto cuán facilmente violaba sus promesas Cárlos de Navarra: porque habiéndose renovado las hostilidades, en vez de acudir con sus tropas al delfin, como lo reclamaba en virtud del tratado último, le respondió que habiéndose vuelto á encender la guerra con los parisienses quedaba roto el convenio, y libre él de su juramento. Infiel á todos los partidos, engañó tambien á los de París. Habiéndosele dado el mando de una salida, en lugar de pelear, entabló nuevas negociaciones con los comandantes del enemigo: por lo cual, cuando volvió á la capital, fue mal recibido. Salió para san Dionis con las tropas de Navarra é Inglaterra, y el pueblo las insultó y mató algunos soldados. Muchos obispos, entre ellos el de Leon, y las reinas y princesas, procuraban la paz entre dos partidos tan irreconciliables: el regente, ó por debilidad ó por disimulacion, se dejó vencer de sus ruegos, y celebró nueva conferencia con el rey de Navarra. En ella se convino levantar el bloqueo de París, afligida ya por el ham-

bre, y que los parisienses se someterian: pero estos, incitados por Marcel, no quisieron recibir á los agentes del príncipe, y los insultaron con injurias y amenazas desde las murallas. Marcel, mas medroso que ostinado, acusaba al navarro por su versatilidad, é imploraba su auxilio recordando los servicios que le habia hecho. Cárlos el malo, burlándose de una faccion, cuya ruina próxima preveía, le respondió con protestaciones de amistad, mas irónicas que sinceras: pues al mismo tiempo que decia que sería partícipe de todos sus peligros, le aconsejaba enviar el tesoro de la ciudad á su campamento para que estuviese mas seguro. "Y yo os enviaré, añadia, algunos buenos hombres de armas, para que os defiendan de vuestros enemigos." Estos *hombres* que entraron de noche en París, eran ingleses: y en vez de ser útiles á Marcel, le pusieron en mayor peligro: porque el pueblo, cansado ya de la anarquía, y deseoso de volver á la tranquilidad del régimen conocido y legítimo, creyendo que aquellos soldados venian á apoderarse de París para entregarla al rey de Inglaterra, se echó sobre ellos, mató á algunos, y obligó á otros á encerrarse en el Louvre, de donde Marcel consiguió que se escapasen en secreto.

El rey de Navarra se ofendió de esto, y se vengó saqueando las casas de campo de los parisienses. Estos obligaron á Marcel á que los guiase contra las tropas inglesas que estaban acampadas cerca de Saint-Cloud: pero sa-

bido su designio, los ingleses les pusieron una celada: y acometidos por el frente y el costado, mientras marchaban con desorden impetuoso, fueron derrotados con pérdida de 600 hombres. Este reves acabó con la popularidad de Marcel, que acostumbrado hasta entonces á los aplausos, fue silbado é insultado cuando fugitivo y vencido volvió á entrar en París. Segun Froissard y las crónicas de Nangis y de san Dionis, el ostinado preboste, resuelto á morir ó á dar el triunfo á su partido, pasó al campamento del rey de Navarra: y vendiendo á un mismo tiempo su patria y su rey, convino en entregarle la capital. Sus confidentes debian introducir en París por la puerta de san Antonio á los soldados del navarro, que ocuparian todos los fuertes, degollarian á los partidarios del delfin y coronarian rey de Francia á Cárlos el Malo. Roberto Lecocg le consagraria: y para lograr el consentimiento de Eduardo, se le cederian las mejores provincias de Francia, y este reino reconocería vasallage á Inglaterra. Villani es el único autor que añade á este infame convenio un artículo: á saber, que Eduardo mandaria dar muerte al rey Juan. Pero la asercion de este historiador merece poco crédito. Semejante artículo, digno de Marcel, Lecocg y el navarro, no podia ser admitido por Eduardo, cuya generosidad confesaban aun sus mayores enemigos. Es verdad que este monarca firmó entonces un tratado con el rey de Navarra: pero solo para

aumentar sus fuerzas y proseguir en su designio de conquistar por medios nobles la monarquía francesa. Marcel, estando de vuelta en París, tomó de acuerdo con sus agentes todas las providencias necesarias para el logro de su vil designio, y dió aviso al rey de Navarra de que se hallase con sus tropas cerca de la puerta de san Antonio en la noche del 31 de julio. Despues quitó de aquella puerta, con diversos pretestos, á los burgueses que la guardaban, y puso en lugar de ellos, hombres de su confianza. Como tenia en su poder las llaves, y se acercaba la hora señalada, se creia seguro de la empresa: pero se engañó en su esperanza. Sospechaban la trama, por el mismo cuidado que se habia puesto en ocultarla, algunos habitantes de París, entre ellos Juan Maillard, capitan de barrio, y tan amigo hasta entonces de Marcel, que se llamaban *compadres*. Maillard, acompañado de hombres de firmeza y osadía, se presentó de improviso en la puerta de san Antonio, cuando iban á abrirla al navarro. "¿Qué haceis aquí, dijo á Marcel, á estas horas?" «¿Qué os importa? respondió el traidor perturbado: ¿no puedo yo estar donde lo exige la seguridad de la plaza que se me ha confiado?" "Vive Dios, replicó Maillard, que no estais aquí para nada bueno. Camaradas (dijo á sus amigos), ¿no le veis con las llaves de la puerta en la mano? Este traidor quiere vendernos" - "Mentís." - "Vos sois quien miente," replicó Maillard, y descargando su hacha

sobre el yelmo del preboste, le derriba aturdido á sus pies.

Pipino Desessarts y otros burgueses realistas se arrojaron sobre los agentes del traidor, mataron muchos de ellos y prendieron á los demas: Marcel, atravesado de muchas heridas, recibió la de muerte de un caballero llamado Juan de Charny. La noticia de este suceso se estendió por toda la ciudad á los gritos *Montjoie Saint Denis*, propios de los afectos al rey, que resonaron en las plazas y calles. Todos los habitantes leales tomaron las armas, se reunieron, acometieron á los facciosos, los persiguieron hasta en las casas donde se refugiaron, mataron á muchos, y prendieron á otros. El populacho se cebó en el cadáver de Marcel, arrastrándolo por el lodo, é insultando de mil maneras al que poco antes habia prodigado aplausos. Estos insensatos, tan feroces en ultrajar los miserables restos de su caudillo como lo habian sido en ejecutar sus órdenes sanguinarias con tantas víctimas inocentes, llevaron sus miembros despedazados y sangrientos á la iglesia de santa Catalina, y los echaron en la sepultura de los dos mariscales asesinados por él. Despues se esparció esta muchedumbre por todos los barrios para saquear como en una plaza tomada por asalto: pero Maillard con el auxilio de hombres honrados y animosos, persiguió y dispersó á los bandidos, arengó á los ciudadanos, convocó una junta de hombres buenos, é hizo que se

formase sumaria á los partidarios de Marcel y fueron condenados, por mas que invocaban las formalidades de la ley, tantas veces quebrantadas por ellos mismos. Los mas delincuentes fenecieron en el suplicio: mas no se tocó ni á sus bienes, ni á sus familias. El obispo de Laon consiguió escaparse. Así acabó aquella faccion atrevida y perversa, que tiranizó por tantos años á París y cometió tan horrendos delitos y excesos en nombre de la libertad.

Caidos los tiranos, se mudó repentinamente el aspecto de la ciudad. Oíanse imprecaciones contra Marcel y el navarro, y bendiciones al delfin, tan escarnecido antes por el mismo pueblo. Enviósele una diputacion de los principales habitantes para rendirle vasallage y acelerar su vuelta, la cual sola restableceria completamente el orden. El príncipe recibió su sumision, y entró en París pocos dias despues acompañado de muchos señores y caballeros. Encontró las calles entapizadas y adornadas de flores, y oyó juramentos de fidelidad y aclamaciones de gratitud. Solo un vecino, si hemos de creer á las crónicas, tuvo la insolencia de decirle: "par diez, señor, si hubiera sido por mí, no estariais aquí: pero esto no durará mucho." Los caballeros quisieron castigarle; mas el regente lo impidio con decirle: "hablad lo que seos antoje, señorito: nadie os creerá." En las casas de ayuntamiento arengó á los magistrados y á los burgueses: y sus palabras, á un mismo tiempo vigorosas y sua-

ves, restablecieron la confianza y afirmaron la paz. Evitó los dos escollos de los gobiernos, que vuelven á entrar en posesion de sus derechos, la debilidad y la reaccion. Con su firmeza impidió que se le atreviesen; con su clemencia mostró que sabia reinar, pues venció su propio y justo resentimiento y lo sacrificó al bien público. Satisfecho con el destierro de los mas culpables, y con la muerte de los que perecieron á manos de los parisienses mismos, mandó cesar las persecuciones y conservó á las familias de los reos los bienes de estos. La viuda de Marcel gozó los de su marido, aunque se le declaró culpable de lesa magestad.

El dia mismo en que Marcel pensaba entregar á los estrangeros las puertas de París, es decir, el 1.° de agosto de 1358, se firmó en Inglaterra un tratado entre Cárlos de Navarra y el rey Eduardo, que se halla en la coleccion de Rimer. Por él se obligaba el navarro á favorecer al inglés con todas sus fuerzas para que conquistase á Francia: y Eduardo prometia cederle la Champaña, la Brie, el condado de Chartres y la ciudad de Amiens, y reconocer sus derechos al ducado de Normandía. Antes de la muerte de Marcel, estaba en negociacion Cárlos el Malo con el delfin y con el preboste, y á ambos engañaba. El triunfo del regente hizo perder el fruto de sus artificios: entonces se declaró públicamente rebelde, saqueó á san Dionis, desafió al delfin, y ocupó á Melun, cuyas puertas le abrió la reina Blanca

su hermana. Volvió, pues, á encenderse la guerra civil: y aunque no habia llegado el término de la tregua con Inglaterra, muchos y numerosos cuerpos de tropas inglesas se unieron al navarro para destruir á Francia.

Los campos cercanos á París eran infestados por cuadrillas de aventureros y ladrones que llegaban en sus correrías hasta las puertas de la capital, aterrada de tal manera, que se prohibió tocar de noche las campanas de las iglesias para no perturbar la vigilancia de las centinelas. Los pueblos asolados yacian desiertos. Suspendiéronse las labores: echáronse á perder los caminos: y las heredades, cubiertas de espinos y malezas, no daban esperanza alguna de mies. La penuria llegó hasta los barones y prelados. El navarro y los ingleses, dueños de los pasos del Sena, del Marne y del Oisa, impedian la entrada de víveres en París, y la esponian á los horrores del hambre. El regente tenia tropas leales, pero pocas y bisoñas; y hubo de aceptar el socorro de algunas compañías de aventureros, cuyas rapiñas aumentaban la miseria pública. En estos desórdenes, los mismos caballeros y hombres de armas, mas distinguidos por su honradez, cedian á la necesidad: y el aldeano oprimido y robado se vengaba llamándolos *hombres de presa*. Los males llegaron al estremo, y no se veian en todas partes mas que combates, homicidios, incendios y saqueos, como en tiempo de la invasion de los hunnos. La guerra se hacia sin plan, y

no producia resultado alguno decisivo. Mientras un baron saqueaba el castillo de su vecino, otros incendiaban el suyo. Las treguas se violaban, sin respeto al juramento, siempre que habia interés en quebrantarlas. Los ingleses y navarros, á las órdenes de Pequigny, sorprendieron á Amiens: pero arrojados de esta plaza por el condestable, quemaron antes de salir 4000 casas.

Invasion de Eduardo en Francia (1359). Hubo frecuentes conspiraciones contra el delfin. Una que se formó para entregar la ciudad de París al navarro, fue descubierta por Culdoé, preboste de los mercaderes, á quien este príncipe procuró en vano sobornar. Los traidores fueron presos: pero el regente, confiando mas en sus virtudes que en sus armas, los perdonó cuando estaban ya convencidos en juicio. Las tropas del rey de Navarra sorprendieron á Auxerre, y cobraron de los habitantes una contribucion de 50000 *carneros* de oro.

Solamente los aventureros sacaban utilidad de tantas desgracias. Unas veces se apoderaban de ricas posesiones cuyas rentas disipaban al instante: otras, caian en su poder pueblos opulentos, y en ellos se entregaban á todas las fruiciones del lujo grosero de aquel tiempo: pero arruinados por sus escesos ó despojados por sus enemigos, abandonaban al caudillo cuya bandera seguian, y vendian sus servicios á otros, y algunas veces á príncipes estranjeros. El papa Inocencio VI, animado

del espíritu de la religion, envió, sucesivamente dos legados al regente, á Eduardo y al rey de Navarra, exortándolos á que pusiesen término á sus discordias, y concediesen algun descanso á la cristiandad: pero sus instancias pacíficas fueron desatendidas. El conde de san Pol y el condestable de Fiennes sostenian valerosamente la causa del rey: consiguieron juntar bajo sus banderas 30000 hombres, con los cuales vencieron al enemigo en Picardía y le echaron de esta provincia. Al mismo tiempo la bondad y paciencia del delfin iba ganando los ánimos aun de los que se habian mostrado mas enemigos suyos. Volvió sus destinos á los que en los cuatro años anteriores habian sido despojados de ellos por el espíritu de partido. Perdonando los errores y premiando la fidelidad, despertó en los pechos el antiguo amor al trono.

Habiendo convocado en este mismo año los estados generales, cogió el fruto de su moderacion: pues los tres órdenes se reunieron para concederle grandes subsidios. Los diputados del comun alistaron para la defensa del reino 12000 hombres de armas: solo París dió 600: y para ignominia de aquel siglo, pagó, segun dice la crónica de san Dionis, la manutencion de 1000 bandidos.

El regente sitió con estas fuerzas á Melun, donde estaba la esposa de Cárlos el Malo, la reina viuda de Felipe de Valois, y Blanca de Navarra. Beltran Duguesclin se presentó en

este sitio bajo la bandera del heredero del trono por la primera vez. El rey de Navarra, aterrado de los primeros ataques, ofreció entrar en negociacion y evacuar á Melun. Temia las traiciones, como quien las habia hecho y esperimentado; y así, antes de aceptar una conferencia con el delfin, pidió que se le diesen rehenes, y entre ellos, al duque de Borbon, á Luis de Harcourt y al señor de Montmorency: todo se le concedió.

La entrevista fue al principio amistosa: despues, olvidando el navarro las condiciones que se habian arreglado de antemano, habló con tanta osadía, que se temió algun tiempo el rompimiento de la negociacion. Pero al fin, ó por remordimiento, ó por astucia ó por veleidad, mudó repentinamente de lenguaje, se mostró sumiso, renunció á sus pretensiones, y juró que estaba resuelto á terminar las calamidades públicas, á amistarse con el rey y el regente, á emplear todo su poder en defenderlos, y á pedir solamente en recompensa de sus servicios la restitucion de los bienes que no le eran contestados. El delfin esclamó, cuando supo estas palabras dichas por Cárlos el Malo á sus consejeros: "si son sinceras, solo Dios puede haberlas inspirado." En efecto, la conversion del rey de Navarra debia parecer á todos prodigiosa; pero el éxito probó que su aparente sinceridad era una nueva perfidia. La tregua de Inglaterra concluia: y Cárlos el Malo, engañando al delfin con su fingida sumi-

sion, ganaba tiempo para reparar sus fuerzas hasta que la invasion de Eduardo en Francia le diese oportunidad para renovar su alianza con este monarca bajo condiciones mas ventajosas. Al principio cumplió con exactitud las promesas hechas al delfin, evacuó las plazas que ocupaban sus tropas, y el pueblo concibió esperanzas de una paz duradera.

Habiendo ganado con estos artificios el afecto del delfin, le manifestó el deseo de ir en persona á rendirle sus homenages: pero el regente, antes de darle respuesta, volvió á París á consultar el negocio con los vecinos mas distinguidos de la capital. Estos consintieron en recibir al rey de Navarra, con tal que no tragese consigo ni á Lecocg ni á otros amigos de Marcel, á los cuales no querian perdonar. Cárlos el Malo no estuvo mas que una semana en París: se aposentó en el Loubre; y el regente le manifestó tanta amistad, que fue murmurada del pueblo, que se indignaba de la confianza del príncipe en quien tantas veces le habia engañado, y cuyo odio parecia mas temible bajo las apariencias de la sumision; y creia que el delfin se esponia al desprecio, si se dejaba engañar, ó á la censura, si engañaba tambien con demostraciones fingidas. Pero este juicio era harto riguroso, atendida la posicion del príncipe. Con pocas fuerzas, amenazado de una invasion terrible, sin mas defensa que la nobleza dividida y el pueblo exhausto, la contemporizacion era necesaria; y el

delfin mereció el elogio que los romanos tributaron á Fabio: *cunctando restituit rem.* El de Navarra no tardó en demostrar cuan poco sinceros habian sido sus juramentos. Sus agentes, acompañados de capitanes ingleses, pusieron lazos en todas partes para ocupar las fortalezas. En poco estuvo que sorprendiesen á Chalons: pero el señor de Garencey, caballero borgoñon, acudió á tiempo con sus hombres de armas para defenderla. El mismo rey de Navarra, con pretesto de ejecutar el tratado, pasó á Melun; y en lugar de evacuarla, dejó en ella fuerte guarnicion contra la fé jurada. Así que, la paz era un nombre vano, y la guerra continuó entre las cuadrillas de aventureros que servian en ambos partidos. Felipe de Navarra, hermano de Cárlos el Malo, fingió enemistarse con él, y reunió á los gefes de la cuadrilla inglesa. El señor de Aubertícourt, que era partidario suyo, asoló la Champaña. Su dama Isabela de Kent le proporcionaba caudales y soldados «para hacer, dice Froissard, tantas caballerías y proezas, que todos los suyos se enriquecian." Pero estas culpables hazañas acabaron trágicamente. Fenestranges, caballero lorenés, que acababa de entrar en el servicio del regente, acometió con su cuadrilla la de Auberticourt, peleó con él, le venció y le mató. Francia ganó poco en su justo castigo: porque Fenestranges, despues de su victoria, cometió tantos escesos como Auberticourt, con la escusa de que no tenia con

que mantener la tropa: y sus depredaciones no cesaron hasta que el delfin pudo pagarle el sueldo prometido. No fue posible hacer entrar dinero en el tesoro sino alterando la moneda. Su valor se atenuó tanto, que 20 sueldos nominales solo valian 20 dineros efectivos.

Nunca habian cesado las negociaciones para la libertad del rey: y despues de muchas conferencias entre Juan y Eduardo, envió éste al delfin un proyecto de tratado, cuyas condiciones eran tan intolerables, que los estados generales, reunidos en París, lo desecharon con indignacion, declarando que preferian la guerra mas desgraciada á paz tan ingominiosa. Las crónicas dicen: "en todas las provincias esclamaba el pueblo irritado que aquel convenio ni era sufrible ni ejecutable." Juan, que no esperaba semejante negativa, la supo con dolor y enojo: porque él mismo, cansado del largo cautiverio, habia discutido con Eduardo, y concluido el tratado: y así escribió al delfin en el primer momento de su ira, una carta llena de reconvenciones. "¡Ah Cárlos, le decia, buen hijo, tú has tomado consejo del rey de Navarra que te ha engañado y es capaz de engañar á otros cuarenta como tú."

El rompimiento de las negociaciones anunció la terrible tempestad, que se siguió prontamente. El rey Eduardo, reunidas todas sus fuerzas, desembarcó en Calés al frente de 100000 hombres. Allí encontró muchos caballeros de todas naciones, que venian á militar

bajo sus banderas: pero como pedian sueldo en indemnizacion de los gastos que habian hecho, Eduardo los despidió á casi todos, aconsejándoles que peleasen como aventureros, y buscasen en el saqueo la paga que él no podia darles. Los ingleses atravesaron con rapidez las provincias septentrionales del reino, talando los campos: pero sin atreverse á acometer las ciudades, que estaban muy bien defendidas. Ningun ejército se presentó para impedirles el paso. El delfin, firme en su proyecto de contemporizacion, habia escarmentado en los yerros de Felipe de Valois y de su padre, y no quiso esponer al trance dudoso de una batalla sus cortas fuerzas y su trono vacilante. Contentóse, pues, con reparar las fortificaciones de las plazas y poner en ellas fuertes guarniciones: resolucion prudente y que el suceso justificó: porque habia previsto que el grande ejército de los enemigos se debilitaría estendiéndose, se cansarian con las largas marchas, y se destruiría en fin por la inclemencia de la estacion y por la escasez: contrarios mas peligrosos que el pequeño número de escuadrones franceses. Eduardo, habiendo corrido y devastado el Artois y la Picardía, cobrado fuertes contribuciones de Borgoña, Brie y Gatines, entró en Champaña y puso sitio á Reims: pero la guarnicion y los habitantes pelearon con tanto valor y constancia, que los ingleses perdieron la esperanza de tomarla. Eduardo se acampó algun tiempo entre Chartres y

Montlheri, y llegó despues hasta las puertas de la capital. Procuró ó aterrar al delfin, ó moverle á ira con denuestos, amenazas y desafíos: tambien solicitó engañarle con esperanzas de negociacion: pero todo en vano: porque no pudo obligar á Cárlos ni á dar batalla, ni á firmar una suspension de hostilidades, ni á concederle una entrevista.

Entretanto, mientras la nobleza de Francia se apresuraba á juntar hombres de armas y soldados, los pueblos pedian á gritos la paz, y los templos resonaban con los gemidos de los sacerdotes, que suplicaban al cielo que mudasen los corazones de los príncipes y pusiese término á tantas calamidades. En aquel peligro salvó el reino la constancia heróica del delfin, que supo resistir á la ira de su padre, á la violencia de los ingleses, y á las representaciones de sus propios guerreros, que indignados de la ruina del pais, querian obligarle á dar batalla contra el plan de guerra que habia formado. Pero aceleró la paz un suceso estraordinario, que Froissard cuenta del modo siguiente.

"Acaeció á la vista de Eduardo un gran prodigió que humilló su soberbia: porque estando junto á Chartres, mientras los plenipotenciarios franceses iban y venian sin conseguir la paz, se arrojó desde lo alto una tempestad tan horrible con truenos y rayos sobre el ejército de Inglaterra, que parecia que el cielo se venia ábajo. Caian piedras tan gran-

des que mataban hombres y caballos, y los mas valientes estaban acobardados. El rey de Inglaterra fue á la iglesia de Nuestra Señora de Chartres, hizo oracion á la Vírgen, y prometió, como él mismo dijo y confesó despues, que concederia la paz." El continuador de Nangis cuenta que en una audiencia que le dió el rey de Inglaterra, le confesó este príncipe la profunda impresion que habia hecho en su ánimo la tempestad de Chartres. Pero es indudable que concurrieron otras muchas circustancias para determinarle á la paz. No podia mover al enemigo á una accion decisiva: hallaba cerrados los corazones y las ciudades de Francia: perecia de hambre, por la devastacion de los campos. Su ejército, diezmado ya por las enfermedades y las fatigas de la marcha: y sus guerreros murmuraban de una lid que ya no les ofrecia gloria ni provecho. El duque de Lancaster, uno de los capitanes mas hábiles de Inglaterra, le decia: "en esta guerra pueden ganar alguna cosa los saqueadores: pero vos perdeis el tiempo. Si quereis concluirla con honor, aceptad las ofertas que os hacen: porque sino, en un dia desgraciado perderemos mas de lo que se ha ganado en veinte años de victorias." A estas consideraciones se agregó la tempestad, en la cual murieron, dicen las crónicas, 7000 caballos y un gran número de soldados.

Paz de Bretigny (1360). Reuniéronse, pues, en Bretigny los plenipotenciarios de

ambos reinos, que fueron, de parte de Cárlos, el obispo de Beauvais, el conde de Tancarville, los señores de Montmorency, Boucicault, Vignay y Renneval, el primer presidente y un procurador del parlamento, un cantor y un canónigo de la catedral de París, y Juan Maillard, el vencedor de Marcel: y de parte del inglés, el duque de Lancaster, los condes de Northampton, Staford, Warwick y Salisbury, el captal de Buch y 22 caballeros ingleses. El 7 de mayo se firmaron treguas por un año, y al otro dia, un tratado de paz, que no debia ser definitivo hasta que lo ratificasen los dos monarcas. La paz de Bretigny fue triste y humillante para los franceses: y no obstante, la recibieron con suma alegría: á tal punto habian llegado las calamidades del reino.

Francia, por este tratado, añadia á las posesiones inglesas de Guiena, el Poitou, el Saintonge, el Agenes, el Perigor, el Limousin, el Quercy, el Bigorre, el Angumes y el Rovergue, como tambien los condados de Ponthieu y Guines, el territorio de Calés, algunas islas y otras muchas ciudades. El rey de Inglaterra habia de poseer estos paises en toda soberanía, como los poseia antes el rey de Francia. El rey Juan y su hijo renunciaban á toda pretension sobre las provincias cedidas. Eduardo y el príncipe de Gales, á la de la corona de Francia y á la soberanía de Normandía, Turena, Bretaña, Maine, Anjou y Flandes. Fijóse el rescate del rey Juan en tres millones de

escudos de oro. Este príncipe pasaria á Calés, donde él y Eduardo firmarian las renuncias prometidas: y cuando se hubiesen entregado al inglés la Rochela y el condado de Guines, Juan sería puesto en libertad, pero dejando en rehenes á sus hijos Felipe de Francia, Luis, conde de Anjou y Juan, conde de Poiers: á su hermano Felipe, duque de Orleans, al duque de Borbon, á los condes de Blois, Harcourt, Valentines, Vaudemort, Montmorency, Longueville y Ponthieu, y á otros muchos señores. La mayor parte de estos rehenes habian caido prisioneros en la batalla de Maupertuis. Si uno de los rehenes se escapaba sin licencia, sería reemplazado por otro de igual distincion. Se entregarian á Inglaterra otros 42 rehenes, nombrados entre los burgueses mas distinguidos de las principales ciudades del reino. Los dos reyes se obligaban á intervenir para terminar la guerra entre Cárlos de Blois y Juan de Monfort por la sucesion de Bretaña. Se daba completa amnistía á los vasallos de entrambos soberanos por las ofensas que hubiesen hecho á sus reyes durante la guerra. El rey de Francia renunciaba á la alianza de Escocia, y el rey de Inglaterra á la de los flamencos: ambos se obligaban á hacer que el papa aprobase el tratado y prohibiese su quebrantamiento so pena de censura eclesiástica, y á obligar á cumprirlo á todos los que se opusiesen. Restituíanse todas sus tierras y feudos á Montfort y á Felipe de Navarra. Firmado el acto, fue

llevado á París por los plenipotenciarios franceses, y el regente le confirmó en presencia de seis caballeros ingleses, y juró, puestas las manos sobre la hostia consagrada, observar rigurosamente todos sus artículos. Publicóse la paz en París y celebróse con grandes regocijos: porque los ánimos tenian hambre y sed de descanso. El príncipe de Gales juró la paz en Lawiers en la misma forma que el delfin, ante seis caballeros, enviados por este príncipe.

Eduardo partió con su hijo á Inglaterra. El rey Juan, que desde el principio de la campaña habia estado encerrado en la torre de Lóndres, fue puesto en libertad á la llegada del monarca ingles, despues de haber ratificado la paz de Bretigny, fruto de su imprevision y temeridad. Desembarcó en Calés y esperó allí tres meses al rey de Inglaterra. El delfin vino á esta ciudad para ver á su padre: pero tal era la desconfianza que en aquel tiempo tenian los príncipes unos de otros, que antes de emprender el viage, exigió por rehenes de Eduardo sus dos hijos menores. Entrambos monarcas comieron juntos, oyeron la misma misa, y juraron sobre el evangelio la observancia del tratado. Ninguno quiso tomar la precedencia sobre el otro. De derecho pertenecia á Juan: de hecho á Eduardo.

El conde de Flandes vino á prestar homenage á su soberano el rey de Francia. En fin, despues de cuatro años de cautiverio, entró

Juan en su capital el 13 de diciembre de 1360, dió gracias á Dios por su libertad en la iglesia de san Dionis, llamó á su consejo los individuos destituidos, restableció al parlamento en sus funciones, y recibió con aparente cordialidad la sumision poco sincera de Cárlos de Navarra, que veia con disgusto restablecida la tranquilidad en el reino infeliz, cuya desmembracion meditava en otro tiempo. La guerra y la paz agotaron el tesoro público. La alteracion de la moneda no bastó á las necesidades urgentes del gobierno. Para cumplir el tratado eran necesarias grandes sumas; y Juan, obligado á hacer dinero de todo, vendió la mano de su hija Isabela á Geleazo, duque de Milan, en 600000 escudos.

Despues dió un edicto para que volviesen al reino los judíos, de cuya industria mercantil tenia necesidad para restablecer el comercio. Queriendo fortificar el trono contra las empresas de los grandes barones, reunió á la corona los ducados de Normandía y Borgoña, y los condados de Tolosa y Champaña: pero despues, movido del grande amor que tenia al último de sus hijos, que fue el único que no le abandonó en la batalla de Poitiers, y que peleando á su lado participó de sus peligros, infortunios y cautividad, olvidó las máximas prudentes de política, que acababa de adoptar. En aquel tiempo murió sin sucesion Felipe de Rouvres, duodecimo duque de Borgoña, en el cual se estingió la primer dinastía de aquel

ducado. El condado de Artois y el Franco condado, que era su herencia materna, volvieron de derecho á Margarita, hija de la célebre condesa Mafalda: y los condados de Boloña y Auvernia á la familia de Boloña. Cárlos de Navarra, nieto por línea femenina de Luis el Hosco, reclamaba la Borgoña: pero sin razon, porque el rey Juan era pariente mas cercano en un grado del gefe de la familia extinguida. El interés del estado exigia la incorporacion de Borgoña á Francia: pero Juan prefirió ser padre tierno á ser monarca prudente. Aparentando ceder á los votos de los borgoñones, que le pedian un príncipe que viviese en medio de ellos, revocó su primer decreto, y nombró duque de Borgoña á su hijo Felipe; el cual, en su juventud, habia merecido por sus hazañas el sobrenombre de *Atrevido.* No tardaron en coger los reyes de Francia el fruto amargo de concesion tan impolítica: y la segunda casa de Borgoña no les fue menos enemiga que la Inglaterra. Felipe el atrevido aumentó despues su poder, casando con Margarita, heredera del condado de Flandes. El rey Juan le dió el título del primer par del reino, que hasta entonces habian tenido los duques de Guiena y Normandía.

A pesar de todas las calamidades pasadas, la paz pareció á los franceses mas intolerable que la guerra. Las condiciones eran tan duras, que las provincias se resistieron al principio á cumplirlas: pero Juan respondió á sus clamores, manifestando la necesidad de

sacrificar los sentimientos mas generosos á la fé jurada. Entonces pronunció esta máxima, que ha tenido tanta celebridad: «si fuesen desterrados de la tierra la justicia y la buena fé, aun deberian hallarse en la boca y en el corazon de los reyes." «Sus vasallos obedecieron, dice Froissard, pero con mucho disgusto: y los habitantes de la Rochela, al someterse, digeron: *haremos juramento á los ingleses con los labios, pero nunca con el corazon.*" Algunos historiadores aseguran que Eduardo quebrantó el tratado, reteniendo muchas plazas que debia ceder, y suprimiendo el artículo en que renunciaba al trono de Francia: pero Mr. Hallam cita un convenio, firmado por el rey de Inglaterra en 20 de octubre de 1360, é inserto en la coleccion de Rimer, en el cual da á Juan el título de *rey de Francia*, y no lo toma para sí. Añade que ninguno de los reyes espidió letras de renuncia: pero que se suplieron por las letras patentes que debian dar en Calés sus comisarios. Juvenal de los ursinos dice que los de Inglaterra faltaron á la cita que se les dió para este efecto. Los escritores de aquella época, todos parciales, se contradicen de modo que no es facil averiguar la verdad. El presidente Henault, siguiendo á Duvergier, asegura que Eduardo tomó posesion de Guiena, reservando los comisarios franceses *la soberanía, la jurisdiccion y los vasallos*, sin que reclamasen los ingleses: cuando Rimer dice, que Eduardo se habia reserva-

do en una cláusula del tratado de paz la facultad de convertir la Aquitanía en reino. Pero lo que es indudable es que el rey de Inglaterra, deseando borrar todos los vestigios de su antiguo vasallage á Francia, prohibió en todos sus estados en los actos públicos el uso de la lengua francesa. Créese comunmente, que abusando de su posicion y de sus fuerzas no cumplió muy lealmente algunas estipulaciones importantes del tratado, tomando por pretesto la poca exactitud de Juan en pagar su rescate en los términos fijados: consecuencia necesaria de la penuria del tesoro: pero en lo demas cumplió el rey de Francia religiosamente las condiciones de la paz.

En Francia habia cesado la guerra, mas no el saquéo: porque los aventureros, que ya no cobraban sueldo de ninguna de las partes beligerantes, se entregaron mas que nunca al latrocinio: asolaron el Leonesado y el condado de Aviñon: vencieron en batalla campal junto á Briguais un ejército francés, y dieron muerte al condestable Jacobo de Borbon que oo mandaba. Cárlos de Navarra se indemnizana de su nulidad política, cometiendo crímenes atroces, aunque mas oscuros. El marques de Monferrató, que hacía guerra entonces al duque de Milan, tomó á su sueldo muchas compañías de aventureros, y libertó de ellas el reino. Seguin, uno de los mas célebres caudillos de estas compañías, no las siguió: sino concluida la devastacion del Leonesado, pasó á

Auvernia, la saqueó, y se volvió á Guiena con inmenso botin. El rey de Navarra queria tenerle en su servicio, y para ganarle cometió la imprudencia de manifestarle sus mas ocultas intenciones. Seguin pedia mucho por entrar en las tropas de Cárlos, que enfadado dijo: "este gascon es muy caro, y pues tanto pide, no hay mas que despacharle." Así lo hizo: le convidó á comer, le dió veneno, y el aventurero pereció á su vista despues de sufrir dolores horribles. Cárlos el Malo, sin perder su tranquilidad aparente, mandó con serenidad que alejasen de su vista el cadaver.

Las turbulencias de Bretaña duraban todavía. Cárlos de Blois y Montfort esperaban recibir socorros de los reyes de Francia é Inglaterra: pero uno y otro les aseguraron que observarian la neutralidad. El duque de Lancaster procuró poner en paz los dos partidos, y consiguió una tregua, que se quebrantó, y se volvió á renovar. El rey Juan, aunque estaba en paz con Eduardo, tenia que oponerse á su ambiciosa política. El inglés iba á casar uno de sus hijos con Margarita, heredera de Flandes. Juan no podia declararse contra esta union sin esponerse á renovar la guerra: y así resolvió servirse para impedirla, del influjo del papa; é hizo un viaje á Aviñon. Cuando llegó á esta ciudad, habia muerto ya Inocencio VI, pontífice piadoso, amante de las letras y de la paz: pero que enriqueció sobradamente á su familia. Sucediole el abad de san Victor

de Marsella, con el nombre de Urbano V, tan modesto, que prohibió toda pompa en la ceremonia de su exaltacion. Este papa favoreció los designios de Juan, y prohibió al duque de Cambridge y á Margarita de Flandes contraer matrimonio. Eran parientes en ercer grado.

Al mismo tiempo comenzaba en Castilla una guerra civil. El rey don Pedro el Cruel, aliado de Eduardo, era acometido por su hermano bastardo Enrique de Trastamara, caudillo de un partido poderoso, excitado á la venganza por la opresion. Juan hizo alianza secreta con Enrique, y este le prometió llamar en su socorro las compañías de aventureros, que desolaban todavía la Francia. Juan hizo entonces una grande adquisicion, que resarció el reino en gran parte de las calamidades anteriores, confiando el mando de sus tropas al famoso Duguesclin, que despues fue condestable, apoyo del trono, esperanza de Francia y azote de los ingleses. Eduardo le opuso un rival digno de él en su hijo el príncipe Negro, á quien dió el ducado de Aquitania estendiendo su autoridad á todas las provincias conquistadas recientemente.

Guerra entre los condes de Foix y Armagnac (1362). Entre los condes de Foix y Armagnac se movió guerra, en la cual este último quedó vencido y hecho prisionero. El vencedor no quiso darle libertad, sin un rescate de 50000 libras, que no podia pagar en el

momento: pero salia por fiador de la paga el rey de Navarra, cuñado del conde de Foix. Este aceptó la fianza, y el conde de Armagnac pagó con exactitud las 50000 libras en los términos señalados, entregando los pagamentos al fiador, el cual no quiso darlos á su cuñado. Su hermana la condesa vino á su corte, y le reprehendió su infidelidad: pero Cárlos respondió: «soy dueño de este dinero, y no saldrá de mi poder." La condesa de Foix, viendo el mal éxito de su viaje, no se atrevia á volver á su marido Gaston, y se quedó en Pamplona.

Su hijo logró de su padre el permiso de ir á ver á su madre. El navarro le acarició como sobrino; y cuando este se despidió para volverse, le llamó aparte, se mostró apesadumbrado de la discordia que habia entre sus padres, y le dijo: «tomad estos polvos, cuya virtud resucitará el cariño de vuestro padre á mi hermana. Mezcladlos con lo que ha de comer, y vereis el efecto: pero guardaos de que nadie lo sepa: porque entonces todo se perderia." El jóven volvió á su padre, y esperaba ocasion de ejecutar los proyectos de su tio. Desnudándose un dia en presencia de Iban, su hermano natural, se le cayó el papel de los polvos que tenia en el seno. Iban le preguntó qué era aquello, y no supo qué responder. Como no le queria bien porque le habia maltratado algunas veces, entró en sospechas y las declaró á su padre. El anciano con-

de manda venir á su hijo á su presencia, se le encuentra el papel, se prueban los polvos en un perro que murió al instante, y pone preso al incauto jóven. El conde fue á verle algunos dias despues, y enagenado de furor, sacó contra él su puñal. El infeliz hijo cayó muerto á sus pies de terror, y el conde le siguió en breve, oprimido de pesar y de remordimientos.

El viaje de Juan á Aviñon fue atribuido por unos á un proyecto de matrimonio con la reina Juana de Nápoles: por otros, á la formacion de una nueva cruzada. La edad del rey y las aventuras de Juana hacian inverosímil la primer idea: y la segunda lo era tambien, atendido el estado miserable, á que se hallaba reducido el reino. Sin embargo, Froissard cuenta que habiendo venido á Francia Pedro de Lusignan, rey de chipre, á implorar la proteccion de la santa sede contra los infieles, el papa Urbano pronunció en presencia suya y del rey Juan, un largo y patético discurso en que lamentó las calamidades de la iglesia cristiana de Oriente. A esta conferencia asistió tambien Valdemaro III, rey de Dinamarca, y padre de la célebre Margarita que reunió las tres coronas del norte. Díjose que las palabras del Pontífice dispertaron el espíritu religioso y marcial de estos príncipes: que Juan prometió cumplir el voto de su padre Felipe de Valois, y pidió la cruz, como tambien los condes de Dammartin, Eu, Artois y Tancarville, dos mariscales de Francia

y otros muchos señores: que el rey fue elegido *gefe supremo de la cruzada*, que nombró general del ejército al cardenal de Perigord, y que la espedicion debia partir en el año de 1364. Pero despues no se habló mas de esta empresa. Juan volvió de Aviñon, y pasó por el Languedoc, donde confirmó los privilegios y franquicias de los barones y de las ciudades.

Antes de llegar á París, supo con dolor que Eduardo, á pesar de sus promesas, retenia á sus hijos y al duque de Orleans su hermano, que habian quedado en rehenes, y que no cesaban de instar porque se les permitiese volver á su patria. El rey de Inglaterra, que no perdia ocasion alguna de aumentar su poder, fingió ceder á la impaciencia de estos príncipes: pero en premio de su libertad les propuso que le diesen cuatro castillos, las tierras que poseia el duque de Orleaux en Poitou y Saintonge, y una alcaidia del condado de Ponthieu que debia dársele en prendas de los señoríos de Gaure y Belleville, cuya posesion no habia tomado aun: y ademas exigió de ellos que solicitasen del rey Juan que no reclamase algunas infracciones de los ingleses contra el tratado de Bretignes. Juan consintió al principio en ratificar este convenio, porque el amor á sus hijos y á su hermano le impedian resistir á sus ruegos: pero los pares, obispos y señores de su consejo, le hicieron representaciones tan enérgicas, que resolvió no aceptarlo: y los príncipes quedaron en prision. Uno

de ellos, que fue el duque de Anjou, tomó una resolucion contraria al honor: se escapó de Inglaterra, vino á París, y permaneció en Francia, á pesar de las reconvenciones del rey y del delfin. Juan entonces, fiel á la virtuosa máxima que habia proclamado, formó el designio mas generoso que político de reparar el yerro de su hijo, constituyéndose cautivo en lugar de él. Así cumplió las obligaciones de buen padre y caballero, mas no la de rey: pues debió estrechar á su hijo á que satisfaciese un deber sagrado. En vano los ministros, los pares del reino y el delfin le aconsejaron que renunciase á su propósito. Cuando le hacian presente el riesgo á que iba á esponerse en poder de su enemigo irreconciliable, respondió que lo pasado era fianza de lo futuro." No puedo, añadia, sospechar traicion de Eduardo ni de su hijo, que tan generosamente me recibieron cuando fuí su prisionero." No todos los historiadores de aquel tiempo apreciaron, como debieran, el pundonor y delicadeza de Juan. Froissard atribuye su resolucion al deseo, poco probable, de volver á ver á Eduardo y sus hijos, de quienes tan buen tratamiento habia recibido: y el continuador de Nángis, al amor que le habia inspirado la condesa de Salisbury: calumnia, que espresó en estas palabras: "El rey fue á Lóndres *causa joci.*»

Juan, antes de partir de Francia, convocó en Amiens los estados de la lengua de Oyl, y de acuerdo con ellos, promulgó varias orde-

nanzas para reformar los abusos producidos por los desórdenes anteriores. Prohibióse á los príncipes, señores y magistrados cobrar tributos arbitrarios de los mercaderes y viajeros que atravesaban por sus territorios: arregláronse las atribuciones del parlamento, que avocando á si las causas, usurpaba las demas jurisdicciones: y prohibió á los barones hacerse guerra unos á otros, mientras las guarniciones inglesas no evacuasen las plazas que debian ceder á Francia. Quiso tambien establecer alguna policía en la capital, entregada tan largo tiempo á la anarquía: é hizo un reglamento para la ronda de París, echando de ella á los gefes negligentes, y poniendo en su lugar ciudadanos honrados y celosos. Estos gefes eran dos, y se llamaban los *sabios* (*clercs*) de la ronda: quedaron sometidos á dos inspectores de policía y á un comandante, llamado el caballero de la ronda.

Tal fue la última acta del rey Juan. Embarcóse en Boloña para Inglaterra, donde Eduardo le recibió con magnificencia y agasajo. Su corte era la mas brillante de Europa: y estuvieron en ella á un mismo tiempo los reyes de Francia, Chipre y Escocia. El pueblo inglés, orgulloso por sus victorias, gozaba de riqueza y prosperidad antes desconocidas. El corregidor de Lóndres, simple burgués, dió un banquete espléndido y fiestas suntuosas á los cuatro reyes. La tristeza, que debia causar á Juan su infortunio y la felici-

dad de su competidor, se aumentó con la noticia de haberse encendido otra vez la guerra entre su hijo el delfin y el rey de Navarra, que habia tomado de nuevo las armas, y borrado en su escudo el signo que distinguian la rama menor de la familia real, de las que eran mayores. Duguesclin le quitó la plaza de Nántes: y este primer triunfo, que empezó á consolar á Francia de tantos infortunios, se consiguió el mismo dia del fallecimiento del rey Juan, el 8 de abril de 1364.

En aquel siglo, medio bárbaro, medio civilizado, estuvieron sometidos á grandes infortunios los personajes mas distinguidos de la sociedad. Juana, reina de Nápoles, tantas veces casada y arrojada del trono, y últimamente inmolada á la venganza: Falien, dux de Venecia, juzgado y degollado: el famoso Rienci, gefe de la república romana, arrojado de Italia y entregado al pontífice, llamado despues á gobernar á Roma, y asesinado por el pueblo, de quien habia sido ídolo: Juan, vencido, prisionero y obligado á firmar la desmembracion de su monarquía: el delfin, envenenado por su cruel enemigo, insultado por la plebe en su mismo palacio: el condestable conde de Eu, degollado sin juicio: otro condestable, Jacobo de Borbon, vencido y muerto á manos de los bandidos: la princesa Blanca de Borbon, reina de Castilla, envenenada por su esposo: Pedro el cruel muerto á puñaladas por su hermano: Duguesclin, cautivo dos veces,

fueron en este siglo ejemplos memorables de la instabilidad de la suerte. Eduardo, largo tiempo favorecido de ella, empeñó él mismo su gloria, entregándose al amor de Alix Pers, pensando solo en fiestas y torneos, y en formar una tabla redonda como la del fabuloso Artus. Alix, entre cuyos brazos murió, se apoderó de su guardajoyas, y aun le arrancó del dedo un diamante de mucho precio.

Juan nació en 1320 y murió en 1364: reinó 14 años, y fue sepultado en san Dionis. De Bona de Luxemburgo, su primera muger, tuvo cuatro hijos y otras tantas hijas: Cárlos que le sucedió: Luis, duque de Anjou, y tronco de la segunda familia angevina de Nápoles: Juan, duque de Berry: Felipe el atrevido, tronco de la última dinastía de Borgoña: Juana, muger de Cárlos el Malo: María, de Roberto, duque de Bar: Inés y Margarita. Su segunda muger fue Juana, hija de Guillelmo XII, conde de Boloña; tuvo una hija, llamada Isabela, que casó con Juan Galearo, duque de Milan. Mandaron sus ejércitos los condestables el conde de Eu, Cárlos de la Cerda, Jacobo de Borbon, Gualtero de Brienne, Roberto de Fiennes, y los mariscales Guido de Nesle, Eduardo de Beaujeu, Rogues Angest, Juan de Clermont y Arnaldo de Audenahem. Sus cancilleres fueron los cardenales Pedro de la Forest, Gil de Montagu y Juan de Dorman. Juan fue á un mismo tiempo valiente y débil, generoso y cruel. Sus actos arbitrarios y su

temeridad, á la que se siguieron los mayores desastres, son útiles lecciones para los reyes y los pueblos, siempre que oigan mejor la voz de la razon y de la esperiencia que el grito de las pasiones.

CAPÍTULO XXXI.

Cárlos quinto el prudente.

Cárlos V el prudente, rey de Francia. Guerra de Castilla. Deposicion del rey don Pedro. Batalla de Navarrete. Muerte del rey don Pedro de Castilla. Guerra entre Francia é Inglaterra. Combate de Baesvilder: campaña de Guiena. Sitio de Limoges. Batalla naval de la Rochela. Nueva invasion de los ingleses. Tregua entre Inglaterra y Francia. Prolongacion de la tregua. Vuelta de la corte pontificia á Roma. Gran cisma de occidente. Nueva guerra de Bretaña.

Cárlos V el prudente, rey de Francia (1364). Este príncipe se educó en la escuela de la adversidad. En su primer juventud no tuvo prenda alguna que le distinguiese. Su complexion era débil: su mano, siempre hinchada, apenas podia sostener el peso del acero: su fuga de la batalla de Poitiers no aumentó la fama de su valor: y su imprudente amistad con Cárlos de Navarra, que le comprometió en una conspiracion contra el rey su padre, hizo sospechosa su virtud. Era dificil de prever la sagacidad con que habia de gobernar despues cuando en su regencia favoreció con su confianza á administradores y consegeros que habian disipado las rentas públi-

cás y dado orígen con sus arbitrariedades al descontento que dividió las órdenes del estado. Pero la anarquía de París, la rebelion de muchos señores, las quejas y amenazas de los prelados, la miseria del pueblo, la penuria del tesoro, las devastaciones causadas por la guerra civil y estrangera, y el latrocino de los aventureros abrieron los ojos al príncipe: y los gritos sediciosos del populacho, dirigidos por osados tribunos, mudaron enteramente su caracter. Convencido de la necesidad de la justicia, de la prudencia y del amor público para gobernar, abandonó su antigua debilidad é imprevision, y se convirtió en un monarca recto y sagaz, que mereció renombre de *prudente* bajo todos aspectos: pues en pocos años recobró las provincias perdidas, dió actividad al comercio, riquezas al tesoro, fecundidad á los campos, independencia á los pueblos y esplendor al trono.

Cuando Cárlos V sucedió á su padre, tenia 26 años. Fue consagrado en Reims el 19 de mayo de 1364: y en esta ceremonia hizo las funciones de paz Margarita de Flandes, condesa de Artois, y sostuvo la corona sobre la cabeza del rey. De los seis pares seculares, solo asistieron dos. Los duques de Brabante, Lorena y Bar, estranjeros y vasallos del imperio, suplieron por tres pares ausentes: y el duque de Anjou, por el de Guiena.

Al mismo tiempo fue ungida y coronada Juana de Borbon su esposa. Para ungir al rey

se hizo uso de la santa ampolla: para la reina sirvió otro crisma, bendecido aparte. Cada princesa tenia dos caballeros que llevaban las riendas del palafren: el duque de Turena, despues duque de Orleans, llevó las de la reina. Aun se creia que el rey no lo era verdaderamente hasta recibir la consagracion: pues Froissard dice: "Cárlos salió para Reims al dia siguiente á las exequias de su padre: porque las circunstancias no permitian dejar á Francia sin rey mucho tiempo."

En medio de la solemnidad se presentó el caballero Enguerrando de Eudin, cubierto de polvo y sangre, que traia al rey noticia de la señalada victoria, ganada junto á Cocherel por el valiente Duguesclin contra los navarros é ingleses á las ordenes de Juan de Graille, captal de Buch. El triunfo sabido en las fiestas de la uncion real, pareció presagio felicísimo del reinado de Cárlos V. Los franceses peleaban entonces con Cárlos de Navarra y con Montfort, duque de Bretaña. Cárlos ocupaba muchas plazas de Normandía con sus tropas, en las cuales habia muchos ingleses. Habiendo fallecido Felipe de Navarra que las mandaba, fue nombrado general de ellas el captal. El ejército francés, opuesto á él, estaba á las ordenes del conde de Auxerre y de Duguesclin. Encontráronse en Cocherel junto á las márgenes del Eure: y siendo inevitable la batalla, el de Auxerre sacrificó su amor propio al bien general, y el dia de la accion dejó el mando de

todo el ejército á Duguesclin, célebre ya por sus hazañas. El captal ocupaba una porcion fuerte, y Duguesclin procuró en vano, para pelear con menos desventaja, atraerle á la llanura, donde los franceses estaban abrasados de calor y falta de víveres, mientras el enemigo, acampado á la sombra de grandes árboles, tenia víveres en abundancia. El captal, sabiendo cuán mala era la situacion de los franceses, envió un heraldo á Duguesclin para burlarse de él preguntándole á qué hora pensaba atacar, y ofreciéndole algunos víveres y vino que vigorizasen su tropa estenuada. «Gracioso heraldo, respondió Duguesclin: charlais muy bien, y por vuestra embajada os regalo un caballo que vale cien florines. Decid al captal, que si él no viene á mi, yo iré á él, y antes de la noche me comeré uno de sus cuarteles.» Poco despues dió la señal de acometer, y apenas estuvo cerca de los reales del enemigo, se volvió atras como atemorizado de su número, y se retiró precipitadamente. Los navarros salen de sus líneas y bajan á la llanura persiguiéndole, á pesar de las órdenes del captal que gritaba: "deteneos, esa retirada es un ardid: porque todavía no se ha visto que Duguesclin huya sin pelear." Tenia razon, porque apenas vió el general francés que el enemigo habia dejado su fuerte posicion, detiene á los suyos, los ordena, y les dice: "Voto á Dios que, pues hoy tenemos nuevo rey de Francia, le hemos de estrenar con una victo-

ria." Todos le responden con aclamacion general, se arrojan sobre los navarros, los desbaratan, los persiguen hasta los reales, entran en ellos, rodean las tropas del captal y hacen prisionero á este caudillo. Los que escaparon de la matanza huyendo, se reunieron lejos del campo de batalla: y mandados por el hermano segundo de Carlos el Malo, penetraron en Auvernia y se apoderaron de muchos castillos. Una de sus divisiones tomó la Charité: y amenazó á Borgoña, á la cual el rey de Navarra tenia pretensiones, mientras el conde de Montbeliard, su aliado, marchaba á Dijon al frente de un cuerpo numeroso. Tenia á su sueldo la cuadrilla de Arnaldo de Cervolles el arcipreste: título que habia tomado porque habiéndose apoderado de un feudo eclesiástico, ejercia en él los derechos de abad y de señor, y pensaba legitimar de este modo sus rapiñas y correrías. Felipe el atrevido, hermano del rey Cárlos V, nombrado recientemente duque de Borgoña, peleaba entonces contra algunas compañías de aventureros que talaban el Beaucé: pero sabiendo el peligro que amenazaba sus estados, acudió á Borgoña, derrotó al conde de Montbeliard, le persiguió hasta sus dominios, y volvió á Loira á sitiar la Charité, que se rindió por capitulacion.

Aun continuaba en Bretaña la lid entre los condes de Montfort y de Blois. Firmaron á la verdad una tregua en que se convinieron en repartir el ducado: pero la condesa de Pen-

tievre, esposa de Cárlos de Blois, dijo á este cuando supo el convenio: "yo no soy mas que una muger: pero perderia la vida, ó dos que tuviera, antes de consentir en cosas tan perjudiciales." Cárlos no resistió á las súplicas y lágrimas de su muger, y le prometió romper la tregua. Abrazóle la condesa y le dijo: "os ruego que no hagais la paz hasta que el ducado de Bretaña quede por vuestro: porque es mi legítimo patrimonio."

La guerra se encendió de nuevo. Montfort, auxiliado de un cuerpo ingles á las órdenes del famoso Juan Chandos, puso sitio á Auray. Cárlos de Blois, sostenido por el ejército de Duguesclin, que habia vencido en Cocherel, acudió en socorro de la plaza. Ya iba á empezar el combate cuando llegó un correo con órdenes del rey en que mandaba al conde de Montfort, suspender las hostilidades, levantar el sitio de Auray, é ir á París donde el parlamento le haria justicia.

Montfort que estaba pronto á obedecer, propuso un armisticio á condicion de repartir el ducado entre los dos competidores: pero Cárlos de Blois, que habia jurado á su muger no dar oidos á esta propuesta, resolvió pelear: y contra el consejo de Duguesclin, atravesó un torrente de difícil paso. Sus tropas se desordenaron en este movimiento. Montfort las acometió y desbarató la primera línea: pero Cárlos la ordenó inmediatamente, y la batalla fue sangrienta y dudosa. Segun una profecía del

antiguo Merlin, el que llevase las pieles de Bretaña en un combate, seria vencido y muerto. Montfort dió á un caballero breton su vestido forrado de martas, y sus armas. Cárlos, creyendo que era su rival, se arrojó á él y le mató de un bote de lanza. Su caida amedrentó al principio á los de Montfort, y huyeron perseguidos de Cárlos: pero Montfort se presenta en medio de ellos, se quita el yelmo, y viéndole vivo, vuelven á la batalla con nuevo esfuerzo.

Cárlos de Blois, persiguiendo con sobrado ardor al enemigo, se habia alejado mucho de los suyos: fue rodeado, y en vano hizo prodigios de valor. Un ingles le quitó el yelmo, y le dió una estocada en el pecho. Froissard y Nangis dicen que al caer esclamó: "yo he hecho esta larga guerra contra mi conciencia." Los suyos, desalentados con su muerte, pelearon sin orden y fueron vencidos, pero despues de haberse resistido ostinadamente, lo que hizo mayor la carnicería. Duguesclin quedó prisionero. Clison perdió un ojo. De una y otra parte murieron ó fueron cautivados muchos caballeros. Montfort, generoso en la victoria, lloró la muerte de su rival: pero Chandos le dijo: "en lugar de esos vanos lamentos, dad gracias á Dios y á los vuestros: pues no era posible conservar á un mismo tiempo el ducado y el primo." Así acabó la lid, que inundó de sangre á Bretaña 23 años. Montfort fue reconocido por duque: muchos señores del parti-

do de Cárlos pasaron al servicio del rey, entre ellos el valiente Clison, que fue despues condestable. y Tanneguí Duchatel, que mas tarde adquirió, por un horrendo delito, triste celebridad. Montfort, que debia su victoria á los socorros de Inglaterra, se unió con mas estrechez á Eduardo, casando con una de sus hijas. El desenlace imprevisto de esta gran querella fue acaso el único revés del próspero reinado de Cárlos V.

La viuda de Cárlos de Blois, cuyos hijos estaban prisioneros en Inglatera, pidió ausilios al rey para sostener sus derechos. Sostenia su pretension el duque de Anjou, siempre dispuesto á aprovechar las ocasiones de combatir y de enriquecerse. Pero Cárlos siguió el dictámen de su consejo, y abandonó una causa enteramente perdida: pues los señores y ciudades de Bretaña se habian declarado por Montfort: y si les hacia guerra, reconocerian por soberano á Eduardo. Prefiriendo, pues, la negociacion á las armas, hizo paces con el nuevo duque en Guerrande. Montfort se obligó á ser vasallo de la corona de Francia. A la condesa de Blois se le concedió el título de duquesa de Bretaña, y por indemnizacion el condado de Ponthieu y 40000 libras de renta en tierras.

Guerra de Castilla (1365). Apenas concluia una guerra, el espíritu belicoso del siglo dirigia los ánimos hácia otra. Hablábase todavia de la cruzada: pero solo el rey de Chi-

pre con los caballeros de san Juan desembarcó en Egipto. Esta espedicion se redujo al saqueo de Alejandría. El conde de Saboya, pariente del emperador Juan Paleologo, pasó al oriente, tomó á los turcos la ciudad de Galípoli, venció al rey de Bulgaria, que tenia preso al emperador, y le obligó á darle libertad. Entretanto Cárlos IV, emperador de Alemania, hizo alianza con el sumo pontífice contra el duque de Milan: pero apenas hubo cobrado las contribuciones que el papa le permitió imponer al clero germánico, abandonó la empresa. Algunas de las tropas que habia alistado, pasaron á Alsacia y esterminaron las reliquias de la Jaquería, que infestaban aquella provincia.

El rey de Francia, ya mas libre para restablecer el orden en lo interior de sus estados, y remediar las calamidades de tan larga anarquía, no hallaba obstáculo á sus planes benéficos sino en la malignidad y poder de Cárlos de Navarra. Cansado de pelear contra sus tropas unidas á las de los ingleses, hizo alianza con el rey de Aragon; de modo que el navarro, ostigado por dos enemigos poderosos, se vió obligado á pedir la paz, que le fue concedida por mediacion del captal de Buch. Por este tratado, renunció á sus pretensiones sobre Champaña y Borgoña: y se le cedió, como indemnizacion, el señorío de Mompeller.

La alianza de Aragon produjo otras consecuencias mas importantes. Su rey hacía guerra

á Pedro de Castilla, aliado de Eduardo, y era muy importante para Cárlos V socorrer á su nuevo amigo á fin de que los ingleses destinasen á España las fuerzas que podrian enviar contra Francia. Ademas, con motivo de esta guerra echaba del reino un gran número de señores y aventureros que lo devastaban. Así lograba á un mismo tiempo socorrer á su aliado, desconcertar los designios de su mas formidable enemigo, y purgar á Francia de los bandidos que la infestaban. Las turbulencias de Castilla tuvieron este origen. El rey Alonso XI no tuvo de su esposa mas hijo que Pedro, su sucesor en el cetro: pero de su dama Leonor de Guzman, tuvo cinco. Don Pedro manifestó desde jóven pasiones violentas, é incorregibles, y un carácter indocil, que desconocia el freno de la prudencia y el de las leyes divinas y humanas. Pero la disolucion causó su ruina. Enamorado de Doña María de Padilla, abandonó primero y despues encerró en un castillo á su esposa Blanca de Borbon, teniendo por sospechas la intimidad de esta infeliz princesa con Fadrique, maestre de Santiago y hermano bastardo del rey, á quien confiaba sus penas. Esta sospecha que en Pedro era afectada, le movió á asesinar á Fadrique y á dar á su muger un veneno lento de que murió. Despues de estos atentados, no le era ya posible volver al camino del bien: miró como enemigos á sus hermanos y en general á toda la nobleza que desaprobaba su conduc-

ta: hizo morir á muchos grandes, y aun levantó el puñal contra su madre misma.

Enrique, conde de Trastamara, el mayor de los hijos bastardos de Alonso XI, tomó las armas en venganza de su hermano, con el auxilio del rey de Aragon y de muchos castellanos. Cárlos V, rey de Francia, entró en la liga por los motivos políticos que ya hemos espuesto, y para vengar la muerte de Blanca su cuñada. Al principio venció don Pedro á Enrique, y le obligó á refugiarse en Francia, donde encontró un ejército, compuesto de los aventureros que Cárlos deseaba echar de su reino, y mandado por Juan de Borbon, primo de Blanca, y por Beltran Duguesclin, que era realmente el general.

Duguesclin no solo se puso al frente de estos bandidos, sino su primera operacion militar fue ir á Aviñon á sacar una contribucion del sumo pontífice, que habia pagado generosamente su rescate cuando cayó prisionero en el combate de Auray. Este latrocinio no pueden disculparlo los historiadores del tiempo sino con la escasez de dinero que habia en Francia. La primer arenga de Duguesclin á sus nuevos soldados fue esta: «bastante hemos hecho hasta ahora para condenarnos, y vosotros habeis hecho mas que yo. Ya es tiempo de enmienda: honremos á Dios y dejemos al diablo." Al mismo tiempo les prometió de parte del rey 200000 francos, y los tesoros de Castilla, si la conquistaban. Para *honrar*

á Dios, pasó á Aviñon con sus tropas, y dijo al cardenal que vino á intimarle que se alejase de los estados del papa: «queremos que el santo padre nos de la absolucion y cien mil francos para acabar nuestro viaje." Como el cardenal pusiese algunas dificultades, Beltran continuó: "entre nosotros hay muchos que no se curan de la absolucion: pero tienen necesidad de dinero. Los llevo fuera del reino para hacerlos hombres de bien, y que no causen mas daños ni á vosotros ni á Francia: y es preciso que el papa nos ayude en esta santa empresa." El pontífice dió la absolucion y los 100000 francos.

Deposicion del rey Don Pedro (1366). Duguesclin, deseando cubrir con algunos laureles el vergonzoso principio de su espedicion, se reunió con Enrique de Trastamara, atravesaron el reino de Aragon, entraron en Castilla, tomaron algunas plazas que Pedro habia conquistado del aragonés, y las restituyeron á este rey, que dió por premio á Beltran el ducado de Borja, vencieron las tropas que Pedro les opuso, y fueron admitidos como libertadores en casi todos los pueblos.

Pedro huyó: y Enrique fue coronado en Burgos rey de Castilla el 31 de marzo. Queriendo grangearse el afecto de sus pueblos libertándolos de un ejército estranjero, despidió á todos los franceses y aragoneses, y se quedó solo con Duguesclin, con un hijo natural del conde de Foix y con 1500 lanzas. Esta fue una inprudencia: pues al rey destronado que-

daba todavia un amigo poderoso, é interesado en no permitir en Castilla el influjo de la corte de Francia: este era, el príncipe Eduardo de Inglaterra, que recibió á Pedro en Bayona, tomó las armas en su favor, y atravesó la Navarra, con el permiso de Cárlos el Malo, para entrar en Castilla.

Batalla de Navarrete (1367). Oliveros de Mauny, alcaide por Duguesclin del castillo de Borja, haciendo un reconocimiento en la frontera, se encontró con el rey de Navarra: y como ya este se habia declarado por el inglés y por don Pedro, le acometió é hizo prisionero, y no le dió libertad hasta haber recibido un cuantioso rescate. Algunos creyeron que se dejó prender para no cumplir, tomando este pretesto, el tratado de alianza que habia hecho con el príncipe de Gales.

Enrique, despues de haber descuidado la defensa de los desfiladeros del Pirineo, cometió, contra el dictamen de Duguesclin, otro yerro mayor. Arrebatado de su propio brio, salió al opósito al enemigo, que era superior en número, le encontró en la llanura de Navarrete, y le presentó la batalla el 4 de abril. Fue completamente derrotado: Duguesclin quedó prisionero y rindió su espada al mismo príncipe de Gales: y Enrique, despues de haber hecho inútilmente prodigios de valor, se refugió á Aragon y de allí á Languedoc, donde el duque de Anjou, hermano del rey de Francia, le dió asilo y socorros.

Pedro volvió al trono, y ejerció crueles venganzas, á pesar de los prudentes consejos de un amigo tan útil como Eduardo. Duguesclin se vió por la segunda vez privado de su libertad. Aunque era mas hábil en los ardides y estratagemas de guerra, que los demas capitanes de su tiempo, no dejó de sufrir algunos reveses, porque los héroes peleaban entonces mas como soldados que como generales, y era vergonzoso no ser temerarios cuando la ocasion se presentaba.

Este valiente caballero manifestó desde su infancia ánimo ardiente y belicoso: reñia y luchaba con los aldeanos de su edad que habitaban cerca del castillo de sus padres: y muchas veces le traian á casa herido y medio muerto. Su madre decia que no habia muchacho mas avieso, y que ella y su marido deseaban verle enterrado. Era imposible vencer su oposicion al estudio, y llegó á grande sin saber leer ni escribir.

Un dia se celebraba en Rennes un torneo, á que asistia su padre Reinaldos Duguesclin: y segun su costumbre queria robar á su madre algunas joyas para comprar armas y presentarse en el palenque. Pero habiendo visto á un caballero que despues de haber roto una lanza, se retiraba á su casa, fue detras de él, y le pidio de rodillas que le prestase sus armas y caballo por 24 horas. El caballero se lo concedió: y alegre y ufano, se viste las armas, monta á caballo y se mezcla con los combatientes. Des-

conocido de todos y calada la visera, corre 15 lanzas, derriba 15 adversarios, y merece por su fuerza y agilidad los aplausos públicos, y el título de *escudero venturoso*. Su padre salió á justar con él sin conocerle. El jóven pone la lanza en tierra, alza la visera, y se postra á los pies de su padre: el cual desde este dia no omitió cuidado alguno para darle buena educacion militar.

Habiendo adquirido suma gloria por otras hazañas, se le reunieron muchos aventureros, con los cuales hizo correrías contra los ingleses y bretones del partido de Montfort, se apoderó del castillo de Fougeres, y puso en él su plaza de armas. Libertó la ciudad de Rennes, sitiada por el duque de Lancáster, cuando ya estaba en el último estremo por la escasez de víveres y soldados, haciendo creer al inglés que un cuerpo francés se acercaba á sus cuarteles. Lancáster salió al encuentro de estos enemigos imaginarios, y entretanto sorprendió Duguesclin su campamento, quemó las tiendas, se apoderó de 200 carros de víveres, y entró con ellos en la plaza. Lancáster, cuando volvió á su campo, deseó conocer al que le habia quitado de la mano tan rica ciudad con aquel estratagema, y envió salvoconducto á Duguesclin. Este se le presentó respetuosamente, y le ofreció sus servicios, con tal que no fuese contra Cárlos de Blois, á quien, añadió, toca de derecho el ducado de Bretaña. «Señor Beltran, le respondió el in-

glés, antes que se pruebe lo que decis, costará 100000 cabezas." «Cueste lo que costare, replicó Duguesclin, los que queden vivos tendrán los despojos de los muertos." En esta entrevista le desafio Guillermo Bembro. El breton aceptó, peleó con él y le mató, á vista de la guarnicion de Rennes y del campo inglés.

Duguesclin, hecho prisionero en la batalla de Navarrete, ofreció rescate al príncipe de Gales, y este lo rehusó, contra el uso de la guerra. Cundió la voz de que no queria darle libertad porque le temia. Cuando lo supo el príncipe, le dijo: señor Beltran, ¿es verdad que dicen que no os admito á rescate porque os tengo miedo?" «Hay quien lo diga y lo piense, replico Duguesclin, y yo lo tengo á mucha honra." "Pues bien, señalad vos mismo la cantidad», dijo el príncipe. Beltran valuó su rescate en 100000 florines.» ¿y dónde hallareis tanto dinero.» repuso Eduardo: y Beltran dijo: «los reyes de Francia, de Castilla y de Aragon, y el papa, me lo prestarán, y cuando llegue el caso de pagarlo, yo lo tomaré de las arcas de algunos que creen tener bien guardadas las llaves: fuera de que las francesas pagarán mi rescate vendiendo lo que hilan.» La princesa de Gales tuvo curiosidad de ver á un hombre tan célebre y de tan buen humor, y le ofreció 20000 libras para su rescate. «Señora, le dijo el héroe, hasta hoy me tenia por el caballero mas feo del mundo. Desde ahora me estimaré en mas.» Beltran

recibió de los príncipes, en quienes confiaba, la suma necesaria, pero toda la gastó en socorrer y rescatar á otros caballeros y soldados franceses que estaban prisioneros, y cuando volvió á presentarse al príncipe de Gales, le confesó que no le quedaba ni un ducado. «Generoso sois; le dijo Eduardo: quedareis, pues, prisionero.» Pero poco despues llegó un enviado del rey de Francia, que pagó toda la suma, menos los 20000 francos prometidos por la princesa.

Muerte del rey don Pedro de Castilla (1368). Apenas Duguesclin se vió libre, juntó tropas, y se unió á Enrique de Trastamara para entrar segunda vez en castilla. El príncipe de Gales no pudo socorrer á don Pedro, porque ademas de estar muy enfermo, la nobleza de Gascuña le amenazaba de abandonar su servicio y pasar al del rey de Francia, sino suprimia un impuesto por hogares que habia echado en todos los dominios de Aquitania.

Enrique, pues, entró sin dificultad en Castilla, donde el odio á Pedro habia llegado al mas alto punto, tomó á Toledo, peleó con su hermano el 14 de marzo en las llanuras de Montiel, y le obligó á buscar un asilo en la fortaleza de esta villa. Pedro, viéndose sin ejércitos, sin aliados y sin víveres, procura escaparse con su escudero una noche por la poterna: un puesto avanzado del ejército enemigo los detiene. El escudeio escapó, merced á la veloci-

dad de su caballo: pero el rey quedó prisionero, sin mas recurso que el de suplicar con muchas promesas al comandante, que era francés, que le diese escape.

El francés se lo promete y le lleva á su tienda: pero apenas se habia entregado al descanso, se presenta Enrique, y le llena de insultos y amenazas. Pedro arremete á él, y como era membrudo, le derriba sobre una cama y saca la daga para matarle: pero un caballero, que allí se hallaba (algunos dicen que el mismo Duguesclin), los trueca, y Enrique aprovechándose de la ventaja, mata á puñaladas á su hermano y rey. Así pereció en la flor de su edad este infeliz príncipe. El aborrecimiento que se le tenia, era tan grande y general, que apenas hicieron alto los castellanos, tan leales siempre á sus reyes, del horrendo fratricidió, á que debió Enrique la corona.

Voltaire, queriendo exagerar, si es posible, la atrocidad del matador, procura disculpar al muerto del crimen de tiranía. Las razones de que se vale, no son las mas convincentes: porque hasta ahora á lo menos, se ha mirado siempre en España como una horrible calumnia el trato adúltero que Pedro suponia entre su esposa Blanca y el infeliz maestre de Santiago. Lo que puede decirse á favor de este monarca, es que acaso los historiadores, escribiendo bajo el imperio de su hermano y de su descendencia, han exagerado la crueldad de Pedro: crueldad, por otra parte, con-

forme á las costumbres feroces del siglo. Y quizá se haya dado ese nombre odioso á la severidad excesiva, pero necesaria, de que usó frecuentemente para contener la insolencia de los grandes, acostumbrados á despreciar á los reyes, cuando no los temian.

Guerra entre Francia é Inglaterra (1369). La ruina de don Pedro; los triunfos de Duguesclin, y el buen éxito de los planes políticos del rey de Francia daban al príncipe de Gales ardientes deseos de reparar tantos reveses con alguna victoria señalada: pero el rey su padre no le enviaba fuerzas suficientes para ello, y los señores de Guiena no le concedian subsidio. El descontento de los pueblos de Aquitania le quitó el único recurso en que podia confiar para hacer nuevas conquistas, ó conservar las que ya tenia.

Guiena era entonces una de las provincias mas belicosas de Francia, y Eduardo no lo ignoraba. Habiendo preguntado un dia al señor de Albret cuántos hombres de armas podria juntar, le respondió: «sin desguarnecer mis tierras, puedo daros mil lanzas». Cada lanza suponia cuatro ó cinco soldados. "A fé mia, dijo el príncipe á un oficial inglés que se hallaba presente, que es buen reino aquel en que un solo baron puede ofrecer mil lanzas á su príncipe.»

Pero todas estas fuerzas no solo eran entonces inútiles á Eduardo, sino tambien dañosas: porque los barones no disimulaban sus

disposiciones hostiles contra Inglaterra. El señor de Albret habia reclamado en nombre de todos ellos la proteccion de Francia: pero Cárlos retardó, segun su costumbre, la respuesta para no romper hasta tener seguridad de la victoria. El gran proyecto de reparar el desastre de Poitiers y quitar á los ingleses las ricas provincias de que se habian apoderado, exigia mas habilidad que atrevimiento, y no debia despertar á un enemigo poderoso hasta estar pronto para dar el golpe. La precipitacion lo hubiera echado todo á perder: la tardanza prudente consiguió el triunfo.

Muchos meses se emplearon en preparativos. Duguesclin alistó en el servicio de Cárlos muchas cuadrillas de aventureros alemanes. Los estados generales concedieron al rey subsidio pagado con tanto celo y recibidos con tan buen orden, que casi no los sintió el pueblo. El rey de Inglaterra, envegecido antes de tiempo, y demasiado ciego por su prosperidad pasada para ver las calamidades futuras, no estaba preparado á la lid peligrosa con que le amenazaba Francia. Orgulloso por su poder y sus triunfos, nada recelaba de Cárlos, cuyo genio no se habia manifestado hasta entonces; y á quien vió tantos años sin tesoro, sin fuerzas, y apenas capaz de resistir en su capital á los movimientos sediciosos del populacho.

El príncipe negro, el héroe de Inglaterra, gobernaba todavía la provincia mas rica de Francia, y su padre confiaba en él que sabria

defender lo conquistado. Pero todo se reunió para frustrar las esperanzas de Eduardo y favorecer la política sagaz de Cárlos. El príncipe de Gales fue acometido de una hidropesia, que resistió á todos los esfuerzos del arte. El rey de Francia, habiendo recibido nuevas reclamaciones del señor de Albret, de los condes de Armagnac y Perigord y de otros barones de Aquitania, envió á un caballero á intimar al príncipe de Gales la orden de comparecer ante el parlamento en un dia que le dijo. El príncipe le respondió que se presentaria con fuertes lanzas, como en la jornada de Poitiers. Al mismo tiempo adormecia Cárlos al rey Eduardo con proposiciones pacíficas, quejándose blandamente de que infringia el tratado de Bretigny, en el cual decia que se le habia cedido el territorio, mas no el supremo dominio de Guiena. Eduardo respondió que las cláusulas de la paz le aseguraban la soberanía de aquella provincia. En fin Cárlos, dejando disimulos ya inútiles, declaró nulo el tratado de Bretigny, con el pretesto de que los ingleses tenian guarniciones en plazas que debieron evacuar, y declaró guerra á Eduardo III, porque se negaba á cumplir con respecto á Francia las obligaciones del vasallage. Casi en el momento de esta declaracion empezaron las hostilidades: Chatillon y san Pol, generales de Cárlos, favorecidos por las inteligencias que tenian en el Ponthieu, tomaron á Abbeville y otras plazas: los barones rebelados de Guiena,

derrotaron al senescal del Rovergue, caudillo inglés: el duque de Berry se escapó de su prision de Inglaterra y entró con tropas en Aquitanía por dos puntos diferentes: y el príncipe de Gales estaba gravemente enfermo, y le abandonaron los aventureros españoles. Sin embargo la nacion inglesa, que veía comprometido su orgullo en sostener el tratado de Bretigny, que llamaba *la gran paz*, se preparó á la guerra con ardor. El conde de Cambridge, hijo del rey, y el conde de Pembroke llevaron al príncipe Negro 500 lanzas y 1000 ballesteros: á los cuales se juntaron otros 2000 españoles y 4000 aventureros que devengaban sueldo de los ingleses en Normandía.

El rey de Francia, mas propio para el pensamiento que para la accion, dirigió la guerra desde su gabinete, y supo inspirar á todas las clases de la nacion el amor al bien público, y á la gloria del reino mancillada por los desastres anteriores. El clero contribuyó en gran parte á sus triunfos: y el arzobispo de Tolosa le ganó él solo la ciudad de Cahors y 50 castillos. Eduardo no fue tan feliz en los pueblos que poseia en Francia: y aunque prometió disminuir las contribuciones y conservar los privilegios, la opinion comun estaba de parte de Cárlos. A la verdad sus tropas consiguieron algunas ventajas al principio: un cuerpo inglés invadió el Borbones, y tomó el castillo de Belle Peche, defendido por la duquesa viuda de Borbon, madre de la reina

de Francia: los condes de Cambridge y de Pembroke, hicieron incursiones en el Berry y en el Limosin, y se apoderaron de san Severo: pero estos triunfos fueron mas que compensados por la pérdida del famoso capitan Chandos, que murió en un combate cerca del puente de Sansac. Los ingleses le honraron con demostraciones de profundo dolor: y sus enemigos mismos dieron testimonio de su virtud derramando lágrimas en su sepulcro.

Aunque habian comenzado las hostilidades, Eduardo envió á París uno de los señores de su corte para quejarse del rompimiento de la paz y proponer medios de conciliacion. Cárlos convocó el parlamento, y le exortó á deliberar sobre aquel mensage. El parlamento se decidió por la guerra, y los señores, obispos y magistrados que lo componian, ofrecieron al rey sus personas y bienes. Tambien ordenó enviar copia de su resolucion á las ciudades de Aquitanía, al papa, al emperador y á otros príncipes soberanos. Cárlos hizo en el parlamento una habla, llena de protestaciones de confianza en sus vasallos. Sin embargo, durante su reinado, solo juntó dos veces los estados generales. La primera fue en 4 de mayo de 1369 para oir las quejas de los barones de Guiena contra su duque el príncipe de Gales, aunque Mably cree que esta asamblea fue solo una reunion del parlamento, con que empezaba á suplirse la reunion de estados desagradables al rey desde el tiempo de su regencia,

A pesar de todo, Cárlos temia á la nobleza mas que al pueblo: y con diversos pretestos mandó desmantelar muchos castillos, al mismo tiempo que concedia feudos á algunos burgueses de París. No volvió á alterar la moneda, providencia aborrecible y ya inútil á la real hacienda: sino echó muchas contribuciones diferentes, que el pueblo pagó sin disgusto, porque la guerra era defensiva y nacional.

La prenda que mas distinguió á este rey fue la prudencia en los nombramientos. Al emprender la nueva guerra contra los ingleses, dió la espada de condestable al valiente Duguesclin, designado ya por los sufragios de Francia entera. Su entrada en París fue casi un triunfo. Le salió á recibir un camarero del rey, y casi todo el pueblo gritando *Noel* (buenas pascuas); aclamacion reservada hasta entonces á los monarcas. Cárlos le dijo en presencia de toda la corte: "la opinion de todos os celebra como el mayor capitan de Francia: y yo os doy la espada de condestable como el mas digno de llevarla." Beltran se escusó modestamente: pero el rey insistió, y él obedeció como vasallo fiel, y justificó con nuevas hazañas la confianza del monarca. Ademas de los ejércitos reales de Francia é Inglaterra, devastaban entonces el reino las tropas de los barones que tenian entre sí guerras privadas.

Combate de Baeswilder: campaña de Guiena (1370). Cárlos V, á pesar de su circunspeccion, proyectó un desembarco en Inglatera: y

á este efecto juntó tropas en Harfleur, y les dió por general á su hermano Felipe el atrevido: pero al mismo tiempo desembarcó en Calés con ejército numeroso el duque de Lancaster, hijo tercero de Eduardo, é invadió el norte de Francia: y fue preciso que el duque de Borgoña le saliese al opósito. Acampóse en Tournehem, entre Gines y Ardres, en una posicion ventajosa. Parecia inevitable la batalla; pero Cárlos V, volviendo á su sistema de contemporizacion, prohibió á su hermano pelear. Felipe obedeció á pesar suyo, y se retiró. Los ingleses, atribuyéndolo á miedo, decian, que el príncipe no debia llamarse Felipe *el atrevido*, sino Felipe *vuélvete.*

El ejército de Lancaster, no hallando víveres en el pais que habia talado, atravesó el Ponthieu y entró en Normandía. En el camino venció é hizo prisionero á Hugo de Chatillon, maestre de los ballesteros, que tenia muy pocas tropas. Al mismo tiempo los duques de Gueldres y de Juliers, que militaban al sueldo de Inglaterra, enviaron al rey de Francia un cartel de desafío. Salieron contra ellos el duque de Brabante y el conde de san Pol, los encontraron junto á Baeswilder entre el Rin y el Mosa, y los derrotaron. El de Juliers murió en la accion: el de Gueldres quedó prisionero, hizo paces con el rey y debió la libertad á la mediacion de su hermano el emperador Cárlos IV.

La asamblea de estados concedió para los

gastos de la guerra un sueldo por libra en la sal, 4 libras por cada hogar en las ciudades, 30 sueldos por cada casa de campo; un tredécimo en la venta de vino por mayor y un cuarto por menor. Este tributo se fijó en París á 13 sueldos por cada barrica de vino del pais; y 24 del de Borgoña.

Este mismo año construyó Hugo Aubriot, preboste de París, las torres de la Bastilla cerca de la puerta de san Antonio: y se celebró con grandes fiestas el nacimiento del delfin Cárlos; cuya demencia causó despues á Francia tantas calamidades. Fueron sus padrinos en el bautismo el señor de Montmorency y la reina viuda Juana de Evreux. La venida á París del duque de Charence, segundo hijo de Eduardo, prolongó las magníficas fiestas que se dieron en la corte.

Al año siguiente nacieron Juan, hijo del duque de Borgoña, que despues sucedió á su padre, y Luis, hijo de Cárlos V, el que en lo sucesivo fue duque de Orleans: príncipes, que por su odio recíproco asolaron el reino, y le entregaron al yugo de un monarca británico.

En un consejo de guerra, que se celebró en París presidido por el rey, y á que asistieron sus hermanos, se resolvió que el duque de Anjou entraria en Guiena por Tolosa, se reuniria despues con el duque de Berry en el Limosin, y sitiarian á Limoges, donde el príncipe de Gales habia concentrado sus fuerzas: Duguesclin se apoderó de Moissac, Tonneins,

Aiguillon y otras fortalezas del Garona. El príncipe Negro, sabedor de la marcha de los enemigos, salió de Limoges: y el obispo de esta ciudad, adicto en secreto al rey de Francia, sublevó los vecinos, sorprendió la guarnicion inglesa, y recibió á los franceses en la plaza.

El duque de Lancaster llevó sus tropas á Guiena, y otro ejército inglés de 35000 hombres, mandado por Roberto Knolls, invadió á Picardía: y como no encontró mas resistencia, sino las plazas fuertes, taló el Vermandois, la Champaña y la Brie, entregó á las llamas los pueblos cercanos á París, y como dice un historiador, resonaron en el Louvre sus cajas y trompetas y los cantos de victoria de sus soldados. Todos se quejaban al rey de tantos estragos, y pedian á gritos la batalla: pero Cárlos, firme en su plan de guerra, les respondia: «dejad pasar á los ingleses; ellos se desgastarán por sí mismos.»

Duguesclin, á quien el rey habia llamado á París, estaba mas impaciente que los demas: le era forzoso obedecer, y por otra parte, solo se le habia dado un pequeño número de tropas, bastante para incomodar al enemigo, mas no para presentarle batalla. Pero resuelto á dar mas estension al plan del rey, vendió sus diamantes y la rica bajilla que habia ganado en España, pagó hombres de armas que aumentaron su corto ejército, marchó contra los ingleses que ocupaban el centro del reino, dis-

persó en el Maine una de sus divisiones, cogió separadas las demas y las derrotó de manera que Knolls hubo de buscar en la fuga su salvacion. La celeridad del infatigable Duguesclin era tanta que en todas partes caía sobre los ingleses cuando le juzgaban mas lejano. Echólos en poco tiempo de Poitou, Turena, Anjou, Limosin y Rovergue. El rey le dió el condado de Longueville: pero en este héroe la ilustracion de las hazañas se anticipó á la de los títulos.

Aunque no habia guerra con el rey de Navarra, este príncipe daba en secreto socorros á Eduardo y le prometia entregarle las plazas que estaban aun por él en Normandía. Cárlos V, deseando aquietar á este pariente pérfido, envió á su corte al condestable Duguesclin, que siendo tan hábil estadista como capitan invencible, le persuadió que se sometiera al rey y le pidiera una entrevista, que rompiese con el inglés, y se contentase con recibir en indemnizacion el señorío de Mompeller, cuya posesion definitiva logró. La entrevista se verificó en Vernon, y durante ella se arrojó el navarro muchas veces á los pies del rey. Esta sumision aparente no fue mas que el preliminar de nuevas traiciones: pero al menos perdió Eduardo por entonces la cooperacion de un aliado poderoso.

Sitio de Limoges (1371). Al mismo tiempo falleció David Bruce, rey de Escocia é hijo de Roberto Bruce, aliado de Francia y ene-

migo peligroso de Inglaterra: y nombró por sucesor á Roberto Estuardo su sobrino, cuya familia poseyó el cetro hasta el siglo XVII, y fue tan célebre por su duracion como por sus infortunios. Roberto concluyó con el inglés una tregua de 13 años, y Eduardo, desembarazado de esta guerra en la misma isla, pudo reforzar su ejército de Guiena, muy debilitado entonces.

El príncipe de Galès, á pesar de su enfermedad incurable que ya le impedia montar á caballo, reunió sus tropas en Cognac, entró en el Limosin, y puso sitio á Limoges, que aunque fuerte, no pudo resistir á los minadores, llamados entoncese *hurones*, que derribaron gran parte de la muralla, y la plaza fue tomada por asalto. El príncipe Negro, contra su generosidad ordinaria, mandó degollar á 4000 de los sitiados, enfurecido por la defeccion última de los habitantes. Froissard dice, hablando de esta carnicería: «no hubo corazon tan duro ni tan olvidado de Dios, que no llorase al ver degollar mas de 3000 personas, entre ellas muchos viejos, mugeres y niños.» La toma de Limoges fue la última espedicion de este príncipe, hasta entonces heróico. Incapaz ya de atender á la milicia, se volvió á Inglaterra, donde murió de consuncion tres años despues. La fortuna de los ingleses en Francia desapareció con él, y los barones franceses, que aun se le conservaban fieles, se pasaron, apenas se embarcó, á las banderas de Cárlos V. El

duque de Lancaster abandonó la Guiena donde ya no podia sostenerse. Despues pasó á Portugal y allí casó con una hija de Pedro el cruel que le trajo en dote el título ilusorio de rey de castilla. El conde de Cambridge su hermano, casó con otra hija del mismo monarca: pero sus esfuerzos fueron inútiles contra Enrique de Trastamara, que poseia el afecto del pueblo.

Batalla naval de la Rochela (1372). Enrique, agradecido á Cárlos V, y deseando pagarle los beneficios que le debia, sabiendo que el conde de Pembroke acometía con numerosa escuadra las costas de Francia, envió la suya contra él. Constaba de 40 navíos bien armados de cañones. Encontráronse las dos escuadras á la entrada del canal de la Rochela, y se dieron una batalla que duró dos dias, y que fue tan decisiva como sangrienta.

Todos los buques ingleses fueron apresados ó echados á pique por los españoles, sin que los de la Rochela les diesen socorro. Pembroke y los prisioneros de su nacion fueron encadenados y enviados á España. Este golpe fue mortal para el partido inglés en Francia. Duguesclin, despues de haber auxiliado al duque de Berry á recobrar á Benou y á tomar á san Severo, se apoderó de Poitiers. Eduardo, viendo que Cárlos V, sin salir de París, le quitaba todos sus dominios, esclamó: «ningun rey ha batallado menos ni me ha dado mas que hacer."

El rey de Castilla, ademas de su escuadra, envió al rey un cuerpo de tropa que sitiaron á Souvise, ciudad puesta en la embocadura del Charente y bloqueada por la escuadra española victoriosa. El captal de Buch, comandante del ejército inglés en aquellos parages, acudió al socorro de la plaza y acometió impetuosamente á los castellanos, que lograron rodearle por el flanco, le desbarataron, y le hicieron prisionero. Cárlos V, que estaba irritado contra él, no quiso admitirlo á rescate. Encerróle en la fortaleza del Temple, donde murió cuatro años despues. Los rocheleses, que llevaban muy á mal la dominacion de Eduardo, disimulaban la alegria que los causaba el triunfo de los españoles, amedrentados de la guarnicion inglesa que ocupaba la plaza: pero el corregidor de la Rochela los libertó con un ardid. El comandante inglés no sabia leer. Convidóle, pues, á comer, y le mostró una carta, escrita y firmada por Eduardo, en la cual leyó una orden fingida de este rey para que pasase revista á la guarnicion del castillo y á la milicia urbana. El crédulo comandante, para obedecer el mandato de su rey, salió con las tropas fuera de las murallas; y apenas se alejó lo suficiente, una emboscada puesta en las casas cercanas á la ciudad, cortó el camino á los ingleses y les impidió entrar en la plaza. Los vecinos, adictos á Cárlos V, pero celosos de su independencia, demolieron la ciudadela y no admitieron las tropas del rey, hasta que

se les aseguraron los privilegios y franquicias y la amnistía por haber dirruido el castillo. El condestable les tomó juramento de fidelidad, y acabó de conquistar el Poitou y el Saintonge. Sin embargo, Saintes, Angulema, san Juan de Angely, Touars, Blayes y otras plazas capitularon no rendirse hasta el dia de san Miguel, y solo en el caso de no ser socorridas. Eduardo se embarcó con un ejército en una escuadra de 400 bajeles para socorrerlas: pero los vientos contrarios le obligaron á volver al puerto, el término de las capitulaciones espiró, y aquellas ciudades se rindieron.

Cuando la guerra estaba ya para concluirse, Juan de Montfort, duque de Bretaña, y yerno del rey de Inglaterra, disgustado con los triunfos de Francia y con la gloria adquirida por Clisson, su antiguo enemigo, llamó tropas inglesas á sus estados y les entregó muchas plazas: por lo cual tomaron las armas contra él muchos barones bretones, que solicitaron el apoyo de Cárlos. Este les envió al condestable y al duque de Borbon con un cuerpo numeroso de tropas, que vencieron en acciones parciales las de Montfort, y le hicieron huir á Inglaterra. Duguesclin se apoderó de todas las fortalezas del duque, excepto de Brest, salvada por la aparicion repentina de una armada inglesa que mandaba el conde de Salisbury, enviado contra una escuadra castellana, cuyo comandante era Iban de Gales, caudillo de los antiguos bretones de este principado, á cuyo pa-

dre habia quitado Eduardo la corona y la vida.

Nueva invasion de los ingleses (1373). El rey de Inglaterra hizo el último esfuerzo, y envió á Francia al duque de Lancaster con un ejército de 30000 hombres, que desembarcaron en Calés, entraron en Picardía, y recorrieron la Champaña el Forez, la Auvernia y el Limosin, sin hallar en ninguna parte ocasion de pelear, ni medios de subsistencia ni oportunidad para apoderarse de las plazas fuertes; de allí pasaron á Guiena muy disminuidos con la fatiga de las marchas. Las escaramuzas, las enfermedades y la desercion acabaron de consumir aquel brillante ejército.

La Francia, ademas de los males de esta invasion, padeció una hambre cruel, y una enfermedad desconocida hasta entonces, llamada *la calentura de los ardientes*. Los Síntomas eran hinchazon en los costados, y despues en todo el cuerpo, y delirio, durante el cual corrian desnudos por el campo dando gritos y vueltas con increible rapidez hasta que caian sin aliento. Se les creia poseidos, y así se les administraban los exorcismos de la iglesia.

Tregua entre Inglaterra y Francia (1375). El santo padre, aprovechándose del espanto que tan grandes calamidades causaban á entrambos monarcas, les persuadió que entablasen negociaciones. Reuniéronse los plenipotenciarios en Brújas, y despues de muchas altercaciones se concluyeron treguas por un año, que debia empezarse á contar desde 1.º de mayo

de 1375. Como la Bretaña no se comprendió en este tratado, Lancaster, reunido con Montfort, entró en esta provincia y recobraron muchas plazas. Clisson, Rohan, Beaumanoir y otros muchos barones del ducado pelearon contra ellos: pero fatigados unos y otros de una guerra, en que ninguna accion era decisiva, hicieron tambien treguas.

Cárlos V sentia debilitarse sus fuerzas por una enfermedad incurable de consuncion. Como entonces su hijo mayor era de muy corta edad, temió los peligros á que su fallecimiento dejaria espuesto el reino. Las pretensiones opuestas de los hermanos del rey parecian difíciles de conciliar; y le causaba gran recelo la ambicion del duque de Anjou, que no ocultaba sus esperanzas ni sus designios. Muchas veces se le habia oido citar ejemplos de la historia de Francia para probar que la nacion tenia derecho de elegir por monarca al príncipe de la dinastía real mas capaz de pelear y de gobernarla. Así Cárlos despues de haber luchado toda su vida para conservar su reino y recobrar las provincias conquistadas por los ingleses, tenia al fin de ella, que defender á su hijo y heredero contra las conspiraciones de su propia familia.

Convocó, pues, los pares, príncipes, grandes, prelados, muchas personas distinguidas y los doctores de la universidad; y despues de consultados, promulgó una ordenanza que declaraba á los herederos del trono, mayores y

capaces de ser consagrados y de recibir el juramento de fidelidad de sus súbditos á la edad de 14 años. Con esta ordenanza publicó otra en que se mandaba, que muerto el rey Cárlos, se confiase la regencia del reino y la custodia y tutela del príncipe á la reina madre, si vivia, dándole por adjuntos á los duques de Borgoña y de Borbon, asistidos de un consejo de 40 personas.

Prolongacion de la tregua. (1376) Estas dos ordenanzas se archivaron en el parlamento el 21 de mayo de 1376. La reina tutora, los príncipes y los individuos del consejo de regencia prestaron juramento en sesion plena de cumplir fielmente la comision importante que se les encargaba. Como iba á espirar el término de la tregua, los legados del pontífice que estaban con los embajadores ingleses y franceses en Brújas, consiguieron que se prorogase el armisticio por un año.

Vuelta de la corte Pontificia á Roma. (1377) En este tiempo la Italia estaba perturbada por las guerras contínuas de algunos hombres poderosos, que tiranizando sus ciudades, se hicieron dueños de las pequeñas repúblicas en que estaba dividido aquel pais, y lo llenaron de confusion, latrocinios y horrores. El papa Gregorio XI, para remediar tantos males, resolvió transferir la silla pontificia de Aviñon á Roma, de la cual ciudad habian estado ausentes los papas 72 años. El rey de Francia á quien importaba mucho la ve-

ciudad de la santa sede, hizo grandes esfuerzos para disuadir á Gregorio de su propósito: pero la elocuencia del célebre Petrarca y las amonestaciones de santa Catalina de Sena, y de santa Brígida de Suecia, que florecian entonces en virtud, y eran respetadas en toda la Iglesia como lumbreras del estado monástico, afirmaron al pontífice en su determinacion, y entró en Roma en 17 de enero de 1377. La autoridad de santa Catalina era tanta que la república de Florencia la nombró medianera en una desavenencia que tuvo con la corte de Roma.

El mismo año falleció el príncipe de Gales, que para consolar á su nacion solo dejaba un hijo de corta edad, llamado Ricardo. Su padre el rey de Inglaterra, consumido de su ardiente actividad para los negocios y los placeres, no tardó en seguirle al sepulcro, el 21 de junio de 1377, cuando estaba ya dispuesto á hacer la paz con Francia renunciando á las condiciones principales del tratado de Bretigny. Sucedióle su nieto Ricardo II, que á la sazon tenia el título de duque de Burdeos. Cuando Cárlos supo la muerte de su enemigo, dijo: «ha reinado con nobleza y vigor, y deja gran nombradía entre los valerosos."

Mas no por eso perdió la ocasion que se le presentaba favorable: y apénas espiró la tregua, puso en campaña cinco ejércitos, el primero en Artoix, el segundo en el centro de Francia, el tercero en Guiena, el cuarto en

Bretaña, y el quinto en reserva para acudir donde fuese necesario. Los comandantes fueron los duques de Borgoña, Berry y Anjou, Oliveros de Clisson y el condestable Duguesclin. Todos pelearon con tanta felicidad que los ingleses no conservaron mas plazas en el reino que Calés, Burdeos, Bayona y Cherbourg, vendida á Eduardo por el rey de Navarra, que violando segun su costumbre sus últimas promesas, trataba entonces de entregar á los ingleses sus posesiones de Normandía con tal que le cediesen en trueque la Aquitania.

Al mismo tiempo aprovechándose del deseo que tenia su hijo Cárlos de visitar la corte de Francia, le dió por compañeros para el viaje á su camarero Larue, á su secretario Dutertre y algunos asesinos, disfrazados con el título de capitanes para que diesen muerte al rey en la primera ocasion oportuna. Los malvados, tan imprudentes como deseosos de consumar el crímen, fueron descubiertos: al jóven príncipe se le puso en prision, donde estuvo cinco años, Larué y Dutertre, convictos y confesos, sufrieron el último suplicio, y á los capitanes no se dió libertad, hasta que las plazas de Normandía, cuyo gobierno estaba á su cargo, cayeron en poder de los franceses; mas no pudieron tomar á Cherbourgo por la ostinada resistencia de la guarnicion inglesa. El duque de Anjou fue mas venturoso en Guiena: despues de haberse apoderado

de Bergerac, ciudad del Perigord, venció á los ingleses y Gascones reunidos junto á Aymer, y los echó del país situado entre el Dordoña y el Garona.

Gran cisma de Occidente. (1378) Cárlos IV, emperador de Alemania, deseoso de asegurar la corona á su hijo Venceslao, vino á París á solicitar para ello la alianza del monarca francés que por su prudencia y su fortuna era el mas respetado de los príncipes de Europa. Cárlos V le recibió con todos los honores debidos á tan alto personage: pero evitando en todas las ceremonias cuanto pudiese favorecer las pretensiones de soberanía que afectaban los emperadores sobre los demas reyes: y sin embargo aceptó para su hijo el delfin el título de vicario irrevocable del imperio que le dió su augusto huesped: tanto prestigio tenia aun el nombre de emperador romano.

Habiendo muerto en Roma el papa Gregorio XI el 27 de marzo de 1378, los principales habitantes de aquella ciudad representaron á los cardenales reunidos en cónclave, cuán necesario era nombrar un papa italiano, para evitar que la silla pontificia saliese otra vez de la capital del mundo, esponiéndola á frecuentes sediciones como habia sucedido mientras los papas habian estado en Aviñon. Los cardenales, según el abad Fleury, respondieron que en conciencia no podian excluir del pontificado á ninguna de las naciones cristia-

nas: pero el pueblo clamaba enfurecido á las puertas: *lo queremos romano.*

Los cárdenales amedrentados, despues de haber escluido por dictámen del cardenal de Limoges, cuatro candidatos romanos, eligieron á Bartolomé, arzobispo de Bari, natural de Nápoles, que fue exaltado en la iglesia de san Pedro con el nombre de Urbano VI, y empezó á ejercer su autoridad sin reclamacion alguna á los principios: pero habiendo declarado que intervendria eficazmente en la guerra entre Cárlos V y Ricardo II, y manifestado en los negocios de Nápoles mucho afecto á Cárlos de Durazo, mal visto de los cardenales del partido francés, estos salieron de Roma, se reunieron en Anagni, juntaron tropas, declararon que la anterior eleccion habia sido nula por falta de libertád en los votos, y eligieron sumo pontífice á Roberto, hijo de Amadeo, conde de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII. Francia le reconoció con sus aliados Castilla, Escocia, Lorena, Saboya y la reina Juana de Nápoles: Inglaterra, por oposicion á Francia, Italia, Alemania, Ungría y los reinos del norte siguieron á Urbano VI. Ambos pontífices se escomulgaron recíprocamente, como tambien á sus secuaces: se pasó de las censuras á las armas, y las primeras hostilidades fueron en el reino de Nápoles, donde Cárlos de Durazo, favorecido del papa Urbano, venció é hizo prisionera á Juana y la mandó matar. Urbano designó por sucesor

de Cárlos en aquel reino á Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia.

Así la translacion de la santa sede á Aviñon y el gran cisma de Occidente, que fue su consecuencia, debilitaron en gran manera el poder temporal de los papas, y su autoridad política sobre los demas estados de la cristiandad. Está gran soberanía descaeció, como todas, por la division. Poco antes habia propagado en Inglaterra sus doctrinas heréticas Wiclef, no solo enemigo de la autoridad temporal de la Iglesia, sino tambien de la espiritual; negaba la necesidad de la confesion y la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Su secta fue condenada y proscrita: pero un estudiante de Oxford, nacido en Boemia, la propagó en este reino, donde fueron sus gefes Juan Hus y Gerónimo de Praga, condenados mas tarde en el concilio de Constancia y entregados á las llamas. Tales fueron los primeros síntomas de oposicion á la autoridad espiritual, que dos siglos mas despues separaron de la comunion romana gran parte de Europa.

Nueva guerra en Bretaña (1379). Clemente, habiendo tomado á su sueldo 1000 aventureros bretones, escaló una noche el castillo de Santangelo y se apoderó de Roma. Pero un capitan inglés, llamado Hancut, comandante de una cuadrilla de *Tardíos*, entró al servicio de Urbano, venció á los bretones, hizo prisionero á su comandante, y obligó á Cle-

mente á salir de Italia y refugiarse en Aviñon. El emperador Cárlos IV falleció cuando comenzaba esta guerra, y le sucedió su hijo Venceslao.

En Francia los triunfos de las armas del rey habian obligado á Montfort, duque de Bretaña, yerno y aliado de Eduardo, á buscar asilo en Inglaterra. Cárlos V le citó al parlamento de París para que diese cuenta de su conducta: y Montfort, en vez de obedecer, pasó á Flandes con el intento de atraer á su partido al señor de este país. Sucedió que un caballero francés que iba á Escocia con instrucciones secretas del rey, hizo su viaje por Flandes, y el conde á instigacion de Montfort le mandó prender contra el derecho de gentes.

Esta injuria excitó y llevó al mas alto grado el enojo del rey. Presentóse en su parlamento, acusó él mismo á Montfort, el fiscal continuó enumerando todos los delitos del duque de Bretaña, señaladamente el de haber mandado echar al Loira un clérigo, que le llevaba cartas de comparecencia de parte del rey. El parlamento declaró á Montfort culpable de felonía, confiscó el ducado de Bretaña y demas tierras que el duque tenia del rey de Francia. Esta sentencia desagradó á los pares, y muchos de ellos exigieron que se insertase en el acta una declaracion, de que no era la intencion del rey violar los privilegios de su clase, ni arrogarse sobre ella algun nuevo derecho. En Bretaña todos los partidos, incluso el de

Cárlos de Blois, protestaron contra la sentencia, y declararon que pelearian en favor del rey, mas no le entregarian el país. Cárlos exigió que se le entregasen las plazas de Bretaña para defenderlas contra los ingleses. El señor de Laval respondió que los bretones no necesitaban de guarniciones estrangeras. Los demas señores desobedecieron, animados con su ejemplo. «No perdamos, les decia, lo que nos ha costado tanta sangre. Es mejor un duque que un rey: porque el duque ruega, y el rey manda.

Cárlos, viendo que la guerra era inevitable, reunió un ejército: pero enagenó los ánimos de los bretones, cargándolos de tributos pesadísimos. Montfort desembarcó en Bretaña con tropas inglesas, y todos sus vasallos, á excepcion de Duguesclin y Clisson, abandonaron el estandarte real. Beaumanoir, capitan del duque de Bretaña, tomó la ofensiva y penetró en Normandía. El duque de Anjou no pudo hacerle resistencia, porque su ejército se desbandó, é hizo con ellos, por mediacion de Duguesclin y de la condesa de Penthievre, una tregua que el rey desaprobó.

Las crónicas de Bretaña dicen que Cárlos, excitado por las sugestiones de su ministro Lariviere, dijo, con motivo de este tratado, cosas muy pesadas á Duguesclin: que éste picado le devolvió la espada de condestable: que el rey le dió satisfaccion, y que Duguesclin no se desenojó, y aun declaró que queria irse á España. Pero ni Froissard ni la crónica gran-

de, ni ningun acto auténtico hablan de este suceso: al contrario consta por documentos que aquel año se pagaron á Duguesclin los sueldos y obvenciones acostumbrados de condestable. Puede asegurarse sin embargo que con motivo de la guerra de Bretaña se entivió su amistad con el rey, y presentó su dimision: mas no fue aceptada. Consta que saliendo de la corte para perseguir algunas partidas inglesas que infestaban el reino todavía, suplicó al rey que no le enviase nunca á pelear contra su patria Bretaña, y que hiciese paces con los bretones.

La guerra continuó algun tiempo sin resultados decisivos. Los estados del ducado pidieron la paz: pero el rey no quiso otorgarla todavía. En este intermedio perdió Francia á su héroe Duguesclin, que falleció el 13 de junio de 1380, de una calentura, cuando tenia puesto sitio á Randan, castillo situado entre Mende y el Puy, donde se habia encerrado una cuadrilla inglesa.

El nombre de este guerrero era tan respetado aun de sus enemigos, que los ingleses faltos de víveres, y obligados á capitular, no quisieron rendirse sino á él, y pusieron las llaves del castillo sobre su ataud. Enguerrando de Coucy, gran soldado, pero hombre modesto, rehusó la espada de condestable, vacante por muerte de Duguesclin, y el rey la ofreció á Oliveros de Clisson, su émulo en valentía, pero no en virtudes; porque era tan feroz, que

se le dió el renombre de *carnicero.* Cuando se rindió la fortaleza de Benou al ejército francés que mandaba Oliveros, este rompió la cabeza con su hacha á los 15 primeros soldados de la guarnicion rendida que descendia del castillo, diciendo: "hago juramento de tratar del mismo modo á todos los ingleses que caigan en mis manos."

Era entonces comun el contraste de las costumbres bárbaras del siglo con la urbanidad que se aprendia en las cortes y palacios, cuyo lujo y ceremonial era una mezcla tambien de los usos de los francos y visigodos con las producciones de la naciente industria. Segun las crónicas, los pajes tenian de noche las luces en la mano, porque aun no eran conocidos candeleros ni arañas: y sin embargo era celebrada la magnificencia de muchos señores, señaladamente la del conde de Foix, no menos feroz por otra parte que Oliveros de Clisson. Cuéntase que teniendo convidado en su casa al gobernador de Lourdes, le mandó entregarle esta plaza: el gobernador se negó á ello, porque habia jurado al rey de Inglaterra conservarla y mantenerla en su devocion. Gaston enfurecido sacó su puñal y se lo clavó en el pecho: El infeliz caballero le dijo, estando ya cercano á la muerte: "esa accion es ruin, porque me habeis convidado á vuestra casa y me dais muerte."

El mismo príncipe de Gáles fue cruel en Limoges, y ya hemos contado las maldades de

Cárlos de Navarra, y las violencias con que empezó su reinado Juan II. Pues á pesar de tanta ferocidad en los ánimos, se profesaba el mayor respeto al pundonor caballeresco en los combates, en los torneos, y en las demas fiestas. Una de las mas célebres de esta época, es, *el voto del faisan*, que consistia en lo siguiente.

Despues de un convite suntuoso se servia á los caballeros un faisan, adornado de todas sus plumas: y cada uno, recibiendo una parte del ave, pronunciaba el voto que debia cumplir. En uno de estos banquetes, celebrado en el palacio del duque de Borgoña, se presentó un sarraceno tan alto como un gigante, seguido de una elefanta que traia sobre sí una torre en la cual habia una dama, vestida de blanco y llorosa, que representaba la religion, y que lamentó patéticamente los males que sufria por los infieles. Luego entró un rey de armas trayendo un faisan adornado con un collar riquísimo. Todos los caballeros se arrodillaron, é hizo cada cual un voto, prometiendo, unos no dormir en cama, otros abstenerse de carne y vino, otros no desnudarse de sus armas hasta cumplir lo ofrecido. Entonces bajó de la torre la dama blanca, seguida de otras doce que representaban la fé, la caridad, la justicia, la razon, la prudencia, la templanza, la fortaleza, la valentía, la generosidad, la esperanza, la diligencia y la verdad. Al son de una música suave empezó entre las damas y

caballeros el *bayle*: esto es, una danza variada, y en parte imitativa, acompañada del canto: y así se terminó la fiesta del voto del faisan.

Pero en este tiempo habia ya decaido mucho la orden de caballería, primero á causa de haberse prodigado la insignia de *la estrella* hásta á los bufones y menestrales, y en segundo lugar por haber permitido á los caballeros hacer la guerra de aventura, lo que introdujo entre ellos tanta indisciplina y licencia, que no hacian mas que huir de los ballesteros ingleses y fueron la verdadera causa de los desastres de Crecy y Monpertuis. En fin, la invencion de la pólvora, haciendo temibles á los infantes, destruyó poco á poco el prestigio de la caballería.

Pero entre todos los caballeros de la edad media sobresalió Duguesclin como modelo de valor y lealtad. El huérfano, los pobres y los desvalidos tenián en él su defensor: las damas le amaban aunque era feo: los reyes disputaban tenerle en su ejército: sus émulos reconocian su superioridad: sus enemigos honraban sus virtudes aun despues de muerto: en fin, el pueblo, conciso y justo en sus elogios, le llamó *el buen condestable*. En su testamento mandó que se le enterrase en Dinan, ciudad de Bretaña, en un convento de dominicos: pero el rey quiso que se le diese sepultura en san Dionis, á los pies de la tumba destinada para él mismo. Honraron sus exequias los príncipes de la sangre vestidos de luto y todo

el pueblo sollozando: y se gravó en su tumba un sencillo epitafio, cuyo sentido es este.

"Aquí yace el noble varon
Señor Beltran Duguesclin,
Conde de Longueville,
Y condestable de Francia,
Que falleció en el castillo nuevo
De Randan en Gevaudan,
Senescalía de Beaucaire,
De edad de 66 años, 13 de julio de 1380."

Duguesclin, cercano ya á la muerte, rogó á sus capitanes que no olvidasen lo que tantas veces les habia repetido; y era que en cualquier pais que hiciesen la guerra, no mirasen como enemigos á las mugeres ni á los niños.

Aun no se habian terminado las turbulencias de Bretaña, cuando se rebelaron los flamencos, siempre alborotados, contra su conde. Al mismo tiempo el duque de Anjou se apoderó de la plaza de Mompeller, que aunque cedida á Cárlos de Navarra, debia volver á la corona por la falsedad de este príncipe: pero el duque enojado de la resistencia que le habian opuesto los habitantes, los trató con tanta dureza y crueldad que se rebelaron, le sitiaron en su palacio, y mataron á su canciller y al gobernador de la plaza. La intervencion del papa restableció la paz entre el duque y los de Mompeller. Pero Cárlos V, llevando á mal

la violencia de su hermano, le quitó aquel gobierno y lo dió al conde de Foix.

La salud del rey empeoraba: una fuente que le habian abierto en el brazo, se secó y este síntoma anunció su próxima muerte. Entonces confirmó la ley que habia hecho para la sucesion de la corona: pero como habia muerto poco antes su esposa Juana, confió el gobierno del reino y la tutela de su hijo á los duques de Anjou, de Borgoña y de Borbon y á un consejo de regencia. Cercano ya á la muerte, les aconsejó que disminuyesen los gravámenes del pueblo, educasen á su hijo en la virtud, y le casasen con la hija de algun príncipe germánico, cuya alianza fuese útil contra Inglaterra.

Cárlos V murió en el castillo de Beaute del Marne, cercano á Vincennes, el 6 de septiembre de 1380, á los 44 años de edad y 17 de reinado. Se le enterró en san Dionis al lado de su esposa Juana, único objeto de su ternura. Se depositó su corazon en Ruan, porque habia sido duque de Normandía, y sus entrañas en Maubuisson para que una parte de sus restos mortales estuviese cerca del cadáver de su madre. Este gran monarca tuvo dos hijos, Cárlos VI su sucesor y Luis, duque de Orleans, y seis hijas que murieron de corta edad. Cristina de Pisan asegura que Cárlos murió en el dia y hora pronosticados por su padre Tomas de Pisan, célebre astrólogo: y está casualidad aumentó el crédito de su absurda ciencia.

Fueron ministros de este monarca el cardenal Lagrange, obispo de Amiens, Felipe de Meziers, Gerardo de Montaigu, Gontier de Bagneux, Nicolas de Verres, el señor de la Riviere, y Pedro Blanchet, que firmó el famoso edicto de 1374, relativo á la mayor edad de los reyes. Tuvo por cancilleres á Juan y Guillermo de Dormans y á Pedro de Orgemont: por condestables á Desiennes y Duguesclin, y por mariscales á Audenehem, Boucicault, Juan de Neuville, Blainville y Luis de Sancerre. Los ilustres escritores de este siglo fueron Bocacio, Petrarca, Froissard y santa Catalina de Sena. Las musas comenzaban á naturalizarse en Francia á pesar del tumulto de las armas: y se cantaban entonces muchos rondos, pastorales y bailes, que á pesar de su ingenua rusticidad, no carecian de gracia. El rey amaba las letras, y su proteccion inspiraba á los que tenian algun talento para la poesía; porque en Francia han ejercido los monarcas tanta influencia en las costumbres como en las leyes.

La estatura de Cárlos era alta y magestuosa: su mirar, suave y melancólico, indicaba muchas veces la penetracion de su espíritu: su tez morena, alterada frecuentemente por la calentura, manifestaba su constitucion enfermiza; y la hinchazon casi continua de su mano le dejaba inhábil para los ejercicios militares. La fuerza de su carácter luchaba contra la debilidad de su temperamento. Su cuerpo necesitaba de re-

poso, y su alma no podia sufrir la ociosidad.

Levantábase á las seis de la mañana, oia misa, recibia memoriales y asistia al consejo. A las 10 comia con mucha sobriedad y bebia muy poco vino. Su principal diversion era oir música durante la comida. A las dos daba audiencia á los estranjeros, y distribuia gracias y empleos. Dormia una hora, y luego se paseaba en sus jardines con algunos amigos. Volvia á su gabinete, donde recibia á la reina que le traia sus hijos. Algunas veces mandaba á llamar á los comerciantes estranjeros, y se informaba cuidadosamente de las noticias de su pais y de los progresos de su industria. En su reinado se trajo de Alemania á Francia el primer relox. Hablaba facilmente en latin, presidia con frecuencia el parlamento y las asambleas de pares y prelados; y era tenido por el orador mas elocuente de su siglo. Debió su prosperidad á la prudencia de sus nombramientos. "Es mejor, decia, confiar los empleos de importancia á un hombre pobre, honrado y virtuoso, que á un ambicioso imprudente, rico y desarreglado.»

A pesar de su dulzura habitual, sabia ser severo cuando llegaba la ocasion. Informado de que un oficial de su corte, á quien queria mucho, habia violado la hija de una pobre muger de san German, en cuya casa vivia, le hizo venir á su presencia, le hizo confesar su delito ante el consejo y le entregó á los tribunales. Fue ahorcado de un árbol en el mismo

bosque del pueblo. Segun la costumbre del siglo, tenia dos locos en su corte: y se veia el mausoléo de uno de ellos en la iglesia de san Mauricio de Senlis. Su estatua tenia toca, cascabeles y demas atributos de la locura.

En una ocasion se ponderaba en presencia de Cárlos V la felicidad de los reyes. «No son dichosos, dijo él, sino porque pueden hacer bien.» Aunque elocuente, no gustaba de largos discursos, y mucho menos de comprometerse con palabras necias. «Es un gran don, decia, el de hablar bien: pero es mas útil todavía saber callarse á propósito.»

Como sus costumbres eran sencillas, habia poco lujo en su corte. Los tapices eran hermosos: pero no habia mas asientos que bancos; y en el cuarto de la reina, sillas de madera, sillones forrados de cuero rojo con franjas de seda clavadas con tachuelas doradas. El coche del rey era un carro con cinco caballos: las princesas salian á caballo ó en litera. Cada hijo del rey tenia para su gasto 12000 libras de renta, que equivalian con corta diferencia á 100000 de la moneda actual, y 40000 en dinero: en todo 360000 libras actuales. La mayor de las princesas recibia cuando se casaba 100000 libras (900000 de hoy), y cada una de las otras 60000 (540000 de hoy). La reina tenia para el gasto de su casa 10000 libras anuales (90000 de hoy).

Cárlos no gustaba de los juglares, ni de los farsantes, cuyas gracias indecentes habian di-

vertido á sus predecesores, y prohibió su profesion con pena de multa y de cárcel. Hubo en su tiempo una secta, cuyos errores eran semejantes á los de los maniqueos: y se dió á los sectarios el nombre de *Turlupines*, porque vivian como lobos en los bosques, entregándose á la mas inmunda disolucion. Llamáronse tambien *begardos* ó *bigardos*. Cárlos permitió el castigo de estos delincuentes al tribunal de la inquisicion, pero bajo la autoridad de los obispos y la inspeccion de los magistrados.

Este príncipe, que habia resucitado la agricultura, librando el reino del yugo de los ingleses y de las cuadrillas de los aventureros, dió proteccion al comercio contra la tiranía de los barones y le comunicó alguna actividad. Habia entonces fábricas de paños y de otras telas en París, Ruan, Amiens, Tournay, Reims, Carcasona, Saint Omer, Chalons, Terouanne, Beauvais y Louviers. En todos estos pueblos formaban gremio los mercaderes, instituido por san Luis: y en la cofradía de pañeros de París, cuando celebraban banquetes, habia un plato reservado para el rey, por si queria asistir. El gremio de mercaderes de la capital creia tener 1800 años de antigüedad, y decian que en tiempo de Tiberio se habia fundado una compañía con el título de *Nautae parisienses*. En el reinado de Cárlos V se llamaban todavía *mercaderes del agua*. El preboste, asistido de los regidores, tenia inspeccion en sus juntas. En la misma época se fun-

dó la casa de ciudad sobre las ruinas de un edificio llamado *casa de los pilares*. Los notarios y secretarios del rey formaban tambien cofradía, y sus estatutos los obligaban á socorrerse unos á otros, y á vestirse con sencillez y decencia, prohibiéndoseles la ropa de dos colores, que llevan hoy en Francia los bedeles, y que era la moda de aquel tiempo.

Cárlos V agregó á su corona, como los demas reyes capetos, algunos dominios, y fueron las islas de Oleron y de Rhé, y muchos castillos y tierras al otro lado del Iser. Fundó tambien varios conventos. El escudo de las armas de Francia habia estado sembrado hasta entonces de flores de lis: Cárlos las redujo á tres. Fue el verdadero fundador de la biblioteca real. Como era notorio su amor á las letras, todos los príncipes y grandes que solicitaban su venevolencia, le regalaron libros que ascendieron á 900, número muy considerable cuando aun no se habia inventado la imprenta. La mayor parte de estos manuscritos eran obras de astrología, medicina y derecho, algunas novelas, é historias y clásicos latinos. La biblioteca se puso en una de las torres del Louvre, que se llamó *torre de la librería*.

Este excelente príncipe se igualó á los que mas han merecido el amor de sus pueblos y la veneracion de la posteridad. Halló á Francia desmembrada, abatida, pobre y aniquilada por las devastaciones de los enemigos y de los aventureros: y la dejó grande, pacífica, glo-

riosa y floreciente. Dejó en arcas 17 millones. Los castillos del Louvre y de Vincennes y otras muchas obras son monumentos de su gusto y esplendidez. Fue tan amado del pueblo, que su nombre no se oyó nunca en las quejas contra los impuestos excesivos, sino el del cardenal de Lagrange, su ministro de hacienda.

Fue preceptor de este rey Nicolás de Oresme, obispo de Lisieux, que supo inspirarle el amor de la justicia, de la verdad y de las letras. Cárlos no creia, como otros estadistas, en la utilidad de la ignorancia comun, madre de todos los errores y crímenes. Como un dia censurasen la venevolencia con que acogia á los literatos, respondió: «nunca es demasiada la honra que se dá á los hombres sabios: y mientras se honre la sabiduría entre nosotros, florecerá mi reino: cuando sea despreciada, él decaerá."

CAPÍTULO ADICIONAL.

Historia de las islas británicas desde la conquista de Inglaterra por los normandos hasta el principio de la dinastía de Tudor.

En el tomo XV de esta obra insertamos en capítulo adicional la historia de Inglaterra desde los tiempos mas remotos de la antigüedad hasta la invasion de los normandos: suceso que causó en Francia una revolucion no menos importante que la que produjo en la isla. Los anglosajones y dinamarqueses cedieron no solo el trono á Guillermo, sino tambien la mayor parte de sus propiedades á los caballeros de Normandía que auxiliaron á su duque en la conquista: y las antiguas libertades de la nacion dominada fueron destruidas por la nueva monarquía aristocrática y rigurosamente feudal, importada por los vencedores. Esta revolucion fue á un mismo tiempo social y política, y dió principio á una nueva era de la nacion inglesa.

Pero francia sufrió tambien alteracion notable en el repartimiento de los poderes. Ya era bastante debil la autoridad de la corona contra los barones poderosos, en los reinados de los primeros capetos, cuando se agregaron á las fuerzas del duque de Normandía, que era uno de estos barones, todos los recursos terrestres y marítimos del trono de Inglaterra.

Guillermo y sus sucesores los emplearon durante muchos siglos contra los reyes de Francia, con varia fortuna, y crearon la terrible rivalidad de estas dos naciones, que ha subsistido aun despues de lanzados enteramente los ingleses de Francia en tiempo de Enrique II.

Sin embargo, como los trances y vicisitudes de esta larga y encarnizada lid se hallan descritos en nuestro testo de la historia de Francia, á la cual pertenecen verdaderamente, no haremos mas que recordarlos en este capítulo adicional, en el cual procuraremos describir con mas individualidad la sucesion de las dinastías normanda, de Blois y Plantagenet, las guerras crueles y civiles entre las casas de Yorck y Lancaster, ramas de la de Plantagenet, la elevacion de la familia de Tudor, y mas que todo, las diferentes fases que presenta la constitucion de Inglaterra en el intervalo de cinco siglos que comprenderá este capítulo.

Dividirémoslo en tres secciones: la primera llegará hasta la introduccion de los diputados del comun en el parlamento en el reinado de Enrique III: primer fermento democrático que recibió la constitucion inglesa.

La segunda comprenderá desde el reinado de Enrique III hasta el de Enrique VI, en el cual empezaron las guerras civiles de las rosas. Este periodo es el del engradecimiento de Inglaterra, conquistas de Gales é Irlanda, sumision de Escocia, reinados brillantes de Eduardo III y Enrique V.

La tercera comprenderá la lamentable historia de las guerras civiles de Yorck y Lancaster, la usurpacion y tiranía de Ricardo III y la exaltacion de Enrique VII, tronco de la dinastía de Tudor.

Procuraremos formar el cuadro variado de tan grandes sucesos, sin que la concision á que nos obliga la ley de nuestra obra, disminuya su interes ni oscurezca los documentos morales y políticos, que son el fruto mas importante de la historia.

SECCION PRIMERA.

Desde la conquista de los normandos hasta el fin del reinado de Enrique III.

Guillermo I, rey de Inglaterra (1066). Cuando Guillermo, duque de Normandía, logró la victoria decisiva de Hastings, en cuya accion murió peleando valerosamente Haraldo, último rey de la dinastía anglosajona, las únicas potencias con quien se hallaba en relacion Inglaterra, eran Escocia, á cuya corona estaba agregado como feudo el condado de Cumberland, y Dinamarca, favorable á la causa del príncipe Edgaro, resto de la familia real británica, ligada con la danesa. Pero la conquista de los normandos ponia á los ingleses por la primera vez en contacto con la Francia, gobernada entonces por el débil Felipe I, rey de nombre solamente: el po-

der verdadero estaba en manos de los grandes barones, entre los cuales era indudablemente el mas poderoso, aun sin la nueva corona que le dió la victoria, el duque de Normandía.

Alemania estaba tambien sometida al régimen feudal: pero el emperador Enrique III por su union con la santa sede supo conservar la superioridad monárquica, que perdió su hijo Enrique IV, desaviniéndose con el papa Gregorio VII acerca de la célebre cuestion de las investiduras. El imperio de Oriente continuaba su larga agonía: y los cristianos de España, afirmados ya en la línea del Duero, se preparaban á ocupar la del Tajo, como lo lograron á fines de este mismo siglo XI con la conquista de Toledo. Tal era la situacion de Europa cuando Guillermo se ciñó la corona de Inglaterra. Nada tenia que temer de Francia sino la envidia impotente de su rey. Escocia, fortísima para defenderse por el valor y ferocidad de sus naturales, no tenia fuerzas para atacar, y la armada de los normandos era muy superior á la de los dinamarqueses.

La única oposicion que halló Guillermo despues de su victoria fue en Romney y en Duvres: los de la primer ciudad rechazaron la escuadra normanda que queria entrar en su puerto: los de la segunda confiaban en la fortaleza de sus murallas. El vencedor saqueó á Romney, tomó á Duvres, y marchó contra Londres, donde no habiendo podido juntar fuerzas suficientes para resistirle, le recibieron

y reconocieron, y fue coronado rey de Inglaterra, sometiéndoseles todos los grandes y señores, incluso el príncipe Edgaro.

Guillermo, dotado de la mas profunda disimulacion, é incapaz de reparar en los medios para lograr su fin, trató con fingida benignidad á los magnates: pero confiscó los bienes de los que habian muerto ó emigrado ó estaban prisioneros en su poder, y los repartió entre sus normandos, á los cuales premió distribuyéndoles los tesoros que encontró en las arcas reales. Dejó á los anglosajones que se sometieron, los gobiernos que tenian en las provincias: pero envió á ellas los diferentes cuerpos de su ejército, cuyos comandantes tenian por consiguiente el poder verdadero. En cuanto á los empleos y cargos del palacio y de la corte, ninguno se dió á hombre nacido en la isla: de modo que el gobierno quedó enteramente en manos de los vencedores, como era de esperar. Al mismo tiempo estableció la misma exacta administracion de justicia que habia puesto en Normandía, y sometió sus tropas á la mas severa disciplina, castigando rigurosamente á los que se atreviesen á maltratar á los naturales del pais.

Pero todas estas precauciones fueron inútiles. Habiendo pasado al año siguiente á Normandía, ó para arreglar los negocios de este ducado, que miraba siempre como su dominio principal, ó para recibir de los suyos la enhorabuena de la victoria, apenas salió de la isla,

empezaron los normandos á irritar á los ingleses con el orgullo y tiranía propios de conquistadores: y las vejaciones produjeron la rebelion, favorecida por los príncipes independientes del pais de Gales. Las hostilidades fueron al principio de poca importancia, y se redugeron á un ataque contra la fortaleza de Dubres, que no surtió efecto. Guillermo volvió inmediatamente á Inglaterra: los conjurados huyeron; sus bienes fueron confiscados, y se restableció sobre toda la nacion inglesa el antiguo y aborrecido impuesto del *danegelt*.

Pero en 1068 la sublevacion tomó mas cuerpo, y solicitó y obtuvo socorros de Malcolmo III, rey de Escocia, y de Suenon II, rey de Dinamarca. Casi á un mismo tiempo estalló en el mediodia y en el norte del reino. La ciudad de Exeter y los condados de Devon y Cornwall tomaron las armas, mientras los condes Eduino y Morcar, poderosos en Nortumbria, juntaron tropas contra los normandos, cuyos destacamentos, cuando no eran muy numerosos, fueron acometidos y degollados. La presencia de Guillermo en ambas partes restableció momentáneamente la paz: y fiel á su máxima de perdonar á los grandes, que eran pocos, y de aniquilar el gran número de los que lo seguian, admitió en su gracia á los condes, dió la paz á Malcolmo, que le rindió homenage por el Cumberland, y confiscó los bienes de todos los anglosajones de aquella faccion para darlos á los normandos.

En fin, al año siguiente los anglosajones, mal sometidos y siempre irritados, hicieron el último esfuerzo para recobrar su independencia. El príncipe Edgaro, á quien Guillermo habia dejado el condado de Oxford, y tratado siempre con distincion, se refugió en Escocia, persuadió á Malcolmo á romper la paz, y volvió con tropas á Nortumbria, donde se le reunieron muchos señores de su nacion. Tres hijos del último rey Haraldo, que estaban refugiados en Irlanda, desembarcaron en la costa de Devon. Los nortumbrios acometieron á Durham, y vencieron y mataron al capitan normando que allí mandaba. Un ejército dinamarqués, mandado por Osberno, hermano del rey Suenon, y por Haraldo y Canuto, hijos de este, desembarcó en el Northumberland. Los galeses, conducidos por Edrico, señor inglés muy poderoso en Mercia, acometieron á Shrewsbury: Herewardo, guerrero valiente de Estanglia, se hizo fuerte en la isla de Ely; los habitantes de Dorset y Somerset tomaron las armas y sitiaron á Exeter: y en fin, los de York se apoderaron de esta ciudad dando muerte á la guarnicion normanda y á su comandante Mallet.

Guillermo con su serenidad ordinaria hizo frente á tan grande tempestad, y la conjuró con su valor y política. Los hijos de Haraldo fueron vencidos por Briao, hijo del conde de Bretaña, y se volvieron á Irlanda. El rey permitió á los dinamarqueses saquear las costas de

Nortumbria á condicion de que se volviesen á su patria, y así lo hicieron. Edrico, Cospatrik, principal caudillo del ejército del príncipe Edgaro, y Waltheof, nuevo gobernador de York, ganados por las promesas de Guillermo, se pasaron á su partido. Malcolmo llegó tarde con su ejército, y no pudo hacer mas que recibir fugitivo segunda vez á Edgaro: de modo que en breve tiempo quedó sometida toda Inglaterra, excepto la isla de Ely, donde se mantuvo Herewardo, favorecido por la fortaleza de su posicion.

Baronías feudales en Inglaterra (1070). Guillermo confiscó los bienes de todos los muertos, prisioneros y fugitivos que produjo esta sedicion. Esto fue confiscar casi todas las tierras de Inglaterra. Entonces realizó el gran proyecto, que antes no habia podido poner en práctica sino parcial é imperfectamente. Dividió el reino en 700 baronías principales, y estas en 60215 de segundo orden, y dándolas á los capitanes normandos que le habian servido en la conquista, los sometió á la gerarquía y á los servicios feudales que eran de costumbre en sus estados de Francia y en casi toda Europa.

Esta aristocracia, formada, no por la usurpacion de los magnates como en Alemania y Francia, sino por la autoridad del rey, aunque era de la misma naturaleza que en los demas paises, no tenia las mismas fuerzas contra la corona. El poder nacional, repartido

en Francia y Alemania entre ocho ó nueve barones casi soberanos, lo estaba en Inglaterra entre 700, incapaz cada uno de mover guerra al rey, y que solo tenian fuerza permaneciendo unidos. De aquí resultó 1.°, que la aristocracia inglesa se mantuvo siempre mas compacta por la necesidad que tenia de su mutua confederacion: 2.° que la prerrogativa de la corona fue mayor que en otros paises: 3.° que el pueblo tuvo intervencion en el poder ántes que en otras naciones, porque la nobleza se vió obligada á unirse con él, siendo insuficiente por sí sola para luchar con el gobierno.

Al mismo tiempo sometió Guillermo el conquistador los obispos y abades al mismo servicio militar y feudal que era comun en Europa, teniendo antes cuidado de que no ascendiesen á estas dignidades los naturales de la isla: porque su máxima costante fue concentrar en manos de los normandos todo poder, autoridad é influjo, de cualquier clase que fuese: bien es verdad que tuvo la política de ligar por medio de matrimonios á la nacion vencedora con la conquistada, y de llevar á Francia en las guerras que se le ofrecieron, tropas inglesas. Estas dos operaciones unieron en medio siglo á los dos pueblos de tal modo, que no quedo otro vestigio de la conquista sino la introduccion del sistema feudal y del idioma francés, que Guillermo mandó enseñar en las escuelas y usar en los actos públicos. Este

príncipe no quiso reconocer la supremacía temporal de la corte de Roma. Pagó á la verdad el *dinero* de san Pedro, limosna con que los anglosajones contribuian á la magnificencia del culto en la capital del mundo cristiano: mas no permitió que se ejecutasen en el reino los decretos del sumo pontífice sin inspeccion y conocimiento suyo.

En 1071 se rindió á Guillermo la isla de Ely, acometida por tierra y mar. El valiente Herewardo se abrió paso espada en mano: el conde Morcar, que se habia refugiado á aquella fortaleza, fue hecho prisionero, y murió poco despues: el conde Duino, que huía á Escocia, fue muerto por un destacamento normando en cuyas manos cayó, y el príncipe Edgaro hubo de someterse, recibiendo algunas tierras con cuyas rentas pudiese vivir.

Rebelion de los barones normandos de Inglaterra (1074). La provincia de Maine en Francia, que habia heredado Guillermo por muerte de su ultimo conde Herberto, se rebeló en 1073, arrojó los magistrados del duque de Normandía, y llamó en su socorro á Foulques, conde de Anjou, que tenia pretensiones sobre dicho condado. Guillermo pasó de la isla al continente, y redujo con facilidad á su obediencia aquella provincia. Pero los barones normandos, que enriquecidos en Inglaterra por la conquista, no tenian tanta autoridad como quisieran bajo un monarca tan firme y animoso, conspiraron contra él, fiados en los auxi-

lios que les prometió la corte de Dinamarca; y en un convite atrageron á su partido á Waltheof, único baron anglo, que gozase el favor de Guillermo, con cuya sobrina Judith estaba casado.

Waltheof, apenas se vió libre de los vapores del vino que se habia prodigado en el banquete, temiendo el peligro á que se esponia, quiso consultarlo todo con su muger, á la cual amaba mucho: pero Judith, que estaba entregada á amores secretos y adúlteros, se aprovechó de esta ocasion para arruinar á su marido, y escribió al rey toda la trama. Waltheof hizo despues lo mismo, aconsejado del arzobispo de Cantorbery, á quien tambien consultó, pero ya estaba prevenido contra él el ánimo de Guillermo. Este príncipe, sosegadas las cosas del Maine, volvió á Inglaterra, donde ya los rebeldes habian sido derrotados por su hermano Odon á quien habia dejado por regente del reino durante su ausencia, y nada tuvo que hacer mas que castigarlos. Waltheof pagó con la cabeza su indecision y la confianza ciega que tenia en su muger, y esta paso lo restante de sus dias en el oprobio y la indigencia.

Radulfo de Guader, uno de los principales conjurados, huyó á Francia, y se encerró en la ciudad de Dol que era suya. Guillermo pasó al continente en 1075, y le sitió en ella: mas no pudo tomarla: porque el rey de Francia y el duque de Bretaña la socorrieron, y

obligaron á Guillermo á hacer la paz, en la cual fue comprendido el rebelde.

Rebelion del príncipe Roberto (1077). Inglaterra estaba tranquila: y el rey hizo mansion algunos años en Normandía, atento á los movimientos de su hijo mayor Roberto, por sobrenombre *muslos cortos*, tan ambicioso y valiente como su padre, pero muy inferior en política. Guillermo, para desarmar la envidia y los recelos de la corte de Francia, habia prometido á Felipe, antes de hacer su grande espedicion á Inglaterra, ceder la Normandía á Roberto, y contentarse con el trono de la isla: y cuando heredó el condado de Maine, dijo á sus habitantes que les daria por conde al mismo Roberto. Hallándose este con años y capacidad suficientes para regir aquellos estados, los pidió á su padre: pero el rey le respondió que "no tenia costumbre de desnudarse hasta la hora de entrar en la cama." Desde entonces empezó la indignacion en Roberto, y en Guillermo la sospecha contra él y la predileccion á sus dos hermanos menores Guillermo y Enrique, mas obedientes y sumisos.

Esta disposicion funesta de los ánimos produjo una guerra civil. Hallándose la corte en Laigle, villa de Normandía, los dos hermanos de Roberto le echaron agua por juego desde una ventana: Roberto enojado sacó la espada contra ellos, alborotó el palacio, y aunque respetó á su padre, que se puso en medio, salió aquella misma tarde para Ruan con el

intento de apoderarse de esta plaza. No pudo conseguirlo: pero se le reunieron muchos caballeros descontentos con los cuales hizo guerra á Guillermo durante dos años. El rey, viendo que se prolongaba la lucha, mandó venir de Inglaterra, donde su poder era mas absoluto que en Normandía, crecido número de tropas, con las cuales arrojó á su hijo del ducado, le persiguió hasta Beauvaisis, y le sitió en el castillo de Gerberoi, donde se habia encerrado. En una de las salidas peleó Roberto con su padre sin conocerse, porque tenian caladas las viseras, le hirió y le derribó del caballo: y como el rey pidiese socorro á los suyos, le conoció en la voz. El remordimiento de haber puesto las manos en el autor de sus dias, le obligó á arrojarse á sus pies y á pedirle perdon. Guillermo le hechó su maldicion, montó en el caballo de Roberto, que este príncipe le presentó, ayudándole á montar, se separó de él, levantó el sitio y volvió con sus tropas á Normandía: pero Roberto no se atrevió á renobar la guerra contra su padre.

Guerra de Escocia (1081). El enojo de Guillermo no fue inflexible. Prendado del valor de su hijo, que habia esperimentado á su costa, y de la sumision y arrepentimiento que mostró despues de aquel combate impío, le volvió á su gracia, y le dió el mando del ejército de Inglaterra contra Malcolmo, rey de Escocia, que habia hecho una irrupcion en las provincias septentrionales del reino. Roberto

correspondió heróicamente á la confianza de su padre: arrojó al escocés de Inglaterra, invadió y taló sus estados, y le obligó á pedir la paz.

La última espedicion militar de Guillermo fue contra Francia. Ademas de las mútuas y frecuentes hostilidades de los franceses y normandos de la frontera, se irritó Guillermo con una burla de Felipe, que sabiendo que el rey de Inglaterra estaba muy grueso y se hallaba en cama de una enfermedad mas larga que peligrosa, dijo: «*¿cuándo acabará de parir nuestro hermano Guillermo?*" Este cuando lo supo, esclamó: "*yo iré á París á oir la misa de parida con tantas luminarias que le pese á Felipe.*" Esta guerra se terminó con la toma de la ciudad de Mantes, que Guillermo conquistó y entregó á las llamas. Poco despues falleció á los 23 años de edad y 21 de reinado, dejando á su hijo mayor Roberto la Normandía y el Maine, á su hijo segundo Guillermo el reino de Inglaterra, y á Enrique, que era el tercero, solamente los bienes de su madre Matilde, ya difunta. Tuvo cinco hijas: una de ellas, llamada Adelaida, casó con Estevan, conde de Blois que tuvo de ella cuatro hijos, Guillermo, Teobaldo, Enrique y Estevan, y otra, llamada Agata; estuvo prometida á don García, rey de Galicia, hijo de don Fernando I de Castilla: pero esta princesa murió en el camino cuando iba á los estados de su esposo para celebrar el casamiento.

Guillermo igualó en valor á los príncipes

mas esforzados de su siglo, y superó á todos en política. Erigió una monarquía que dura hasta hoy en su descendencia. Esto es cuanto puede decirse en su favor. Tenia muchas de las prendas que admiran en un gran rey, y ninguna de las que obligan á amar á un buen príncipe. Invadió el trono de Inglaterra con injusticia: lo sostuvo con dureza inflexible, y no conoció mas principio de moral que la sed de dominacion. Atendido su carácter, debe agradecérsele que no cometiese mas crueldades que las que le parecian útiles.

Guillermo II el rojo, rey de Inglaterra (1087). Apenas hubo hecho testamento Guillermo el conquistador, su hijo elevado al trono de Inglaterra solo por la voluntad de su padre, temiendo el derecho de primogenitura de su hermano Roberto, salió de Normandía, antes de la muerte del rey, pasó con prontitud á Inglaterra, se apoderó del tesoro que estaba en Winchester y de las principales fortalezas del reino suponiendo órdenes fingidas del monarca moribundo, atrajo con dinero y promesas á muchos barones, y con el ausilio de Lanfranc, arzobispo de Cantorbery, su preceptor y amigo, se ciñó la corona sin oposicion, al mismo tiempo que su hermano Roberto, mas indolente que él, era reconocido en Normandía con las formalidades acostumbradas. Pero poco despues los barones normandos de su reino, que tenian tambien posesiones en el ducado, conociendo cuan pernicioso era á sus in-

tereses la separacion de estas dos soberanías que en caso de guerra los privaria de una parte de sus rentas, y teniendo mas cariño á Roberto, cuyo carácter era menos imperioso, se sublevaron contra Guillermo. Esta guerra se apagó casi al momento de emprenderse: porque Roberto, descuidándose en armar su escuadra, no pudo enviar socorro á los rebeldes, impidiéndoselo los buques de su hermano mas diligente que él. Las tropas del rey vencieron á unos señores, su dinero ganó á otros, y la conjuracion quedó deshecha.

Guerra de Normandía (1090). Guillermo, asegurado en el solio de Inglaterra, emprendió quitar á su hermano la Normandía, y desembarcó en esta provincia con su ejército aumentado con las tropas de algunos barones rebeldes á Roberto. Enrique, hermano de entrambos, aunque desavenido entonces con el duque, porque le disputaba la posesion del cotentin que le habia dado por una suma de dinero, se unió sin embargo con él contra la ambicion de Guillermo, tan sinceramente, que mandó prender y despeñó con sus mismas manos de las murallas de Ruan á un vecino rico de esta plaza que habia formado una conjuracion para entregarla al rey de Inglaterra.

Ya estaban los dos ejércitos para darse batalla, cuando los barones de una y otra parte, movidos del amor que produce la comunidad de origen é idioma, se interpusieron entre los dos principes, y por su mediacion se hizo la

paz cediendo el duque á su hermano Guillermo las plazas de Eu, Aumale, Fecamp y algunas otras.

Enrique, despechado porque en este convenio no se estipuló nada á favor suyo, se retiró con sus partidarios al monte de san Miguel, castillo situado en la costa de Normandía, y allí se hizo fuerte. Sitiáronle sus dos hermanos, y llegó á haber en la fortaleza suma escasez de agua: por lo cual Roberto, en quien la ambicion no sofocaba nunca los sentimientos de la naturaleza, permitió á Enrique proveerse de agua en su cuartel, y le envió algunos toneles de vino. Como Guillermo, incapaz de generosidad, le reprendiese esta accion, Roberto le dijo: «¿y he de dejar morir de sed á mi hermano? ¿si le perdemos donde hallaremos otro?" En este sitio sucedió, que reconociendo Guillermo un dia la fortaleza armado de todas armas, pero solo, le acometieron dos enemigos, y le derribaron del caballo: uno de ellos levantó la espada para matarle, y el rey gritó: «*detente, pícaro: que soy el rey de Inglaterra.*" El soldado se detuvo, le levantó del suelo, le ayudó á subir á caballo; y Guillermo le recompensó con magnificencia, y le admitió á su servicio poco despues cuando se rindió la plaza. Enrique huyó de Normandía, y vagó pobre é infeliz por los paises estrangeros.

Guillermo II adquiere la Normandía y el Maine. (1096). Las guerras contra Escocia y los galeses, ó mas bien, las irrupciones de

estos en el territorio inglés, eran frecuentes. En 1091 mandó Roberto las tropas de su hermano contra el rey Malcolmo, y le echó del país. Dos años despues volvió el escocés, y fue vencido y muerto junto á Alnwik por el conde de Mowbray. Sucedióle en el trono de Escocia su hermano Donaldo, aunque le quedaron hijos legítimos. Duncan, hijo natural de Malcolmo, destronó á su tio y usurpó tambien la corona.

Roberto de Normandía fue uno de los héroes que siguieron á Godofre de Bullon en la primer cruzada: y no teniendo dinero para armar el contingente de tropas que quería llevar á esta espedicion, cedió á Guillermo su ducado y el condado de Maine por la suma de 10000 marcos de plata, y salió para el Asia con magnífica comitiva.

Al año siguiente envió Guillermo á Escocia al príncipe anglosajon Edgaro con un cuerpo de tropas para restituir la corona de aquel país al príncipe legítimo, que era Edgaro, hijo de Malcolmo y de Margarita, hermana del anglosajon. Esta espedicion tuvo feliz éxito. En 1098 desembarcó Magno, rey de Noruega, en la isla de Anglesey; pero fue rechazado: siendo esta la última empresa de los pueblos escandinavos contra Inglaterra.

Dos años despues falleció Guillermo el rojo. Estaba cazando con Gualtero Tyrrel en un bosque; salió un ciervo acosado de los monteros, y Tyrrel le lanzó su dardo, que re-

pelido de un árbol, vino á atravesar el pecho del rey de parte á parte, y le dejó allí muerto. Tyrrel atemorizado huye, sin decir á nadie lo que habia sucedido, se embarca para Francia y se reune con una tropa de cruzados que marchaban á Jerusalen. Los monteros hallaron el cadáver de Guillermo, y le llevaron á Winchester, donde fue enterrado sin pompa alguna. Este príncipe murió, sin dejar sucesion, á los 40 años de edad y 13 de reinado.

Fue generalmente aborrecido, porque tuvo los mismos vicios que su padre, y ninguna de sus grandes cualidades á excepcion del valor. Manifestó en materia de religion una incredulidad desconocida en aquel siglo, y dejaba vacantes las prelaturas para gozar de sus rentas, lo que dió motivo á grandes contestaciones entre él y san Anselmo, arzobispo de Cantorbery y sucesor de Lanfranc. Trató á los anglosajones tan mal como su padre, y aumentó el número de bospues reales para divertirse en la caza: lo que era una verdadera calamidad, que privaba de subsistencia á innumerables familias. Los castigos que ejerció contra los rebeldes que tuvo que domar, fueron cruelísimos, y parecian venganzas.

Enrique I, rey de Inglaterra (1100). De los hermanos del rey Guillermo, Roberto estaba en Italia de vuelta de la conquista de Jerusalen, entretenido en los amores de Sivila, princesa de Conversana, y Enrique se hallaba en la corte de Inglaterra y en la misma

cacería en que murió su hermano reconciliado ya con él. Aprovechóse de la ocasion favorable que se le presentaba para suplantar á su hermano mayor ausente, descuidado, y cuya incapacidad para el gobierno era conocida. Enrique era amado de todos los barones normandos por su afabilidad y prudencia, y los mismos infortunios y persecuciones que habia sufrido con entereza y dignidad, contribuian á hacerle recomendable. Se hizo pues, dueño del tesoro real, aumentó con dádivas el número de sus partidarios, y tres dias despues de la muerte de Guillermo II fue coronado rey de Inglaterra por Mauricio, obispo de Lóndres.

Pero convencido Enrique de que su exaltacion al trono era una verdadera usurpacion, deseando afirmarse en él, procuró y consiguió ganar el afecto de sus vasallos, deponiendo al obispo de Durhan, valido del rey difunto, é instrumento de sus violencias, y restituyendo á la sede de Cantorbery á san Anselmo, que estaba en Leon de Francia huyendo las iras de Guillermo II. Mas no contento con esto, concedió una carta, la primera que recibieron del trono los ingleses, y cuyos artículos manifiestan cuales eran los grandes abusos, de que entonces se quejaban los vasallos. Reducíase en sustancia á lo siguiente. El rey no se apoderaría de las rentas de los obispados y abadías en sede vacante, y haría que se reservasen á los sucesores. No daria en arrendamiento ni venderia ningun beneficio eclesiástico. Cuando

muriese un baron, su heredero entraría en posesion del feudo, pagando al erario un reconocimiento moderado, y no las cuantiosas sumas que antes se exigian. El monarca renunciaría á la tutela de los barones en menor edad, y al derecho de casar á las herederas de los feudos sin el consentimiento de todos los barones. No negaria su asenso al esposo que un baron eligiese para su hija, hermana y sobrina, á no ser que esta eleccion recayese en un enemigo del rey. Dejaria á los barones la libertad de testar y legar sus bienes muebles é inmuebles: y cuando muriesen *ab intestato*, serían estos bienes entregados á sus legítimos herederos. El rey no exigiria ningun derecho sobre las monedas, ni impondria contribuciones arbitrarias sobre las tierras que los barones cultivasen por sí mismos. La carta concluia prometiendo moderar las multas, concediendo amnistía general, perdonando los tributos atrasados, y restituyendo su vigor á las leyes de san Eduardo. Enrique mandó depositar ejemplares de esta carta en muchas abadías: pero de estos ejemplares no pudo hallarse mas que uno un siglo despues: tanto cuidado puso el mismo Enrique en que se perdiese la memoria de esta concesion, que como se vé, era puramente civil y no tenia carácter alguno político.

En fin, para dar algun consuelo á los anglosajones, oprimidos siempre, siempre escluidos de los empleos y gobierno público, elevó al trono la descendiente de sus antiguos re-

yes, tomando por esposa á Matilde, sobrina del príncipe Edgaro, é hija de su hermana Margarita y de Malcolmo, rey de Escocia. Y si bien todas estas precauciones no pudieron impedir que algunos barones se le rebelasen, consiguió por lo menos tener á su favor la mayor parte de ellos y el pueblo, que respetaba el saber y las virtudes de san Anselmo.

Roberto llegó á Normandía un mes despues que Enrique subió al trono y se hizo dueño del ducado sin dificultad: juntó un ejército contra su hermano, y desembarcó en Portsmouth, llamado por algunos barones que le prometieron unirse á él. Pero Enrique habia tenido tiempo para hacerse amar de las tropas, y le salió al encuentro. Estuvieron algunos dias á la vista uno de otro, y por mediacion de san Anselmo se hizo la paz, renunciando Roberto á la corona de Inglaterra, mediante una pension anual de 3000 marcos, y se concedió amnistía en la isla y en Normandía á los barones adherentes á entrambos partidos.

Batalla de Tenchebray: conquista de Normandía por Enrique (1106). Enrique, aunque no tan imperioso y violento como su hermano Guillermo, habia recibido de su padre el don de la disimulacion política, y la ambicion insaciable que fue hereditaria en su familia. Apenas vió afirmada en sus sienes la corona, olvidó todas sus promesas: ni una sola vez fue observada la carta que tantas esperanzas dió en los principios de su reinado, si bien transi-

gió con el papa Pascual sobre la cuestion de las investiduras de los feudos eclesiásticos, no atreviéndose á ofender directamente las inmunidades de la iglesia: persiguió, contra la fé jurada, á todos los barones que habian estado á favor de Roberto en la pasada desavenencia: pero su gobierno, en las cosas que no interesaban al poder, fue generalmente mas justo y moderado que el de su hermano. Enrique era como su padre Guillermo el conquistador, activo, guerrero valeroso, hábil político, y tenia sentimientos humanos en todas las materias que no tocasen á la ambicion.

Roberto se quejó en vano á Enrique de la persecucion de sus antiguos adictos, y aun hizo un viaje á Inglaterra para obligar al rey á cumplir con mas fidelidad el tratado: pero su hermano le declaró, que si quería salir de la isla libremente, era forzoso que renunciase á la pension que se le habia asignado, y se vió obligado á hacerlo. Los barones de Normandía, siempre deseosos de vivir bajo el mismo príncipe que los ingleses, prefiriendo el gobierno firme y regular de Enrique á la indolencia de Roberto, incitaron al rey de Inglaterra á pasar al ducado, Enrique previno su espedicion, desembarcó en el continente en 1105, tomó á Bayeux, despues de un ostinado sitio, entró en Caen, aclamado por los habitantes, pero fue rechazado de Falaise.

En la campaña siguiente cercó la fortaleza de Tenchebray, y Roberto acudió á defen-

derla, acompañado del conde de Montagne y de Roberto de Belesme, barones normandos de Inglaterra, que perseguidos por Enrique buscaron asilo en Normandía. Travóse la batalla, y el duque peleó con tanto valor, que ya iban cejando los ingleses: pero Roberto de Belesme, no se sabe por qué razon, huyó con las tropas que mandaba, el ejército normando se desordenó, y la victoria de Enrique fue tan completa, que solo el número de prisioneros que hizo, ascendió á 10000, entre ellos su mismo hermano Roberto, á quien mandó encerrar en la ciudadela de Cardif, que está en el condado de Clamorgan. Allí falleció este infeliz príncipe despues de 28 años de prision. La victoria de Tenchebray puso en poder de Enrique la plaza de Falaise, la persona de Guillermo, hijo único de Roberto, que á la sazon tenia 6 años y estaba en aquel castillo, y toda la Normondía, donde fue reconocido duque sin oposicion.

Principios de la guerra de Francia (1110). Enrique confió la custodia y educacion de su sobrino Guillermo, á Elías de san Saen, baron normando, cuya providad era generalmente conocida. Su objeto en darle este ayo fue libertarse de las hablillas del vulgo, si por casualidad enfermaba ó moria el príncipe niño. Pero queriéndole tener en su poder, cuando hubo establecido sólidamente su autoridad, Elías, sospechando, quizá no sin razon, que querian quitarle el niño para privarle de

la libertad ó de la vida, huyó con él á la corte de Fulques, conde de Anjou, donde fué muy bien recibido. Cuando llegó á juvenil edad, corrió varios paises de Europa, y en todas partes inspiró el interés debido á sus excelentes cualidades y á su infortunio.

Reinaba entonces en Francia Luis VI, por sobrenombre el Gordo, que fue el primero de los reyes capetos, que dió vigor á la autoridad real, y aumento considerable al poder del cetro. Siendo el rey de Inglaterra el mas temible de sus varones como duque de Normandía, dirigió su política á separar estos dos estados, y favoreció las pretensiones del príncipe Guillermo, que ademas eran legítimas. Así empezó la guerra entre Luis y Enrique: guerra que duro muchos años, interrumpida solo por pequeñas treguas, pero que en el reinado de estos dos príncipes no produjo resultado alguno decisivo.

Al principio ausilió el conde de Anjou al rey de Francia en la empresa de colocar á Guillermo en el trono de Normandía: pero el hábil Enrique consiguió separar al conde de aquella alianza, y atraerle á la suya, dando por esposa á su hijo, llamado tambien Guillermo, una de las hijas de Foulques. Al mismo tiempo casó Matilde, hija del rey de Inglaterra, con Enrique V, emperador de Alemania.

Muerte de Guillermo, príncipe de Inglaterra (1120). Enrique en medio de la prospe-

ridad de su reinado, tuvo una desgracia doméstica, que envenenó los restantes dias de su vida. Habiendo llegado su hijo Guillermo á la edad de 18 años, temiendo el rey, por la facilidad conque habia usurpado la corona, que una revolucion semejante la quitase al príncipe, tomó la precaucion de hacer que los barones de Inglaterra le reconociesen por sucesor, y pasó con él al continente para que los de Normandía le prestasen el mismo homenage. Concluida esta solemnidad se volvieron á Inglaterra en la mima escuadra que los habia traido. El buque del rey dió primero la vela: pero habiéndose detenido algo el del príncipe, su tripulacion aprovechó el tiempo en embriagarse; y cuando salieron al mar, calientes con el vino, el capitan y los marineros, forzando de velas para alcanzar al rey, dieron en la punta de un escollo y estrellaron el navío. El príncipe saltó en una lancha, donde pudo salvarse; pero oyendo los gritos de la condesa de Perche, su hermana natural, que quedaba en el buque, mandó á los marineros volver á él: y fue tanta la gente que cargó en la lancha, que se sumergió con todos. Perecieron en este naufragio el príncipe, su hermana, 140 jóvenes de las primeras casas de Inglaterra, y toda la tripulacion y pasageros, excepto un carnicero de Ruan, que asido á una tabla fue socorrido por un barco de pescadores.

La muerte de este príncipe, que no dejó sucesion, rompió los lazos que unian á Enri-

que con el conde de Anjou, el cual volvió á la alianza del rey de Francia, y de Guillermo el hijo de Roberto: pero el rey de Inglaterra halló medio para formar otros nuevos que neutralizasen tan poderoso enemigo. Enrique V, Emperador de Alemania, habia fallecido sin hijos: y su viuda Matilde, hija del monarca inglés, volvió á la corte de su padre, que le dió en matrimonio á Godofre, por sobrenombre Plantagenet, hijo mayor del conde de Anjou, haciéndola reconocer por su sucerora á los barones de Inglaterra y á los estados de Normandía.

El temor que causaban á Enrique las pretensiones de su sobrino Guillermo, cesó con la muerte de este sin sucesion, acaecida en 1128, cuando ya era dueño de los estados de Flandes que le pertenecian como heredero de Matilde, esposa de Guillermo el conquistador. Siete años despues falleció el mismo Enrique en san Dionis-le-Froment, pueblo de Normandía, de un hartazgo de lampreas, pescado á que era muy aficionado, y que siempre le habia hecho daño

En este príncipe se estinguió la dinastía normanda, tan célebre por haber creado y conservado la monarquía inglesa, como por los talentos militares y políticos, y los vicios de injusticia, tiranía y ambicion de los tres príncipes que la compusieron. Escepto á Guillermo el rojo, á ninguno se puede culpar de haber cometido mas violencias de las que parecian

necesarias para sostenerse. Tal es el cruel destino de los usurpadores: sino cometen otras muchas maldades, les es preciso renunciar al fruto de la primera que la ambicion les obligó á cometer.

Esteban de Blois rey de Inglaterra (1135). Adelaida, hija de Guillermo el conquistador, y esposa de Estevan, conde de Blois, tuvo cuatro hijos; Guillermo, que vivió en un estado constante de imbecilidad, Teobaldo, que sucedió en el condado de Blois, Enrique, que siguió la carrera de la iglesia, y Estevan. Enrique I de Inglaterra, llamó á estos dos príncipes á la isla, y favoreció su elevacion, creyendo dar apoyo á su familia con la grandeza de sus sobrinos: y así Enrique llegó á ser obispo de Winchester, sede muy importante; porque entonces era esta ciudad la residencia de la corte, y Estevan fue uno de los barones mas poderosos de Inglaterra, tanto por su casamiento con la heredera del condado de Boloña en Francia, como por los bienes confiscados en la isla á los barones rebeldes en tiempo de la invasion de Roberto; bienes que le dió el rey su tio. Mientras vivió este monarca, manifestó grande afecto á él y á sus hijos; y cuando los barones del reino juraron fidelidad á Matilde, como heredera de Enrique, disputó con Roberto, conde de Glocester é hijo natural del rey, el honor de prestar primero el juramento. Al mismo tiempo que se mostraba agradecido á su tio y bienhechor, era querido de los

grandes por su generosidad, afable con el pueblo y benigno con los anglosajones que formaban aun la clase oprimida.

Pero apenas falleció Enrique I, pasó Estevan á la isla con la intencion de apoderarse del trono. Duvres y Cantorbery le cerraron las puertas: pasó á Londres, y el pueblo, que le era muy afecto, le saludó como á rey. El obispo de Winchester su hermano atrajo el clero á su partido, y el arzobispo de Cantorbery consagró á Estevan; muy pocos barones asistieron á esta ceremonia: pero ninguno se opuso á ella.

El nuevo rey, sintiendo vacilar su trono, concedió una carta, en que renovaba las promesas mal cumplidas de su antecesor. Ofreció al clero no dejar vacantes las prelacías y no apoderarse de las rentas eclesiásticas en tiempo de la vacante: á la nobleza, respetar su derecho de caza en sus parques: y al pueblo, suprimir el tributo del danegelt y poner en vigor las leyes de san Eduardo. Apoderóse del tesoro que su antecesor habia dejado en Winchester, y que ascendia á 100000 libras esterlinas: con este dinero ganó á muchos grandes, y formó un cuerpo de tropas, compuesto de aventureros de Bretaña y Flandes, que le sostuviesen en la lid que previa próxima.

Entretanto apenas se podian sostener en Normandía Matilde y su esposo Godofre de Anjou. Los varones del ducado aborrecian á los angevinos, como á pueblo fronterizo con el

cual tenian guerras frecuentes: y cuando supieron que Estevan era rey de Inglaterra, nombraron duque á Eustaquio, su hijo mayor, que fue reconocido por Luis VII, rey de Francia y sucesor de Luis el Gordo. Matilde se vió obligada á hacer treguas por dos años, con tal que Estevan le pagase una pension de 5000 libras esterlinas en cada uno. La heredera de Enrique I apenas poseia algunos castillos del ducado, y su ambicioso primo habia forzado la suerte, con la celeridad de su usurpacion, á serle favorable.

Mas no tardó la injusticia en producir sus frutos. El conde de Glocester, cuyo homenage era mas importante al rey, por ser hermano de Matilde, no lo prestó sino á condicion que Estevan observaria todas las promesas de su carta. Los señores eclesiásticos y civiles imitaron este ejemplo, y todos juraron condicionalmente fidelidad al rey. Muchos pidieron permiso para fortificar sus castillos: y el gobierno, débil, porque era ilegítimo, hubo de consentirlo. No tardaron en verse en Inglaterra todos los desórdenes de la anarquía feudal, comprimidos hasta entonces por el carácter firme de los tres reyes normandos: guerras privadas, opresion del pueblo inerme, asolacion de las provincias, y rebeldía de los barones al rey, cuando este quiso reprimir los alborotos.

Guerra de Escocia: batalla del Estandarte (1138). El conde de Glocester, cuando vió á Estevan dispuesto á someter los barones rebel-

des, clamó que violaba su carta, se rebeló y pasó al continente á reunirse con su hermana Matilde. David, rey de Escocia y hermano de la madre de Matilde, con el pretesto de defender los derechos de su sobrina, invadió á Inglaterra y taló la provincia de York con tanta crueldad y barbarie, que los mismos barones del Northumberland, favorables á dicha princesa, juntaron un ejército, se encontraron con el escoces en North Allerton, y le dieron la famosa batalla del estandarte, llamada así del crucifijo que los ingleses llevaban en un carro como bandera. Los escoceses fueron completamente derrotados, y David y su hijo se escaparon con suma dificultad á Escocia.

Batalla de Lincoln: prision de Estevan: Matilde reina (1140). Estevan, despues de la victoria de North Allerton, se dedicó, aunque infelizmente, á reprimir el desorden de las guerras: y como los castillos fortificados de los señores eran el refugio y alimento de estas guerras, procuró destruirlos, empezando por los de los eclesiásticos, cuyo estado, decia, es contrario á los ejercicios militares. El decreto, que para ello dió, le privó del apoyo que la naturaleza le habia dado. Su hermano Enrique, obispo de Winchester, que tan ambicioso como Estevan, proyectaba usurpar la supremacía eclesiástica en la isla, se separó de su partido, y ofreció su poder é influjo, con otros muchos obispos y barones, á la emperatriz Matilde.

Esta princesa, creyendo la ocasion propicia, desembarcó con su hermano el conde de Glocester y otros 140 caballeros en la costa del Kent, ocupó á Arundel, de donde pasó á Bristol, y despues á Glocester; allí se le reunió un gran número de barones con sus tropas. El conde de Chester, que era uno de ellos, sorprendió el castillo de Lincoln; los habitantes de esta ciudad, afectos á Estevan, le llamaron en su socorro, y acudió con un ejército y puso sitio á la fortaleza. Roberto de Glocester marchó con sus tropas en defensa de los sitiados. Dióse una sangrienta batalla de poder á poder, en que las dos alas del ejército de Estevan fueron desbaratadas, y rodeado el centro donde él peleaba con heróico valor: mas no pudo escusar caer en manos de los enemigo.

Preso Estevan, quedó muy abatida su faccion, y muchos barones de ella pasaron á las banderas de Matilde. Esta princesa fue á Winchester, donde el obispo Enrique no consintió en darle la corona, hasta que hubo prometido confiarle la administracion y gobierno del reino, en presencia del conde de Glocester y de otros señores. Matilde fue proclamada en un sínodo de prelados, al cual no asistieron los barones, sino solamente los diputados de Londres que en aquel tiempo tenian ya la misma autoridad que los magnates, por el gran número de milicias que podia poner en campaña aquel nobilisimo emporio.

Libertad de Estevan: continuacion de la guerra civil (1142). Al mismo tiempo que Matilde se coronaba reina de Inglaterra, su marido Godofre se apoderó de Normandía y del condado de Boloña. Ensoberbecida con tanta prosperidad, dió riendas á su carácter imperioso, hereditario en la familia normanda, y enagenó los ánimos, sin poderlos reprimir, porque carecia de las fuerzas que su padre y abuelo habian tenido á su disposicion. La esposa de Estevan, llamada tambien Matilde, solicitó la libertad de su marido que se obligaba, en precio de ella, á renunciar á la corona y entrar en un monasterio. Enrique de Winchester pidió que se diesen á Eustaquio, hijo de Estevan, el condado de Boloña y los bienes patrimoniales de su familia. Los ciudadanos de Londres presentaron un memorial pidiendo el restablecimiento de las leyes de san Eduardo. Todo lo rehusó Matilde, sin tomarse el trabajo de encubrir la dureza de la repulsa con palabras benignas.

El obispo de Winchester, ofendido de la decadencia de su influjo, se aprovechó del descontento general, producido por la condicion altanera de la reina, para fomentar en Londres, donde se hallaba la corte, una conjuracion tan temible, que Matilde y su hermano apenas tuvieron tiempo para escapar á Winchester. El audaz prelado, reuniendo sus amigos, las tropas loudinenses y los

aventureros de Estevan que aun se conservaban en algunos castillos, sitió á la reina en esta ciudad. Matilde, viendo que la plaza no podria resistir largo tiempo, huyó secretamente con su hermano Roberto de Glocester. Ella logró escapar: pero Roberto cayó en poder de los enemigos.

Este conde era por su valor y prudencia el alma de su partido: y así no tuvo dificultad en canjearle con el rey Estevan. Hallándose ya las dos facciones con sus caudillos al frente, la guerra civil se encendió mas activa que antes: pero el rey llevaba siempre lo mejor, aunque fue vencido por Roberto en Wilton, despues que se apoderó de Oxford, ciudad y fortaleza de gran importancia en aquel siglo.

La guerra duró once años sin resultado decisivo. Una gran parte de Inglaterra obedecia á Matilde; las ciudades principales y mas ricas á Estevan. Entretanto llegó á la edad de diez y seis años Enrique, hijo de Matilde y Godofre, príncipe de grandes esperanzas. Deseando ser armado caballero por David, rey de Escocia, tio de su madre, atraveso gran parte de la isla, dejando á los naturales aficionados á su presencia generosa y á su brio, recibió el órden de caballería, hizo algunas incursiones en los condados que obedecian á su rival, animó los de su partido, y volvio á Normandía. La muerte de su padre le hizo señor de los condados de Anjou y

Maine; y el divorcio de Luis el jóven, rey de Francia, del ducado de Guiena. Habia casado Luis con Leonor, heredera de esta opulenta y estensa baronía; pero ofendido de su conducta licenciosa, se divorció de ella con pretesto de que eran parientes, y su conciencia delicada no le permitió retener los grandes estados que le trajo en dote. Enrique Plantagenet, menos escrupuloso, casó con ella á las seis semanas de divorciada: y llegó á tener en Francia solo un señorío mas estenso que el del mismo rey.

Espedicion de Enrique Plantagenet á Inglaterra (1153). Con este aumento de fuerzas resolvió dar en Inglaterra un golpe decisivo. Ya la fama de su poder y de sus heróicas prendas se habia estendido por toda la isla de modo que era casi nula la autoridad de Estevan. Conocióse bien esto en la osadía con que el arzobispo de Cantorbery se negó á obedecerle, cuando el rey le mandó consagrar á su hijo Eustaquio por sucesor del reino.

Enrique desembarcó sin dificultad, arrojó á Estevan de las cercanías de Malmesbury, y llegó hasta Valingford donde el rey habia concentrado todas sus fuerzas. Allí en vez de darse una sangrienta batalla, que todos temian, se celebro un tratado, cuyas condiciones se arreglaron con mas facilidad de la que se creía, por haber fallecido á la sazon el Príncipe Eustaquio. Estipulose, pues, que

cada uno conservase la parte que poseía del reino, y Estevan el título de rey, administrándose en su nombre la justicia aun en las provincias de Enrique: que éste sería jurado heredero de la corona, y la poseería apenas falleciese Estevan, y que á Guillermo, hijo segundo del rey, se daría el condado de Boloña y demas bienes patrimoniales de su familia.

Estevan falleció al año siguiente: príncipe activo, generoso, intrépido, y á quien solo faltó la legitimidad para ser buen monarca. Su ambicion hizo infelices á sus vasallos y á él mismo: en su reinado se aumentó mas de lo justo el poder y la autoridad de los barones y prelados, y recibió la potencia regia un golpe de que no volvió á convalecer. Estevan fue el único rey de su dinastía, y dejó el trono desembarazado á la familia de los Plantagenetos, que lo ocuparon mas de cuatro siglos.

Enrique II, rey de Inglaterra (1154). Enrique II empuñó con mano vigorosa el cetro de Inglaterra: y anunció desde sus primeros pasos que iba á suceder á la licencia y anarquía del reinado anterior la justicia y el orden. Despidió las tropas mercenarias traidas por Estevan á la isla, mandó destruir los castillos de los barones que tanta osadía les daban para rebelarse contra la autoridad, y revocó las donaciones, hechas por su antecesor, y aun por su madre Ma-

tilde, que prodigaron los dominios de la corona para adquirir amigos durante la guerra civil.

Adquisicion de Bretaña (1158). Compuestas las cosas de Inglaterra, pasó al continente á hacer guerra á su hermano menor Godofre que le disputaba los condados de Maine y Anjou: apenas se presentó, se le sometieron los pueblos de estos paises; y Godofre, contento con una pension anual de 1,000 libras esterlinas, pasó á tomar posesion del pais de Nantes, cuya nobleza, descontenta de su príncipe Hoel, le arrojó de aquel condado, y llamó y reconoció al hermano del rey de Inglaterra. Godofre murió sin sucesion poco tiempo despues, y Enrique, como heredero suyo, reclamó aquel pais.

Conan, duque de Bretaña, alegaba que los nanteses eran rebeldes suyos, y que la ciudad y el territorio le pertenecian: y Luis VII, rey de Francia, celoso del engrandecimiento de su vasallo Enrique, que ya era mucho mas poderoso que él, se disponia á impedir esta nueva adquisicion. Pero el rey de Inglaterra, que era el político mas hábil de su siglo, pasó á la corte del monarca francés á tratar el casamiento de su hijo mayor el príncipe Enrique con Margarita, princesa de Francia: y pariente ya del que antes se manifestaba su adversario, casó á Godofre, su tercer hijo, con la hija única y heredera de Conan. Los dos esposos eran niños todavía: y

así cuando siete años despues murió el duque, con el pretesto de la tutela, agregó la Bretaña á sus vastos estados. Este pais era feudo dependiente de Normandía desde los tiempos de Rolon, primer duque de los normandos.

En 1159 pasó Enrique á Guiena con un ejército á reclamar el condado de Tolosa. Felipa, madre de su muger Leonor de Aquitania, era hija única de Guillermo, conde de Tolosa: el cual, deseando que sus estados no saliesen de la línea masculina, los entregó á su hermano Raimundo de San Gil por un tratado de venta simulada. Enrique invadió el Languedoc, como herencia legítima de su muger: y en la formacion de su ejército hizo una innovacion muy importante, y no conocida hasta entonces. En lugar de las milicias feudales, indisciplinadas, y cuyo servicio duraba solo cuarenta dias, exigió en dinero el contingente de los barones, y con él compuso un ejército que era enteramente suyo. La misma política observó siempre que pudo, en sus demas guerras, debiéndose mirar esta providencia, imitada por sus sucesores, como una de las causas de la superioridad que tuvieron frecuentemente sobre los franceses.

Enrique, auxiliado de Berenguel, conde de Barcelona, y de Trincaval, conde de Nímes, invadió el territorio de Tolosa: tomó á Verdun, Castelnau y otras plazas, y sitió la capital. Luis VII, que acudia en socorro de Raimundo, se anticipó al grueso de su

ejército, y entró en la ciudad para defenderla, aterrado del aumento progresivo que tomaba el poder del inglés. Este, previendo la dificultad y peligros del sitio, lo levantó diciendo que *no haría guerra contra su soberano*, y marchó á Normandía, acometida entonces por otro ejército francés. Esta guerra se terminó por un tratado de paz, que dos años despues se rompió por haber ocupado Enrique la plaza de Gisors que se le daba en dote á su nuera Margarita de Francia, pero que no debia entregársele hasta la consumacion de su matrimonio con el príncipe Enrique, para lo cual faltaban algunos años, por ser ambos de corta edad. Mas este nuevo rompimiento acabó en paces por la mediacion del pontífice, y el rey de Inglaterra se quedó con la fortaleza.

Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery (1162). Enrique, arregladas sus desavenencias con el rey de Francia, volvió á Inglaterra, resuelto á someter el clero á su voluntad, como habia sometido á los barones: es decir, quiso emplear contra el principio político, encargado de enseñar y dirigir la moral pública, las mismas armas que habia ya empleado felizmente contra el principio político, fundado en la fuerza y en la fortuna de la conquista. Esta empresa, que atacaba directamente la constitucion social de aquella época, mal concebida y peor ejecutada, fue para este rey, aunque magnánimo

y hábil, orígen de penas y remordimientos que no cesaron de afligirle en todo el resto de su largo y glorioso reinado.

Enrique esperaba lograr su proyecto elevando á la dignidad de arzobispo de Cantorbery, y primado de Inglaterra, á su canciller Tomás Becket, natural de Londres y de familia anglosajona, siendo el primero de esta nacion que fue elevado á un empleo de consideracion despues de la conquista de los normandos. Su carácter amable, sus buenas costumbres y su instruccion nada comun en aquella época, le granjearon el afecto del rey, que le elevó á la dignidad de canciller, equivalente entonces á la de primer ministro, le eligió por su amigo y confidente, y le dió bienes feudales con que sostuviese el esplendor de su casa. Becket, aunque estaba ya ordenado de diácono cuando logró el favor y la amistad de Enrique, tenia sin embargo toda la esterioridad brillante y disipada de un cortesano; y el lujo de su mesa y palacio, y el gran número de sus domésticos, eran mas propios de un baron que de un eclesiástico: bien que en lo tocante á costumbres nunca pudieron echarle nada en cara sus mas encarnizados enemigos.

Pero apenas fue elevado á la dignidad arzobispal, se notó grande revolucion en su manera de vivir. Desterróse la magnificencia y las delicias de su persona, casa y mesa: redujo á los necesarios el número de sus cria-

dos: se impuso mortificaciones interiores: su comida era escesivamente frugal, y repartió su tiempo entre las funciones de su ministerio, la oracion y el estudio: porque renunció al empleo de canciller como incompatible con los deberes de un buen obispo. Dedicóse principalmente á sostener las inmunidades eclesiásticas, que Enrique deseaba aniquilar: y de aquí nació en el rey un odio hácia Tomás tan acerbo y exaltado como suave y ardiente habia sido su amistad. Las hostilidades comenzaron con el pretesto siguiente.

Felipe de Brois, canónigo de Bedford, convencido de homicidio en el tribunal de su obispo, fue condenado á dar la compensacion pecuniaria, segun se usaba entonces, á los parientes del difunto. Mucho tiempo despues tuvo una altercacion violenta en Dunstable con el justicia del rey: éste le llamó *asesino* en el mismo tribunal, y Felipe le respondió las palabras mas injuriosas que se le vinieron á la boca. Enrique, ofendido en la persona de su magistrado, mandó formarle causa por este delito nuevo ante el tribunal eclesiástico, que le condenó á ser públicamente azotado, á perder sus beneficios, y á suspension por dos años. El rey, no contento con esta sentencia, mandó llamar los obispos á Westminter, se quejó de que hubiesen favorecido al reo, y les dijo que en lo sucesivo, cuando el juez espiritual degradase á un ecle-

siástico por un delito público, se entregaria á la justicia ordinaria para que le impusiese la pena. Los obispos representaron que esa resolucion era, no solo contraria á las inmunidades que el clero gozaba en toda la cristiandad, sino tambien á las leyes del reino, que no permitian juzgar ni castigar dos veces á una misma persona por un mismo delito. Entonces el rey, olvidando la primer cuestion, les preguntó *¿si prometian observar las antiguas costumbres del reino?* Todos respondieron que *sí*, *salvo el honor de la Iglesia*, escepto el obispo de Chichester, que no puso condicion alguna. El rey indignado despidió los obispos, y al dia siguiente quitó á Tomás Becket los bienes feudales que le habia dado en el tiempo de su favor.

El arzobispo de York, ganado por el rey, aconsejó á Becket que no hiciese oposicion á la voluntad del monarca. El mismo Becket, que aunque resuelto á defender la inmunidad eclesiástica, no sabía aun hasta qué punto querian atacarla, y por consiguiente hasta dónde podria llegar su condescendencia, se presentó al rey y le prometió que omitiria la cláusula de escepcion. Enrique, contento de su triunfo, convocó un concilio en Clarendon, en 1164, y exigió de los obispos que cumpliesen su promesa. El arzobispo de Canterbury vaciló de nuevo, viendo al rey enojado, y volvió á hablar de la cláusula: pero los demas obispos y los barones le instaron

tan encarecidamente que no se ostinase, mucho mas cuando vieron, abriéndose una puerta, la guardia del rey con espada en mano, que su ánimo, invencible para arrostrar la puerta, cedió al temor ageno, prometió observar *las antiguas costumbres*, y preguntó al rey cuáles eran. Al dia siguiente se presentaron bajo la forma de diez y seis capítulos, conocidos con el nombre de *constituciones de Clarendon*. Los principales eran: 1.º que las rentas de las prelaturas en sede vacante pertenecerian al rey, y que se procederia á la eleccion de los nuevos prelados por orden y aprobacion real: 2.º que las causas civiles y criminales de los eclesiásticos se verian primero ante el tribunal secular para que éste determinase si habian de juzgarse por tribunal civil ó espiritual: 3.º que ningun vasallo de la corona pudiese ser escomulgado sin permiso del rey: 4.º que ningun dignatario eclesiástico pudiese salir de la isla sin permiso del rey (con el objeto de evitar las apelaciones á Roma). Ninguno de estos artículos era *costumbre antigua* del reino de Inglaterra: todos fueron establecidos por Guillermo el conquistador, escepto el segundo que era una verdadera innovacion.

El papa Alejandro III, que defendia entonces la libertad de Italia y de la Iglesia contra Federico Barbarroja, emperador de Alemania, desaprobó altamente estos capítulos, y de los diez y seis, solo admitió seis

menos importantes. La manera con que se vengó Enrique del arzobispo de Cantorbery, que manifestó públicamente su arrepentimiento por la promesa que habia dado, y no quiso poner su sello en las constituciones de Clarendon, prueba cuán necesario era en aquellos siglos bárbaros el freno que la autoridad de la iglesia imponia á la violencia y á las pasiones de los poderosos.

Enrique mandó á Becket pagar sumas arbitrarias: y ordenó que diese cuenta de su conducta por el tiempo que habia sido canciller, contra la cláusula espresa de la carta en que le reconoció arzobispo, y en que prometió no involucrarle en negocios seculares: en fin, como nada perturbase el ánimo indomable de Tomás, los emisarios del rey le amenazaron con la muerte, y le obligaron á refugiarse á Francia.

El respeto que tanto en Inglaterra como en los dominios continentales de Enrique se tributaba á las virtudes del arzobispo perseguido, el temor de que el rey de Francia Luis VII se aprovechase de esta disposicion de los ánimos contra Enrique para invadir sus estados, y la mediacion del sumo pontífice, apoyada con amenazas de censuras eclesiásticas, obligó á Enrique bien á su pesar á reconciliarse con Becket en la apariencia. El prelado volvió á su silla, y lanzó contra el arzobispo de York y otros dos obispos la escomunion que el papa habia fulminado por-

que usurparon en la coronacion del príncipe Enrique, asociado por su padre al trono, la prerogativa de la silla de Cantorbery, á cuyos arzobispos, como primados, competía la uncion y consagracion de los reyes. Estos prelados se quejaron al rey, que estaba entonces en Normandía: y este príncipe, conociendo en este acto de vigor que Tomás no volvia dispuesto á transigir acerca de los privilegios de la iglesia, esclamó enfurecido: "¡que entre tantos cobardes como mantengo no haya uno que me libre de ese clérigo alborotador!" Cuatro caballeros de su palacio, que oyeron esto, pasaron á la isla y asesinaron al arzobispo en la iglesia misma, el 29 de diciembre de 1170. Así pereció, mártir de los derechos de la iglesia, uno de los hombres mas célebres por su santidad y carácter. El artículo de las constituciones de Clarendon, cohibitivo de la facultad de fulminar censuras, pertenecia á la esencia misma del poder espiritual.

La muerte de Becket fue la señal de su triunfo. El pontífice Alejandro III, bien que justamente indignado de semejante maldad, convencido de que el rey no la habia mandado, aunque fue culpable por sus espresiones violentas, se reconcilió con él, mediante una penitencia onerosa y severa: lanzó escomunion contra los homicidas, colocó en el número de los santos á Tomás, su sepulcro fue insigne y honrado con milagros y romerías

de los príncipes mas ilustres, y el mismo Enrique oró algunos años despues ante su cadáver, y desnudando sus espaldas, recibió voluntariamente la disciplina de mano de los monges. No volvió á hablarse de las constituciones de Clarendon.

Conquista de Irlanda (1172). Esta isla, conocida, mas no acometida de los romanos, ocupada despues por los godos que invadieron el Quersoneso címbrico y le dieron el nombre de Jutlandia, madre de los escotos que subyugaron á los pictos en la antigu Caledonia y fundaron el reino de Escocia, cristiana desde los primeros siglos del cristianismo, refugio de los britanos que huyeron durante la invasion de los anglosajones, centro de las pocas luces que habia en aquella época, conservadas en los monasterios, acometida frecuentemente por los daneses y normandos, tenia en sus costas una poblacion mista de todas estas naciones, y algun comercio, y su interior dividido en clanes ó tribus, cuyos caudillos obedecian á cuatro ó cinco reyes en que se dividia su territorio, bien que siempre se miraba como principal uno de ellos con el nombre de *ardriag*, equivalente al de Bretualda entre los anglos. Pero estos príncipes estaban en guerra contínua unos con otros, y jamás acertaron á crear un poder capaz de mantener á los irlandeses en tranquilidad y justicia. El pais habia vuelto á la selvatiquez antigua, y las luces del cristianismo esta-

ban oscurecidas con todo género de supersticiones.

Guillermo el conquistador y Enrique I, brindados de la proximidad, y de la superioridad de sus fuerzas, emprendieron subyugar la isla: mas no pudieron lograrlo, ocupados en negocios de mas interés. Enrique II, desde los primeros años de su reinado pidió y obtuvo un breve del papa Adriano IV para la conquista de esta isla: mas no pudo valerse de él hasta diez y seis años despues, en que ya algunos barones del pais de Gales, feudatarios de Inglaterra, habian invadido á Irlanda con el motivo siguiente.

Dermot, rey de la parte oriental de la isla, llamada Leinster, ó latinizado el nombre, Lagenia, era aborrecido de sus vasallos por sus crueldades y violencias. Enamorado de la muger de Oric, rey de Meath, la robó de su palacio durante la ausencia de su marido. El nuevo Menelao reunió para la venganza de su honor otros reyes y caudillos de la isla, que vencieron á Dermot, le echaron de la Genia y le obligaron á refugiarse á Inglaterra y á implorar el ausilio de Enrique, ocupado entonces en la guerra de Tolosa, y que por tanto no hizo por él otra cosa, sino permitir á sus barones que le diesen socorro para recobrar sus estados.

Varios caballeros del pais de Gales, de los cuales era el principal el conde de Strigul, le ausiliaron con sus milicias: desem-

barcaron en Lagenia: vencieron en diferentes reencuentros á Oric y á Roderic, rey de Conacia, se apoderaron de las plazas de Wexford, Waterford y Dublin, y se establecieron en ellas: de modo que cuando Enrique desembarcó en Irlanda en 1172 al frente de quinientos caballeros, los reyes y caudillos de la isla estaban tan amedrentados de la superioridad de los ingleses en armas y táctica, que todos le juraron vasallage. El rey tomó el título de señor de Irlanda, y estableció en ella el régimen feudal, universal entonces en Europa. Siguiéronse de él guerras contínuas, principalmente entre los señores antiguos del pais, y los ingleses establecidos en él: hasta que los progresos de la civilizacion y de la industria dieron otra direccion á la actividad de los ánimos, y la Irlanda fue próspera ó rica, y sumisa á sus reyes. Pero antes pasaron muchos siglos de guerras, latrocinios y devastaciones fáciles de imaginar en un pais bárbaro invadido por un pueblo, como el inglés de aquella época, poco menos bárbaro que la nacion conquistada.

Guerra de Escocia: batalla de Alnwik (1174). Los últimos años de la vida de Enrique fueron amargos. La ambicion de sus cuatro hijos, incitada por los celos de su muger Leonor de Guiena, que llevaba muy á mal los amoríos adúlteros de su esposo, dió orígen á una guerra, civil y estrangera á un mis-

mo tiempo, en que hubo menester toda la grandeza de su alma para resistir á tantos enemigos.

Su hijo mayor Enrique, coronado ya y casado con Margarita de Francia, su prometida esposa, pidió á su padre que le diese ó el reino de Inglaterra ó el ducado de Normandía para sostener el esplendor de su corte. El rey se negó á ello, y el príncipe se ausentó á París, donde su suegro Luis VII le prometió ausilio. En efecto, formó una liga contra el rey de Inglaterra, en la cual entraron Ricardo, y Godofre, segundo y tercer hijo de Enrique, el conde de Flandes y Guillermo, rey de Escocia: siendo esta la primer vez que consta de la historia una confederacion entre este reino y el de Francia, aliados naturales, pues uno y otro eran enemigos de Inglaterra. Los trances de esta guerra fueron muchos y sangrientos, pero no decisivos en el continente. Enrique recobró las plazas del ducado que le habian quitado los franceses, y se entablaron negociaciones de paz, que surtieron efecto.

En 1173 hizo el rey de Escocia una invasion en el Northumberland; pero fue rechazado por Ricardo de Lucy, regente de Inglaterra en ausencia de Enrique. Este valeroso general destruyó junto á Farnham un ejército flamenco, que habia desembarcado en la provincia de Sufolk, en ausilio del conde de Leicester, baron rebelado contra el rey, y del partido de los príncipes, despues de haber sido

uno de los que mas contribuyeron á irritar á Enrique contra el arzobispo de Cantorbery.

Al año siguiente invadió el escocés las provincias del norte con un ejército de 80000 hombres, indisciplinados á la verdad, pero valientes, y animados por muchos barones ingleses, que se habian rebelado contra Enrique. El regente envió al opósito á Rafael de Glanville, buen militar, y jurisconsulto famoso en su siglo, que obligó al rey de Escocia á retirarse á Alnwik. Allí, se dió una batalla, cuyo principio fue un combate de caballería, en que el rey Guillermo fue derribado y hecho prisionero. Este reves puso en fuga todo su ejército: y Guillermo no recobró la libertad, hasta que prestó homenaje por su reino de Escocia al rey de Inglaterra. Los barones rebeldes, perdido el apoyo en que confiaban, se sometieron. La batalla de Alnwik se ganó el mismo dia que el rey oraba ante el sepulcro de santo Tomás de Cantorbery.

En 1183 el príncipe Enrique y Godofre su hermano, ya duque de Bretaña, hicieron armas contra los estados que el rey destinaba á Ricardo, su hijo segundo, que eran el Poitou y la Guiena. El infeliz padre, reducido á ser medianero entre sus hijos, logró templarlos: pero poco despues falleció sin sucesion el príncipe Enrique, cuyo corazon era perverso, si se ha de juzgar por la respuesta que dió á su padre el dia de su coronacion. En el banquete quiso el mismo rey servir á su hijo, y le

dijo «que ningun monarca habia sido servido tan regiamente.” “*No es estraño*, respondió el príncipe, *que el hijo de un conde sirva al hijo de un rey*. El mismo año murió Godofre, duque de Bretaña, dejando por heredero de sus estados á Artus, su hijo póstumo, bajo la tutela de su abuelo el rey de Inglaterra.

Ricardo, á quien su indomable valor, única prenda estimable que poseía, le adquirió el sobrenombre de *corazon de Leon*, estaba ya inmediato al trono, y Enrique era anciano: pero incitado por Felipe Augusto, que habia sucedido á su padre Luis VII en el trono de Francia, solicitó ser coronado rey de Inglaterra, como lo habia sido su hermano Enrique. El rey escarmentado se negó á ello: y esto dió motivo á otra guerra en el continente, y á otra rebelion de muchos barones del reino. Enrique mostró en ella su actividad ordinaria. La paz se hizo por mediacion del legado del sumo pontífice, que predicaba entonces la cruzada contra Saladino, y en el tratado se concedió amnistía á los barones que declarada ó encubiertamente deservian al rey á favor de Ricardo. Pidió á este la lista de dichos rebeldes, y el primer nombre que leyó en ella fue el de Juan, su hijo menor.

Este golpe fue mortal para el infeliz padre: porque Juan era el mas amado de sus hijos, y en cuyo cariño tenia mas confianza. De allí á pocos dias falleció Enrique, á los 58 años de edad y 35 de reinado: príncipe, digno

de eterna alabanza por su valor, prudencia y aplicacion á las obligaciones de rey, si hubiese sabido vencer, como á sus enemigos, su propia ira; de cuya violencia fueron monumentos, no solo sus persecuciones contra Tomás de Cantorbery, sino tambien las crueldades que ejecutó con los prisioneros del país de Gales en las guerras que tuvo con los príncipes de aquel territorio.

Ricardo I, Corazon de leon, rey de Inglaterra (1189). Ricardo sintió profundos remordimientos en la muerte de su padre Enrique, que habia causado con su desobediencia y rebelion, y á esta disposicion de ánimo debe atribuirse que conservase en sus destinos los ministros del difunto rey, y depositase en ellos toda su confianza. Pero su política tomó una direccion distinta de que habia tenido la de sus antecesores desde Guillermo el conquistador. Dueño de grandes y opulentos estados, siendo el capitan mas hábil y el soldado mas intrépido de su siglo, se dedicó esclusivamente á buscar para sí y para su nacion la gloria militar: y esta en ningun teatro se lograba mejor en aquella época que en los campos de Palestina. Prefirió pues, la vida de aventurero á la de rey: y así habiendo concertado todas las desavenencias entre Francia é Inglaterra, se preparó á partir con Felipe Augusto á la conquista de la tierra santa.

Los medios de que se valió para juntar el dinero necesario, fueron arbitrarios, ruinosos

y vejatorios: enagenó bienes de la corona, vendió empleos de judicatura, confiscó bajo leves pretestos los bienes de personas ricas. En cuanto al gobierno del reino en su ausencia, lo dejó encomendado á Longchamp, normando de nacion, obispo de Ely, y al obispo de Durham. A su hermano Juan, cuyo carácter conocia muy bien, aunque le dió tierras con que sostener su dignidad (porque su padre no le habia dejado ninguna), no quiso darle parte en el gobierno, y tomó precauciones contra su ambicion sediciosa.

Espedicion de Ricardo á Palestina (1191). Preparadas todas las cosas para la espedicion de tierra santa, pasó Ricardo con su ejército al continente, los dos reyes hicieron reseña de las tropas, que ascendian á 100000 hombres, en las llanuras de Vezelay, se embarcaron despues, Felipe en Génova y Ricardo en Marsella, y volvieron á reunirse junto á Mesina, en cuyas riberas desembarcaron para dar descanso al ejército.

Reinaba en aquella isla Tancredo, hermano bastardo de Constanza, legítima heredera del reino, y esposa del emperador de Alemania Enrique VI. El usurpador temia á Felipe, aliado del emperador, y á Ricardo, cuya hermana, viuda del último rey de Sicilia Guillermo II el bueno, tenia prisionera, por haberse manifestado contraria á la usurpacion. Hallándose en poder de dos monarcas poderosos y enojados, tuvo por mejor determinacion con-

ciliarse la amistad de Ricardo, menos político y mas temible en los raptos de su ira: y así le entregó la princesa cautiva, hizo alianza con él, y procuró persuadirle, por medio de una carta fingida, que Felipe trataba de matarle á traicion. En aquellos dias los soldados ingleses, maltratados por los habitantes de Mesina, se apoderaron de una torre de la ciudad, y pusieron en ella la bandera de Ricardo; accion que enojó mucho á Felipe, porque como señor soberano era el general reconocido de todas las tropas. Otro motivo de desavenencia entre ambos reyes, fue el casamiento de Ricardo con Berenguela, hija de Sancho VI, rey de Navarra: siendo así que desde el tiempo de Enrique II, rey de Inglaterra, estaba tratado su matrimonio con Alix, hermana de Felipe, que habia pasado á la isla para educarse en ella. Pero Ricardo hizo presente al rey de Francia cuán imposible le era recibir por esposa á una muger de quien se decia públicamente que habia sido amiga de su padre. Felipe abandonó la causa de su hermana: las demas desavenencias se ajustaron por la mediacion de los legados del pontífice, y por el miedo de malograr una espedicion tan grande y tan importante á la cristiandad, y las dos escuadras dieron la vela para Siria.

Ricardo acometió en el camino la isla de Chipre, dominada á la sazon por el príncipe griego Isaac Comneno, que habia insultado algunos buques ingleses, y se apoderó de ella.

Desembarcó despues en Siria al pie de las murallas de Acre, donde ya estaba acampado el rey de Francia. Esta plaza, despues de un sitio de mas de dos años, que es célebre en la historia, cayó en poder de los cruzados. Felipe se volvió á Francia, ó porque le llamaban los negocios de su reino, ó porque no podia tolerar la superioridad militar que Ricardo tenia en aquella reunion de los soldados mas valientes del mundo: y el rey de Inglaterra, quedando por decirlo así, al frente de la cruzada, inmortalizó su nombre y el de su nacion, casi desconocida hasta entonces en Oriente, ganando contra el terrible Saladino la gran batalla de Ascalon, y quitando á los infieles las plazas marítimas de Palestina.

Este héroe hubiera conquistado á Jerusalen, si los franceses, alemanes y otros cruzados que celebraban su valor, mas no podian tolerar su orgullo, no se hubiesen vuelto á Europa. Disminuido su ejército, é incapaz ya de lidiar contra las tropas numerosas de Saladino, hubo de concluir Ricardo una tregua con el sultan, por la cual quedaron en poder de los cristianos todas las ciudades conquistadas. Visitó como peregrino el santo sepulcro, y trató de volver á su reino donde hacia grande falta. El obispo de Eli habia puesto en prision al de Durhan su compañero en la regencia, y gobernaba el reino con tiranía hasta el punto de atreverse á prender á Godofre, arzobispo de York y hermano natural del rey.

El príncipe Juan, favorecido por los varones, le quitó el gobierno: pero traia tratos secretos con Felipe Augusto para repartir entre los dos la Normandía.

Estos desórdenes y temores obligaron á Ricardo á acelerar su vuelta: y así dejó la armada, que seguia su navegacion con la lentitud propia de aquel tiempo, y desembarcó en los estados de Venecia con el intento de atravesar incognito los de Alemania y Flandes. Al pasar por Austria fue reconocido y puesto en prision de orden de Leopoldo, duque del pais, á quien Ricardo habia insultado gravemente en el sitio de san Juan de Acre.

Enrique VI, emperador de Alemania, en cuyas manos entregó Leopoldo su cautivo, era enemigo del rey de Inglaterra por la alianza que habia hecho con Tancredo, usurpador de Sicilia. Felipe Augusto escitaba la avaricia de Enrique, prometiéndole grandes sumas de dinero, si detenia preso á Ricardo; mientras él continuaba sus manejos con Juan, entraba con ejército en el ducado de Normandía y se apoderaba de muchas plazas. Todos estos motivos hicieron largo y penoso el cautiverio de Ricardo, y dificil su libertad. Al fin pudo conseguirla, por las instancias del papa, que amenazó con la escomunion á Enrique VI, y mediante un rescate de 150000 marcos de plata.

Guerra con Francia (1194). Ricardo, restituido á su reino, pasó inmediatamente á

Normandía contra su principal enemigo Felipe Augusto. Solo dos acciones de alguna consideracion, la de Freteral, favorable á los ingleses, y la de Vaudreuil, en que fueron vencidos, hubo en esta campaña, que acabó por una tregua. Dos años despues se renovó la guerra, y se hizo una campaña insignificante, al fin de la cual se firmaron paces en Louviers. Aunque el resentimiento de Ricardo contra Felipe era grande, sus recursos militares estaban muy debilitados y exhaustos por los enormes gastos y pérdida de gente en la espedicion de Palestina.

Tres años despues de la paz falleció Ricardo en el sitio del castillo de Chalus, perteneciente á su vasallo el vizconde de Limoges, á quien hacía guerra, porque se negó á dar parte al rey en un tesoro que habia encontrado. La guarnicion del castillo queria rendirse: pero Ricardo, ofendido de la resistencia, se empeñó que habia de ahorcar á todos los soldados que la componian. Beltran de Gourdon, uno de ellos, estando el rey reconociendo la fortaleza, le disparó una flecha y le hirió en la espalda. La herida, aunque no peligrosa, se gangrenó al tiempo de sacar la saeta; y el enfermo murió dentro de pocos dias. Durante su enfermedad se rindió el castillo, y la guarnicion sufrió la suerte que le destinaba el vengativo Ricardo: á Gourdon le reservó para otro suplicio mas cruel: pero el homicida, cuando estuvo en su presencia,

dijo que le habia tirado por vengar la muerte de su padre y de dos hermanos á quien el rey inmolára con su misma espada en diversos combates, y la de horca que queria darle á él mismo y á su sus demas compañeros: Ricardo tuvo la generosidad de perdonarle, y mandó ponerle en libertad. Esta orden no se cumplió: porque el gefe de los brabanzones que militaban en el ejército inglés, le mandó desollar vivo y colgarle de una horca, sin que el rey, que murió poco despues, lo llegase á saber.

Falleció este monarca, á los diez años de reinado y cuarenta y dos de edad, sin dejar sucesion: por lo cual recayó la corona en su hermano Juan, con quien se habia ultimamente reconciliado á ruegos de la reina Leonor, viuda de Enrique II y madre de entrambos. Ricardo aumentó la gloria y celebridad de su nacion, presentándose al frente de ella en el teatro del mundo, al lado de las que entonces brillaban mas en Europa, que eran la francesa y alemana: pero no tuvo de las grandes cualidades propias de los monarcas, mas que el valor. Sin embargo, los ingleses le lloraron, no solo porque conocian las manos en que iban á caer, sino tambien porque en aquel siglo la gloria militar cubria, en los príncipes y en los nobles, todos los defectos por grandes que fuesen.

Juan sin tierra, rey de Inglatera (1199). Juan sin tierra, llamado así, porque en el

repartimiento que su padre hizo de sus estados, no le dejó ningun señorío, ascendió al trono despues de la muerte de su hermano Ricardo contra el derecho de representacion hereditaria, que empezaba entonces á consolidarse en Europa: pues segun este derecho tocaba la corona á Artus, duque de Bretaña, é hijo de Godofre, hermano mayor de Juan y ya difunto. Pero Artus era entonces de muy poca edad: su madre Constanza era aborrecida de Leonor, la reina viuda de Enrique II, que tenia grande influjo en los negocios del reino, y amaba á Juan mas que á todos sus hijos. Estos motivos, y la presteza con que el hermano de Ricardo pasó de Normandía á Inglaterra y ganó los ministros del difunto rey, hicieron que los grandes le reconociesen y proclamasen sin dificultad. Felipe Augusto, á quien recurrió Constanza para que defendiese los derechos de su hijo, entró con tropas en el Mayne y en Normandía: pero al año siguiente se hicieron paces entre los dos reyes, mediante el casamiento de Luis, hijo y heredero de Felipe, con Blanca de Castilla, sobrina de Juan, é hija de su hermana Leonor y de Alfonso VIII el de las Navas.

Guerra de Normandía (1201). Juan sin tierra reunia en su caracter todos los vicios opuestos sin mezcla de ninguna virtud. Era al mismo tiempo orgulloso y cobarde, pérfido é imprudente, violento y débil, exaltado é infiel en sus amores. Y así el cetro de Inglaterra

y Normandía, sostenido con brazo firme por los Guillermos y Enriques y por Ricardo, se rompió en sus manos tanto mas flacas cuanto mas esfuerzos hacía para manifestar que eran fuertes y duras.

El primer acto de su reinado fue divorciarse con frívolos pretestos de su muger, que era hija del conde de Glocester, y tomar por esposa á Isabela de Angulema, de quien estaba ciegamente enamorado, aunque prometida ya al conde de la Marcha. Este baron, ofendido de semejante injuria, el conde de Eu, su hermano, y otros señores de Normandía se declararon contra Juan. Aunque los grandes de Inglaterra estaban descontentos del rey, porque no respetaba sus privilegios, logró sin embargo dividirlos, neutralizó su oposicion, y pasó á Normandía con poderoso ejército.

Al mismo tiempo se pusieron bajo la proteccion del rey de Francia, Artus y su madre Constanza, temerosos de las malas intenciones de Juan contra ellos. Felipe entró en la confederacion, é invadió las fronteras de Normandía. Esta tempestad, que se movia contra Juan, era terrible: pero la fortuna puso en su poder los medios de conjurarla, si hay medios para salvar á quien hace todo lo posible por arruinarse á sí mismo.

Prision y asesinato de Artus de Bretaña (1203). Artus, jóven valeroso y ardiente, salió con su ejército de Bretaña, é invadió el Poitou, provincia dependiente del ducado de

Guiena. Sabiendo que su abuela Leonor, la mayor enemiga de su casa, estaba en el castillo cercano de Mirebout, le puso sitio, esperando con la adquisicion de una prenda tan importante, dictar la ley al rey de Inglaterra.

Juan, aunque naturalmente cobarde y poco amigo de los campos de batalla, no pudo menos de volar en socorro de su madre. Juntó sus tropas, pasó desde Normandía al Poitou, y cayó sobre el descuidado ejército de los bretones cuando menos lo esperaban, con fuerzas superiores. Pronto se decidió la victoria, y quedaron prisioneros en poder de Juan el imprudente Artus, y el conde de la Marcha y gran número de barones rebeldes. Este triunfo, conseguido por un monarca hábil, hubiera puesto fin á la guerra. Pero Juan no conocia freno, cuando se entregaba á sus viles pasiones. No habiendo podido conseguir de su prisionero que renunciase á sus derechos, le asesinó con su mismo puñal, en la fortaleza de Ruan, y mandó arrojar el cadáver al Sena. Y como si este parricidio no hubiese de producir terribles reacciones, se entregó, olvidado de la guerra, al placer y á la disolucion.

Pérdida de Normandía (1205). Entretanto los bretones enfurecidos nombraron duquesa á Alix, hija de Constanza y de Guido de Thouars su segundo marido: y Felipe Augusto, habiendo medido ya el enemigo que tenia al frente, y no hallando en él ni la política de Enrique II, ni el valor de Ricado I,

citó al tribunal de los pares de Francia á Juan, duque de Normandía, su vasallo en esta calidad, para que respondiese á la acusacion de parricidio. Juan no compareció, y el tribunal le declaró felon y confiscó todos los señoríos que tenia en Francia, á favor de la corona. Felipe Augusto entró en Normandía con poderoso ejército para ejecutar la sentencia.

Mientras Juan, entretenido en sus inmundos deleites, ocultaba su cobardía con el velo de la estupidez, diciendo á los suyos: *dejad á los franceses: yo recobraré en un día lo que ellos conquisten en un año*: tomó Felipe á Chateau Gaillard, despues de un sitio célebre en la historia por la fortaleza de la plaza y por el valor de sus defensores. Juan, obligado de las instancias de los suyos, se puso á su frente y se adelantó hasta Alenzon: pero apenas vió venir contra sí á Felipe, volvió las espaldas. Los barones, indignados de tanta infamia, se retiraron á su isla, el rey los siguió, y los franceses ocuparon sucesivamente la Normandía, el Anjou, el Maine y la Turena.

Así perdió Inglaterra por la maldad é incapacidad de su rey aquellas hermosas provincias, padrastros de Francia, y puertas siempre patentes para penetrar en el corazon de este reino: pues aunque les quedaba el estendido y opulento ducado de Guiena, tenia Francia contra el ataque que por esta parte se le hiciese la formidable barrera del Loira. Juan recurri ó al sumo pontífice para salvar los esta-

dos que aun le quedaban en el continente, y por su mediacion se concluyó una tregua de dos años.

Entredicho en Inglaterra (1207). Poco despues empezó una larga y mas terrible lid entre el rey Juan y la santa sede, cuya proteccion acababa de serla tan útil. Habiendo fallecido Uberto, arzobispo de Cantorbery, algunos de los canónigos de la catedral, que observaban todavía el rigoroso estatuto primitivo de los monges, se reunieron clandestinamente una noche, y eligieron por arzobispo á Reginaldo, subprior del monasterio. Esta forma de eleccion era conforme á la antiquísima disciplina desde el tiempo de los anglosajones: pero contraria al régimen introducido por los reyes normandos, segun el cual debia anteceder á la eleccion permiso del rey: los obispos sufragáneos tenian voto en capítulo electoral, y el electo debia solicitar despues la aprobacion del monarca.

Reginaldo fue á Roma en secreto para que el pontífice le confirmase. Pero habiéndose divulgado la noticia de su nombramiento y llegado á oidos del rey, mandó Juan hacer nueva eleccion segun la forma acostumbrada, y recomendó al obispo de Norwih. Los monges le eligieron y enviaron á Roma 12 individuos de la comunidad con poderes del cabildo y autorizacion del rey para proceder á una eleccion, si el papa lo exigia; pero recomendándoles siempre al mismo obispo.

Gobernaba entonces la silla de san Pedro Inocencio III, pontífice distinguido por su firmeza en sostener la disciplina y la libertad de la Iglesia. Presentada esta causa ante su tribunal decidió que se conservase al rey el derecho de permitir y aprobar la eleccion, mas no el de *recomendar* algun candidato: que se restituyese á los monges del cabildo de Cantorbery el antiguo derecho de elegir esclusivamente su prelado: que se anulasen ambas elecciones, la primera por anticanómica, y la segunda, por haberse hecho antes de la anulacion de la primera, y que los doce diputados procediesen á otra nueva. En esta salió electo el cardenal Esteban Langton, inglés de nacion, y recomendado á los electores por el sumo pontífice, que estimaba en mucho su saber y piedad. Dióse aviso de este nombramiento al rey Juan, y habiendo pasado el tiempo, fijado por los cánones para esperar su aprobacion, no habiéndola dado, el papa confirmó la eleccion, y proclamó á Langton arzobispo de Cantorbery.

Juan, con aquella violencia que le era natural cuando se creía mas fuerte, cometió mil tropelías contra los monges de Cantorbery, contra los romanos domiciliados en Inglaterra y en general contra todos los que se declararon en favor de Langton. El papa puso entredicho en el reino, y dos años despues lanzó escomunion contra el rey. Como Juan no cediese, antes bien confiscase los bienes y pren-

diese las personas de los que obedecian las órdenes de Roma, Inocencio le depuso de la dignidad real; y dió su corona á Felipe Augusto, que aprestó armada y ejército para llevar á ejecucion esta sentencia.

Entonces Juan se mostró tan cobarde como orgulloso y soberbio habia sido antes: y para libertarse de una invasion que previa como muy funesta por el odio universal que sus violencias le habian grangeado, no solo reconoció á Langton por arzobispo de Cantorbery, no solo indemnizó al clero y á las iglesias de los daños y perjuicios que les habian causado las confiscaciones, sino tambien entregó los reinos de Inglaterra é Irlanda á la santa sede, declarándose *vasallo feudal* del sumo pontífice. Inocencio intimó al rey de Francia: que se abstuviese de invadir á Inglaterra, feudo ya de la Iglesia Romana: pero Felipe Augusto no hubiera obedecido á la autoridad del pontífice, á no ser por la batalla naval que perdió su escuadra, peleando contra la inglesa mandada por el conde de Salisbury, hermano natural del rey, que apresó 300 buques franceses y quemó otros 100. Felipe mandó poner fuego á los que se salvaron para evitar que cayesen en poder de los enemigos.

Esta contestacion con la corte de Roma se concluyó en 1213. Juan salió de ella con tanta ignominia, como de todas las que sostuvo en su infeliz reinado. Al año siguiente pasó al Poitou para hacer guerra á Francia, que te-

nia entonces ocupadas todas sus fuerzas contra el emperador Oton IV. El pequeño cuerpo de tropas que le opuso Luis, hijo de Felipe Augusto, bastó para contenerle: y apenas supo la señalada victoria de Bouvines, que este monarca consiguió contra los alemanes, se embarcó para Inglaterra.

Gran carta de Inglàterra (1215). Las violencias é injusticias del rey, juntas con tanta cobardía, movieron en fin á los barones ingleses á reclamar sus privilegios quebrantados por un príncipe, que no encubria su usurpacion bajo los laureles de sus antecesores. Hubo una gran reunion de la nobleza en Edmunsbury: se leyó el único ejemplar que pudo encontrarse de la carta de Enrique I: se asoció el clero y el pueblo á la empresa de los magnates, pidiendo tambien concesiones para estas dos clases. El rey se negó, segun su costumbre, á conceder lo que le pedian. Los barones juntaron un ejército, fueron recibidos en Londres, y se apoderaron de casi todo el reino, de modo que Juan se vió en un pueblo de la provincia de Surrey acompañado de solo siete caballeros. Entonces convocó una junta de barones en Runemede, cerca de Windsor, y en ella concedió la célebre carta que los ingleses llaman *grande*, sin duda porque es la única que tuvo vigor entre ellos durante los siglos de la edad media.

Esta célebre concesion no contenia derechos políticos, sino civiles. Al clero se le con-

cedió la libertad de las elecciones, y de apelacion á Roma: á la nobleza, la fijacion y moderacion de los derechos que debia pagar cada baron cuando sucedia: á los derechos de las viudas, y de huérfanos que quedaban bajo la tutela del rey, y la reduccion de los donativos, llamados *escutages*, á los tres casos de la ley feudal, que eran cautiverio del rey, armarse caballero su hijo mayor y casarse su hija mayor. En fin, el pueblo logró: 1.º que la autoridad de los barones sobre él se redugese á los mismos límites que se ponia á la del rey sobre los barones: 2.º que no pudiese imponérsele contribucion alguna sin el consentimiento del *gran consejo*, que era la junta de barones y prelados, llamada despues parlamento: 3.º la célebre ley de *habeas corpus*, que prohibia prender, confiscar bienes, desterrar ó maltratar de cualquier manera que fuese á ningun hombre libre, sino en virtud de juicio legal de sus pares ó de la ley del pais. A los siervos y villanos, clase entonces la mas numerosa del reino, solo se les concedió que no podrian venderse sus instrumentos de labranza en pago de multas.

Pero como la prerogativa de la corona era inmensa, y las intenciones de Juan fuesen conocidas, sucedió lo que debe suceder siempre con las cartas y fueros impuestos por la fuerza y no concedidos. Los barones tomaron contra el rey garantías políticas, que reducian casi á nada la dignidad real, obligaron á Juan

á dejar en poder de ellos la ciudad y fortaleza de Lóndres hasta la entera ejecucion de la carta: y nombraron veinte y cinco barones encargados de corregir, de acuerdo con el gran consejo, las sentencias de las justicias reales, cuando hubiese quejas contra ellas: en fin, los vasallos inmediatos de cada provincia debian elegir doce de ellos para que informasen al gran consejo de los abusos que merecian reforma.

Juan se retiró á la isla de Wight: juntó un gran número de tropas mercenarias, é invadió con ellas su propio reino. Apoderóse de Rochester, y corrió toda la Inglatera desde Duvres hásta Berwik. Los soldados estrangeros que no tenian mas aliciente que el pillage para esta guerra, asolaron cruelmente todas las provincias. Los barones rebeldes, que no tenian misericordia alguna que esperar, le depusieron pretestando que su proscripcion cuando se levantó contra su hermano Ricardo, le hacia inhábil para reinar, y dieron la corona á Luis, hijo de Felipe Augusto, como marido de Blanca de Castilla, nieta de Enrique II.

Luis pasó á la isla, y al momento abandonaron las banderas del rey todas las tropas mercenarias, excepto los gascones y poitevinos, y muchos señores de su partido. Pero el príncipe francés no supo ganar el afecto de los barones ingleses, y tuvo la imprudencia de preferir para muchos empleos importantes á

los caballeros de su nacion que le acompañaban. Empezaron, pues, á pasarse de sus banderas á las de Juan algunos guerreros del partido de la carta. El rey juntó todas sus fuerzas, resuelto á decidir en una batalla la suerte de la Inglaterra. Pero pasando de Linne al condado de Lincoln, siguió el camino de la orilla del mar en hora que subia el agua: y todos sus equipajes y carros y su tesoro se perdieron en la inundacion. Juan llegó al castillo de Newark, donde murió de pesadumbre dentro de pocos dias, á los cuarenta y nueve años de edad y diez y siete de reinado, justificando el sobrenombre de *sin tierra*: pues de tantos dominios, como heredó de su hermano, no le quedaba ya ninguno.

De Isabela de Angulema tuvo dos hijos y tres hijas: Enrique, que le sucedió: Ricardo; Juana, que casó con Alejandro, rey de Escocia: Leonor, que casó en primeras nupcias con el conde de Pembroke, y en segundas, con Simon de Montfort, conde de Leicester: é Isabela, que fue muger del emperador Federico II.

Enrique III, rey de Inglaterra (1216). La muerte del rey Juan fue la salvacion de Inglaterra. Su sucesor Enrique III, llamado de Winchester, porque nació en esta ciudad, era niño de 9 años, y no tenia culpa de las violencias é injusticias de su padre. Fue coronado en Glocester por el legado del sumo pontífice, y en la misma ciudad se celebró un gran consejo ó parlamento (que ya comenzaba á llamar-

se así esta reunion), se confirmó la gran carta, suspendiendo algunos artículos menos importantes, como la libertad de salir de la isla sin permiso del rey, y se nombró regente del reino á Guillermo, conde de Pembroke, y cuñado del rey.

Cesaban, pues, todos los motivos de la rebelion contra la corona, y Luis, que reinaba en Londres, se hizo mas odioso cada dia por su parcialidad á los franceses. Su partido disminuyó: el del rey aumentó considerablemente, y una pequeña accion que hubo en Lincoln, favorable á Enrique, y la derrota de la armada francesa que enviaba con refuerzos Blanca de Castilla á su marido, obligaron á Luis á renunciar á todas sus esperanzas, y á volverse al continente, capitulando antes la entrega de los prisioneros de ambas partes, y una amnistía completa á favor de los ingleses que habian abrazado su causa.

Regencia de Huberto de Burgh (1219). El espíritu de insubordinacion, á que habian dado lugar las querellas del último rey con sus barones, comprimido algun tiempo por la autoridad del conde de Pembroke, se manifestó con suma violencia bajo el gobierno de Huberto de Burgh, su sucesor en el gobierno.

Los barones, apoyados en sus fuerzas propias, y en los privilegios que les concedia la carta, oprimian al pueblo y desconocian el poder de la corona. Conservaban, sin querer cederlos, los castillos en que se habian hecho

fuertes, y se negaban á obedecer las órdenes del regente. Huberto, cuyo valor era conocido por la batalla naval que ganó á los franceses, cuando Luis estaba en Londres, y no menos su prudencia y firmeza en el destino de justicia mayor del reino, que habia ejercido antes, logró triunfar de la turbulenta anarquía de los magnates, domando á unos con la fuerza de las armas, persuadiendo á otros por la mediacion del clero, y aterrando á todos con la autoridad de la santa sede, á la cual se reconocia entonces por soberana. Así, conservó el estado sin grandes turbaciones hasta el año de 1223 en que se declaró al rey mayor de edad.

Enrique habia recibido de la naturaleza un alma benigna, pero fácil á recibir las impresiones de sus amigos, á los cuales nada sabía negar. Un carácter de este temple no era á propósito para gobernar una aristocracia soberbia, codiciosa, y que hallaba siempre en los favores, que el rey dispensaba á sus privados, pretestos y aun causas de descontento y rebelion. Por otra parte Enrique carecia de las prendas militares, que eran las mas apreciadas en aquel siglo: sus esfuerzos para recobrar las provincias perdidas en Francia fueron infructuosos. Vencido en Taillebourg y en Saintes por san Luis, solo debió á la moderacion de este monarca haber conservado la Guiena y el Poitou. Su prudencia administrativa se reducia á seguir los conse-

jos de los privados que se sucedian en gran número y con frecuencia en su palacio. No es de estrañar, pues, que durante su largo reinado estuviese en perpetua lid con sus barones, primero parcial, y despues general, cuando se presentó uno de bastante habilidad y ambicion para disputarle el poder.

El obispo de Winchester, ayo del rey, y enemigo de Huberto, indispuso á Enrique contra su ministro, le sucedió en el favor, y persiguió cruelmente á su rival, que no volvió á recobrar sus bienes y dignidades, sino en 1234 que el rey concedió una amnistía general á todos los barones que habian cometido hostilidades contra la corona.

El nuevo ministro Pedro Desroches, obispo de Winchester, era natural del Poitou: y bajo su proteccion, se presentaron en la corte muchos caballeros de su pais, y lograron del fácil Enrique empleos y dignidades. De aquí se originó una nueva insurreccion de los barones ingleses: y para sosegarla fue preciso despedir á los estrangeros. Pero otros vinieron de la parte oriental de Francia en la comitiva de Leonor, hija del conde de Provenza, y esposa del rey. Entre ellos se distinguia el obispo de Valencia del Ródano, tio maternal de la reina, que ganó el afecto de Enrique, derribó á Pedro Desroches, y fue, aunque estrangero, primer ministro.

Inglaterra libre del vasallage á la santa sede (1245). En el concilio general de Leon,

celebrado por Inocencio IV contra el emperador Federico II, se quejaron los embajadores de Inglaterra de las grandes sumas que los prelados y la corte de Roma sacaban de aquel reino. Añadieron que la corona de Inglaterra no debia reconocer vasallage á la santa sede, porque Juan no pudo haber enagenado la independencia de su nacion por sí solo y sin el consentimiento de sus barones. El papa, ó convencido de la justicia de esta alegacion, ó no queriendo adquirir en los ingleses nuevos enemigos, cuando tenia que pelear contra un adversario tan poderoso como el emperador, no volvió á insistir en su pretension á la soberanía de Inglaterra.

Dos años despues se presentaron en Inglaterra nuevos huéspedes á abusar de la bondad de Enrique, á agotar su erario y á aumentar el descontento de los barones ingleses. Isabela, viuda del rey Juan, y madre de Enrique III, habia casado en segundas nupcias con el conde de la Marcha, á quien su primer marido la habia quitado. De este segundo matrimonio tuvo cuatro hijos, llamados Guido, Guillermo, Godofre y Aimero, y todos cuatro vinieron á la corte de su hermano, y participaron, ellos y los caballeros de su comitiva, de los beneficios del rey, que, en general, gustaba mas de los estrangeros que de los ingleses, porque estaban aquellos mas sumisos á su autoridad, cuando

estos reclamaban á cada instante sus fueros y sus privilegios.

Proyecto de Enrique sobre la corona de Sicilia (1254). La corona de Sicilia recayó en los emperadores de la casa de Suevia por el casamiento del emperador Enrique VI con Constanza, heredera del trono de Nápoles: pero las querellas contínuas de su hijo el emperador Federico II con la santa sede, inspiraron tanto odio á la corte de Roma contra su dinastía, que siendo feudo de la iglesia aquel reino, no quiso dar la investidura de él ni al emperador Conrado IV, hijo de Federico, ni á Conradino, hijo de Conrado, despues de la muerte de su padre: y convidó con la corona á Ricardo, conde de Cornwallis, hermano del rey de Inglaterra, á quien la bondad de Enrique y su propia avaricia habian hecho el particular mas rico de Europa.

Ricardo no quiso entrar en esta empresa, pareciéndole peligrosa: y el papa Inocencio ofreció aquella corona á Enrique para Edmundo, su hijo segundo. Pero era menester quitarla á Manfredo, hijo natural de Federico, que la habia usurpado. Enrique, á pesar de los gastos forzosos en dinero y tropas para una guerra tan lejana, aceptó imprudentemente la oferta: juntó su parlamento, y pidió subsidios que le fueron negados por dos veces, y concedidos al fin bajo condicion de ratificar de nuevo la gran carta, violada incesantemente. Estas sumas pasaron á Italia á

alimentar la guerra contra Manfredo: pero como era necesario un ejército para debelar á este valiente y hábil usurpador, y Enrique no enviaba tropas, la corte romana tomó por campeon á Cárlos de Anjou, hermano de san Luis, rey de Francia, que quitó á Manfredo la corona y la vida. Enrique perdió las sumas anticipadas, y adquirió el oprobio de haber empezado tan grande empresa para que la concluyese otro príncipe mas hábil ó mas feliz.

Su hermano Ricardo fue tan imprudente como él: porque en virtud de los sufragios de algunos príncipes de Alemania, disputó la corona del imperio, vacante por muerte de Conrado IV, con Alonso X, rey de Castilla: gastó el tesoro que habia allegado, en ganar partidarios entre los señores alemanes: pero no atreviéndose la corte de Roma á decidirse en favor suyo por no desairar á su competidor, hubo de volverse á Inglaterra con el vano título de rey de romanos, comprado á costa de sumas muy considerables para aquel siglo.

Rebelion de los barones ingleses (1258). El descontento de todas las clases de Inglaterra habia llegado á su colmo por la estraccion de tanto dinero fuera del reino, por los beneficios y dignidades prodigadas á los estrangeros, y por las contínuas violaciones de la gran carta. Solo faltaba un hombre capaz de organizar los elementos que existian, de

rebelion, y este hombre pareció. Simon de Montfort, conde de Leicester, era hijo menor del célebre guerrero del mismo nombre, que esterminó los albigenses en el reinado de Felipe Augusto. Su familia poseía grandes dominios en Francia y en Inglaterra: estos últimos cedieron á Simon sus hermanos mayores, el conde de Leicester, esposo de Leonor, hermana de Enrique y viuda del conde de Pembroke, enlazado con los vínculos del deudo á las principales familias del reino, aspiraba á la autoridad que su clase debia darle, y de la cual le separaban cuidadosamente los validos del rey, temiendo la superioridad de su talento y política, su capacidad militar, y su indomable orgullo, que llegó en una ocasion al mayor estremo. El rey, por sugestion de los palaciegos, le quitó el gobierno de Guiena, y le llamó traidor. "Mentís; replicó el baron atrevido, y sino fuerais mi rey, os arrepentiríais de lo que habeis dicho."

Dispuesto á la venganza de sus agravios y á seguir el impulso de su ambicion, tomó segun la costumbre ordinaria de los demagogos, la máscara del patriotismo. La marcha de su conspiracion no tuvo nada de original: porque fue una copia de lo que se habia hecho con el rey Juan. Reunió particularmente los barones, y los persuadió á la rebelion: concurrieron todos armados al primer parlamento que juntó Enrique, y le declararon que era preciso que se sometiese á las dispo-

siciones que ellos dictasen. El rey se sometió.

Disuelto aquel parlamento, se convocó otro en Oxford, al cual la historia ha dado el título de *parlamento loco*. En él empezó á mostrar Leicester la superioridad de su carácter: porque no contento con nombrar veinte y cuatro barones que reformasen los abusos, como se habia hecho en la rebelion contra el rey Juan, logró que se le declarase presidente de esta comision.

Sus primeras operaciones fueron dirigidas, no solo á hacer efectiva la carta y á preservar sus artículos de la arbitrariedad de los ministros, y el caudal público de la rapacidad de los estrangeros, sino tambien á introducir un nuevo fermento en la constitucion inglesa, enteramente aristocrática hasta entonces. Habia la costumbre de que los caballeros de cada condado se reuniesen durante las sesiones del parlamento, y remitiesen á él notas de los abusos que habia en la administracion de sus respectivas provincias. Esta costumbre, cuyo orígen no se conoce, y que quizá se derivaba del tiempo de los anglosajones, sugirió á Leicester la idea de fortalecer su usurpada autoridad con el gran crédito y número de la nobleza inferior: y así se determinó que cada provincia enviase cuatro caballeros, diputados al parlamento, para que espusiesen las quejas y observaciones de sus comitentes. Estos caballeros se reunian en

cámara separada: y así nació la célebre cámara de los comunes de Inglaterra, que con el tiempo ha llegado á ser el primero de los poderes de aquel reino. Aunque creada por un faccioso, los reyes la conservaron, ó porque la nacion lo exigía, ó porque en sus principios mismos, engañando las esperanzas de Leicester, hicieron servicios importantes á la corona.

La comision de los veinte y cuatro no se contentó con asegurar la independencia de los nobles por medio de providencias legislativas, sino usurparon todo el poder de la corona, haciéndose dueños de los castillos, destituyendo á los ministros del rey, nombrando en lugar de ellos otros de su faccion, y dando á sus amigos los gobiernos de las provincias. Parecia que concluido ya el objeto de su comision, deberian renunciar á su dictadura decenviral. No lo hicieron así: conservaron el poder, y aun se sospechó con fundamento que Leicester aspiraba al trono.

La primera oposicion á esta insufrible oligarquía, que aniquilando la autoridad real, arruinaba las provincias entregadas á la depredacion de los barones, procedió de los diputados de la nobleza inferior, hombres mas cercanos al pueblo, mas dispuestos á oir la voz de la justicia, menos accesibles á los estímulos de la ambicion. Estos quisieron con el ausilio del príncipe Eduardo, hijo mayor del rey, poner fin á la tiranía de Leicester: pero

Eduardo, jóven de veinte y dos años, y que daba ya muestras del valor y habilidad política que despues le hicieron tan célebre, respondió que habiendo jurado como todos las ordenanzas del parlamento de Oxford, no le era lícito ir contra ellas. La comision, para acallar las quejas del pueblo y del clero, publicó un código de ordenanzas municipales. Así prolongó tres años su existencia. Pero al fin muchos barones volvieron á la obediencia del rey, y en un parlamento, celebrado en Westminter, se le restituyó su antigua autoridad.

Guerra civil: prision del príncipe Eduardo (1263). Leicester, viendo que el poder se le escapaba de las manos, no dudó encender el reino en guerra civil y estrangera para recobrarlo. Escitó á los príncipes del pais de Gales, siempre rebeldes contra Inglaterra: renovó la confederacion de los barones, y ganó el pueblo de Londres. Treinta mil galeses invadieron el territorio del reino: el príncipe Eduardo, alma del partido realista, marchó contra ellos y los obligó á volverse á sus montañas: pero entretanto el ejército de los barones se apoderó de Glocester, Worcester y otras plazas, y marchó á Londres, donde el pueblo los recibió con alegría. Eduardo volvió al Támesis, y en una conferencia que tuvo con Leicester en Windsor, este pérfido le detuvo prisionero.

Enrique cubrió entonces su debilidad con

el justo pretesto de dar libertad á su hijo, y aceptó las ordenanzas de Oxford, añadiendo á ellas que la comision de los veinte y cuatro duraria todo su reinado y el de su hijo. Pero Eduardo, habiendo recobrado su libertad, tomó las armas contra la comision. Entónces se propuso, para evitar la efusion de sangre, elegir por juez árbitro entre Enrique y sus barones á san Luis, rey de Francia, célebre por todas las virtudes y cualidades propias del cristiano, del héroe y del monarca. San Luis anuló en su sentencia las ordenanzas de Oxford, como ilegítimas en su principio y atentatorias á la dignidad real; pero conservó ilesas la carta y las preeminencias antiguas de los barones. Leicester no se conformó con la sentencia del árbitro, y la guerra prosiguió.

Batalla de Lewes (1264). Enrique y su hijo, habiendo reunido grandes fuerzas, se apostaron en Lewes, villa del Susser, con el objeto de acometer á Londres. Leicester salió de esta ciudad y sorprendió los cuarteles enemigos: pero la actividad del príncipe Eduardo reparó el desorden, y se empezó la batalla. Eduardo, al frente de la vanguardia del ejército realista, acometió el cuerpo de milicias de Londres, lo deshizo y ahuyentó, y lo persiguió imprudentemente, mientras Leicester acometia con el resto de sus fuerzas el grueso del ejército enemigo, mandado por el rey y por su hermano Ricardo, caudillos que aunque pelearon con valor, eran muy inferiores

en habilidad á Simon de Montfort. El ejército de Enrique fue completamente destruido: el rey y su hermano cayeron en poder de Leicester; la misma suerte tuvo el príncipe cuando volvió, creyéndose victorioso, al campo de batalla.

Leicester, dueño de la persona del rey, gobernó despóticamente el reino, no ya como presidente de la comision de los veinte y cuatro, sino como ministro de Enrique, á quien obligaba á firmar los decretos redactados por él. Sus depredaciones, tanto en tierra como en mar, contra los buques mercantes estrangeros, le granjearon el odio universal. Sin embargo, una nueva institucion suya fue creida despues tan útil, que se ha conservado preciosamente en el código fundamental de Inglaterra. Al parlamento de 1265 convocó no solo los diputados de las provincias, sino tambien procuradores de los villajes y aldeas, que hasta entonces no habian tenido representacion alguna en el gran consejo de la nacion. Estos últimos diputados pertenecian, rigurosamente hablando, al pueblo, cuyo favor solicitaba Leicester para sus proyectos ulteriores.

Batalla de Eveshaim (1265). El conde de Glocester, el mas poderoso partidario de Simon de Montfort, se indispuso contra él, cuando le vió afectar una prepotencia despótica sobre todo el reino, y tomó las armas, al mismo tiempo que el príncipe Eduardo logró esca-

parse por medio de un caballo muy ligero que le envió secretamente Glocester, de la vigilancia de sus guardas. Reuniéronse á él no solo los caudillos del partido realista, sino ademas muchos barones irritados contra el orgullo y las injusticias de Leicester.

Este marchó con sus tropas hasta Hereford, donde se habia retirado el conde de Glocester; pero cuando quiso volver á Londres, halló que el príncipe Eduardo, al frente de un ejército muy superior al suyo, le habia cortado la comunicacion con la capital y roto todos los puertos del Saverna. En esta situacion crítica escribió á su hijo Simon de Montfort que acudiese desde el Támesis en su socorro con cuantas fuerzas pudiese juntar. Simon se puso en marcha, llegó á Kenilworth, y se acampó descuidadamente, creyendo á Eduardo ocupado en perseguir á su padre. El príncipe sorprendió su campo, al favor de una marcha forzada, y disipó su ejército.

Entretanto Leicester pasó el Saverna en barcas, y se apostó en Evesham, esperando reunirse con su hijo, cuya derrota ignoraba. El príncipe envió por el camino de Kenilworth á Evesham un cuerpo de su ejército con las banderas cogidas á Simon de Montfort: estratagema que hizo perder mucho tiempo á Leicester, porque creyó que aquellas tropas eran de su hijo: mas cuando supo la verdad del caso, esclamó: "Dios tenga misericordia de nuestras almas: porque los cuerpos

estan ya á merced del príncipe." El combate no fue largo entre fuerzas tan desproporcionadas: no se dió cuartel ni á Leicester, ni á los principales gefes de su partido. El rey, á quien los rebeldes habian puesto en el frente de batalla, recibió sin ser conocido un golpe, por fortuna de poca consideracion: pero gritó: "yo soy Enrique de Winchester, vuestro rey, y le llevaron á la tienda de su hijo."

Así cayó el Catilina de Inglaterra, muy superior al romano en las grandes cualidades, aunque su desmedida ambicion las hizo servir para usurpar la autoridad soberana. La muerte de Leicester allanó todas las dificultades: los barones se sometieron, y el rey fue restituido á su dignidad. Solo Adan de Gourdon se hizo fuerte en los bosques de Hamp: pero Eduardo, que era el mas valiente caballero de su siglo, le venció é hizo prisionero en singular batalla.

Este príncipe, creyendo tranquilizado el reino, tomó la cruz y partió en 1271 con un cuerpo de tropas á pelear con los sarracenos de Oriente en la segunda espedicion de san Luis. Al llegar á Túnez supo la muerte del santo rey, acaecida en el sitio de aquella ciudad: mas esto no le impidió continuar su viaje á Palestina. Entretanto los desórdenes, que sobreviven á las grandes revoluciones, se aumentaron en Inglaterra con su ausencia y con la muerte de su tio Ricardo, rey de romanos. El débil Enrique, privado de los dos,

se hallaba sin fuerza ni consejo. Rendido al peso de los años, de las enfermedades y de las aflicciones, falleció á los sesenta y cuatro años de edad y cincuenta y seis de reinado, el mas largo que han conocido los ingleses, y uno de los que mas han influido en la suerte futura de esta nacion: pues en él se afirmó el poder de la aristocracia limitando la prerogativa de la corona, y comenzó el pueblo á tener intervencion en el gobierno.

SECCION II.

Desde el principio del reinado de Eduardo I hasta la deposicion de Enrique VI.

Eduardo I, rey de Inglaterra (1272). Este príncipe, despues de haber dado muestras de su heróico valor en Palestina, se hallaba de vuelta en Sicilia cuando supo la muerte de su padre. Recibió esta noticia con mas afliccion y lágrimas que las que habia tributado á la muerte de su hijo Juan, habido en Leonor de Castilla, su muger, hija del rey Fernando III el santo: y preguntándole Cárlos de Anjou, rey de Nápoles, en cuya corte se hallaba, la causa de este esceso en su dolor, respondió: "yo puedo tener otros hijos: pero la pérdida de un padre es irreparable."

Los regentes, que el parlamento de Inglaterra nombró, despues de la muerte de Enrique para que gobernasen el reino durante la

ausencia de Eduardo, mantuvieron la paz y el sosiego interior de modo que el rey, antes de volver á la isla, quiso asistir á un famoso torneo, que se celebraba en Chalons del Saona, ciudad del ducado de Borgoña. En él lograron tal ventaja Eduardo y los caballeros de su comitiva, que los franceses y borgoñeses irritados convirtieron aquel simulacro de guerra en batalla verdadera; y antes que los jueces del campo pudiesen remediarlo, hubo muchos muertos y heridos. Pasó luego á París á prestar homenage al rey de Francia por los estados que poseía en el continente, despues á Guiena, donde sosegó algunos alborotos, y últimamente volvió á Inglaterra, y fue coronado en Westminter.

La historia ha abandonado la numeracion de los Eduardos anglosajones, llamando á este rey Eduardo I en lugar de IV. Fue el príncipe mas dotado de grandes cualidades que hasta entonces habia producido su dinastía: de estatura y ademan magestuoso, amigo de la justicia, cuya administracion se regularizó en su reinado, el primer capitan de su siglo, gobernador prudente y vigoroso, restaurador de la autoridad regia, tan envilecida en tiempo de su padre y abuelo, y enemigo de la gran carta: pero hubo de confirmarla por no dar motivo á los barones turbulentos para renovar las guerras civiles.

En la constitucion del parlamento hizo una innovacion importante. Introdujo los ca-

balleros diputados de las provincias en la cámara de los barones: y compuso la de los comunes con solos los diputados de los pueblos, sin darles mas atribucion que la de votar los subsidios. Con el tiempo se hizo costumbre que ambas diputaciones se reuniesen en esta última cámara, pues representaba la nobleza inferior y los vecinos, casi igualmente distantes de la alta aristocracia, y que ademas de los subsidios, presentasen las quejas de sus conmitentes; y mas tarde pidieron (y se les concedió) redactar ellos mismos, en forma de *bill* (ó proyecto de ley) las providencias legislativas que creyesen necesarias para el bien del pueblo. Á Eduardo I se dió el sobrenombre de *Justiniano inglés* por las reformas útiles que hizo en la legislacion.

Conquista del principado de Gales (1277). Los galeses, restos de los antiguos britanos, que no pudo subyugar la fuerza de los anglosajones, dinamarquesesy normandos, obedecian á príncipes particulares, que aunque vasallos de los reyes de Ingaterra por tratados de paz anteriores, hacían frecuentemente guerra á su soberano, y afectaban la antigua independencia de su nacion. Levelin, príncipe de Gales en el reinado de Enrique III, se confederó con el conde de Leicester, y le ausilió con numeroso ejército en la guerra que este baron faccioso hizo contra el trono. Hecha la paz, fue Levelin comprendido en la amnistía general: pero habia hecho demasiado daño á In-

glaterra para vivir seguro: y cuando Eduardo I, elevado al trono, le mandó venir á su corte á prestarle homenaje, no se atrevió á obedecer. Al mismo tiempo David y Roderico, hermanos de Levelin, á quienes este habia despojado de sus señoríos hereditarios, se refugiaron en Inglaterra, y pidieron á Eduardo ausilio para recobrar sus posesiones.

Eduardo entró en el pais de Gales con poderoso ejército, y se apoderó de toda la tierra llana. Levelin, incapaz de resistirle en campo abierto, se retiró á las inexpugnables montañas de Snowdon: el inglés le rodeó en ellas, y la hambre le obligó á capitular. Por el tratado cedió toda la parte del principado que está entre el Snowdon, y el condado de Chester; y Eduardo dió establecimientos en aquella frontera, para que la guardasen, á algunos barones ingleses, cuyos maltratamientos obligaron á los galeses á rebelarse segunda vez en 1281. Levelin fue derrotado y muerto en una batalla: su hermano David, que le sucedió, huyendo de montaña en montaña cayó en poder de los ingleses, que le sentenciaron á muerte de horca, no solo á él, sino tambien á todos los bardos de Gales: estos eran los poetas, que celebrando con sus cantos la gloria antigua de la nacion, incitaban los ánimos á la guerra y á la independencia.

Los tristes restos de aquel pueblo se sometieron: y Eduardo les prometió un principe natural de su pais y que no hablaba mas len-

gua que la de ellos. Este fue Eduardo, su hijo, nacido y criado en Caernarvon. Desde entonces los hijos mayores de los reyes de Inglaterra tomaron el título de príncipes de Gales. Introdujéronse en este pais las costumbres, leyes é idioma de la nacion vencedora, y en pocos años se convirtió en provincia inglesa.

Orígen de la guerra de Escocia (1289). Alejandro III, rey de Escocia, no tuvo mas hijos que Margarita, que casó con Erico, rey de Noruega, y murió antes que su padre, dejando una hija, llamada tambien Margarita, que fue reconocida por heredera de Escocia. Muerto su abuelo Alejandro, al pasar de Noruega á Escocia, para tomar posesion de la corona, falleció en el mar, estinguiéndose en ella la línea directa de los reyes escoceses.

Al punto se declararon pretendientes al trono todos los que por sus conexiones con la familia real creian tener derecho: pero entre ellos los que evidentemente tenian mas justicia, eran Juan Baliol, nieto de la hija mayor de David, hermano del rey Guillermo, abuelo de Alejandro III, y Roberto Bruce, hijo de la hija menor de dicho David, y por consiguiente mas cercano al trono aunque en línea menor. El derecho de Baliol era mejor, suponiendo ya establecido el sistema de representacion hereditaria: pero este sistema no era conocido todavía en Escocia, porque no se habia previsto el caso en que se hallaban.

Los rengentes del reino determinaron ele-

gir por juez árbitro á Eduardo, rey de Inglaterra, célebre ya por sus conocimientos en jurisprudencia, y amigo de Escocia, pues era hermano político del último rey Alejandro III, y ademas desde los tiempos de Enrique II habian vivido en paz ingleses y escoceses: y aun Alejandro dió socorros muy importantes á su suegro Enrique III contra los barones rebeldes.

Eduardo se acercó en 1291 con poderoso ejército á la frontera de Escocia, convocó los barones de este reino á Nordham, villa situada sobre el rio Tweed, declaró que decidiria la cuestion, no en calidad de juez árbitro, sino como soberano que era de Escocia, nombró cuarenta señores escoceses de los que favorecian á Bruce, otros cuarenta del partido de Baliol, y veinte y cuatro barones ingleses por adjuntos, les mandó reunirse al otro lado del Tweed en territorio de Escocia, y discutir contradictoriamente el derecho de los candidatos; y cuando hubieron concluido sus sesiones, é informádole del resultado de ellas, dió sentencia á favor de Juan Baliol. Este fue reconocido y proclamado rey de Escocia: y cediendo al poder de Eduardo, prestó homenaje por su nueva corona al monarca inglés, como á su soberano. Este título que tomó Eduardo, era una verdadera usurpacion: porque si bien los reyes de Escocia habian prestado vasallaje á sus antecesores, habia sido por los estados que poseian en el norte de Inglaterra, y no por su corona de Escocia. Es verdad que el

rey Guillermo, vencido y hecho prisionero por Enrique II, rey de Inglaterra, en la batalla de Alnwik, hizo homenaje por su corona misma: pero tambien lo es, que Ricardo I, sucesor de Enrique, no queriendo dejar enemigos en la isla, cuando partia á la Tierra santa, no solo relevó la corona de Escocia del vasallaje, sino restituyó á su rey las plazas que tenia de aquel pais.

Pero el intento de Eduardo no era contentarse con el vano título de señor soberano: aspiraba á agregar la Escocia á su reino, como habia agregado el pais de Gales, y formar de toda la isla una sola monarquía: grande y escelente proyecto, si para lograrlo no fuese preciso recurrir á la injusticia y á las maldades. Eduardo ejerció con suma dureza la autoridad de soberano, y por causas muy leves obligaba á venir á Londres á su nuevo vasallo Juan Baliol, príncipe de condicion blanda y débil de carácter, y algunas veces á presentarse en la barra del parlamento como si fuera un hombre particular.

Batalla de Dumbar: conquista de Escocia (1296). Los escoceses sufrieron estos ultrajes, que se les hacian en la persona de su rey, solo para que se sublevasen, y diesen pretesto á invadir la Escocia, hasta que, habiéndose movido guerra en 1295 entre Eduardo y Francia con motivo de las mutuas piraterías que los buques franceses é ingleses cometieron, creyeron los escoceses que era llegado el momento de sacudir un yugo tan ignominioso:

Juan de Baliol hizo alianza con Felipe el hermoso, rey de Francia. Eduardo citó al escoces al parlamento de Londres: y habiéndose negado á obedecerle, marchó con su ejército contra Escocia.

Rindió la plaza fronteriza de Berwik, y envió al conde de Warenne á sitiar á Dumbar. El ejército escoces, muy numeroso, pero mal disciplinado, acudió en defensa de aquella ciudad: el general inglés salió de sus líneas, les dió una rota terrible en que mató 20000 de ellos, y las fortalezas de Dumbar, Borburgh, Edimbugo y Stirling abrieron sus puertas á Eduardo. Toda Escocia se sometió. Juan Baliol quedó prisionero, y dos años despues se le dió libertad bajo condicion de que fuese á vivir á Francia y renunciase á la corona. Eduardo, habiendo recibido el juramento de fidelidad de los barones escoceses, dejó por regente de aquel reino al conde de Warenne, y se volvió á Inglaterra trayéndose una piedra, que se consevaba en la abadía de Leone, y cuya posesion, segun una supersticion antigua, era prenda segura de la independencia de Escocia. Al año siguiente hizo paces con Felipe el hermoso, que abandonó á su infeliz destino á los desgraciados escoceses: y no lucía ningun rayo de esperanza á esta nacion, belicosa á la verdad, pero subyugada por fuerzas muy superiores.

Batalla de Stirling: la Escocia libertada por Wallace (1297). El conde de Warenne

gobernó á Escocia con prudencia y moderacion: pero habiendo vuelto á Inglatera para restablecer su quebrantada salud, dejó encomendada su autoridad á Omesby, justicia mayor de Escocia, y á Cresingham, tesorero general, ambos ingleses. Estos hombres, duros y codiciosos, cometieron mil tropelías, injusticias y vejaciones, é hicieron insufrible á los escoceses el yugo, que sin estas tiranías les era ya tan oneroso.

Guillermo Wallece, noble escoces, aunque pobre, mató á un oficial inglés que le habia insultado, huyó á los bosques, reunió una cuadrilla de los partícipes de su odio á la usurpacion, aumentó en breve el número de sus partidarios, acometió casi siempre con felicidad los destacamentos ingleses que estaban diseminados por el reino, y su elocuencia, valor y actividad convirtió su pequeño escuadron en ejército considerable. Marchó entonces á Scone, donde estaba Omesby con el cuerpo principal de los ingleses: pero estos no le esperaron y pasaron el Tweed. Toda la nobleza de Escocia tomó las armas, y se puso bajo el mando del valeroso aventurero; que tomando el título de regente del reino por Juan Baliol, se preparó á recibir al conde de Warenne, que sabedor de estas novedades, marchaba contra Escocia al frente de 40000 hombres, y por el camino de Annafolale se acercaba á Stirling.

Wallece, inferior en número, se apostó en Cambuskennet, colocado en frente de Stirling.

al otro lado del Forth. Su posicion era tan ventajosa que Warenne no le hubiera atacado en ella, á no ser por las instancias de Cresingham. Vencido de ellas, mandó pasar sus tropas por un puente. Cuando vió Wallace en frente de sí el número de ingleses proporcionado á las tropas que él tenia, salió repentinamente de sus cuarteles, dió sobre ellos antes que se pusiesen en formacion, impidió el paso del puente á los demas, arrojó al rio ó pasó á cuchillo el cuerpo que tenia delante. Entre los muertos se reconoció el cadáver de Cresingham, hombre tan aborrecido de los escoceses, que de su pellejo hicieron cinchas para los caballos. Warenne evacuó á Escocia, con su ejército disminuido y consternado; y Wallace, recobradas las fortalezas de Rox-Bury y Berwik, taló toda la Nortumbria hasta Durham, y se volvió á su reino cargado de rico botin.

Batalla de Falkirk (1298). Los orgullosos barones de Escocia llevaban muy á mal ser mandados por un pobre hidalgo como Wallace: y apenas el ardiente patriota lo conoció, abandonó el título de regente y el mando del ejército, y se redujo á ser comandante de un cuerpo de la retaguardia que le dejaron los nuevos gobernadores del reino, nombrados por los grandes. El nuevo general Cummin de Badenoch, esperó apostado en Falkirk, á Eduardo, que hecha la paz con Francia, marchaba á Escocia con ejército numeroso. En-

contráronse los dos campos, y travada la batalla, los flecheros ingleses arrojaron de su posicion á los escoceses de la misma arma, y dispararon sus flechas contra los piqueros enemigos que estaban atrincherados y los desordenaron. Este movimiento dió tanta superioridad á las tropas de Eduardo, que apesar de la tenaz resistencia de los escoceses, lograron la victoria, hecha gran carnicería en los enemigos. Wallace se retiró en orden con su cuerpo, protegido por el rio Carron, que le separaba del enemigo.

Eduardo ocupó el mediodia de Escocia: mas no pudo completar la conquista del reino, porque el pais, talado por unos y otros, no suministraba víveres para su numeroso ejército: y la guerra se redujo durante algunos años á acciones parciales en que los escoceses llevaban casi siempre ventaja.

Batalla de Rosling: los ingleses arrojados segunda vez de Escocia (1303). Los escoceses nombraron regente á Juan Cummin, el cual, reunidas sus fuerzas, marchó contra el general Segrave, á quien Eduardo habia confiado el mando durante su ausencia. Este general tenia sus cuarteles en Rosling, cerca de Edimburgo, dividido en tres cuerpos. El regente sorprendió y destrozó una de estas divisiones. La segunda, que estaba mas cercana, acudió cuando ya la primera no existía, y tuvo su misma suerte. Los fugitivos de ambos cuerpos se replegaron sobre el tercero,

que acudia en su socorro; y aunque los escoceses estaban ya cansados de vencer, acometieron con tanto denuedo, que los ingleses, consternados con tantas pérdias, les dejaron la tercera victoria, y abandonaron segunda vez á Escocia.

Escocia conquistada segunda vez por Eduardo (1304). Pero Eduardo no dejó una empresa en la cual hacía consistir la gloria de su reinado. Juntó numeroso ejército, que favorecido en su movimiento sobre las costas de Escocia por la escuadra inglesa, atravesó el reino en todas direcciones sin encontrar resistencia en ninguna parte. Todos los señores y barones, incluso el mismo regente, se sometieron.

El rey de Inglaterra destruyó los monumentos públicos, arrasó las fortalezas, abolió las leyes de Escocia, y substituyó las inglesas. No creyendo segura su conquista mientras viviese Wallace, cuyo asilo le habia descubierto por soborno Juan de Mentlith, amigo falso del valiente escocés, le mandó prender y conducir encadenado á Londres, donde se le condenó, como traidor, á ser ahorcado y descuartizado. Así pereció el Viriato de Escocia, cuyo único delito fue haber defendido contra un usupador los derechos y la independencia de su patria.

Escocia libertada por Roberto Bruce (1306). De su ruina salió un vengador: Juan Baliol habia muerto ya: y su hijo único, lla-

mado Eduardo, estaba cautivo en poder del rey de Inglaterra. Roberto Bruce, hijo del que habia disputado la corona á Juan de Baliol, viendo ya espedito el camino al trono, trató de aventurarse por conseguirlo, y manifestó su proyecto y esperanzas á Juan Cummin, el vencedor de Roling, cuando Eduardo estaba todavía en Escocia. Vuelto el rey á Londres, Roberto se vió precisado á acompañarle. Un dia le envió un amigo suyo unas espuelas y un bolsillo lleno de dinero; y el portador le dijo que su amo le devolvía aquello que habia recibido en préstamo. Como Roberto no le habia prestado nada, comprendió que Eduardo sabia sus designios, y huyó inmediatamente á Escocia, reunió en Dumfries la nobleza del reino, le manifestó sus derechos y su determinacion, y todos se resolvieron á tomar las armas. Juan Cummin, que efectivamente habia escrito á Eduardo la conspiracion de Bruce, fue el único que se opuso al deseo comun: pero Roberto, ó por vengar la traicion que ya sospechaba, ó por librarse de un adversario tan poderoso, le atravesó con su mismo puñal poco despues de disuelta la asamblea. La revolucion fue prontísima: toda Escocia se puso en armas; los ingleses que la guarnecian fueron muertos ó arrojados del reino, y Roberto Bruce ciñó sus sienes con la corona de Escocia.

Al año siguiente preparó Eduardo una nueva espedicion para conquistar tercera vez aquella nacion. Envió delante, con un cuerpo

considerable de tropas á Aimero de Valencia, y venció en Methven, villa del condado de Pert, á Roberto Bruce, y le obligó á refugiarse en las islas Hebrides. Eduardo estaba en Carlisle, y se disponia á entrar con todas sus fuerzas en Escocia para asegurar su conquista, cuando le sorprendió la muerte á los sesenta y nueve años de edad y treinta y cinco de reinado: príncipe dotado de gran valor y capacidad, y digno de los mayores elogios, si la injusticia y la usurpacion no hubiesen afeado sus grandes cualidades, y causado una guerra cruel de esterminio.

Eduardo II, rey de Inglaterra (1307). Á las brillantes injusticias de Eduardo I, sucedió el reinado turbulento de su hijo Eduardo II, príncipe de un carácter amable, pero incapaz de gobernar. Convencido él mismo de su inhabilidad, se entregó al arbitrio de sus ministros. Los grandes del reino, celosos del poder y autoridad de los validos del rey, se sublevaron contra ellos, hubo guerras civiles, en las cuales pasó alternativamente Eduardo de la esclavitud voluntaria en que se ponia él mismo bajo el dominio de sus privados al cautiverio forzado en que le tuvieron algunas veces sus orgullosos barones, hasta que en fin pereció á manos de su infame y adúltera esposa, Isabela de Francia, hija de Felipe el hermoso. Esta alternativa consumió los veinte años de su deplorable reinado.

El primer acto de Eduardo manifestó la

flaqueza de su carácter. Roberto Bruce habia salido de su asilo, reunido un ejército, y conseguido grandes ventajas contra Aimero de Valencia: el rey, en lugar de ausiliar á su general, se volvió desde las fronteras de Escocia á Londres, y permitió á Roberto, no solo recobrar su reino, sino hacer incursiones en Nortumbria é Irlanda, que asolaron estos paises, y estendieron la nombradía del nuevo rey de Escocia.

El primer favorito del rey fue Pedro Gaveston, natural de Gascuña y empleado en el servicio de su casa antes de la muerte de Eduardo I. Era jóven, de agradable presencia, valeroso y activo: pero muy dado á placeres y diversiones. El rey le dió el condado de Cornwallis, vacante por haberse estinguido la descendescia de Ricardo, rey de romanos y hermano de Enrique III. Despues, cuando Eduardo II pasó á Francia, á celebrar sus bodas con Isabela, le nombró regente del reino con el título fastuoso de *Custodio*.

Los barones no necesitaban de tantos estímulos para declararse contra él. La nueva reina, que no podia sufrir á los amigos de su marido, se unió á la faccion de los barones, dirigida por Tomás, conde de Lancaster, hijo de Eduardo, hermano de Eduardo, I, y primer príncipe de la sangre. En un parlamento celebrado en Westminter en 1308 obligaron al rey á que echase del reino á Gaveston. Eduardo le nombró gobernador de Irlanda, donde mostró

valor y prudencia, y domó á los rebeldes. Eduardo, que no podia vivir sin él le envió á llamar, juntó un nuevo parlamento donde pudo conseguir la pluralidad de sufragios, y restituyó á Gaveston su antiguo poder y autoridad. Pero los grandes indignados reunieron otro parlamento, sin permiso del rey, quitaron á Eduardo la autoridad, y nombraron una comision de doce individuos para gobernar el reino. Gabeston fue desterrado segunda vez, y se refugió en Flandes.

Asesinato de Gaveston (1312). El rey pasó al condado de York para libertarse de la tiranía de Lancaster, reunió tropas, y llamó á su favorito. Pero el conde de Lancaster marchó hácia el norte con fuerzas muy considerables, obligó á Eduardo á retirarse á Berwik, y sitió á Gaveston en el castillo de Scarborough. Gabeston, aunque la plaza era fuerte, desconfiaba de la resistencia de la guarnicion, y capituló quedar prisionero de sus enemigos, salva la vida. Confióse su custodia al conde de Pembroke: pero le guardó tan mal, que el conde de Warwik acometió la prision y se apoderó del infeliz valido. Llevóle al castillo de Warwik, donde fue muerto á manos del verdugo por orden de Tomás de Lancaster.

La muerte de Gaveston, aunque muy llorada por Eduardo II, hizo mas fácil la reconciliacion entre este príncipe y sus barones. Cesó la comision de los doce, y el rey volvió á gobernar; es decir, entregó la autoridad y su

corazon á Hugo Spencer y á su padre: este hombre respetable por sus servicios: aquel, jóven atrevido y astuto: pero al menos tenian la ventaja de pertenecer á la primera nobleza del reino. Pacificada Inglaterra, hizo el rey una invasion en Escocia: pero Roberto Bruce se mantuvo á la defensiva y los ingleses hubieron de retirase por falta de víveres.

Batalla de Bannockburn (1314). Como las turbulencias de Inglatera parecian terminadas, se volvió con sumo ardor á la guerra de Escocia, y Eduardo penetró en este reino con un ejército de 100000 hombres: las fuerzas de Roberto Bruce solo ascendian á 30000: y tenia entonces sitiada la plaza de Stirling, la única que poseian los ingleses en lo interior del pais. Su gobernador Felipe de Mobwray, obligado á capitular despues de una esforzada resistencia, prometió rendirse, sino era socorrido dentro de un término, que fijaron.

Bruce, que veia acercarse la tempestad, se apostó en Bannockburn, pueblo situado á dos millas de Stirling, apoyó su izquierda en un pantano, su derecha en una montaña, y á lo largo de un arroyo que cubria su frente, mandó abrir fosos profundos, clavar en ellos estacas puntiagudas, cubrir unos y otros con céspedes. Apenas apareció el enemigo, se travó un combate de caballería, en que Roberto Bruce, al frente de la suya, dió un tajo tan fuerte á Enrique de Bohun, comandante de la inglesa, que le dividió la cabeza en

dos mitades hasta la barba. Esta hazaña sirvió de agüero para el éxito de la batalla.

Al dia siguiente empezó la accion por un ataque de la caballería inglesa á las órdenes del conde de Glocester, cuñado del rey: pero cayó en los pantanos ocultos, y pereció con la mayor parte del cuerpo que mandaba. Jaime Douglas, uno de los héroes mas celebrados de Escocia, acometió entonces con su caballería, y derrotó lo que quedaba de la inglesa, al mismo tiempo que bajaba lentamente de la montaña un cuerpo escocés amenazando el flanco enemigo. Este cuerpo se componía de vivanderos, carreteros y otros sirvientes del ejército, á quien Bruce mandó dar estandartes y armas, y que hiciesen aquel movimieto. Los ingleses, creyendo que eran verdaderas tropas que iban á cortarles la retirada, aterrados, ya por sus pérdidas anteriores, arojaron las armas y se pusieron en fuga. Los enémigos los persiguieron hata Berwik, hicieron botin considerable y un gran número de prisioneros. El rey escapó embarcándose en Dumbar y navegando á las costas de Inglaterra. Esta fue la jornada decisiva de Bannockburn, que aseguró la independencia de Escocia, y costó á los ingleses mas gente que ninguna otra accion desde los tiempos de la conquista de los normandos.

Los diez años siguientes á esta batalla fueron sumamente desgraciados para Inglaterra. Se firmaron treguas con Escocia por trece años: pero se encendió guerra con Francia

donde reinaba entonces Cárlos IV, por sobrenombre el hermoso, con motivo de algunos castillos de Guiena. En esta lucha, aunque no hubo acciones considerables, llevaron siempre los ingleses lo peor.

La situacion del reino era mas lamentable todavía. El rey, mas apasionado de Spencer el jóven, que lo habia nunca estado de Gaveston, le prodigó honores, tierras y dignidades y le casó con una sobrina suya, hija del conde de Glocester. Los grandes indignados declararon guerra á los Spenceres, y obligaron al rey á que los echase del reino. Pero abusaron de este efímero triunfo hasta tal punto, que uno de ellos, Lord Badlesmere, negó la entrada en su castillo de Leeds á la reina Isabela que viajaba por el Kent, y mandó matar á muchas personas de su comitiva que se presentaron á las puertas.

Suplicio de Tomás de Lancaster (1322). Este insulto fue mal visto de toda la nobleza, y el rey pudo vengarlo, juntando un pequeño cuerpo de tropas, y apoderándose del castillo. Animado con este primer ensayo, aumentó sus fuerzas, llamó á los Spenceres, é hizo frente á los barones. El conde de Lancaster y sus principales partidarios se retiraron á las provincias del norte á esperar los refuerzos que les enviaba Roberto Bruce, con quien mantenian secreta correspondencia: pero fueron rodeados en Boroughbridge, villa del condado de York, por las tropas del rey, que ascendian

á 30000 hombres y cayeron en manos de Eduardo. Los principales de ellos, condenados por un tribunal marcial, sufrieron el último suplicio. Tomas de Lancaster, aunque primo hermano del rey, fue degollado junto al castillo de Pomfret que era suyo.

Los Spenceres pudieron con esta victoria haber asegurado su poder: pero el jóven era insaciable de riquezas y orgulloso. La mayor parte de los bienes confiscados á los rebeldes, vinieron á parar á su poder: y se enemistó con la reina, porque esta princesa, madre ya de cuatro hijos, solicitaba tener intervencion en el gobierno.

Viaje de la reina Isabela á París (1324). El gabinete inglés deseaba la paz, y aunque ya el conde de Kent, hermano del rey, estaba en París para tratarla, se creyó conveniente enviar á la reina Isabela, que como hermana, y muy querida de Cárlos IV, podria sacar mejor partido que un estraño, á favor de Inglaterra. Este viaje, deseado por la reina para sustraerse de la tiranía del favorito, y de los Spenceres que temian el influjo de Isabela, fue aprobado por los dos partidos que dividian el consejo.

En París vió la reina á Roberto Mortimer, caballero inglés del partido de los barones rebeldes y fugitivo de Inglaterra. Allí nació ó se enardeció de nuevo la pasion adúltera, que hizo cometer tantos crímenes á esta infame princesa, referidos ya en el tomo XVII

de esta obra en el reinado de Cárlos el hermoso.

Isabela logró con engaños que viniese á Francia su hijo Eduardo, príncipe de Gales, que á la sazon tenia 13 años: trató su matrimonio con Felipa, hija del conde de Olanda y de Henao: desembarcó en Inglaterra, con solo 3000 hombres, reunidos de Flándes y de Francia, pero teniendo ya ganados á su partido á los mismos hermanos del rey, condes de Kent y de Norfolk, y minado el reino de manera, que apenas Eduardo salió de Lóndres contra ella, se alborotó esta ciudad y se entregó á sus partidarios: hizo prisionero á su esposo fugitivo, le destronó y puso preso en el castillo de Viennilworth, elevando al trono á su hijo Eduardo III, bajo cuyo nombre reinaba ella: sació su venganza en los dos Spenceres, que cayeron en sus manos, confundiendo en la misma ruina las virtudes y méritos del padre y los vicios del hijo: elevó á las mas altas dignidades del reino á su perverso adultero: en fin, completó el horrendo cúmulo de sus maldades, haciendo que dos confidentes suyos diesen muerte á Eduardo II, introduciéndole un hierro ardiendo en las entrañas.

Así pereció este infeliz monarca expiando mas rigurosamente su debilidad, que los Nerones y Calígulas sus atrocidades y tiranías. Vivió cuarenta y tres años y reinó veinte. Tuvo de Isabela de Francia cuatro hijos; Eduardo III, que le sucedió: Juan, que murió jóven en Perth: Juana, que fue reina de Escocia, y Leo-

ñor que casó con Reginaldo, conde de Gueldres.

Eduardo III, rey de Inglaterra (1327). Apenas fue coronado Eduardo, rompieron la tregua los escoceses, creyendo aprovecharse de las turbulencias que eran de esperar en la corta edad del rey y despues de tantos estragos civiles: pero Eduardo, mostrando ya en su primera juventud las grandes cualidades que despues le hicieron tan célebre, se puso al frente de un ejército de 60000 ingleses, y marchó á las provincias del norte, acompañado de Mortimer, que entonces lo mandaba todo. Los escoceses aunque mandados por sus dos héroes Douglas y Murray, se retiraron, sin que Eduardo los pudiese obligar á combatir; una noche, que entraron por sorpresa en los cuarteles del rey, faltó poco para que le hiciesen prisionero: pero Eduardo tuvo tiempo para escapar, y los agresores fueron rechazados con pérdida. La campaña concluyó retirándose los escoceses á su reino: y al año siguiente se hizo la paz entre Inglaterra y Escocia, renunciando la primera al derecho de supremacía que tanta sangre le habia costado.

Suplicio del conde de Rent y de Mortimer (1330). El conde de Rent, hermano del difunto rey, creyendo que no habia muerto, á pesar de la voz que habia echado el partido de Mortimer, sino que estaba encerrado en alguna prision oculta: conociendo el odio que se tenia generalmente á Isabela y á su amante, y viendo al rey su sobrino privado de la auto-

ridad por una faccion, determinó derribarla y empezó á conspirar contra Mortimer, que sabedor de ello, mandó prenderle y formarle causa en el parlamento. El infeliz príncipe fue condenado á muerte y degollado: y sus bienes, así como los de los Spenceres, aumentaron la fortuna, ya colosal, de Mortimer.

Pero este triunfo aceleró su ruina. Todo el reino se indignó de ver á un infame bañarse á su placer en la sangre real, y disponer de los infantazgos de los príncipes. Eduardo mismo conspiró contra su vasallo, le prendió en el castillo de Nottingham, donde estaba con Isabela, le entregó á un parlamento que le condenó á muerte, recluyó á su madre en un castillo, y tomó en su mano vigorosa las riendas del gobierno.

Nueva guerra con Escocia: batalla de Hallidownhill. (1333). Roberto Bruce habia fallecido en 1329, dejando por heredero de su trono, adquirido con tanta gloria, á David Bruce su hijo en menor edad, bajo la regencia de los Douglas y de los Murray. Eduardo III, cuya intencion no era renunciar á los planes ambiciosos de su abuelo, suscitó un competidor al nuevo rey de Escocia en la persona de Eduardo Baliol, hijo del rey Juan Baliol, y le dió algunas tropas auxiliares. Baliol entró en el reino, venció el ejército que se le opuso, y fue coronado rey en Scone: pero Arguimbaldo Douglas, hijo de Jaime, juntó nuevas fuerzas, le derrotó y arrojó del reino.

Eduardo marchó para sostener á su cliente con un ejército bien disciplinado, en el cual se distinguia un cuerpo de escelentes flecheros, que fue instrumento de todas las victorias de este rey. Sitió y tomó á Berwik: y derrotó junto á Hallidownhill en batalla campal el ejército de Douglas. Este valiente general y 30000 escoceses quedaron muertos en el campo.

Baliol penetró en Escocia despues de esta victoria: pero fue arrojado por el regente Murray. Esta guerra duró muchos años con vario suceso. Cuando los negocios de Eduardo le permitian ó ir á ella en persona ó enviar á Baliol refuerzos considerables, triunfaba el partido de este: cuando quedaba reducido á sus propias fuerzas, recobraba David Bruce la superioridad.

Guerra con Francia (1339). Eduardo III queria hacer valedero el derecho de su madre Isabela á la corona de Francia, á pesar de la ley fundamental reconocida en este reino poco antes, y que siempre habia sido ejecutada como costumbre. Ausiliado por Roberto de Artois, enemigo personal de Felipe VI, rey de Francia, y de Artevelle, que sostenia la insurreccion de Flandes contra su conde y contra el rey de Francia su soberano, comenzó la terrible lid, en que logró tantas victorias contra los franceses, pero que concluyó de un modo muy contrario á sus esperanzas.

En 1340 derrotó la escuadra francesa jun-

to á la esclusa: y despues de una breve tregua, se volvió á la guerra con motivo de la sucesion de Bretaña, y en 1346 se dieron los dos reyes, de poder á poder la famosa batalla de Crecy, en que Eduardo con fuerzas muy inferiores derrotó á Felipe de Valois. Al año siguiente, despues de un sitio ostinado, se apoderó de la importante plaza de Calés, llave del reino de Francia en su parte septentrional del occidente. Entonces se firmó una tregua que duró el resto del reinado de Felipe de Valois.

Batalla de la cruz de Neville (1349). La guerra de Escocia proseguia siempre, aunque sin acciones decisivas de una parte; porque sus fuerzas eran pocas y estaban quebrantadas, de otra, porque se empleaban en la guerra de Francia casi todas las que habia. Al fin David Bruce, rey de Escocia, hizo el último esfuerzo, juntó un ejército numeroso, é invadió los condados de Nortumbria. Los ingleses solo les pudieron oponer 12000 hombres: pero eran mandados por la reina Felipa, muger de ánimo tan intrépido como el de su marido. Dióse la batalla en un sitio llamado la Cruz de Neville, cerca de Durham: y la fortuna favoreció á los ingleses de modo que el rey de Escocia y muchos de sus principales barones quedaron prisioneros, ademas de la gran pérdida que tuvieron en muertos.

En 1355 se renovó la guerra con Francia, queriendo Eduardo aprovecharse de las desavenencias sangrientas que habia entre Cár-

los el malo, rey de Navarra, á quien daba socorros y el nuevo rey de Francia Juan II. Al año siguiente ganó su hijo Eduardo, príncipe de Gales, la gran batalla de Poitiers en que hizo prisionero al rey Juan. En 1360 se hizo la paz, dando libertad al rey de Francia, que volvió á la prision en lugar de sus hijos que estaban en rehenes y se habian huido, y falleció cuatro años despues, dejando la corona á su hijo Cárlos V, cuya prudencia, ausiliada por el valor de su condestable Beltran Duguesclin, hizo perder al rey de Inglaterra todas las ventajas que habia conseguido en el continente, escepto la de ser dueño de Calés. El fallecimiento del príncipe Eduardo, acaecido en 1376, y la pérdida de Aquitania, donde solo quedaban ya á los ingleses las plazas de Burdeos y Bayona, aceleraron la muerte de Eduardo III, que acabó en 1377 á los sesenta y cinco años de edad y cincuenta y uno de reinado.

Este príncipe, sin duda el mas grande de la dinastía Plantageneta, supo domar y acostumbrar al yugo la indócil aristocracia de Inglaterra. Consiguió grandes victorias, pero mas gloriosas que útiles, porque Eduardo, acometiendo á un mismo tiempo á Escocia y á Francia, consultó mas la grandeza de su ánimo y de su ambicion, que las fuerzas de su reino. Así es que perdió en su reinado la corona de Inglaterra, los estados que poseía en el continente, sin mas resarcimiento que el de poseer en Calés la llave del reino de Francia

por donde, pudiesen invadirlo sus sucesores

Este rey tuvo muchos hijos: Eduardo príncipe de Gales, que falleció antes que él, dejando á su hijo Ricardo, que sucedió en el trono: Leonelo, duque de Clarence: Juan de Gante, llamado así por haber nacido en esta ciudad de Flandes, duque de Lancaster: Edmundo, conde de Cambridge, y despues duque de York: Tomás, conde de Bukingham, y despues duque de Glocester: Isabela, que casó con el conde de Bedfort: Juana, que murió en Burdeos sin haberse casado: María, que fue esposa de Juan de Montfort, duque de Bretaña, y Margarita, que casó con el conde de Pembroke.

Ricardo II, rey de Inglaterra (1377). Ricardo II, hijo del príncipe negro y nieto de Eduardo III, ascendió al trono en menor edad, y bajo los auspicios de sus tres tios, los duques de Lancaster, York, y Glocester (porque Leonelo habia fallecido ya); fueron bastante tranquilos los primeros meses de su reinado. La cámara de los comunes, que desde el reinado anterior empezaba á tener bastante influencia en el gobierno, pidió y consiguió que se nombrase un consejo de nueve personas, encargadas de la administracion pública mientras el rey fuese menor. La guerra se sostenia, aunque flojamente contra Francia y Escocia: en este último trono habia sucedido á David Bruce, que falleció sin posteridad, su primo Roberto Estuardo, primer rey de su célebre dinastía.

El rey de Navarra cedió á Inglaterra el puerto de Cherburgo, y el duque de Bretaña, el de Brest; con el ausilio de estas entradas y de las de Calés, Burdeos y Bayona; hicieron los ingleses algunas incursiones en el reino de Francia, donde ya no poseían territorio alguno considerable. La mas célebre de estas incursiones fue la que hizo en 1378 el duque de Lancaster, que desembarcando en Calés con un cuerpo de 10000 hombres, recorrió y taló á Picardía, Campaña y Orleans, y llegó á incorporarse en Bretaña con las tropas del duque: pero este se reconcilió poco despues con el rey de Francia, y la espedicion de Lancaster fue tan infructuosa como todas las que hizo Eduardo III, en los últimos años de su reinado.

Insurreccion popular (1381). La rebelion del pueblo en Flandes y de la *Jaquería* en Francia, fueron contagiosas, y el espíritu que las habia dirigido, penetró en Inglaterra, donde la clase de los villanos era oprimida tanto por los señores como por los agentes del gobierno: y así bastó una leve chispa para levantar grande incendio.

Habíase echado un impuesto por cabeza, que debian pagar todos los que habian llegado á la edad de la pubertad. Un perceptor pidió á un herrero, que vivia en un village del condado de Esex, la capitacion de su hija. El padre aseguró que no tenia la edad señalada en el decreto: el ministril quiso conocer si

decia verdad, de una manera indecente: y apenas el padre le vió echar mano á su hija, le rompió la cabeza con el martillo. Los espectadores aplaudieron su accion: y en el momento se pusieron en armas todos los condados de la parte oriental del reino, y eligieron por gefes á los mas atrevidos de la clase popular. Uno de sus cuerpos, habiendo encontrado á la princesa de Gales, madre del rey, que volvia de Cantorbery, acometió y desbarató su comitiva, y obligó á la princesa, como prueba de la igualdad de todas las clases, á abrazar á los gefes de aquella tropa: despues de lo cual la permitieron ir libre.

Dividiéronse en dos cuerpos: el uno entró en Lóndres, robó no solo las casas de los grandes sino tambien las de los mercaderes mas opulentos, y obligaron al rey á concederles una carta, en la cual se les prometió amnistía, libertad de comercio sin impuesto y la conversion de sus servicios como villanos en una renta anual pagadera al señor. Otro ejército de rebeldes, mandado por un sombrerero llamado Tyler, se apoderó de la torre de Lóndres, degolló al arzobispo de Cantorbery, que era canciller, y á otros ministros de la corona. El rey, aunque jóven todavía de diez y seis años, no dudó en parlamentar con este gefe insolente y sanguinario en Smithfield: pero en la conferencia manifestó Tyler tan grosera impudencia, que el corregidor de Lóndres, que acompañaba al rey, le atravesó con su espada.

Los suyos se prepararon á vengarle. Ricardo se presenta á ellos con la mayor serenidad y les grita: "¿por qué es ese tumulto? Si sentís la pérdida de vuestro caudillo, aquí estoy yo que soy vuestro rey y os conduciré." Estas palabras calmaron la agitacion. Publicóse la amnistía y la nueva carta, y los rebeldes se volvieron á sus casas. El primer parlamento anuló una y otra: pero Ricardo no quiso ejercer castigos ni venganzas, creyendo mas conveniente ahogar la memoria de aquella insurreccion, que no favorecida, antes bien contrariada por las clases superiores de la sociedad, no podia ser peligrosa sino por la desesperacion del pueblo, si se excitaba con suplicios.

Comision de los catorce (1386). Esta prueba de firmeza y moderacion, dada por el rey, infundió esperanzas que se iban desmintiendo, conforme fue entrando en edad. No le faltaban valor ni sagacidad política: pero era violento en sus determinaciones, tenia poco juicio para emprender, y el amor de los placeres, que era su pasion dominante, le hacia abandonar los designios apenas encontraba en ellos dificultades ó peligros.

Añadíase al mal efecto de las disposiciones del rey la ausencia del duque de Lancaster, el mejor capitan que tenia entonces Inglaterra. Habiendo casado con doña Costanza, hija de Pedro el cruel y de doña María de Padilla, pasó á Portugal á sostener las pretensiones de su esposa á la corona de Castilla

y Leon, poseida por la descendencia de Enrique de Trastamara, hermano de Pedro, y llevó consigo la flor de los guerreros ingleses. Su espedicion no produjo otro efecto que el matrimonio de su hija Catalina con Enrique III, hijo de Juan I, rey de Castilla: con cuyo matrimonio se confundieron los derechos de las dos casas rivales de Lancaster y Trastamara: pero su larga ausencia de Inglaterra dió origen á desavenencias y alborotos, que él solo podia sosegar con su poder é influencia. Su hermano el duque de York era hombre de caracter pacífico, é incapaz de tomar parte en las desavenencias civiles: no así el duque de Glocester, príncipe astuto, turbulento, ambicioso de autoridad, é incapaz de reparar en los medios cuando se proponia conseguir una empresa.

A Cárlos V el prudente, rey de Francia, habia sucedido su hijo Cárlos VI en menor edad: y el gabinete francés creyó conveniente enviar tropas auxiliares á Roberto, rey de Escocia, para transferir á la isla el teatro de la guerra. El consejo inglés resolvió hacer la guerra á los escoceses con mas vigor que hasta entonces: y Ricardo se puso al frente de un numeroso ejército, y abrazó y taló desde la frontera hasta el Edimburgo, Perth y Dundée: pero mientras quemaba estas ciudades, compuestas entonces de miserables cabañas, los escoceses que habian puesto en cobro sus rebaños, que eran sus únicas riquezas, detras de las

montañas y los lagos, invadieron por la parte occidental el Cumberland, el Westmorland y el Lancastershire asolaron estas provincias, y se retiraron de ellas con un botin muy superior al que podian haber adquirido los ingleses en la pobre y arruinada Escocia. Quedaba á Ricardo el arbitrio de invadir las provincias occidentales del reino, pelear con los enemigos y arrancarles las riquezas que habian robado: pero fastidiado de la guerra, y atraidô con la memória de los placeres que le esperaban en Londres, se volvió á esta capital con muy poca gloria. Esta espedicion puso fin á la popularidad del rey; y nobleza y vulgo transfirieron su cariño al duque de Glocester, que lo solicitaba con ansia, indignados del favor que dispensaba Ricardo á Roberto de Were, conde de Oxford, á quien sucesivamente nombró marques de Dublin y duque de Irlanda, y le dió la soberanía de esta isla durante su vida.

En el parlamento de 1386 la cámara baja acusó ante la de los lores, al canciller Miguel de Lapole, conde de Suffolk. Este derecho de acusacion era reciente: y solo habia un ejemplo de su ejercicio durante los últimos años de Eduardo. Suffolk fue condenado á privacion de oficios por motivos leves y mal probados: pero que sirvieron de pretesto al parlamento, dirigido por Glocester, para crear una comision de catorce miembros, semejantes á las que se habian visto en los reinados de Juan, En-

rique III y Eduardo II, que ejerciese la autoridad soberana durante un año.

El rey, para recobrar su poder, acudió á las armas: pero su valido el duque de Irlanda fue vencido por el de Glocester, y huyó á Flandes, donde murió algunos años despues. Entonces empezó una larga y cruel persecucion contra todos los jurisconsultos que habian opinado que *la comision era injusta y usurpadora*, ya en las consultas que el rey les habia pedido, ya en sus opiniones estrajudiciales. La cámara de los pares aunque incompetente, los juzgó y condenó, la mayor parte de ellos á muerte, sin formalidad alguna de justicia. La crueldad con que el partido de Glocester usó de su triunfo, fue causa de su ruina: y en 1389, cuando Ricardo llegó á sus 23 años, se declaró mayor, abolió la comision de los catorce, depuso los ministros nombrados por la faccion de los grandes, nombró otros, y reunió un parlamento, en el cual fueron aprobados todos estos actos. Tan versátiles eran el amor del pueblo y las miras de la nobleza.

Tregua de veinte y cinco años con Francia (1394). La vuelta de España del duque de Lancaster disminuyó el poderío de su hermano menor duque de Glocester, tanto por la opinion merecida de que gozaba aquel, como porque se separó del mayor partido de los *apelantes* (así se llamaban los glocesterianos que formaban las oposiciones) Enrique, hijo mayor del de Lancaster, conde entonces de

Derby y despues de Hereford: jóven valiente aunque inmoral y ambicioso, que adquirió mucha gloria peleando en Lituania contra los paganos, y que estaba enlazado con las familias principales del reino, como que descendia de Enrique III, por la línea paterna y materna: pues su padre el duque de Lancaster era hijo de Eduardo III, y su madre Isabel, duquesa de Exeter, primera muger de dicho duque, era viznieta de Edmundo, conde de Lancaster, segundo hijo del citado Enrique. La casa de Lancaster, adicta á la corona, presentó á la oposicion de Glocester una barrera invencible, y el reino gozó alguna tranquilidad desde 1389 hasta 1397, sin ser perturbada sino por una expedicion del rey contra los rebeldes de Irlanda que se sometieron, por algunos combates insignificantes en las fronteras de Escocia, y por las predicaciones de Wiclefo, que diseminó en este reinado las doctrinas contrarias á la autoridad de la iglesia y á la eficacia de los sacramentos; las cuales siglo y medio despues separaron tantos estados de la comunion de la iglesia romana.

La guerra con Francia no podia ya tener resultado útil para Inglaterra: porque la desunion de la nobleza de este reino no daba esperanzas de poder recobrar las provincias perdidas en el continente: pero no queriendo el gabinete inglés sufrir la ignominia de cederlas, y no hallándose capaz de continuar la lid, concluyó una tregua de veinte y cinco años,

devolviendo la plaza de Brest al duque de Bretaña, y la de Cherburgo al rey de Navarra.

Prision y muerte del duque de Glocester (1397). En este año mandó prender el rey al duque de Glocester, y á los condes de Warwik, y de Arundel, gefes de la oposicion, y formarles causa. El primero fue transferido á la fortaleza de Galés, donde murió, segun creyeron todos, ahogado violentamente en su cama, precisamente cuando se le debia traer á Londres para presentarse en el parlamento. Los dos condes fueron condenados: Arundel sufrió el último suplicio, y Warwik consiguió por sus ruegos que se le conmutase la pena de muerte en destierro. Entonces se creyó generalmente que Ricardo II, no olvidado de las antiguas violencias del parlamento de Glocester y de la comision de los catorce, é irritado diariamente por el desprecio con que hablaban de él y de su gobierno los lores de la oposicion, aprovechó el momento en que veia bien consolidada su autoridad, para vengar las antiguas ofensas y los nuevos insultos. Sin embargo el apoyo que dieron al rey en esta causa todos los nobles, señaladamente los duques de Lancaster y York, y sus familias, que no habrian dejado perecer á un príncipe de la sangre por solo el motivo de complacer al rey, manifiesta que la oposicion tramaba entonces alguna conspiracion contra Ricardo, y que por esta causa se procedió contra los apelantes con tanta severidad.

Pero de este fuego vengativo saltó una chispa que comunicó á Ricardo. Enrique, duque de Hereford, hijo del de Lancaster, y el duque de Norfolk habian sido uno y otro del partido de Glocester en tiempo de la comision de los catorce. Uno y otro estaban ya en el del rey: pero ó por celos de cortesanos, ó por otra causa, se hicieron enemigos. En el parlamento de 1398 acusó Hereford á su rival de haber hablado mal del rey: Norfolk le respondió que mentia como infame traidor, y le desafió. Enrique admitió el desafío; y Ricardo les dió campo en Coventry: pero antes de empezar el combate, el rey interpuso su autoridad, y tomó la causa sobre sí. Desterró á Norfolk del reino para toda su vida, y á Enrique por 10 años que despues se redujeron á seis.

Enrique, despues de la muerte de Glocester, era objeto de favor popular: la gloria y poder de su casa, y la personal que él mismo habia adquirido, escitaba los recelos de la corte, y por tanto el cariño de la plebe, que no amaba ni á Ricardo ni á sus cortesanos. Tres meses despues del destierro de Enrique, falleció su padre Juan de Lancaster; y como el hijo reclamase por procurador este ducado y la opulenta herencia que le pertenecia, Ricardo mandó prender y desterrar al procurador, y manifestó claramente que no aumentaría el gran poder que ya tenia Enrique como duque de Hereford dejándole poseedor tranquilo de los estados de Lancaster.

Esta era una injusticia, y recaia sobre un hombre que era entonces el ídolo de la nacion: y así casi toda la nobleza y el pueblo se declararon á favor de Enrique, que resuelto á probar fortuna salió con sesenta caballeros, de Nantes, y desembarcó en Ravampur, pueblo del condado de York. Sus proclamas decian que solicitaban unicamente lo que era suyo y la herencia de su padre. En esta misma época resolvió Ricardo, para desgracia suya, hacer una espedicion á Irlanda.

Hallándose sin hijos, pertenecia la corona á Rugero Mortimer, conde de March, por ser marido de Felipa, única hija de Leonelo, duque de Clarence, segundo hijo de Eduardo III: y un acto del parlamento le habia reconocido por heredero presuntivo del trono. Este príncipe pereció en una batalla, peleando contra los irlandeses rebelados: y para vengar su muerte y someter aquella isla, desembarcó Ricardo en Waterford con sus mejores tropas, dejando á su tio Edmundo, duque de York, el gobierno de Inglaterra en su ausencia. Poco despues verificó su desembarco en este reino Enrique de Lancaster.

Al punto se le reunieron todos los barones del norte. El duque de York, en vez de pelear conta él, permitió que se le reunieran sus tropas: Lóndres le abrió sus puertas, y Ricardo, cuando volvió á Inglaterra á oponerse al invasor, solo halló un traidor, á quien creia amigo, que fue el conde de Nortomberland, que so-

color de llevarle á una conferencia con Enrique, le entregó en su poder.

Enrique, recibido en Lóndres con aclamaciones generales, convocó un parlamento en Westminter, en el cual solo se oyó una voz á favor de Ricardo y del derecho hereditario de los hijos del condado de March, y fue la de Tomas Merks, obispo de Carlisle: osadía virtuosa, que fue castigada enviándole prisionero á la abadía de san Albano. El parlamento declaró depuesto á Ricardo II, y Enrique, haciéndose la señal de la cruz, dijo estas palabras: "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo; yo, Enrique de Lancaster, reclamó este reino de Inglaterra y la corona con todas sus partes y pertenencias, como *descendiente en línea recta del buen rey Enrique III*, y con este derecho que Dios me ha dado, y el ausilio de mis parientes y amigos, espero recobrar dicho reino que estaba ya para ser destruido por falta de gobierno y de observancia de las buenas leyes." Estas palabras, que prestaban una detestable usurpacion, tenian fuerza para con el vulgo: porque entonces se daba mucho crédito á una fábula diseminada entre los ingleses, sin que se sepa cuando ni por quien se inventó, y era que Edmundo, duque de Lancaster, habia sido el hijo mayor del rey Enrique III, y no Eduardo I que le sucedió en el trono. Como Enrique descendía por su madre de dicho Edmundo, se valió de una conseja ridícula para esta-

blecer sus derechos á la corona que usurpaba. El parlamento le reconoció por rey, y en él comenzó la rama de Lancaster, cuyo vicio radical no pudieron encubrir ni la prudencia de Enrique IV ni los laureles de Enrique V. Inglaterra se vió por mas de medio siglo envuelta en sangre y ruinas: y en el volcan, que abrió la usurpacion de Enrique, se abismó la dinastía de Plantagenet. El infeliz Ricardo II fue confinado en el castillo de Pomfret, y poco despues asesinado. Se cree que se le mató de hambre, y que vivió quince dias privado de alimento.

Enrique IV, rey de Inglaterra (1399). Enrique de Lancaster sostuvo con vigor y prudencia, la corona que habia usurpado con maldad: pero su vigor fue sanguinario: su prudencia artificiosa. La usurpacion produjo reveliones: estas fueron castigadas con suplicios: y el rey, no pudo sostenerse y sosegar sus turbulentos barones, sino venciéndolos en el campo de batalla y tiñendo con su sangre los cadalsos.

La primera conspiracion contra él fue la de los condes de Kent y Huntingdon, hijos naturales de Eduardo III, y otros señores, en la cual entraba tambien Eduardo, conde de Rutland, é hijo mayor del Duque de York, en cuyo título sucedió poco despu es. El objeto de los conjurados era apoderarse de la persona del rey en Windsor: pero el conde de Rutland, hombre de quien podia esperarse toda mal-

dad, descubrió la conspiracion á Enrique IV; cuando se presentaron con quinientos caballeros para lograr la empresa, tenia ya reunidos el rey 20000 hombres que los persiguieron por todas partes. Los condes de Kent y de Salisbury fueron presos y degollados en Cirencester por los vecinos de esta ciudad: lo mismo sucedió en Bristol á los lores Spencer y Lumley. Rutland presentó al rey la cabeza de lord Spencer, que era su cuñado, en la punta de una lanza. En fin, el conde de Huntingdon y otros caballeros principales cayeron en poder de los soldados del rey, y fueron muertos inmediatamente. Así se terminó esta peligrosa conjuracion.

Rebelion de los Piercy: batalla de Shrewsbury (1403). Enrique renovó la tregua con Francia, cuyo reino no estaba mas sosegado que el de Inglaterra por la demencia de su rey Cárlos VI y por las pretensiones ambiciosas y encontradas de los príncipes de la sangre; calmó los ánimos de los gascones, que por afecto á la memoria del príncipe negro, habian llevado muy á mal la deposicion y asesinato de Ricardo II, y la elevacion de la casa de Lancaster: é hizo una espedicion contra Roberto III, rey de Escocia, llegó hasta Edimburgo y se volvió sin mas resultado que la tala y devastacion del pais.

En este tiempo se rebelaron los galeses, siendo su caudillo Enrique Glendour, descendiente de los antiguos príncipes del pais; aco-

metieron las tierras del conde de March, derrotaron á los ingleses que las defendian, en dos reencuentros, é hicieron prisionero á Edmundo Mortimer, conde de March, hijo de Rugero Mortimer, el que murió en la guerra de Irlanda, y de Felipa de Clarence, y por cosiguiente heredero legítimo de la corona: por lo cual el rey consintió en que los rebeldes le conservasen en su poder, y no permitió que le rescatasen. Este infeliz príncipe entraba entonces en los primeros años de la juventud.

Su tia Isabel Mortimer, hermana de su padre Rugero, estaba casada con Enrique Piercy, conde de Northumberland, por sobrenombre *Hostpur* (espuela ardiente), y uno de los caballeros mas valientes y poderosos de Inglaterra. Este hombre, unido por el parentesco á la familia de Mortimer, se ofendió mucho de que el rey, á quien tanto ayudó para la usurpacion engañando á Ricardo II y trayéndolo al poder de su rival, no le permitiese rescatar á su sobrino político. Aumentóse su ira con el orden que recibió de Enrique, de poner á disposicion del rey á Arquinbaldo Douglas y otros señores escoceses de gran cuenta, á quienes hizo prisioneros en 1402 en un combate dado en Holmedon cerca de la frontera de ambos reinos. Este orden era contrario al derecho de la guerra reconocido en aquellos tiempos: porque los cautivos pertenecian al que los aprisionaba en el combate. Atizaba los resentimientos de Enrique Piercy

su hermano el conde de Worcester, no menos atrevido y mas sedicioso que él. Resolvió, pues, declararse contra Enrique: levantó tropas: hizo alianza con el gales Glendour, y no solo dió libertad á Douglas y á los escoceses, sino ademas los incorporó en su propio ejército, y habiendo caido enfermo al tiempo de la marcha, confió el mando de todas sus fuerzas á su hijo.

Este general marchó inmediatamente á Shrewsbury, donde se le anticipó Enrique con un cuerpo de solo 12000 hombres, pero escogidos. El mismo número tenia Piercy, y sus tropas eran tan valientes como las del rey: y podia tener esperanzas fundadas de la victoria, si hubiese esperado á la llegada de los galeses: pero el ardor de su ánimo no le permitió diferir la batalla, que deseaba Enrique por el mismo motivo que debió retardarla Piercy. El combate fue de los mas sangrientos que hubo en aquel siglo: en él hizo sus primeras armas Enrique, príncipe de Gales, hijo del rey, tan conocido despues por sus travesuras y costumbres viciosas: pero que manifestó en la pelea el denuedo y prudencia de un soldado intrépido y de un capitan hábil. El combate duró seis horas. Douglas, cuyo brazo era conocido y respetado, buscaba á Enrique para matarle: pero el inglés habia tomado la precaucion de dar á muchos oficiales armas semejantes á las suyas; honor que fue funesto á los que Douglas encontraba. Al fin, el jóven

Piercy cayó muerto á manos de un caballero particular, y este suceso decidió la victoria, que costó á ambas partes dos mil trescientos nobles y seis mil soldados; los dos tercios del partido de los Piercy.

El conde de Northumberland, cuando convaleció, juntó otro ejército, y marchó para reunirse con su hijo. Pero le salió al encuentro el conde de Westmorland, general del rey, y no tardó en saber el desastre de Shrewbury. Entonces licenció sus tropas, pasó á York, donde estaba Enrique, se le presentó desarmado, y dió por disculpa de su conducta, que solo habia juntado tropas para servir de mediador entre su monarca y su hijo, no sabiendo todavia la muerte de este. El rey aparentó creerle, y le despidió con muestras de cordialidad. Usó tambien políticamente de clemencia con los rebeldes que habian caido en su poder, y solo envió al suplicio al conde de Worcester, que fue degollado en Shewsbury, y al caballero Ricardo Vernon. Estos dos eran los principales caudillos de la rebelion.

Segunda rebelion de Northumberland (1405). El conde de Noltingham y el arzobispo de York, que habian permanecido quietos durante la guerra de los Piercy, cuando la vieron concluida, levantaron imprudentemente el estandarte de la rebelion, levantaron un ejército, se confederaron con el conde de Northumberland, que se sublevó de nuevo, y se acamparon en Shipton, pueblo cercano á la ciudad de York.

El conde de Westmorland marchó contra ellos: pero viendo que eran muy superiores en fuerzas, entabló negociaciones, tuvo una conferencia con los dos gefes de los rebeldes; y habiendo oido todas sus quejas contra el rey, declaró en nombre de este monarca que serian satisfechas, y aceptó bajo la misma garantía todos los artículos que ellos quisieron proponerle. Despues les dijo, que habiéndose felizmente restablecido la buena armonía, era conveniente licenciar las tropas para libertar el pais de los males que causaba la gente de guerra: y en efecto dió esta orden á los suyos que aparentaron cumplirla. Los caudillos rebeldes hicieron lo mismo, pero con mas sinceridad: y apenas Westmorland vió desbandarse el ejército enemigo, se arroja con un cuerpo que habia reunido secretamente, sobre Nottingham y el arzobispo, los coge prisioneros, y los entrega al rey, que llegaba entonces al Humber con fuerzas muy superiores. Los dos caudillos fueron degollados, siendo este en Inglaterra el primer ejemplo de pena capital impuesta á un prelado. A los demas rebeldes se les concedió perdon. Northumberland, que aun no tenia hechos los preparativos de la campaña, huyó á Escocia, de donde volvió dos años despues con algunas tropas: pero fue vencido y muerto por el ejército del rey en un combate que se dió en Braham. Casi al mismo tiempo falleció Glendour, que habia ejercitado cuatro años el valor y la actividad del príncipe Enrique, los

galeses se sometieron, y todo el reino quedó pacificado.

El príncipe Jacobo de Escocia prisionero en Londres (1407). Entonces empezaron en Escocia disensiones civiles y sangrientas. El duque de Albany, hermano del rey Roberto III, era ambicioso y sagaz: y logró, favorecido de un partido poderoso, hacerse dueño de las decisiones del parlamento, y del gobierno y administracion. Deseando ceñirse la corona, mandó prender á David, hijo mayor del rey, y darle muerte con secreto en el castillo donde le tenia.

El infeliz Roberto, temiendo igual suerte para Jacobo, único hijo que le quedaba, y único obstáculo ya para la ambicion de su hermano mas exacerbada mientras mas próxima via la corona, le envió á Francia para libertarle de las asechanzas del perverso tio: pero el buque en que iba, cayó en poder de los cruceros ingleses, y el príncipe de Escocia fue conducido á Londres.

Enrique IV conoció cuan importante prenda habia puesto la suerte en sus manos, y nunca quiso dejarla á pesar de las reclamaciones de Roberto, que alegaba la tregua reciente entre Inglaterra y Escocia. Roberto falleció poco despues: y ese fue un motivo mas para que Enrique no dejase libre á Jacobo: pues así contenia la ambicion del duque de Albany que quedó por regente de Escocia, y contra el cual podria enviar, cuando tuviese queja de

él, un enemigo tan peligroso, como era el legítimo heredero de la corona. Jacobo debia á esta especie de cautiverio la excelente educacion que procuró darle el rey de Inglaterra: pais mucho mas ilustrado entonces que Escocia.

Enrique IV pasó los últimos años de su reinado, sin guerra esterior ni civil: pero atormentado por el remordimiento, ya inútil, de su usurpacion y de sus crueldades, y por una larga enfermedad de consuncion de que murió á los cuarenta y seis años de su edad y trece de su reinado. De su primera muger María de Bohun, que le llevó en dote el condado de Hereford, tuvo á Enrique, príncipe de Gales, su sucesor: á Tomás duque de Clarence: á Juan, duque de Bedford, á Humfredo, duque de Glocester, á Blanca, muger del duque de Baviera, y á Felipa, que casó con el rey de Dinamarca. De su segunda esposa, que fue Juana, hija del rey de Navarra y viuda del duque de Bretaña, no tuvo sucesion.

Enrique V, rey de Inglaterra (1413). Este príncipe debió los vicios de su juventud á la suspicacia de su antecesor, que recelando de cualquier sombra como todos los usurpadores, temió la gloria militar que adquirió su hijo en la batalla de Shrewsbury y en la guerra contra los galeses, y concluida esta, no le dió parte alguna ni en el consejo, ni en el gobierno. El ánimo activo é impetuoso del jóven Enrique buscó pábulo, que se le negaba

en negocios mas sérios, en las pasiones peligrosas de la juventud: juntóse con personas de su edad inclinadas á lo mismo: y la crápula y la deshonestidad fueron la ocupacion de sus años juveniles. De aquí pasó á travesuras mas peligrosas: pues muchas veces se divertia con sus compañeros en aterrar, robar, y apalear á los que pasaban de noche por las calles. El rey gemia, viendo perdidas en flor las primeras esperanzas que habia dado su hijo: pero tal vez se consolaba observando que el pueblo le amaba siempre, á pesar de sus desórdenes, por los rasgos de generosidad y nobleza que brillaban en aquel jóven aun en el seno mismo de la disolucion.

Este presagio se fortificó con el suceso siguiente. Uno de sus compañeros fue citado ante el juez Gascoine por algunos desórdenes que habia cometido, y el príncipe no se avergonzó de acompañarle al tribunal para protegerle, y de insultar al juez porque no atendia á su proteccion. Gascoine mandó que llevasen al príncipe á una prision, para castigarle de su irreverencia á la justicia y á las leyes: y el heredero de la corona, vuelto en sí, y conociendo que habia hecho mal, domó su imperiosa vehemencia, y se dejó llevar preso. Cuando su padre lo supo, esclamó: "¡dichoso el rey que tiene tal juez y tal hijo!" El primer cuidado de Enrique V, cuando subió al trono, fue advertir á sus camaradas en la disolucion, que no volviesen á presentarse en

palacio, hasta que hubiesen dado pruebas públicas de la reforma de sus costumbres, y los despidió no sin haberles dado buenos consejos y medios para que viviesen con decencia.

En el primer año de su reinado se sublevaron los *lolardos*, así se llamaban los que seguian la doctrina de Wiclefo, y que del desprecio y aborrecimiento á la autoridad eclesiástica, pasaron, como es natural, al de la civil. Era su gefe el lord Cobham, caballero valeroso, y que habia hecho grandes servicios á la casa de Lancaster, por lo cual trató Enrique de persuadirle y reducirle: pero viéndole ostinado, le abandonó á su suerte. El proyecto de los rebeldes era apoderarse de la persona del rey en Eltham, donde residia la corte, y degollar el clero. Enrique lo supo y transfirió su corte á Westminter. Cobham dió orden á los suyos de reunirse en las llanuras de san Guilles: pero hallaron las puertas de la ciudad cerradas de orden del rey, y un cuerpo de tropas, que prendió á muchos y dispersó á los demas. Puestos en juicio los presos, fue conocido el plan y la traicion de la secta. Cobham huyó, y fue condenado á muerte en rebeldía: sentencia que no se ejecutó hasta cuatro años despues que cayó en manos de la justicia.

Guerra con Francia: batalla de Azincourt (1415). La Francia estaba encendida en guerra civil por las facciones del duque de Orleans, hermano de Cárlos VI, y del du-

que de Borgoña, primo hermano de dicho rey, que se disputaban la regencia, por el estado de delirio, á que se hallaba reducido el infeliz monarca, aunque con lucidos intervalos. Enrique IV habia dado á entrambos partidos pequeños socorros mas á propósito para perpetuar la lucha que para terminarla: y entre las advertencias que dió á su hijo, estando para morir, fue la principal mover guerra á Francia y dar pábulo en este pais á la turbulencia de los nobles ingleses, que cuando no tenian enemigos estranjeros con quienes pelear, tomaban las armas contra su rey.

Enrique V halló bien pronto oportuna ocasion para poner en práctica el consejo de su padre. La desavenencia de los príncipes franceses produjo un crimen horrendo que abrió la puerta á las mas terribles calamidades. Los duques de Borgoña y de Orleans concurrieron en París á instancias de los verdaderos patricios que deseaban lanzar la discordia del reino, juraron pues, y recibieron juntos la comunion: pero el duque de Orleans fue asesinado por hombres de la comitiva de su rival, que procuró al principio negar haber sido autor del delito, y despues no solo lo confesó, sino se jactó de haberlo cometido, é hizo publicar una apología del asesinato disfrazado con el nombre de tiranicidio. Los príncipes de la sangre, entre ellos el delfin, se unieron al nuevo duque de Orleans, hijo del difunto. El duque de Borgoña se refu-

gió á sus estados, y comenzó en todas partes una espantosa guerra civil entre las dos facciones; la del duque se llamaba de los *borgoñones*; y la de los príncipes, de los *Armañaques*, por el duque de Armañac, suegro del de Orleans. La discordia infestó los cuerpos del estado, las comunidades religiosas, y las corporaciones gremiales. En París eran los carniceros de la faccion borgoñona, y los carpinteros de la de los Armañaques.

Tal era la situacion de Francia cuando Enrique se preparó á invadirla, pidiendo lo que sabia que no le habian de conceder, como era la restitucion del ducado de Normandía: pero mientras cuidaba de hacer los preparativos necesarios para su grande empresa, tuvo que reprimir en su mismo reino una conspiracion peligrosa. Ricardo, conde de Cambridge, hermano de Eduardo, duque de York, tan conocido por sus maldades al principio del reinado de Enrique IV, cuando solo era conde de Rutland, habia casado con Ana, hermana de Edmundo Mortimer, conde de March, heredero legítimo de la corona. Para hacer valederos los derechos de su cuñado, se confederó con lord Scrope de Masham, lord Gray de Heton, y otros señores principales. La conspiracion fue descubierta, los reos juzgados y condenados sin observar las debidas formalidades de justicia. El conde de March fue tambien acusado: pero nada se pudo probar contra él.

Libre de estos cuidados, desembarcó En-

rique en la costa de Normandía con 24000 hombres de infantería, la mayor parte flecheros, y 6000 hombres de armas, y puso sitio á Harfleur. Sus defensores, despues de ostinada resistencia, capitularon rendir la plaza si no recibian socorro antes del 18 de septiembre: y cumplido este término, se negaron con diversos pretestos á cumplir su palabra. Enrique asaltó la ciudad, la tomó y pasó á cuchillo la guarnicion, escepto algunos nobles, de quienes se esperaban cuantiosos rescates.

Este sitio y las enfermedades propias de la estacion disminuyeron el ejército inglés de modo que Enrique solo pensó en volverse á su reino por Calés adonde habia enviado los buques de transporte, que no podian mantenerse al ancla en la costa enemiga. Observaba á los ingleses el condestable de Albret con un ejército de 14000 hombres de armas, y otros tantos de infantería; número muy superior ya al del ejército de Enrique: por lo cual envió un parlamentario al condestable pidiendo paso libre hasta Calés, y cediendo en trueque la plaza de Harfleur que acababa de conquistar. Los franceses desecharon esta proposicion, y Enrique no esperó mas ausilio que el de su valor y su fortuna.

Púsose en marcha para el Loma, á pequeñas jornadas por no cansar su gente, ni desanimarla manifestando terror. Halló impracticable el vado de Blanquetagne, por el cual se escapó Eduardo III del ejército de Felipe

de Valois en la campaña que se terminó con la batalla de Crecy. Vióse obligado á subir por la ribera meridional del Soma, atacado diariamente por el enemigo, ostigado por sus tropas volantes y privado de víveres. Al fin logró forzar un paso mal guardado junto á san Quintin, y atravesó el rio. Enrique dirigió su marcha á Calés: pero los franceses habian pasado tambien el Soma: y cuando llegó á Blangis, los encontró desplegados en batalla en la llanura de Azincourt, y dispuestos á disputarle el paso. No pudo hacer mas contra un ejército, cuatro veces mas numeroso que el suyo, que atrincherarse en una altura, apoyando sus flancos en dos bosques que la rodeaban.

La batalla de Azincourt fue la repeticion de las de Crecy y Poitiers. Se notó en el caudillo inglés la misma temeridad que le espuso á inevitable ruina, y la misma imprudencia en el general francés para no aprovecharse de sus ventajas obligando al enemigo ó á morir de hambre ó á salir de sus atrincheramientos y pelear en la llanura donde la superioridad del número y de la caballería hacian poco dudosa la victoria. El condestable de Albret mandó atacar la posicion inglesa, defendida por una empalizada, que quebrantó la primer furia de la caballería francesa. Los flecheros ingleses despues de haberles hecho mucho daño, se replegaron sin peligro, y dejaron al enemigo que pasase por un desfilade-

ro donde no podia haber formacion, por ser terreno resbaladizo con la lluvia reciente, y descargaron sobre él á man salva un diluvio de flechas. Apenas vió Enrique que los franceses empezaban á desordenarse aterrados, mandó á los flecheros acometerlos hacha en mano. La caballería inglesa atacó al mismo tiempo, y despues de breve resistencia y grande matanza, fueron los franceses completamente derrotados. Los ingleses hicieron muchos prisioneros: pero los degollaron porque tuvieron que acudir á defender sus bagages acometidos por 600 paisanos, y no creyeron seguro conservar los que habian caido en su poder hasta que rechazaron este nuevo ataque. Quedaron cautivos del vencedor el condestable de Albret, los duques de Orleans y de Borbon, con otros muchos señores de la principal nobleza de Francia, que perdió en esta jornada 10000 soldados, entre ellos 8000 nobles. El número de los prisioneros conservados fue de 14000. Los ingleses tuvieron cuarenta hombres muertos, entre ellos Eduardo, duque de York, que murió mas gloriosamente que habia vivido. Sucedióle en sus estados y título su sobrino Ricardo, hijo de su hermano el conde de Cambridge, que acababa de ser degollado por conspirador, y de Ana Mortimer.

Enrique volvió triunfante á Inglaterra: pero la escasez de su erario le impidió por entonces sacar nuevas ventajas de su victoria. En Francia cobró nuevos brios el partido de

los borgoñones con la derrota de sus contrarios, y nuevas fuerzas por haberse adherido á él Isabela de Baviera, muger del rey Cárlos VI. La causa fue esta: el conde de Armagnac, creado condestable en lugar del de Albret, para formar nuevo ejército, exigió que la reina entregase parte de las grandes riquezas que habia acumulado. Isabela se quejó: y el nuevo condestable infundió al rey sospechas sobre la fidelidad de su esposa, y le movió á que mandase poner á cuestion de tormento y arrojar en el Sena á Bois Bourdon, privado de Isabela, y á desterrarla á ella misma á Tours. Esta injuria encendió en ella el odio mas implacable contra los Armañaques, estendiéndolo hasta á su propio hijo Cárlos el delfin.

Alentado con estos sucesos el duque de Borgoña, invadió en 1416 la Picardía, la Champaña y las orillas del Loira hasta Tours, libertó á la reina, se confederó con ella, arrojó al delfin de París, se apoderó del gobierno, y mandó degollar al conde de Armagnac y á otros muchos nobles de este partido que habian caido en su poder.

Conquista de Normandía por Enrique V (1417). Enrique V no quiso perder su parte de la gran presa que la Francia ofrecia á la ambicion de los poderosos: y desembarcando con un ejército de 25000 hombres, se apoderó de todo el ducado de Normandía, á excepcion de Ruan que se rindió al año siguien-

te despues de un sitio ostinado. Entonces ofreció condiciones de paz á la corte de Francia, mediante la cesion de Normandía y su casamiento con la princesa Catalina, hija de Carlos VI.

Asesinato del duque de Borgoña: tratado de Troyes (1419). El duque de Borgoña, arrepentido, viendo á los ingleses en el centro de Francia, de haber entregado, por decirlo así, el reino en manos de los estrangeros, procuró reconciliarse con el delfin, que huía entonces lejos de la corte, y le propuso reunir sus fuerzas con él para oponerse al rey de Inglaterra. El delfin aceptó, y convinieron en celebrar una conferencia en Montereau.

Enrique, informado de esta alteracion en las disposiciones del duque de Borgoña, renovó la guerra con mayor vigor, tomó á Gisors y á Pontoise, amenazó á París, y obligó á la corte á retirarse á Troyes. Ya se preparaba á continuar su marcha triunfante, cuando supo el horrible atentado con que el partido Armañaque tomó venganza de la muerte del duque de Orleans. La conferencia entre el de Borgoña y el delfin se verificó en el puente de Montereau, tomadas antes todas las precauciones que se creían necesarias en aquel siglo perverso contra las asechanzas de los mismos que iban á jurarse eterna amistad: pero Tanegui Du Chatel, y otros gentiles hombres de la comitiva del delfin, partidarios celosos de la casa de Orleans, se arrojaron sobre el du-

que y su séquito en el puente del Yonne, donde se tenia la conferencia, y le asesinaron. Dúdase si el delfin, muy jóven á la sazon, tuvo parte en este asesinato: lo cierto es que ni persiguió ni apartó de su servicio á los homicidas.

Este suceso decidió de la suerte de Francia. La reina Isabela, enemiga irreconciliable de los Armañaques, y en cuyas manos se hallaba entonces el gobierno: Felipe de Borgoña, hijo y sucesor del duque asesinado, y que movió á las armas para la venganza á todos los vasallos de sus estensos y opulentos estados, y los ministros de Cárlos VI, temerosos de caer en poder de sus enemigos, imploraron el poder del rey de Inglaterra, unos para vengarse, otros para ser protegidos. Celebróse en Troyes un tratado, por el cual se escluyó de la corona al delfin, se abrogó la ley sálica, se declaró heredera del trono á la princesa Catalina, y se estipuló su matrimonio con Enrique V. Este aceptó tan ventajosas condiciones, celebró su matrimonio con la princesa, tomó posesion de París; é hizo que el parlamento y los estados confirmasen los artículos de Troyes. El delfin Cárlos apeló de tan grande injusticia *á Dios y á su espada*.

Batalla de Baugé: Enrique dueño de la Francia septentrional (1421). Enrique entró en campaña contra él, y se apoderó de Sens, Montereau y Melun: pero obligado á pasar á Inglaterra para alistar nuevas tropas y pedir

subsidios al parlamento, dejó el gobierno de París al conde de Exeter, su tio, que conservó durante su ausencia, las plazas que le habia confiado. Pero en el Anjou sufrieron los ingleses una derrota junto á Baugé. El regente y parlamento de Escocia, aterrados con los progresos de Enrique en Francia, y no atreviéndose á declararle la guerra directamente, enviaron al delfin un cuerpo ausiliar de 7000 hombres, mandados por el conde de Buchanam. Este se encontró en Baugé con el duque de Clarence, hermano del rey, que fue vencido y muerto. El delfin dió á Buchanam en premio de este triunfo la espada de Condestable.

Pero la vuelta de Enrique al continente con un ejército de 24000 flecheros y 4000 hombres de armas, reparó en breve esta pérdida. Dreux, Meaux y las demas plazas, que el delfin tenia al norte del Loira cayeron en poder de los ingleses. Cuando el rey se preparaba á perseguir á su enemigo en la parte meridional del reino, murió de una fístula; enfermedad que no se sabia curar entonces, á los treinta y cuatro años de edad y diez de reinado. Dejó de Catalina su esposa un hijo, que tenia á la sazon nueve meses, llamado Enrique. Este fue coronado rey de Inglaterra y de Francia, porque Cárlos VI falleció dos meses despues que su yerno. El rey, antes de morir, nombró regente de Francia á su hermano mayor el duque de Vedford, y de Inglaterra, á

su hermano menor el duque de Glocester. Su viuda Catalina casó en segundas nupcias con Owen Tudor, caballero del país de Gales, y del cual tuvo muchos hijos que fue tronco de una de las mas célebres dinastías de Inglaterra.

Enrique VI, rey de Inglaterra (1422). El parlamento inglés modificó notablemente las providencias dictadas por Enrique V antes de su muerte: y nombró al duque de Bedford protector del reino, abolido el título de *Regente* que parecia mas imperioso. En ausencia de Berdfor, debia gozar el conde de Glocester de la misma autoridad: pero ni uno ni otro debian ejercerla, sino con la aprobacion y consejo de una junta, nombrada por las cámaras. La educacion y tutela del príncipe se confió al obispo de Winchester, hijo de Juan de Gante, tronco de la familia de Lancaster.

El duque de Bedfor, uno de los príncipes mas célebres de su siglo por su sagacidad política, su talento para la guerra y su probidad, estaba encargado de continuar la guerra en Francia, donde los ánimos de los naturales, cansados de discordias civiles y de la dominacion estranjera, estaban ya inclinados á su rey legítimo Cárlos VII, coronado en Poitiers despues de la muerte de su padre. Bedford conocia bien que no le era posible hacer la guerra con felicidad, sino conservando la alianza con los duques de Borgoña y Bretaña. Al primero sostenia en el partido inglés

el deseo de vengarse del delfin; mas para aumentar la solidez de esta alianza, casó el príncipe inglés con una hermana del borgoñon, y logró que se diese otra por esposa á Artus, conde de Richemont, hermano del duque de Bretaña, y tan querido de él, que el duque no hacia nada sin su consentimiento.

En este tiempo habia fallecido el duque de Albany, regente de Escocia, y le sucedió en este cargo un hijo suyo. que ni tenia su capacidad ni su ambicion. Bedford logró del consejo inglés, que se pusiese en libertad á Jacobo I, rey de Escocia, detenido en Inglaterra desde el reinado de Enrique IV, mediante un rescate, y que se enviase á su reino, obligándole antes á hacer juramento de neutralidad. Hízose así: Jacobo cumplió su promesa, y desde entonces no pudo ya sacar Cárlos VII de aquel pais tropas ausiliares como antes.

Pero en aquel momento tenia muchas divididas en dos cuerpos, mandados el uno por Juan Estuardo, condestable de Escocia, y otro por el conde de Buchanan, condestable de Francia. Dos victorias que lograron los ingleses en la campaña de 1423 disminuyeron en gran manera el número de estos soldados ausiliares. La primera fue junto á Crevant, plaza de Borgoña, sitiada por Estuardo, y á cuyo socorro acudió el conde de Salisbury, general inglés. La segunda fue junto á Verneuil en Normandía, ganada por el mismo du-

que de Bedford contra el condestable de Francia, que pereció en el combate, con la flor del único ejército que tenia entonces Cárlos VII.

Guerra en Brabante (1424). La batalla de Verneuil arruinó por el pronto las esperanzas del rey francés: pero el imprudente amorío del duque de Glocester le dió medios de respirar. Jacoba, condesa de Henao y Holanda, habia casado con Juan, duque de Brabante, primo hermano del de Borgoña: y disgustada de su marido huyó á Inglaterra, donde inspiró al duque de Glocester una pasion tan vehemente, que este desalumbrado príncipe la recibió por esposa sin atender ni á sus primeros lazos ni á la proteccion que el duque de Borgoña daba, como era natural, á su pariente. No contento con esto, pasó á Holanda reclamando los estados de Jacoba, hizo guerra al duque de Brabante, y empleó en ella las tropas inglesas que se alistaban para reforzar el ejército de Bedford.

Este príncipe, desesperado de la inaccion á que le condenaba la perversa conducta de su hermano, y temeroso de que el duque de Borgoña rompiese la alianza con Inglaterra, hizo los mayores esfuerzos para calmar los ánimos. En fin, el sumo pontífice mandó anular el matrimonio de Jacoba con Glocester, y que no pudieran casarse, aun cuando falleciese Juan de Brabante, como sucedió poco despues. Jacoba volvió á sus estados, y el duque de Glocester, perdida la esperanza de unirse

con ella, tomó por esposa á una hija de lord Cobham. No costó poco trabajo á Bedford disipar los resentimientos que este negocio dejó en el ánimo del duque de Borgoña contra los ingleses. Al mismo tiempo habia gran desavenencia en el consejo de Inglaterra entre el duque de Glocester, y el obispo de Winchester su tio, que aspiraba á apoderarse del manejo de los negocios. Dos años despues el conde de Richemont, afecto á la nacion francesa, y atraido por el cargo de condestable, que le ofreció Cárlos VII, se pasó á su partido é hizo que su hermano el duque de Bretaña abandonase la alianza de los ingleses, y se uniese con Cárlos. Todas estas causas tuvieron en inaccion al duque de Bedford durante cerca de cinco años: y aun el conde de Dunois, hijo bastardo del duque de Orleans, guerrero valiente y afortunado, forzó al conde de Warwik á levantar el sitio de Montargis. Esto sucedió en 1426; pero el mismo año penetró Bedford en Bretaña, y obligó á su duque á dejar la alianza de Francia, y volver á la de Inglaterra.

Sitio de Orleans (1429). Alentado con el buen éxito de esta espedicion emprendió el sitio de Orleans, plaza fuerte, colocada sobre el Loira entre los paises sometidos al rey de Inglaterra y los que obedecian á Cárlos VII. Si los ingleses lograban apoderarse de ella, tenian abierta la entrada á la Francia meridional, y su triunfo definitivo se hacia muy

probable. El conde de Salisbury mandaba las tropas del sitio: pero en un reconocimiento le mató una bala de cañon, y le sucedió el conde de Suffolk, que convirtió el sitio en bloqueo. Un cuerpo de cuatro mil franceses, mandados por los condes de Clermont y de Dunois, que acometió á la tropa inglesa de Juan Falstofe que convoyaba unos carros de víveres destinados á las tropas del sitio, fue derrotado. Esta batalla se llamó *la jornada de los arenques*, porque en el convoy de provisiones habia gran cantidad de este pescado.

Los defensores de Orleans, aunque habian hecho la mas valerosa resistencia, estaban ya espuestos á todos los horrores del hambre: Carlos VII no tenia ejército que enviar en socorro de la plaza, y aun pensó en retirarse al Delfinado y Languedoc para prolongar la lucha cuanto pudiese en aquellas provincias retiradas. Ya parecia que Orleans y la Francia iban á caer en poder de los ingleses, cuando una muger de la plebe, heróica y exaltada, hizo mudar enteramente la faz de los negocios políticos.

Juana de Arc, de estado soltera, de veinte y siete años de edad, sirvienta en una posada de una aldea de Lorena, formó en su imaginacion ardiente el proyecto de salvar á Orleans y de hacer que Cárlos VII se consagrase en Reims persuadida á que la voz del cielo la llamaba á tan grande empresa. El gobernador de Vaucoulenos, á quien manifestó su

propósito, se burló de él al principio, y despues lo aprobo ó persuadido de la conviccion íntima de Juana ó creyendo que en la situacion desesperada de Cárlos nada se perdia en ensayar aquel socorro estraordinario. Juana, pues, se presentó al rey con cartas del gobernador: su ausilio fue admitido, y puesta al frente de un cuerpo de tropas francesas, acaballo, y con una bandera en la mano en la que habia mando bordar al padre Eterno con un globo rodeado de flores de lis, inspiró tal aliento á los soldados de su nacion, tanto desmayo en los ingleses, que en breve se trocó la suerte de la guerra.

Su primer hazaña fue introducir por el Loira en Orleans un convoy de víveres sin que los enemigos se atreviesen á impedirlo. La Poncella (*Poucelle*) (porque así se llamaba) hizo salidas al frente de la guarnicion entusiasmada, que costaron mucha sangre al enemigo y destruyeron sus cuarteles. El valiente Dunois con su corto ejército favorecia estas salidas, en una de las cuales fue el combate tan ostinado que los ingleses perdieron sesenta mil hombres; Juana, que peleaba con el valor del soldado mas intrépido, quedó herida en el cuello. En fin Suffolk se vió obligado á levantar el sitio. Los franceses sitiaron inmediatamente á Gergeau, donde se habia retirado el general inglés, y la tomaron por asalto, siendo la Poncella la primera que descendió al foso guiando los ataques. Falstofe y

el célebre Juan Talbot fueron vencidos en Patay por el general francés Xantrailler. Juana, ardiente en cumplir su mision, persuadió á Cárlos que fuese á coronarse á Reims. Toda la Champaña le recibió con gritos de alegria: Cárlos VII fue ungido con la ampolla de Clodoveo: Laon, Soissons, Chateau Thierry, Provins y otras muchas plazas se le rindieron: y los ingleses admirados y confundidos, lamentaban desde las murallas de París un cambio tan inesperado. Toda la prudencia y actividad de Bedford no pudo impedir que cayesen en manos de los franceses las plazas de Compiegne, Beauvais, Senlis, Laval, Lagny, san Dionis, y otros muchos castillos de las cercanías de la capital.

Pero al año siguiente sitiaron los borgoñones á Compiegne, defendida por la Poncella: esta heroina cayó en un ataque en poder de los enemigos, y Bedford manchó su propia gloria y una vida consagrada al heroismo; mandando que se la formase causa por hechicera, y fuese condenada á perecer en las llamas. Esta crueldad no mejoró la suerte de los ingleses, Chartres cayó en poder de Dunois, y dos cuerpos de tropas británicas fueron derrotados en 1431, uno junto al rio Sarthe, y otro junto á la plaza de Lagny.

Tratado de Arras (1435). En fin, Felipe, duque de Borgoña, creyendo vengado suficientemente el asesinato de su padre con las calamidades de Francia y de su rey, dió oidos

á la política, que le aconsejaba no permitir que se juntasen sobre una misma cabeza las coronas de Francia y de Inglaterra: pues en este caso el poder de la casa de Borgoña seria nulo contra una monarquía compuesta de dos tan poderosas; y celebró en Arras un tratado con Cárlos VII, muy ventajoso para él: pues le cedian todas las plazas de Picardía, comprendidas entre el rio Soma y el condado de Flandes.

La defeccion del duque de Borgoña dió un golpe mortal al partido inglés en Francia. Bedford murió poco tiempo despues. París se rindió á su rey en 1436: y Ricardo, duque de York, y sucesor del de Bedford en el mando del ejército inglés, se limitó á la defensiva: porque de Inglaterra no se le enviaban socorros, irritados los ánimos con la enemistad perpetua entre el duque de Glocester y el obispo de Winchester que ya habia recibido el capelo de cardenal.

Casamiento de Enrique VI: tregua con Francia (1443). Enrique VI habia llegado á mayor edad, y manifestaba un carácter estraordinariamente manso y benigno: pero ninguna capacidad para el gobierno. Los dos partidos, que dividian la corte de Londres, previendo la grande influencia que la princesa, á quien eligiese por muger, habia de tener sobre su ánimo, quiso cada uno casarle de su mano: pero el cardenal de Winchester prevaleció: y habiéndose ajustado una tregua

con Francia, pasó el conde de Suffolk al continente á pedir á Margarita, hija de Renato, duque de Anjou, y la princesa mas perfecta de su siglo en ingenio y belleza.

Suffolk, deseoso de anticiparse á todos en el favor de la futura reina, permitió que se insertase como artículo secreto en el contrato matrimonial la cesion de Maine, provincia que á la sazon estaba en poder de los ingleses, á Cárlos de Anjou, tio de Margarita y primer ministro y valido del rey de Francia. Este contrato fue ratificado en Inglatera, Suffolk ascendió á la dignidad de duque, y aun el parlamento le dió gracias por haberlo concluido. Margarita pasó á Inglaterra, casó con el rey, y la cabala compuesta de ella, del cardenal de Winchester y del duque de Suffolk, determinó arruinar para siempre el partido del duque de Glocester.

Preludiaron acusando á su muger de hechicera y de haber formado una imágen del rey, cuyas fuerzas descaecian cuando la acercaban al fuego. Esta acusacion absurda produjo su efecto; la duquesa fue condenada á reclusion perpetua, y sus cómplices puestos en el cadalso. En 1447 se atrevieron con su marido: y en un parlamento convocado en Edmonsbury (porque en Londres, donde era muy querido, no se atrevieron á hacerlo) se le acusó de traidor, se le puso en prision y se le dió muerte en ella. Así á lo menos lo creyeron todos, aunque no aparecieron en su

cadaver señales de violencia. El cardenal su tio y enemigo murió seis semanas despues.

Rompimiento con Francia: pérdida de Normandía y Guiena (1448). Suffolk quedó dueño del gobierno: y no temiendo ya oposicion alguna al artículo secreto del tratado matrimonial, en cuyo cumplimiento insistia el gabinete de París, envió orden al caballero Francisco Sourienne, gobernador de Mans, para que entregase esta plaza á Cárlos de Anjou. Sourienne no quiso obedecer, creyendo falsificado el sello real: Cárlos VII sitió á Mans al frente de 50000 hombres, y se apoderó de ella y de todo el condado. El gobernador inglés se retiró con sus tropas á Normandía.

Mandaba á la sazon en esta provincia Edmundo, duque de Somerset, príncipe de la casa de Lancaster, y nieto de Juan de Gante. Este no quiso recibir á Sourienne en su gobierno, porque no tenia víveres que darle: de modo que el capitan inglés, no atreviéndose á volver á Inglaterra, donde su desobediencia sería castigada, ni á invadir las tierras del rey de Francia á causa de la tregua, entró en el ducado de Bretaña, se apoderó de algunas plazas donde se hizo fuerte, y vivió algun tiempo de saqueos y rapiñas. El duque de Bretaña se quejó á Cárlos VII, su soberano; este hizo reclamaciones al duque de Somerset, exigiendo indemnizaciones inmensas por los daños y perjuicios que habian causado los ingleses de Sourienne. En vano Somerset

dió satisfacciones convenientes. El rey de Francia deseaba la guerra, porque tranquilizado ya su reino, y estirpado el germen de las disensiones civiles, era muy superior en fuerzas á los ingleses: y así rompió la tregua, y penetró por cuatro partes en Normandía.

La reconquista de esta provincia fue un paseo militar. Somerset no podia resistir á las fuerzas superiores que le acometian, en un pais donde el pueblo suspiraba por su rey legítimo. Tenia muy pocas tropas: y un cuerpo de cuatro mil hombres, único ausilio que le enviaron de Inglaterra, fue esterminado en 1449 por el conde de Clermont junto á Fourmigny. En menos de dos años no quedó á los ingleses mas territorio en el continente que la fortaleza de Calés: porque al mismo tiempo que Cárlos VII se apoderaba de Normandía, el conde de Dunois sometió las plazas de Burdeos y Bayona. Así se verificó la expulsion de los ingleses de la Aquitanía, provincia que poseyeron tres siglos, desde el casamiento de Enrique II con Leonor de Guiena.

El duque de Somerset, ministro (1450). Los ingleses habian perdonado á la casa de Lancaster su usurpacion, por la sagacidad de Enrique IV y las victorias de Enrique V: pero apenas vieron en el trono un rey, como Enrique VI, bondadoso y débil, gobernado por su muger, francesa de nacimiento y de afecto, que dejaba perder no solo las conquistas de su padre, sino tambien el antiguo pa-

trimonio de Guiena, empezaron á volver los ojos á Ricardo, duque de York, y heredero legítimo de la corona, como hijo que era de Ana Mortimer, último resto de la familia de los condes de March. Era Ricardo valiente, justo, moderado y afable: y ademas de sus riquezas como heredero de las casas de York, Cambridge y Mortimer, estaba ligado por los vínculos de amistad y parentesco con las familias mas poderosas del reino, señaladamente la de Nevil, á la cual pertenecian el conde de Westmoreland y el conde de Warwik, tan célebre despues en las guerras civiles.

Mientras fue gobernador de Francia en la menor edad de Enrique VI, y despues de la muerte del duque de Bedford, sostuvo con prudencia y valor la causa de Inglaterra, muy decaida entonces: pero se le quitó aquel gobierno por las intrigas del duque de Somerset, que fue su sucesor en él, y que tan mala cuenta dió de su empleo. A Ricardo se le envió á Irlanda á sosegar una rebelion, y mas feliz que su rival, pacificó la isla. Ya estaba para volver á Inglaterra, cuando un particular, llamado Cade, fingiéndose hijo de Juan Mortimer, hermano de Ana, que habia muerto veinte y seis años antes, sublevó el pueblo de Kent, marchó á Lóndres, obligó á la familia real á retirarse á Kennilworth, entró en la capital: hizo degollar dos ministros del rey, y sus partidarios robaron muchas casas ricas. Entonces el pueblo de Lóndres, que habia si-

do mero espectador de este movimiento, tomó las armas contra los rebeldes y los dispersó. Cade pereció á manos de un caballero del condado de Susex.

Esta conmocion sirvió á Ricardo para conocer la opinion de los pueblos acerca de sus derechos á la corona, y el temor que la corte le tenia: pues le mandó que no volviese á Inglaterra. Pero Ricardo eludió esta orden, y se presentó en el reino, aunque sin tropas y con muy poco séquito.

Entretanto se habia verificado una revolucion en el ministerio. Suffolk, acusado en la cámara de los pares, y enviado á destierro por cinco años de orden del rey, cayó en poder de sus enemigos cuando atravesaba el estrecho, y fue degollado en el mismo buque que le conducia á Franci. Sucedióle el duque de Somerset en el empleo de primer ministro, tan peligroso en aquellas circunstancias.

Desde la sedicion de Cade, fue objeto casi esclusivo de la atencion pública y de las conversaciones particulares la cuestion de los derechos que tenian al trono las casas de Lancaster y de York. Los ánimos se exaltaron y era facil de prever la guerra civil: pero Ricardo, aunque convencido de la justicia de su causa, era muy patriota, y no se atrevia á sumergir el reino por sostener sus pretensiones, en abismos de sangre. Así que, tomó el término medio de presentarse como defensor de la justicia, y acusar á Somerset

por el mal gobierno que efectivamente habia.

La cámara baja acusó en 1451 al duque de Somerset, y Ricardo apoyó esta acusacion marchando á la capital con un cuerpo de 6000 hombres. Esta primer tentativa produjo una negociacion entre la corte y él: y viendo que las fuerzas de Enrique eran superiores á las suyas, se retiró á sus tierras. Pero el impulso estaba ya dado, y habiendo enfermado el rey, en 1454, y hallándose incapaz del gobierno, la reina hubo de ceder á la faccion de York: Somerset fue preso en la torre de Londres, y Ricardo declarado protector del reino por comision del parlamento.

Guerra civil: primera batalla de san Albano (1455). El rey se mejoró, mandó dar libertad á Somerset, le confió el gobierno, y anuló la comision del duque de York. Ricardo, conociendo que abandonar la dictadura era ponerse en manos de sus enemigos, tomó las armas, y derrotó el ejército real junto á san Albano. Esta fue la primera de las diez batallas campales de la guerra civil, que duró treinta años, costó la vida á ochenta príncipes de la sangre, extinguió la dinastía de Plantagenet y acabó casi enteramente con la nobleza antigua de Inglaterra. Las dos facciones se distinguian con los nombres horriblemente poéticos de *rosa blanca y rosa encarnada*, que eran las divisas de las casas de York y Lancaster.

En la batalla de san Albano pereció el du-

que de Somerset, el conde de Northumberland y gran parte de la nobleza que acompañaba al rey. Este cayó en poder de los enemigos; pero fue tratado como soberano, y conducido á Londres, donde se juntó un parlamento, que confirió al duque de York la dignidad de protector hasta la mayor edad de Eduardo, príncipe de Gales, hijo de Enrique y de Margarita. Esta princesa de caracter firme y vigoroso, era el alma del partido de Lancaster, y á pesar de la victoria de san Albano, oponia á Ricardo una resistencia que la moderacion del protector no se atrevia á quebrantar por medio de las armas.

Otra resolucion de este parlamento quitó momentáneamente al duque de York el afecto de gran parte de la nobleza. Revocáronse por un acta todas las concesiones de dominios de la corona, hechas desde el reinado de Enrique IV: providencia muy desagradable á los nobles, que eran los donatorios, y que se indispusieron con el duque de York, autor creido de la ley. Margarita se aprovechó de esta disposicion de los ánimos y de una ausencia de Ricardo, para presentar al rey en la cámara alta, y hacerle recobrar su dignidad, anulando los poderes del protector. Esto sucedió en 1456.

Batalla de Blore Heath (1458). La corte se transfirió á Cobentry, y mandó llamar al duque de York y á los condes de Warwik y Salisbury, partidarios suyos: pero estos no

quisieron ir, porque sus confidentes les avisaron que habia tramada una conjuracion contra sus vidas. Warwik se retiró á Calés, cuyo gobierno tenia, y York y Salisbury se fueron á sus estados.

El arzobispo de Cantorbery, deseando reconciliar á los dos partidos, rogó á los gefes que concurriesen en Londres para transigir todas las desavenencias. Esta reunion se verificó con las apariencias de la mas completa cordialidad: pero una rencilla entre algunos caballeros del séquito del rey y los del conde de Warwik, en la cual hubo muertos y heridos, hizo temer al conde que se ponian asechanzas á su vida, y huyó á Calés. York, Salisbury y los demas caudillos yorkinos se volvieron á sus tierras, alistaron tropas y determinaron recobrar el poder á fuerza de armas.

El conde de Salisbury, marchando con su ejército á reunirse con el de Ricardo, fue acometido de improviso en Blore Heath, en la frontera del condado de Stafford, por el ejército real, mandado por lord Audley. El conde, cuyas fuerzas eran inferiores, aparentó huir: Audley le persiguió, pasando atropelladamente un arroyo que separaba ambos ejércitos. Cuando Salisbury vió que el enemigo desordenaba sus filas, cayó sobre él y lo derrotó.

Al año siguiente se reunió con York y Salisbury, el conde de Warwik, que les traia un

refuerzo considerable de la guarnicion de Calés: pero estas tropas, apenas se acercó el ejército real, se pasaron á él. Semejante defeccion aterró de tal modo el resto del ejército yorkino, que todo se dispersó en un momento. Ricardo se refugió en Irlanda, Warwik en Calés, y Salisbury en sus estados.

Batallas de Northampton y de Wakefield (1460). Warwik no tardó en juntar nuevas fuerzas, desembarcó con ellas en Londres, que le abrió sus puertas, reforzó notablemente su ejército, y marchó contra el del rey, que estaba en Cobentry. La batalla que se dió en Northampton, y los realistas fueron completamente derrotados. Warwik, y Eduardo, conde de March, hijo mayor del duque de York, mandaron el ejército yorkino en esta jornada. En la persecucion del ejército fugitivo mandó Warwik que no se diese cuartel á los oficiales, sino á los soldados. El rey cayó prisionero segunda vez, y la reina huyó con su hijo al condado de Durham, donde no tardó en reunir otro ejército.

Convocóse en Londres un nuevo parlamento. El duque de York, que vino de Irlanda, alegó en él por la vez primera sus derechos á la corona. La mayor parte de la nobleza, aun de sus amigos y parientes, temia verse despojada de las concesiones hechas por la casa de Lancaster; y así se tomó un término medio. Dióse al duque de York el gobierno de la monarquía durante la vida de Enrique VI, y se

determinó, que cuando este rey muriese, Ricardo le sucederia sin atencion á los derechos del príncipe Eduardo.

Tomada esta resolucion paliativa, marchó el duque de York hacia el norte con un cuerpo de 5000 hombres, creyéndolo suficiente para aniquilar el partido de la reina: porque ignoraba que esta princesa infatigable habia reunido un ejército de mas de 20000. Apenas llegó Ricardo á Wakefield, villa del condado de York, se vió rodeado de fuerzas muy superiores, y no tuvo tiempo sino para ocupar el castillo de Sandal. Salisbury le aconsejó esperar en esta fortaleza la llegada de su hijo el conde de March que juntaba tropas en el pais de Gales y no podia tardar: pero Ricardo tuvo á menos manifestar temor á una muger y presentó la batalla. Margarita habia asegurado su victoria enviando un destacamento que cogiese por la espalda al enemigo. La derrota fue de las mas completas: Ricardo murió peleando, y su cabeza se fijó en una escarpia en las puertas de York con una corona de papel. En esta batalla fueron hechos prisioneros el conde de Salisbury, y el conde de Rutland, hijo segundo del duque de York. El primero fue condenado á muerte en un consejo de guerra y degollado en Pomfret: Margarita mandó entregar el conde de Rutland en manos del lord Clifford, que tuvo la bárbara crueldad de matarle con su misma espada, en venganza de su padre, muerto en la batalla de san Albano.

Batallas de Mortimer Cross, y segunda de san Albano (1461). Despues de la victoria de Wakefield, Margarita dividió su ejército en dos. Al frente del primero marchó ella misma á Londres, donde estaba el conde de Warwik, y dió el mando del segundo á Jasper Tudor, conde de Pembroke, hijo de Owen Tudor y de Catalina de Francia la viuda de Enrique V.

Tudor debia marchar hacia el pais de Gales, donde estaba el nuevo duque de York Eduardo, hijo mayor de Ricardo. Encontróse con él en Mortimer Cross en el condado de Hereford, y fue completamente derrotado con pérdida de 4000 hombres. Uno de los prisioneros fue su padre Owen Tudor, y Eduardo le mandó degollar en el mismo campo de batalla.

Margarita fue mas feliz: pues habiendo encontrado al conde de Warwik junto á san Albano, le derrotó por la perfidia de Lovelace, que mandaba un cuerpo de tropas en el ejército yorkino, y que se retiró con él cuando comenzaba la batalla. En esta accion quedó libre el rey Enrique VI, ó por mejor decir, volvió á ser prisionero en el ejército de su esposa.

Margarita, viendo que Eduardo de York se acercaba á Londres victorioso, despues de la batalla de Mortimer Cross, con fuerzas muy superiores á las suyas, no creyó prudente esperarle, y se retiró á los condados del norte,

habiendo degollado antes, segun se acostumbraba en esta lid horrenda, á todos los nobles que cayeron prisioneros en su poder en la batalla de san Albano.

Eduardo se acercó á Londres, resuelto á no imitar la moderacion de su padre, á la cual atribuia las últimas desgracias: sino á apoderarse de la corona, como dueño legítimo de ella, y á castigar como rebeldes y traidores á los que no le reconociesen. Acampó con sus tropas en las llanuras de san Juan, y el pueblo de Londres, donde su partido dominaba, salió á verle y vitorearle. En un discurso que hizo á aquella multitud, espuso sus derechos, declamó contra la usurpacion y tiranía de la casa reinante, y concluyó diciendo: "¿quereis por rey á Enrique de Lancaster?" "No," le respondió el grito universal. Despues se les preguntó si querian á Eduardo, hijo del difunto duque de York; y respondieron que *sí*, con aclamaciones de alegría.

De esta manera irregular fue proclamado monarca Eduardo IV, destituido Enrique VI, y arrojada del trono la familia de Lancaster, despues de haberle ocupado 62 años, durante tres reinados. Enrique vivió todavía muchos años siendo instrumento inerte de un partido y juguete de la fortuna.

SECCION III.

Desde la deposicion de Enrique VI hasta la muerte de Ricardo III.

Eduardo IV, rey de Inglaterra: batalla de Towton. Eduardo IV era valiente y activo: pero cruel é incapaz de la menor conmiseracion para sus enemigos. En el reinado de éste Sila de Inglaterra, tomó la guerra civil un caracter mas sanguinario que antes. Apenas tuvo en sus manos la autoridad suprema, marchó con su ejército contra Margarita, que habia reunido en el condado de York un ejército de 60000 hombres. Avistáronse los dos campos á las orillas del Are que los separaba.

El rey dió orden á Fitz Walter, uno de sus generales, de apoderarse del vado de Ferribridge, y así lo hizo: pero atacado por lord Clifford, general lancasteriano, fue vencido y muerto con grande estrago de los suyos. El valiente conde de Warwik, notando que esta derrota parcial habia intimidado á los suyos, llevó su caballo al frente de banderas y le desgarretó á vista de todo el ejército, declarando que se espondria á morir como el último de sus soldados. Al mismo tiempo envió al lord Falcombridge á recobrar el puesto perdido. Este general pasó el Are algunas millas mas arriba, cayó de improviso sobre las tropas de Clifford, y le venció y dió muerte. Po-

co despues se dieron la batalla general en Towton: durante la cual, cayó una gran nevada que el viento llevaba á los lancasterianos: Falcombridge, al favor de este accidente, que no permitia á sus enemigos ver lo que pasaba, llegó con sus flecheros muy cerca de ellos, y les mandó disparar y retirarse en el momento: Los lancasterianos, sintiéndose heridos de las flechas, dispararon tambien, y creyendo á los enemigos cercanos, agotaron inútilmente sus aljabas. Eduardo mandó avanzar entonces su frente de batalla, y la victoria quedó decidida en su favor. Los lancasterianos fueron perseguidos hasta Tadcaster, y perecieron de ellos, tanto en la batalla como en la fuga, 36000 hombres: porque á nadie se dió cuartel. Enrique VI y Margarita se retiraron á Escocia, y Eduardo volvió á Londres, donde el parlamento sancionó las decisiones de la victoria, y proscribió todos los gefes del partido opuesto á la casa de York. El tribunal del condestable, que era una especie de consejo de guerra, envió al cadalso á muchos nobles acusados de correspondencias secretas con los lancasterianos.

Batalla de Hexham (1464). Cuando Margarita se refugió á Escocia, reinaba en este pais Jacobo III, en menor edad: y las disensiones entre la reina madre y el conde de Douglas, que aspiraban uno y otro á la regencia, tenian este reino ardiendo en guerras civiles. Pero Margarita prometió entregar la

importante fortaleza de Werwik que estaba en su poder, y se armaron muchos voluntarios en favor suyo. Despues pasó á la corte de Francia, donde reinaba Luis XI, hijo y sucesor de Carlos VII, y que ya á ruegos de Margarita habia enviado á Inglaterra algunas tropas, mandadas por Varennes, senescal de Normandía; estas desembarcaron en el Northumberland, y se apoderaron de la fortaleza de Alnwik. Margarita logró de Luis, ofreciendo entregarle la plaza de Calés, cuando hubiese recobrado la corona, un cuerpo de 20000 hombres, con los cuales, los escoceses y muchos lancasterianos que se le reunieron, pasó la frontera por la parte de Northumberland. Mandaba allí las tropas de Eduardo lord Montagu, hermano del conde de Warwik. Este general, despues de haber rechazado al enemigo en Hedgley More, lo derrotó completamente en Hexham. Los escoceses se volvieron á su patria, los franceses á sus naves: y los ingleses del partido de Lancaster, que cayeron en manos del vencedor, fueron degollados.

Enrique VI, ausiliado de algunos de sus partidarios, se refugió al condado de Lancaster donde estuvo oculto un año. Pero fue descubierto su asilo, y se le transfirió á la torre de Londres. Su inocencia y amabilidad infundió respeto al mismo Eduardo IV, que por otra parte nada hubiera conseguido, sino hacerse odioso, dándole la muerte: pues el príncipe Eduardo, hijo de Enrique y Marga-

rita, sostenia aun los derechos de su familia.

Esta princesa, despues de la batalla de Hexham, se escondió con su hijo en una selva muy espesa: pero unos ladrones la robaron y maltrataron. Mientras reñian por el repartimiento de las joyas y diamantes que habian quitado á Margarita, esta infeliz reina pudo huir con su hijo y se emboscó en lo mas intrincado de la selva, donde cayó en el suelo rendida al hambre, al miedo y al cansancio. En esta situacion terrible vió venir contra ella á uno de los ladrones, que la buscaba, con la espada en la mano: y adelantándose hácia él le presentó el niño que tenia en sus brazos, y le dijo: "Amigo, yo confio á tu valor el hijo del rey." El foragido, admirado de lo estraordinario del suceso, lastimando la suerte de dos personas tan augustas, y no queriendo desmentir la confianza que de él se hacía, la ocultó en el bosque, la dió de comer algunos dias que habitó en aquella soledad, y la proporcionó medios para ir oculta á la costa vecina, y de allí á Flandes, de donde pasó á los estados de su padre. En ellos vivió retirada algunos años, perdida la esperanza de que su partido volviese á ser poderoso en Inglaterra.

Eduardo IV, asegurado ya en el trono, envió al conde de Warwik á la corte de Francia, á pedir para el rey la mano de Bona de Saboya, hermana de la reina, y cuñada de Luis XI; y él se entregó en Londres á los placeres con la misma actividad que antes habia

mostrado en los combates y en las venganzas. Olvidado de los negocios, solo pensó en convites, fiestas, danzas y amoríos: y esta disipacion le fue útil hasta cierto punto. Era de presencia hermosa, galan y airoso en todos los ejercicios de caballero, y de agradable trato y conversacion: y así haciéndose amable á las damas, ganó muchas familias ofendidas de su anterior crueldad: y substituyendo en su corte las diversiones y los festines al furor de los partidos que tantos años la habia dominado, se entregaban al olvido los estragos de la guerra civil, y todos empezaron á alimentar esperanzas de una felicidad estable.

Pero esta distraccion contínua de los deberes de rey le produjo una pasion amorosa que le arrojó en nuevas tempestades. Jacoba de Luxemburg, parienta de Felipe el bueno, duque de Borgoña, y viuda del duque de Bedford, casó en segundas nupcias con un caballero particular, llamado Ricardo Woodville, del cual tuvo muchos hijos y una hija, Isabel Woodville, de incomparable hermosura. Esta tuvo por esposo al caballero Juan Gray de Groby, que murió en la segunda batalla de san Albano, peleando en el partido de Lancaster: por lo cual fueron confiscados sus bienes: y la hermosa viuda, con los hijos que le quedaron de Gray, se retiró á casa de sus padres. En ella la vió Eduardo por la primer vez, puesta á sus pies, rogándole que tuviese piedad de sus hijos pobres y huérfanos. Las lágrimas dieron

á su belleza poder irresistible, que llegó al mas alto punto, cuando Eduardo conoció que serian inútiles cuantos esfuerzos hiciese para seducirla. Vencido del amor, la tomó por esposa: y unque este matrimonio fue al principio oculto, no tardó en divulgarse.

Cuando lo supo en Francia el conde de Warwik, sintió sobremanera el desaire: y este fue el primer motivo del odio mortal, que sucedió á la inviolable amistad que siempre habia profesado á Eduardo. Este odio se alimentó diariamente por otras causas. La nueva reina, que adquirió grande imperio sobre un esposo enamorado é indolente, conociendo la aversion del conde hacia ella, procuraba privar de las bondades del rey á los amigos de Warwik, y colmar de empleos y dignidades á su padre, á sus parientes y á los hijos de su primer matrimonio. Muchos grandes, entre ellos Jorge, duque de Clarence, hermano del rey, y yerno del conde, llevando muy á mal la elevacion súbita de la familia de Woodville se unieron, ya pública, ya secretamente, al partido de Warwik, descontento ya por la diminucion de su crédito; al mismo tiempo que Eduardo empezaba á mirar con sospecha al hombre poderoso á quien tenia ofendido.

Sedicion de Yorkshire (1469). Tal era la disposicion de los ánimos, cuando los aldeanos del condado de York se sublevaron porque se les obligaba á pagar una subvencion en granos, establecida antiguamente, al hospital

de san Leonardo, sito en las cercanías de la capital de la provincia. Lord Montagu, hermano de Warwik, que mandaba en la parte septentrional del condado, los derrotó en una escaramuza, y envió al patíbulo á su gefe, que cayó prisionero. Pero algunos caballeros se pusieron al frente de estas cuadrillas rústicas y huyendo de Montagu, pasaron á la parte meridional del condado, donde fueron vencidos los rebeldes en dos batallas por el conde de Pembroke: en la segunda cayó prisionero Enrique Nevil, caudillo de los insurgentes, y fue degollado en el momento. Este rigor exasperó los ánimos de los sediciosos, y exaltó su valor hasta tal punto, que arrojándose á las tropas vencedoras, las derrotaron, las pasaron á cuchillo, hicieron prisionero á Pembroke, y le degollaron. Una partida de insurgentes pasó al condado de Northampton, entró de improviso en Grafton, residencia de Ricardo Woodville, padre de la reina, y degollaron á este señor y á su hijo. El rey, por su parte, mandó degollar al conde de Devon, que habiendo reñido con Pembroke por una disputa ridícula acerca de la posicion de los cuarteles, no quiso ausiliarle contra los sediciosos, y fue así causa de su ruina.

La muerte de Woodville y de su hijo dió motivo á algunos para creer que la sedicion de York era sostenida por los manejos secretos de Warwik: pero estas sospechas se desvanecieron, viendo que su hermano Montagu habia

peleado lealmente, que el mismo Warwik se puso al frente de las tropas contra los insurgentes, que el terror de su nombre, y una amnistía concedida por el rey á ruego suyo, disipó las cuadrillas, y que en este tiempo concedió Eduardo muchas gracias y favores á la familia del conde. Es verdad que convidado poco despues á un banquete, en casa del arzobispo de York, hermano menor de Warwik, salió repentinamente del convite por sospecha que tuvo de que intentaban asesinarle.

El año siguiente se verificó la revolucion mas estraordinaria é inesperada de cuantas se refieren en la historia de Inglaterra. Roberto Welles, hijo del lord del mismo nombre, se sublevó en el condado de Lincoln, y juntó un ejército de 30000 hombres. Eduardo marchó contra él, y encargó á Warwik y Clarence reunir nuevas tropas, y seguirle. Pero estos dos señores las alistaron, no en nombre del rey, sino en el de ellos mismos, y publicaron un manifiesto, quejándose del mal gobierno de Eduardo, é indicando que su intencion era restablecer á Enrique VI en el trono. Pero el rey venció á los rebeldes de Lincoln con tanta prontitud, que Warwik, no hallándose con fuerzas suficientes para oponerle, y no habiendo tenido tiempo para reunirse con él ni lord Montagu, su hermano, ni lord Stanley su cuñado, hubo de huir con su hija y con su yerno el duque de Clarence á Calés, donde, no admitido por su teniente que le conservó la ciu-

dad á devocion del rey, pasó á la corte de Francia.

Ya habian empezado entonces las desavenencias entre Luis XI y Cárlos el temerario, duque de Borgoña, aliado y cuñado de Eduardo: y así recibió perfectamente al conde, hizo venir á París á Margarita de Anjou, los reconcilió, y los hizo celebrar el tratado mas absurdo de que habla la historia. Por él habia de ser Enrique VI restituido al trono: pero como era incapaz de gobernar, se daria la regencia del reino á Warwik y á Clarence hasta la mayor edad de Eduardo, hijo de Enrique: en fin, en caso de estinguirse la casa de Lancaster, pasaria la corona al duque de Clarence y á sus herederos, sin hacer caso de la línea de Eduardo IV. Destronado este, la Inglaterra debia ausiliar á Luis XI contra el duque de Borgoña.

Hechas tan estraordinarias estipulaciones, se preparó Warwik á ponerlas en ejecucion. Con la escuadra y gente que le dió Luis desembarcó en Darmouth, mientras el rey estaba en el norte peleando contra lord Fitz Hugh, cuñado tambien de Warwik, que se habia rebelado. En un momento se adhirió al conde todo el mediodia de las islas, inclusa la ciudad de Londres, de modo que cuando dió vista al ejército de Eduardo junto á Nortigham, constaba ya el suyo de 60000 hombres. Esperábase una batalla sangrienta y decisiva: pero no fue menester: porque lord Montagu, en

quien Eduardo tenia la mas ciega confianza, y que seguia inteligencias secretas con su hermano. Warwik marchó una noche con toda su gente contra el cuartel del rey, dando el grito peculiar de la casa de Lancaster, y Eduardo no tuvo tiempo para mas que refugiarse en Lynn, puerto del Norfolkshire, y embarcarse para Holanda á donde llegó, habiéndose escapado como por milagro de caer en poder de la escuadra anseática, que hacía guerra entonces á los ingleses.

Warwik en el espacio de once dias, contados desde su desembarco en Darmoutk, se hizo dueño de todo el reino. Volvió á Londres, convocó un parlamento en Wectminter, restituyó al trono al rey Enrique VI, proscribió á Eduardo y su descendencia, envió á llamar á Margarita y al príncipe su hijo, se hizo dueño de Calés, por entrega que le hizo el mismo teniente que antes no habia querido recibirle, y empezando á cumplir las estipulaciones hechas con Luis XI, reforzó la guarnicion de aquella plaza con un cuerpo de 4000 hombres, que penetraron en los estados del duque de Borgoña, y devastaron los campos vecinos.

La facilidad con que Warwik logró su empresa, fue debida al disgusto universal de los nobles ingleses contra la elevacion inesperada de la familia de Woodville: al partido lancasteriano, que aunque oprimido, era muy numeroso y solo esperaba un gefe: á los ausi-

lios de la Francia: y en fin al carácter de Eduardo en el cual no habia medio entre la indolencia y el descuido mas absoluto y la crueldad mas sanguinaria. La reina su esposa no pudo huir: pero halló asilo en un convento de Lóndres, donde dió á luz un hijo, que se llamó Eduardo como su padre.

Batallas de Barnet y de Tewkesbury (1471). En el infortunio recobró Eduardo su actividad: y habiendo recibido de su cuñado el duque de Borgoña, que temia la liga de inglaterra y Francia contra él, algunos buques, dinero y gente, desembarcó en Ravenspur, puerto del condado de York, declaró que solo venia á reclamar sus bienes patrimoniales, se le allegaron muchos partidarios, y entró en la capital del condado. Warwik juntó un ejército en Leicester. El sagaz Eduardo huyó de encontrarse con él, marchó por otro camino á Londres, donde sus partidarios le abrieron las puertas de la ciudad. El mas celoso de ellos fue el mismo arzobispo de York, hermano de Warwik: y en general, era ya imposible que los amigos de la rosa blanca peleasen con energía á favor de la casa de Lancaster, aun cuando los mandase un gefe tan acreditado como era Warwik. Enrique VI volvió á su alojamiento de la torre, donde falleció poco despues, no sin sospecha de haber sido asesinado por orden de Eduardo. Este, sabiendo cuan grande es la ventaja del agresor en las guerras, salió contra Warwik que estaba apos-

tado en Barnet, cerca de Lóndres, reforzado ya con los cuerpos del duque de Clrarence y de lord Montagu.

Era natural que Warwik esperase á la reina Margarita, detenida en las costas de Francia por los vientos contrarios, cuyo nombre valia un ejército, pues hubiera reunido todos los lancasterianos bajo sus banderas: mas por eso mismo no les esperó el conde, temeroso aun de la victoria, si la lograba con las armas que tantos años habian peleado contra él. Un nuevo suceso le obligó á aventurar la batalla. Jorge, duque de Clarence se hallaba desde el principio de la empresa de Warwik en correspondencia secreta con su hermano Eduardo IV: y cuando lord Montagu hizo traicion á este rey en Nottingham, Clarence hubiera hecho lo mismo con respecto á su suegro, á haber hallado ocasion favorable para ello. En Barnet la tuvo, y se pasó de noche al campo del rey con 1200 hombres.

Warwik, á pesar de esta diminucion de fuerzas, como ya no podia retroceder, presentó la batalla que duró todo el dia con encarnizamiento propio de las guerras civiles sin que hubiese ventaja por ninguna parte hasta el anochecer. La bandera de Eduardo era un sol: la de Warwik una estrella radiante: con la falta de luz no se distinguia bien, y dos cuerpos del éjercito del conde, creyendo cada uno que el otro era del enemigo, travaron cruel batalla; los yorkinos, notando el yerro,

se aprovecharon de él para derrotar á sus contrarios. Murieron peleando lord Montagu, y el conde de Warwik, guerrero el mas célebre de esta infausta época, á quien los ingleses dieron el sobrenombre de *Kings' s Maker* (hacedor de reyes). Eduardo mandó que no se diese cuartel á nadie, y la matanza fue horrible.

El mismo dia de la batalla decisiva de Barnet, desembarcó Margarita en Weymouth con un pequeño cuerpo de tropas francesas. Desalentada al principio con la noticia de la prision de su esposo y de la derrota y muerte de Warwik, animada despues con el gran número de nobles y soldados que se le reunieron, del partido de Lancaster, atravesó los condados de Devon, Somerset y Glocester, reforzando continuamente su ejército: pero el activo Eduardo la alcanzó en Tewkesbury junto al Saverna, la derrotó con muerte de 3000 lancasterianos, mandó degollar á todos los nobles que cayeron en su poder, y retuvo prisioneros á Margarita y á Eduardo su hijo, que tenia ya diez y ocho años.

El rey mandó venir el príncipe á su presencia, y le preguntó cómo se habia atrevido á mover armas contra él. El jóven le respondió sin intimidarse: *he venido á recobrar mi herencia*. Eduardo IV le dió un golpe en la cara con su manopla: y los duques de Clarence y Glocester, hermanos del rey, y otros dos señores llevaron el desgraciado príncipe á otra pieza, y le dieron muerte.

Tratado de Pequigny (1475). El partido de Lancaster habia desaparecido: Enrique y su hijo Eduardo estaban en el sepulcro: Margarita, encerrada en la torre de Londres: Jasper Tudor, conde de Pembroke, hijo de Owen Tudor y de Catalina, y Enrique Tudor conde de Richmond, hijo de Edmundo, hermano de Jasper, apenas supieron el desastre de Towkesbury, huyeron del pais de Gales, donde alistaban tropas para reunirse con Margarita, y se refugiaron en Francia. Enrique llevaba consigo los derechos de la casa de Lancaster, porque era hijo de Margarita de Somerset, biznieta de Juan de Gante, y muger de Edmundo Tudor. De tan ilustre y numerosa familia le habian hecho gefe los estragos civiles. El lord Falcombridge, que tanto se habia distinguido peleando á favor de la rosa blanca en la batalla de Towton, y que entónces, siguiendo á Warwik, peleaba en el norte por la encarnada, fue vencido, hecho prisionero y degollado en un reencuentro: y con él acabó la última esperanza de los lancasterianos.

Eduardo IV, cuyo corazon no se exaltaba sino cuando habia grandes obstáculos que superar y terribles enemigos que combatir, volvió á su indolencia y disipacion ordinaria: pero tres años despues salió de ella repentinamente, hizo alianza con Cárlos de Borgoña contra Luis XI, y desembarcó en Calés con un ejército, confiado en que el condestable de

san Pol, enemigo oculto del rey de Francia, haria causa comun con los ingleses y borgoñones: pero ni el condestable se movió, ni Cárlos el temerario, arrastrado por su carácter inconstante é impetuoso á otras empresas, pudo reunirse con los ingleses, ocupado en la guerra de Alemania: por lo cual Eduardo, disgustado de su empresa, dió oido á las proposiciones de paz que le hizo Luis XI, tuvo con él una conferencia en Pequigny, y firmó una tregua, en la cual estipularon que el inglés saliese de Francia mediante una suma de 50000 escudos anuales que habian de pagársele durante la vida de ambos reyes, ademas de 75000 que se le dieron por una vez como indemnizacion de los gastos de su armamento, y otros 50000 como rescate de la reina Margarita de Anjou. Esta princesa recobró su libertad y vivió retirada en Francia hasta su muerte en 1482: muger heróica, y que cumplió con firmeza admirable los deberes de esposa, madre y reina, sin que en su conducta se halle otra cosa reprehensible sino la escesiva crueldad de que usó contra sus enemigos: pero esta ferocidad no estaba en su carácter: sino en el de su siglo, de su nacion y de la guerra civil.

Suplicio del duque de Clarence (1477). Aunque el servicio que Jorge, duque de Clarence, hizo á su hermano Eduardo IV, pasándose á sus banderas y abandonando las de Warwik poco antes de la batalla de Barnet,

era muy importante y capaz de producir una verdadera reconciliacion, el rey sin embargo le miró siempre con odio y con sospechas, no solo por las pruebas que habia dado de su carácter inconstante y revoltoso, sino porque siempre existia la verdadera causa de la sublevacion de Jorge: á saber, el amor de Eduardo á los hermanos de su esposa y á los hijos que esta habia tenido de su primer matrimonio, y el engrandecimiento de la familia de Woodville.

Ricardo, duque de Glocester, hermano menor de ambos, el hombre mas perverso de su siglo, pero dotado de la mas profunda sagacidad, conoció cuan fácil era abusar de las disposiciones en que se hallaba el ánimo del rey, y como en los horrendos planes, que desplegó despues, entraba como un elemento esencial la ruina de Clarence, empezó desde entonces á maquinarla. Aparentó la mas profunda sumision y respeto á Eduardo: ganó con sus arterías la confianza de la reina y de sus parientes; y esta cabala formidable persiguió sucesivamente á varios amigos de Jorge, que fueron condenados. Jorge, que al principio disimuló, viendo crecer la tempestad, prorumpió en espresiones atrevidas contra el gobierno del rey. A este punto querian traerle sus enemigos.

El mismo rey, impelido de su propia aversion y de las sugestiones agenas, le acusó en la cámara de los pares; y esta acusacion fue una sentencia de muerte. La de los comunes,

no menos servil, lanzó contra el reo un bill de proscripcion: derecho, de que empezó á usar en las guerras civiles, y que se introdujo por costumbre: y Eduardo, que podia conmutar la pena, no concedió á su hermano sino la opcion del género de muerte: Jorge pidió que le ahogasen en un tonel de malvasía: y así fue hecho.

En 1482, Luis XI, que ya no temia á Eduardo, porque Cárlos de Borgoña era muerto, rompió la palabra que habia dado en Pequigny de casar al delfin con Isabel, hija del rey de Inglaterra, trató de casar á su hijo con Margarita, hija de Maximiliano, archiduque de Austria, y temiendo el resentimiento de Eduardo, persuadió á Jacobo III, rey de Escocia, á amenazar con ejército el norte de Inglaterra. Esta guerra costó á los escoceses la plaza de Berwik, de que se apoderó el duque de Glocester, y á Jacobo la corona y la vida; porque sus vasallos se rebelaron contra él y le dieron muerte.

Eduardo IV se preparaba á desembarcar en Francia con un ejército, cuando le sorprendió la muerte á los cuarenta y dos años de edad y veinte y tres de reinado. Dejó dos hijos varones, Eduardo, príncipe de Gales, de trece años de edad, y Ricardo, duque de York, de siete. Tuvo ademas cuatro hijas, y empleó toda su política en proporcionarlas casamientos: á Isabel, que era la mayor, con el delfin: á Cecilia, con Jacobo, hijo mayor del rey de Es-

cocia: á Ana, con Felipe, hijo mayor del archiduque Maximiliano: á Catalina, con Juan, príncipe de Asturias, é hijo de los reyes Católicos Fernando é Isabel. Ninguno de estos matrimonios se verificó.

Eduardo V, rey de Inglaterra (1482). Ricardo, duque de Glocester, á quien su hermano Eduardo nombró al morir regente del reino durante la menor edad de su hijo, supo la muerte del rey en el ducado de York donde se hallaba despues de haber obligado á los escoceses á hacer la paz. El nuevo rey Eduardo V, estaba tambien ausente de Londres: porque su padre le habia enviado al pais de Gales, con su tio el conde de Rivers, hermano de la reina, para que su presencia sosegase algunos síntomas de fermentacion que habia en el principado.

La reina viuda queria que su hijo volviese á Londres acompañado de un cuerpo de tropas, y aun dió orden para alistarlas á su hermano; pero el duque de Glocester, que siempre se habia manifestado muy adicto á Isabel, le escribió que aquella providencia era imprudente, pues infundiria justos recelos á todos los grandes enemigos de la casa de Woodville. La reina, que nada sospechaba entonces de su cuñado, mandó á Rivers que tragese el rey á la capital solo con la comitiva ordinaria.

El duque de Glocester caminaba al mismo tiempo hácia Londres: y al llegar á Northampton recibió la visita de Rivers, de Ricardo

Gray, hijo de la reina del primer matrimonio, y de otros señores de su partido. El rey habia pasado á Stony Straford, por disposicion del mismo Rivers, porque Northampton era demasiado pequeña para alojar á todos los señores con su séquito. Tal era la confianza que tenia de su antiguo aliado en las intrigas cortesanas.

Ricardo los recibió muy amistosamente, pasó con ellos parte de la noche, y al dia siguiente los mandó prender y llevar presos á Pomfret, donde fueron degollados. Reunióse despues con el rey, que sintió mucho la ausencia de su tio y hermano, y entró con él en Londres, cuyo pueblo manifestó la alegria feroz que siempre muestra cuando cae algun personage aborrecido. La prision de Woodville, y su muerte que se supo despues, hizo que se adhiriesen por el pronto al duque de Glocester todo el partido de la nobleza, contrario á la familia de la reina. Al frente de este partido estaba el duque de Buckingham, uno de los señores mas poderosos del reino, así por la estension de sus estados, como por sus connexiones de familia.

La reina, adivinando en el primer acto de la regencia de Glocester todo lo que se debia temer de un hombre, que no conocia freno alguno de humanidad ó de justicia capaz de impedirle la ejecucion de sus designios, se retiró á la abadía de Westminter con su hijo menor el duque de York y sus cuatro hijas.

El duque de Glocester se manifestó en el consejo muy resentido de las sospechas y temores de la reina: dijo que era necesario que el duque de York asistiese á la coronacion de su hermano; y que la inmunidad del asilo, habiéndose instituido á favor de los delincuentes, no podia aplicarse á un príncipe que en nada habia delinquido, y que nada tenia que temer. Los dos arzobispos de Cantorbery y de York se opusieron con toda su autoridad á la violacion del sagrado, pero persuadidos tambien de que Glocester tenia proyecto alguno contra sus sobrinos, pasaron á Westminter, emplearon su elocuencia en convencer á la reina de que sus temores eran infundados, y obligaron á la infeliz madre á entregarles su hijo, del cual no se separó sin muchas lágrimas.

Dueño Glocester de los dos hermanos, empezó con suma sagacidad á buscar cómplices y valedores para la usurpacion que meditaba, en el partido contrario al de Woodville; y le fue facil convencer al duque de Bukingham, gefe de este partido, que no quedaba ni á él ni á los suyos otro medio de salvacion que transferir la corona á otra cabeza: pues apenas Eduardo V llegase á mayor edad, por sus sentimientos propios y por las sugestiones de su madre, habia de vengar las muertes de su tio y de su hermano. Bukingham, hombre ambicioso y tan corrompido como Glocester, adoptó sus ideas y proyectos: mas no fue posible ganar á lord Hastings, que era el segundo de

la faccion, y que se mostró, á las primeras insinuaciones, acérrimo defensor de los derechos de su soberano. Cuando Ricardo perdió la esperanza de hacerle suyo, determinó arruinarle.

Un dia que antes del consejo estaba Glocester hablando con familiaridad amistosa, á Hastings y á los demas ministros, salió fuera de la sala fingiendo que le llamaban para algun negocio; dentro de pocos minutos volvió á ella con los ojos encendidos en cólera; y dirigiéndose á Hastings, le preguntó: "¿qué merecen los que conspiran contra mi vida?" "El castigo de los traidores," respondió Hastings. "Ese merece Juana Shore; que con sus hechicerías quiere matarme." Juana Shore habia sido muchos años dama de Eduardo IV, y su intimidad actual con lord Hastings era conocida. Ricardo, para mostrar el efecto de los supuestos hechizos, desnudó su brazo seco y descarnado: pero nadie ignoraba que tenia esa deformidad desde su nacimiento. Despues añadió mirando á Hastings: "tú eres su cómplice, y juro por san Pablo que no comeré hasta que me traigan tu cabeza." Hizo una señal, entraron sus guardias, se llevaron á Hastings á la pieza inmediata y le degollaron. A Juana Shore se le confiscaron los bienes por sostener la fábula del encanto, y quedó reducida á la mas espantosa indigencia, en la cual murió llorada de los que sabian apreciar sus escelentes cualidades, aunque culpasen sus estravíos.

Muerto Hastings, y aterrados cuantos qui-

siesen sostener la causa de Eduardo V, caminó Gloccester mas á las claras hácia la usurpacion. Entre el trono y él estaba la numerosa descendencia de Eduardo IV y los dos hijos del infeliz Jorge de Clarence, víctima de sus artificios en el anterior reinado. Para luchar contra derechos tan incontestables, se valió de los siguientes argumentos, que esparcian sus amigos en corrillos, en escritos y aun en sermones. 1.° la duquesa de York, madre de Eduardo IV, Jorge y Ricardo, habia sido adúltera á su marido el duque de York, aquel que pereció en la batalla de Wakefiel: los dos hijos mayores habian procedido de un comercio criminal, y solo Ricardo era legítimo, como lo probaba, añadian, su semejanza con su padre. Es de advertir que vivia aun esta duquesa de York; y que toda su vida gozó de la buena reputacion debida á sus virtudes, hasta que la ambicion del monstruo, á quien habia tenido la desgracia de dar el ser, puso desvergonzadamente mancha en su honra. 2.° Aun cuando Jorge, duque de Clarence, fuese legítimo, el bill de proscripcion dado contra él, inhabilitaba su descendencia para suceder á la corona: máxima nueva de derecho público, que no existia ni en las leyes ni en las costumbres de Inglaterra. 3.° los hijos de Eduardo IV eran adulterinos: porque este rey, antes de casar con Isabel Woodville, habia contraido secretamente matrimonio con otra: hecho, de que ni existian ni se presentaban pruebas.

Cuando pareció al usurpador que estaban dispuestos los ánimos para la mudanza, el duque de Buckingham, que tenia á su devocion al corregidor de Londres, le encargó que convocase una asamblea de los ciudadanos. En ella arengó Buckingham dos veces, y el asesor del corregidor, una, á favor de los derechos de Ricardo: pero los concurrentes conservaron el mas profundo silencio, impidiéndoles el miedo la manifestacion de sus verdaderos sentimientos. En fin, á la segunda arenga del asesor, algunos pocos menestrales, incitados por los sirvientes de Buckingham, gritaron: *viva el rey Ricardo.* Esta corta aclamacion fue interpretada como voto del pueblo: y Ricardo se ciñó la corona.

Su primer diligencia fue acabar con los dos inocentes príncipes: pero el caballero Roberto Brakembury, gobernador de la torre de Londres, donde residian, no quiso prestarse á las intenciones del tirano. Ricardo le mandó entregar por una noche las llaves de la fortaleza á Jayme Tyrrel, y éste introdujo en ella tres asesinos, que haogaron entre las almohadas á los dos príncipes, á quienes encontraron durmiendo. Luego enterraron los cadáveres al pie de la escalera donde se hallaron los esqueletos en tiempo de Carlos II, y se colocaron en un túmulo de marmol.

Enrique VII, sucesor de Ricardo, hizo grandes diligencias para encontrar los dos cadáveres, pero todas en valde. Dicen que Ri-

cardo de Glocester mandó á su capellan que los transfiriese en secreto á una sepultura mas decente que la que les habian dado los asesinos: que el capellan falleció antes de cumplir la orden del tirano: y que Enrique VII, buscándolos, no donde habian sido enterrados, sino donde supo que debian transferirse y creia que se habian transferido, no pudo dar con ellos. Todo esto es muy oscuro: porque Enrique tenia grande interés en probar la muerte de las dos infelices víctimas, y debió buscar sus restos en todas partes donde pudiesen estar.

Ricardo III, rey de Inglaterra (1483). Ricardo III se habia colocado fuera de los derechos comunes de la humanidad. Usurpó una corona: dió muerte á los defensores del rey legítimo, y al mismo rey: vertió la sangre de su hermano y de sus sobrinos, y deshonró á su madre. No era posible ni que un monstruo de esta especie se emplease en hacer feliz al pueblo, ni que el pueblo recibiese de sus manos la felicidad aunque fuesen capaces de darla. Habia rompido todos los vínculos sociales: y ni su intrépido valor, ni su grande capacidad política pudieron libertarle del odio universal que su nombre inspiraba.

El primer instrumento de este odio fue el duque de Buckingham, que lo habia sido de su usurpacion. Ignórase cual causa le movió á conspirar contra Ricardo, que le colmó de beneficios. Acaso no satisfizo el tirano todos los deseos de su cómplice: acaso formó el pro-

yecto de arruinarle, y Buckingham, sabiéndolo, procuró anticiparse.

Lo cierto es que Buckingham conspiró contra Ricardo III, con el obispo de Ely, lancasteriano celoso, y con la reina viuda Isabel, refugiada con sus hijas en la abadía de Westminter. El plan de los conjurados era colocar en el trono á Enrique Tudor, conde de Rinchmond, refugiado entonces en Francia, y heredero por su madre de los derechos de la familia de Lancaster, y casándole con la princesa Isabel, hija mayor de Eduardo IV, ya legítima heredera de la corona, confundir los derechos de las dos familias rivales, y terminar de este modo los horrores de la guerra intestina.

El plan de ejecucion fue el siguiente: en cada provincia debian prevenir gente y tomar las armas los caudillos de la conjuracion á un mismo tiempo, mientras Enrique desembarcaba con un cuerpo de tropas estranjeras, pagadas con el dinero que le envió la reina viuda. Ricardo tuvo noticia de estos proyectos, porque era imposible que no se trasluciese algo de ellos á un tirano hábil y suspicaz, siendo tantos los cómplices de la conjuracion. Juntó algunas tropas, y escribió á Buckingham que viniese á la corte con palabras muy lisongeras y amistosas: pero el duque, no ignorante de su perfidia, respondió tomando las armas contra él en el pais de Gales donde se hallaba.

Pero cuando esperaba que acudiesen á

su señal las tropas de las demas provincias, sobrevinieron lluvias copiosas, y los rios, principalmente el Saverna, crecieron de tal modo, que Buckingham no pudo penetrar al centro de Inglaterra, como queria, ni reunirse con los cuerpos de los otros condados. Al mismo tiempo las avenidas impedian la llegada de víveres á su campo, y los galeses desertaron. El duque, viéndose abandonado, se disfrazó, y buscó asilo en casa de un antiguo sirviente de su familia: pero fue descubierto por los satélites del rey, preso, puesto en juicio, condenado y degollado en Salisbury. El obispo de Ely, y el marques de Dorset, hijo de la reina de su primer matrimonio, huyeron á Francia. Los alistamientos, hechos por los conjurados en algunas provincias, se disiparon apenas se estendió la noticia de la muerte de Buckingham: y el conde de Richmond, á quien los vientos contrarios impidieron llegar con prontitud, no arribó á las costas de la isla sino para saber la ruina de sus esperanzas, y se volvió al continente.

Batalla de Bosworth: principio de la dinastía de Tudor (1485). Ricardo no temia de todos sus enemigos mas que á la reina, en cuyo poder estaba la heredera legítima de la corona. Formó, pues, el designio de casarse con la princesa Isabel: designio que solo le costaba una nueva y horrenda maldad: pues estaba casado con Ana, hija segunda del célebre conde de Warwik, desde el asesinato de

Eduardo V, á quien estaba prometida. Mató, pues, con veneno á su muger, y libre de este embarazo, hizo sus proposiciones á la reina viuda.

La reina, fastidiada de su reclusion, acostumbrada á aborrecer todo lo que pertenecia á la casa de Lancaster, y deseosa de volver á brillar en la corte y tener parte en los empleos públicos (razones todas que el astuto Ricardo supo muy bien esforzar), no dificultó en reunir sus intereses con los del asesino de sus hijos y de su hermano; y solo se esperaba la dispensa del parentesco para dar al usurpador un título legítimo á la corona.

Los caudillos de la conspiracion de Buckingham, mas bien reprimida que arruinada, instaron al conde de Richmond á que no diese lugar á un matrimonio tan contrario á sus intereses. El conde habia huido de la corte de Bretaña, porque un ministro del duque, ganado por las dádivas de Ricardo, habia formado el proyecto de entregarle al usurpador. Refugióse, pues, á Francia, donde reinaba entonces Cárlos VIII, hijo y sucesor de Luis XI, que le recibió muy bien, y le dió en secreto socorros para la espedicion.

Enrique se embarcó en Harfleur, arribó á Milford, villa del principado de Gales. Escogió esta provincia, de donde era natural, porque esperaba que siendo sus compatriotas y habiéndose poco antes armado por su causa, no dejarian de favorecerle. Allí se le reunieron

muchas tropas de varios condados; y algunos de los oficiales, á quien Ricardo, que estaba en Nottingham, habia mandado alistar gente, se pasaron con ella á sus banderas. Lor Stanley, fiel á Ricardo en apariencia, estaba en secreto por Enrique, y no osaba declararse, porque el tirano, recelando de él, conservaba en rehenes á su lado al lord Scales, hijo de Stanley.

Los dos ejércitos se encontraron en Bosworth, pueblo del condado de Leicester. El de Ricardo constaba de 12000 hombres: el de Enrique, de 6000. Lord Stanley se apostó en Aterstone con 7000 hombres, que habia alistado en los condados de Chester y Lancaster: y su posicion cercana al campo de batalla, era tal, que podia reunirse facilmente á cualquiera de los dos ejércitos. Algunos cortesanos de Ricardo le aconsejaron que matase á lord Scales para vengar la falsedad de Stanley; pero el sagaz tirano no quiso obligar á este á declararse, y disimuló porque sus tropas no desmayasen temiendo la defeccion de un cuerpo tan considerable.

Apenas empezó la batalla, y vió Stanley empeñado á Ricardo en el combate, bajó á la llanura, se declaró por Richmond, y acabó con el poco ánimo que conservaban todavía las tropas del rey. El intrépido tirano, tendiendo la vista á todas partes, ve no lejos á su rival: váse hácia él, seguro de que si logra matarle, la victoria es suya: derriba á

los caballeros que le impedian el paso: acomete á Enrique, que no escusaba el desafío: pero en este momento llega Stanley con los suyos, rodea al usurpador, que peleando valerosamente, cayó, atravesado de mil heridas, sobre un monton de cadáveres enemigos, que su brazo habia inmolado: muerte mas gloriosa que la que merecian sus atrocidades.

Enrique Tudor fue proclamado rey por su ejército, en el campo de batalla. Marchó á Londres, y el pueblo y el parlamento confirmaron el voto de los soldados. Casó con la princesa Isabel: mas no quiso deberla á ella el trono; y así se coronó antes de celebrar el matrimonio; y en la declaracion que publicó, derivó sus derechos de los de su madre Margarita de Somerset, heredera de la casa de Lancaster.

Así feneció por la discordia de sus ramas, la célebre dinastía de Plantagenet, cuyos monarcas ó fueron débiles como Enrique III, Eduardo II, Ricardo II y Enrique VI, y sufrieron la tiranía de una nobleza independiente y altiva, ó imperiosos, como Eduardo I, Eduardo III y Enrique V, ó vengativos y feroces como Eduardo IV y Ricardo III. Muchos de ellos tuvieron las prendas que constituyen el general hábil y el sagaz político: pero ninguno poseyó las virtudes propias de la humanidad ni de la religion, que tanto brillan reunidas al supremo poder, y tan amable le hacen á los pueblos.

Parece que estas virtudes eran inconciliables con la monarquía inglesa tal como la dejaron los normandos; porque los dos poderes del estado, que eran la aristocracia y el trono, estaban en perpetua lucha. Guillermo el conquistador no pudo evitar dar grandes dominios y mucho poderío á la nobleza que le habia ausiliado para la conquista. Su hijo Enrique I le concedió una carta para que favoreciese su usurpacion contra los derechos de su hermano Roberto: Enrique II, el primero de los plantagenetos, hubo de hacer lo mismo para sostenerse contra la familia de Estevan de Blois. Juan sin tierra, que usurpó la corona á su sobrino Artus de Bretaña, los imitó. Ninguna de estas cartas fue observada, porque los que las dieron se burlaban de ellas, apenas se vian afirmados con el trono; pero los vicios y atrocidades de Juan, la debilidad de Enrique III, y la introduccion de los comunes en el parlamento, consolidaron la Gran carta. Desde entonces no fue posible someter la aristocracia sino al yugo de genios superiores: y cuando el monarca no lo era, horrorosas conspiraciones y terribles catástrofes afligian la nacion, y la inundaban en la sangre mas pura de su nobleza, derramada ó en los cadalsos ó en los campos de la guerra civil.

Estos tristes resultados de la activa ambicion, que dominaba igualmente en los grandes y en los reyes, fueron mas horrendos todavia, cuando las casas competidoras de York

y Lancaster se disputaron la corona: porque ya era menos oida que antes la voz de la religion, debilitada por las predicaciones heréticas de Wiclefo y por las sediciones de los lolardos. No hubo crímen, por atroz y absurdo que sea, que no se cometiese en aquella época infeliz: no hubo sentimiento alguno de humanidad, patriotismo ó pudor que retrajese á los hombres poderosos de sus proyectos de ambicion y venganza. La fuerza dictaba los juicios de los parlamentos, que sucesivamente proscribieron y ensalzaron todos los partidos. La sed de sangre era tal, y se saciaba tan sin conmiseracion, que no ha parecido exagerada esta espresion de un escritor célebre, *la historia de Inglaterra debe escribirla el verdugo.*

La guerra de las dos rosas, muy parecida á las civiles de Roma desde los gracos hasta Octavio, fue, como estas, contraria á la libertad: y la casa de Tudor encontró el parlamento acostumbrado á someterse servilmente á la fuerza actual. Solo los comunes se oponian con tenazidad y valor á los nuevos impuestos que la corte queria exigirles.

Las únicas adquisiciones útiles que hizo la dinastía de Plantagenet, fueron las del principado de Gales y de Irlanda. El genio de Eduardo I se anticipó á los siglos y previó que la verdadera fuerza de Inglaterra consistia en la adquisicion de Escocia: pero ni le ayudó la justicia, ni tuvo tiempo para lograr

esta empresa. Inglaterra perdió, como era de esperar, todos los estados que las dinastías normanda y plantagenета poseían en Francia, á pesar del brillante valor de Ricardo I, y de las hazañas de Eduardo III, de su hijo el príncipe negro, y de Enrique V. Solo quedó como reliquia de tanta gloria adquirida, la plaza de Calés, mas temible á la Francia como puerta para penetrar en ella, que útil á los ingleses.

La elevacion de la casa de Tudor forma nueva era en la historia de Inglaterra: pues en el reinado de su segundo monarca Enrique VIII empezaron las disputas religiosas, que cambiaron la faz social y política de la nacion, y produgeron nuevas y largas calamidades, en que no se desmintió el espíritu de ferocidad y venganza, adquirido en la guerra civil de las dos rosas.

TABLA CRONOLÓGICA

de la historia de Inglaterra desde la batalla de Hastings hasta la de Bosworth.

Guillermo I el conquistador, duque de Normandía, fundador de la dinastía normanda: ganada la batalla de Hastings, se corona rey de Inglaterra. Opresion de los anglosajones. Guillermo muere en. 1087

Guillermo II el rojo, su hijo segundo; compra á su hermano mayor Roberto la Normandía y el Maine: muere en una caza en. 1100

Enrique I, su hermano menor, le sucede. Guerra civil con Roberto: batalla de Tenchebray, conquista de la Normandía por Enrique, y prision de Roberto. Guerra con Francia. Enrique muere en. 1135

Estevan, hijo de Adelaida hija de Guillermo el conquistador, le sucede, á pesar de los derechos de Matilde, hija de Enrique I. Guerra entre Estevan, y Matilde con vario suceso. Este rey único de la dinastía de Blois, muere en. 1154

Enrique II, hijo de Matilde y de Godofre Plantagenet, conde de Anjou, fue el fundador de la dinastía de Plantagenet. Adquiere la Bretaña y la Guiena. Asesinato de santo Tomas de Cantorbery. Conquista de Irlanda. Enrique muere en. 1189

Ricardo I corazon de leon, su hijo. Su espedicion á Palestina. Conquista de Chipre. Sitio de san Juan de Acre. Batalla de Ascalon. Su prision en Austria: su libertad. Sus guerras con Francia. Muere en el sitio de Chalus en. 1199

Juan sin tierra, su hermano, le sucede, á pesar de los derechos de Artus de Bretaña, hijo de Godofre su hermano mayor. Asesina á Artus. Pierde la Normandía. Concede la gran Carta. Guerra civil. Reconoce vasallage á la santa Sede. El príncipe Luis de Francia es proclamado rey de Inglaterra por los barones. Juan muere en. 1216

Enrique III su hijo sube al trono, espelido Luis. Rebelion de Leicester. Batalla de Lewes y triunfo de Leicester. Batalla de Eveshan, y muerte del rebelde. Enrique muere en. 1272

Eduardo I, su hijo, le sucede. Conquista el país de Gales. Sus espediciones á Escocia, que conquistó tres veces. Muere en. 1307

Eduardo II, su hijo, le sucede. Guerra de los varones contra sus favoritos. Su muger Isabela de Francia le destrona y dá muerte en. 1327

Eduardo III, su hijo, le sucede. Suplicio de Mortimer, galan de la reina Isabela. Sus guerras con Francia. Victoria de Crecy: toma de Calés. Batalla de Poitiers, ganada por el príncipe de Gales su hijo, y prision de Juan, rey de Francia. Muerte del príncipe de Gales: pérdidas en Francia. Eduardo muere en. 1377

Ricardo II, su nieto, hijo de Eduardo, príncipe de Gales. Enrique de Lancaster, hijo de Juan de Gante, hermano segundo del príncipe negro; le quita el trono y la vida en. 1399

Enrique IV, primer rey de la casa de Lancaster, sube al trono á pesar de los derechos del conde de March, descendiente de Leonelo, hermano primero del príncipe negro. Muere en. . 1413

Enrique V, su hijo. Vence á los franceses en Azincourt; casa con Catalina, hija de Cárlos VI rey de Francia, y aspira á la corona de este reino. Muere en. 1422

Enrique IV su hijo. Es coronado rey de Francia y de Inglaterra. Los ingleses arrojados de Francia. Ricardo, duque de York, aspira á la corona de

Inglaterra; por los derechos de su esposa Ana, heredera de la casa de March. Guerra civil de las dos rosas. Batalla de Wakefield, en que Ricardo es vencido y muerto. Su hijo Eduardo vence á los lancastrianos en Mortimer Cros, y destrona á Enrique IV en. 1461

Eduardo IV, primer rey de la casa de York, vence en las batallas de Towton y de Hexhan los restos del partido de Lancaster. Rebelion del conde de Warwik. Eduardo huye del reino á Holanda. Vuelve y recobra la superioridad. Batallas de Barnet y Tewkesbury, en que triunfa de Warwik y de Margarita de Anjou, esposa de Enrique VI. Muere en. 1482

Eduardo V, su hijo, le sucede á la edad de trece años bajo la regencia de Ricardo, duque de Glocester, hermano de Eduardo IV. Ricardo usurpa la corona y da muerte al niño rey, y á su hermano menor en. 1483

Ricardo III sube al trono, manchado con toda especie de maldades. Conjuracion contra él para dar la corona á Enrique Tudor, conde de Richmond, heredero de las pretensiones de la casa de Lancaster por su madre Margarita de Somerset, y confundir los derechos de las dos familias rivales casando á Enrique con Isabel,

hija mayor de Eduardo IV, y heredera de los dos príncipes asesinados. Batalla de Bosworth, en que Ricardo III fue vencido y muerto. Fin de la dinastía de Plantagenet, y principio de la de Tudor. 1485

Fin del tomo VII de la historia de Francia, X de la moderna y XVIII de la obra.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE FRANCIA.

Capitulo xxix.

CAPÍTULO XXX.

CAPITULO XXXI.

Capitulo adicional.









colorchecker CLASSIC
calibrite
mm